
J. DE LA ROSA
LA HIJA DEL BANQUERO
Princesas del Dólar #2



J. de la Rosa

Las Princesas del Dólar #2

© Todos los derechos reservados

Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales) hechos o situaciones son pura coincidencia.

Título: *La hija del banquero*
Copyright © 2026 - *José de la Rosa*

Contacto*:*
www.josedelarosa.es
josedelarosa.v@gmail.com

Gracias por comprar esta novela.

ÍNDICE

Once años antes…
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 1
Otras series de J. de la Rosa

ONCE AÑOS ANTES…

Nueva York, 1871.

Madame Margot se ventiló de un trago la segunda copa de aguardiente, miró alrededor para asegurarse de que nadie la había visto, limpió el interior con su sucio delantal y la dejó donde la había encontrado, como si nadie hubiera asaltado la licorera. A lo lejos se escuchaba el murmullo de la fiesta: las voces refinadas que intercambiaban cumplidos, risas tenues y el elegante compás de la música.

La supuesta *madame* Margot se aclaró la garganta, escupió dentro de un jarrón para no hacerlo sobre la alfombra y se dispuso a abandonar discretamente la mansión por la puerta de servicio tras un día de trabajo agotador, aunque, antes de conseguirlo, una presencia imponente le cortó el paso.

—¿Ya se marcha, señora Perkins?

Aquel era su verdadero nombre: Sofronia Perkins, para ser exactos. Lo de *madame* Margot era una especie de apodo artístico que adoptaba cuando era contratada como tarotista en las mansiones de los ricos neoyorquinos que recababan sus servicios para amenizar sus fiestas.

Carraspeó. Las pocas veces que se había cruzado con la señora Astor había logrado sobrecogerla.

—Son las seis —dijo en su defensa—. Su mayordomo dijo que…

—Por supuesto —la voz de la augusta dama no podía ser más fría—. Espero que nuestro licor de guindas haya sido de su agrado.

La mirada de la dueña de la mansión pasó brevemente sobre la licorera y, aunque a Sofronia se le encendieron las mejillas, logró sobreponerse.

—No tengo ni idea de a qué se refiere, señora.

La dama la miró con sus ojos oscuros y la falsa pitonisa sintió que un frío invernal le recorría la espalda. Ni siquiera en los peores garitos de Five Points se sentía tan intimidada como delante de aquella mujer de la que se decía que en breve se coronaría como la reina indiscutible de la buena sociedad de Manhattan.

Iba a retirarse cuando un gesto casi imperceptible se formó en los labios de la señora Astor, como si por un instante hubiera valorado la posibilidad de hacerla regurgitar el precioso licor, pero fue tan breve que creyó haberlo imaginado.

—He creído ver a esas cuatro jovencitas saliendo de su pabellón de adivinación —preguntó la dama—. ¿Es posible?

Se refería a las cuatro mocosas a quienes les había echado la suerte a cambio de unos dólares. ¿Era eso acaso un crimen? Recordó que se lo habían prohibido expresamente: «Ni se le ocurra leerles la buenaventura a los niños. Son impresionables».

Volvió a carraspear.

—No sabría decirle —mintió descaradamente—. Ha pasado tanta gente por allí que…

—Hace unos minutos. Las he visto nítidamente desde la ventana abandonar su tienda.

No había manera de escapar a la mirada inquisidora de aquella arpía. Sofronia se removió inquieta, se rascó la cadera derecha y echó de menos otro trago de lo que la señora Astor había llamado licor de guindas.

—Es posible —tuvo que admitir—. Ya sabe que las jovencitas son curiosas, y un tenderete donde se lee el futuro es una tentación, señora.

La dueña de la casa aguzó la mirada.

—Entonces, ¿les ha echado la buenaventura?

—¡No! —mintió de inmediato llevándose una mano al pecho de la forma más vívida—. Me lo han prohibido expresamente y soy una mujer honorable. Jamás…

La dama no cambió un ápice la expresión de su gesto.

—¿Sabe quiénes son los padres de esas cuatro damiselas a quienes les ha leído la suerte?

«Ricachones, por supuesto, como si ella supiera distinguir entre un multimillonario y otro», pensó, pero logró callárselo.

—No tengo la más remota idea —contestó.

La señora Astor la miró como si le costara trabajo perdonar un error así, pero logró esbozar una tenue sonrisa.

—Banqueros, armadores, propietarios de minas e industriales del ferrocarril. En definitiva —su sonrisa se ensanchó, aunque no perdió la frialdad—, el dinero nuevo que viene a dar lecciones a quienes siempre lo hemos tenido.

Sofronia iba a decir que a ella todo aquello le importaba un bledo, pero creyó más prudente permanecer callada.

—Así que se lo voy a preguntar de nuevo —dijo la señora Astor, tomando entre sus manos el bolsito de tela que colgaba de su fajín, lo que hizo que el sonido de las monedas campanilleara en la sala—. ¿Ha echado la buenaventura a esas cuatro niñas?

Sofronia se quedó embelesada con el peso que parecía sostener la seda con la que estaba confeccionado. Ella era una pitonisa fallida, una estafa, una mujer cualquiera que se ganaba unas monedas diciéndole a la gente lo que quería oír, por mucho que su madre y su abuela le aseguraran que tenía el don y que era peligroso jugar con él.

Tragó saliva sin poder apartar la vista del bolsito y asintió.

—Es posible que lo haya hecho.

La señora Astor parecía al fin complacida.

—¿Y qué resultado ha obtenido?

¿De verdad tenía interés por aquello? Si bien era cierto que Sofronia, alias *madame* Margot, algunas veces acertaba, nunca hubiera imaginado que una gran dama de la alta sociedad como la que tenía delante sintiera el más mínimo interés por aquellos juegos de feria, y menos aún por cuatro niñas de no más de doce años.

Soltó un resoplido.

—Han sido muy buenas tiradas —se sinceró al fin—. Al menos para tres de ellas.

Una ceja de la dueña de aquella mansión pareció alzarse sola.

—¿Y la cuarta?

La mujer se encogió de hombros. Aún sentía aquel escalofrío cuando lo pensaba.

—Esa pobre niña tendrá la peor suerte posible. El diez de espadas. Será muy desgraciada, sobre todo en el amor.

En la baraja española pocas cartas había con tan mal agüero. Se persignó de manera instintiva.

La señora Astor sacó dos monedas de plata de la bolsa. Los ojos de Sofronia brillaron más que el rico metal, aunque la dama las sostuvo entre sus dedos, como si estuvieran allí pegadas, ante la mirada fascinada de la mujer.

—Ahora me dirá usted quién es la desafortunada —le exigió —, y, si es quien espero, le permitiré llevarse la botella de licor.

CAPÍTULO 1

Nueva York, otoño de 1882, once años después.

Hay tres motivos por los que una mujer con fortuna solo debe prestar atención a caballeros de su misma posición: no se mostrarán absurdamente apasionados, no intentarán sacarle los cuartos y, sobre todo, abandonarán cualquier ridícula idea de un matrimonio por amor.

Clara Van Alen, una de las cuatro herederas más prometedoras de la Costa Este, se llevó la cuchara a los labios, pero esta apenas los rozó cuando volvió a sentir aquella incómoda sensación.

Miró alrededor. Delmonico's, en la Quinta Avenida, no solo era el mejor restaurante de la ciudad, sino el único lugar donde una mujer de posición podía ser vista sola, como lamentablemente era su caso. A aquella hora todas las mesas estaban ocupadas y ya había tenido que saludar a algunas viejas alcahuetas que no habían tardado en preguntar. Esbozó la sonrisa hierática que se convertía en la careta perfecta y dio un pequeño sorbo. Estaba tomando algo ligero y había pedido la botella de champán más cara a cargo de Ronald, su prometido, como una retorcida venganza, aunque solo tomara una copa.

Aquel mediodía había quedado para almorzar con él, Ronald Vandelay, y en el último momento le había hecho llegar una nota diciéndole que le sería imposible acompañarla en Delmonico's. Asuntos de última hora.

Si esa nota hubiera llegado cuando aún estaba en casa, la humillación no se habría producido, pero no: acababa de tomar asiento cuando uno de los camareros se la acercó en una bandeja de plata.

Su madre diría que debía aceptarlo sin más, que debía dar gracias a Dios de que no estuviera prometida con un caballero ocioso, sino con un hombre de negocios que le daría el tipo de vida que ella necesitaba y…

Volvió a sentir aquella extraña sensación e, instintivamente, se masajeó la nuca. No sabría describirla, pero era como… ¿si alguien la estuviera observando? Estaba convencida de que era algo del todo infundado, ya que las ventanas estaban al otro lado y, por más que miraba alrededor, no encontraba causa que provocara aquella impresión.

Debían ser imaginaciones suyas. Desde que Violet estaba de viaje de novios había notado que le faltaba algo y, aunque era feliz por ella, la echaba tanto de menos que ya había hablado con Ronald para hacer otro viaje a Londres en cuanto la flamante nueva duquesa de Ashford se acomodara en su mansión de Wesmoor. Seguro que…

—No gire la cabeza.

La voz masculina había sonado muy cerca de su oído, lo que provocó que de manera instintiva fuera a hacer lo que precisamente le habían pedido que no hiciera.

—No lo haga —insistió la voz—. Es vital que no la vean hablar conmigo. Disimule y continúe comiendo como si nada.

Ella arrugó la nariz y miró alrededor. Nadie parecía darse cuenta de lo que estaba pasando. Recordó mentalmente la disposición de las mesas en el restaurante. Era cierto que había una justo detrás de donde ella estaba sentada y, por la cercanía de la voz, quien le hablaba debía de estar ocupando la silla a su espalda.

—¿Quién es usted?

—Ahora no importa, pero debe escucharme atentamente.

La voz era cálida y masculina, con tintes amaderados, como un instrumento de viento grave y bien afinado. Sintió un ligero escalofrío en la piel.

—Sea quien sea, no pienso…

—Señorita Van Alen —la interrumpió la voz—, usted y los suyos están en peligro. Es necesario que…

Ella fue a girarse de nuevo.

—Si no sigue mis instrucciones, me temo que no podré ayudarla.

Ante aquellas palabras, Clara se tragó su curiosidad y clavó la mirada en el plato. ¿Cómo estaba soportando todo aquello? De repente se le ocurrió.

—Si esto es una broma de Ronald…

—No tengo ni idea de quién es ese Ronald —por la firmeza de la voz parecía que decía la verdad. ¿Qué edad tendría su propietario? Era joven, desde luego, alrededor de treinta, por supuesto—. Solo tiene que escucharme, no mirar atrás y escucharme, y le aseguro que no se decepcionará.

Apretó los puños. ¿Se estaría metiendo en un problema? ¿Estaría siendo objeto de una estafa? Sin más información no había manera de saberlo.

—Le escucho.

Hubo un breve silencio antes de que le soltara la propuesta.

—Mañana a las diez debe decirle a su doncella que no la necesitará y tomar un coche de alquiler —no había duda en aquel tono, solo decisión—. Hágalo de la manera más discreta posible. No le cuente nada a sus padres. No hable con sus amigas. Se juega mucho en ello.

Aquello la escandalizó y de nuevo estuvo a punto de volverse, pero recordó lo que le había dicho y no lo hizo.

—¿De verdad cree, señor, que una dama respetable puede hacer eso sin levantar sospechas?

—Usted sí. Usted tiene los recursos necesarios.

Casi se sintió halagada, aunque no lo demostró.

—¿Y dónde se supone que debo ir?

—Diríjase a Central Park y dígale al cochero que acceda por West 79th Street, junto a West Drive. Apéese allí y espere a estar sola. Únicamente entonces, insisto, únicamente entonces diríjase a pie hacia Belvedere Castle. Yo la esperaré allí.

El solo hecho de pensarlo hizo que se marease. Tomar un coche de alquiler como una mujer cualquiera, atravesar Manhattan, meterse entre la floresta… Se le escapó un gemido.

—¿De verdad cree que voy a seguir esas absurdas instrucciones por el mero hecho de que una voz anónima me las haya susurrado mientras almuerzo?

La respuesta fue tajante.

—Sí.

Ella apretó los labios. ¿De qué iba todo aquello? ¿Cómo podía fiarse de un desconocido? Arrugó la servilleta.

—¿Con quién cree que habla? Por supuesto que no iré y le exijo que dé la cara.

En esta ocasión no hubo respuesta. Clara aguardó unos instantes.

—¿Me oye?

Pero, de nuevo, el silencio.

Solo entonces se giró para ver que la mesa que tenía justo detrás estaba vacía, aunque habían dejado una copa de vino a medio terminar y la silla que rozaba su espalda estaba girada, como si alguien se hubiera marchado cuidadosamente.

CAPÍTULO 2

Cuando Clara entregó sus guantes y su sombrero al mayordomo, su cabeza no había conseguido alejarse del inquietante suceso en Delmonico's, sobre el que cada vez tenía más certeza de que se había tratado de una broma de muy mal gusto. Lo había pensado a fondo y detrás no podía estar Ronald, su prometido. Era demasiado serio y responsable para algo así, pero sí su hermano Phil. ¿Acaso no le envió en una ocasión una nota diciéndole que lo habían secuestrado y ella lo creyó?

—Tiene visita, señorita —le anunció el sirviente mientras la ayudaba a retirarse el ligero abrigo abierto a la espalda para dejar paso al polisón.

—¿El señor Vandelay? —se refería a Ronald, su prometido, el mismo que la había dejado plantada en el restaurante y con el que se sentía bastante molesta.

—Las señoritas Sinclair y Rourke.

Una sonrisa se le dibujó de inmediato en el rostro. Trix y Amelia, junto con Violet, eran sus mejores amigas. Se conocían desde la niñez; podría decirse que se habían criado juntas, y las cuatro formaban un grupo tan unido que, cuando una aparecía en sociedad, era una señal inequívoca de que las otras andaban cerca. Precisamente Violet se acababa de casar nada menos que con un duque británico y, si no fuera porque les mandaba cartas casi a diario, podrían llegar a pensar que la habían perdido.

Clara subió las amplias escaleras de la mansión Van Alen con paso ágil y una sonrisa en los labios, pese a que el desagradable incidente del restaurante no lograba borrársele de la cabeza. El espectacular salón de recibir estaba en la primera planta, un alarde del arquitecto para que las visitas admiraran la vista del vestíbulo

desde arriba y no les quedaran dudas de lo afortunados que eran siendo recibidos por una de las familias de banqueros más destacadas de Manhattan.

Cuando el lacayo abrió la puerta, lo primero con lo que se encontró fue con la mirada de su madre.

—Creía que Ronald te acompañaría.

A Clara se le escapó un ligero suspiro mientras abrazaba a sus amigas, una costumbre muy poco elegante, pero que su madre había desistido de censurar.

—No se ha presentado —dijo al fin con evidente mal humor.

Trix arrugó la frente.

—Al menos te habrá avisado.

—Una nota cuando ya estaba sentada y el mal hecho.

Ocupó la silla vacía junto a sus amigas mientras su madre se estiraba sobre el respaldo, visiblemente molesta por este último comentario, aunque hubiera sido hecho delante de dos amigas tan íntimas que podría decirse que formaban parte de la familia.

—Enorgullécete de tener un prometido así en vez de un caballero aficionado a las apuestas —la reprendió la señora Van Alen.

Esta vez Clara no fue capaz de reprimir el suspiro de hastío.

—No me he quejado, madre —se volvió hacia sus amigas, que ya habían intercambiado una mirada entre ellas—. ¿Tenéis noticias de Violet?

Las otras dos sonrieron por el mero hecho de escuchar su nombre.

—Acaban de llegar a Venecia —anunció Amelia—, y dice que Sebastian había ordenado cubrir de pétalos de rosa las sábanas del Hotel Danieli.

Trix se llevó una mano a los labios y Clara al pecho. ¿Podía haber algo más romántico? Pero la algarabía fue puesta en cuestión por una aguda tosecilla de la señora Van Alen.

—¿No es un tanto inapropiado este asunto para unas señoritas?

Desde luego era indecoroso. Una mujer en disposición de recibir una propuesta matrimonial debía ser callada, tratar sobre

cuestiones concretas y, en absoluto, fantasear sobre ningún tema que incluyera en la misma frase las palabras «sábana» y «pétalos de rosa». Clara no le prestó atención a su madre.

—A Ronald jamás se le ocurriría algo así —dijo sin demasiado interés. Sus labios conformaron un mohín cómico—. Me dejaría sentada en la recepción del hotel mientras él terminaba de atender sus asuntos de negocio. Eso sí, con la cuenta abierta para que pidiera lo que se me antojara.

Aunque sus amigas sonrieron, a su madre no le hizo mucha gracia su comentario.

—Eso es lo que hace un caballero —apuntilló la señora Van Alen—. Recuerda a la tía Philippa.

Un nuevo suspiro voló por entre los labios de Clara.

—No se me olvida la tía Philippa, madre.

¿Acaso no se lo recordaban hasta la extenuación? De nuevo le vino a la mente el asunto de Delmonico's: un desconocido que pretendía verla a escondidas al día siguiente por un asunto vital. Si se lo contaba a su madre, le daría una apoplejía y la acusaría a ella de haber dado pie a algo tan inapropiado. Miró a sus amigas. Quizá ellas…

—¡Vaya!, las pequeñas forajidas.

Quien acababa de entrar en el salón era su hermano Phil, mayor que ella y, según algunas, el heredero más atractivo de Nueva York. La señora Van Alen se escandalizó de inmediato por la forma en que su hijo llamaba a sus invitadas.

—¡Philip, un respeto! —exclamó—. Beatrix y Amelia son…

—Un par de mocosas de las que me mofaba hace menos años de los que ellas quieren aparentar —les dedicó una sonrisa deslumbrante. Amelia se lo agradeció con la misma complicidad, pero Trix tuvo que apartar la vista porque se acababa de sonrojar, algo raro en ella. Fue precisamente en la muchacha en quien se fijó Phil—. ¿Es nuevo el anillo?

La joven Sinclair se miró la joya como si acabara de descubrirla en su mano. La giró como si se avergonzara del tamaño de aquella amatista y sus mejillas se sonrojaron aún más.

—Es un regalo de mi madre —intentó quitarle importancia.

Phil era un hombre guapo. Tenía la mirada pícara de Clara, los mismos ojos ambarinos y el cabello oscuro, pero Dios le había dado una complexión atlética y era milagrosa la manera en que rellenaba los trajes. Le guiñó un ojo a Trix.

—Temía que fuera de algún pretendiente.

Esta vez el suspiro de hartazgo provino de los labios de la señora Van Alen.

—Jamás dejarán de flirtear.

Así era. Desde pequeños, Philip y Trix habían tenido una relación especial. Él la había convertido en el centro de sus bromas galantes y ella no parecía incómoda al respecto.

Phil avanzó hasta la licorera, se sirvió un vaso y lo alzó para brindar por todas ellas.

—Madre, soy un hombre comprometido y Trix es como una hermana —aclaró—. Tenemos permitido ser insolentes, ¿no es así?

La pregunta iba dirigida a ella, aunque tardó en contestar.

—Por-por supuesto.

A Amelia nunca le había gustado aquel tejemaneje que se traían entre los dos. Como bien había dicho Phil, era un hombre comprometido y, por muy amigos que fueran y por mucho que Trix lo negara… ¿era posible que sintiera algo por él? Se puso de pie y su amiga con ella. Había llegado el momento de marcharse.

—Vamos al Met —anunció—. Han organizado una reunión para un posible patrocinio.

El gran Museo Metropolitano había sido fundado una década antes en la Quinta Avenida y ya formaba parte de la animada vida social de la ciudad. A Clara le apetecía, así se quitaría de la cabeza el desagradable incidente del restaurante y…

—Ronald puede venir a tomar el té —expuso su madre, como si leyera su mente.

Ella se volvió sin pensarlo.

—O no.

Responder así era una insolencia y no tendría consecuencias porque lo había soltado delante de Trix y de Amelia, que no eran extrañas. La tensión pareció palparse. La señora Van Alen se había quedado callada, con los labios apretados y la mirada clavada en su

hija. Phil se había girado hacia la licorera para llenar de nuevo su vaso. Fue Amelia quien la rompió esbozando una sonrisa.

—Llegamos tarde —dijo—. No la molestamos más, señora Van Alen.

Hubo los cumplidos propios de una despedida y, mientras la dama permanecía en su sillón y Philip le hacía compañía, Clara acompañó a sus amigas hasta la puerta.

—¿Estás bien? —le preguntó Trix en voz baja, que no había podido evitar notarla extraña.

—Es que…

¿Les contaba lo de aquel hombre del restaurante o estaba dándole importancia a una simple broma?

—Necesitarás cambiarte —se escuchó la voz de su madre.

Clara al fin sonrió.

—Estoy bien —tranquilizó a sus amigas—. Solo un poco molesta con Ronald, pero ya sabéis cómo es: un hombre de negocios. Seguro que aparece con una pieza de joyería o me llena la habitación de flores para excusarse.

Amelia la miró a los ojos, buscando cualquier resquicio que necesitara de su ayuda.

—Es lo que quieres, ¿no? —le preguntó con total sinceridad.

Clara respondió demasiado rápido.

—Por supuesto —le brillaron los ojos—. Ronald es el hombre perfecto. ¿Acaso los pequeños defectos no hacen más singular una obra de arte?

Ellas asintieron y se dieron un beso a la manera francesa antes de separarse. Mientras sus amigas descendían las escaleras para abandonar la mansión, Clara se preguntó si todo aquello era en verdad lo que quería y supo que la respuesta estaba llena de lagunas.

CAPÍTULO 3

Clara miró hacia atrás una vez más. ¡Aquello era una locura! Una dama sola por el parque, aunque fuera a un horario concurrido. ¿Y si alguien la veía? Porque el escándalo era peor que un atraco o un rapto violento. Casi prefería ser asesinada a que la pillaran en un trámite indecoroso como era aquel.

Tal y como el misterioso caballero le había indicado, logró deshacerse de Sophie, su doncella, encargándole que buscara cierta pasamanería para uno de sus vestidos. Eso evitó que su madre insistiera en que la acompañara si pensaba salir aquella mañana. La excusa no era muy imaginativa, pero sí sólida: visitar a las hermanas de San Sulpicio para dar limosnas.

Aquello le permitió abandonar la mansión Van Alen sin levantar sospechas, aunque pronto se darían cuenta de que no había requerido los servicios del cochero, por lo que la asaetearían a preguntas que ella despejaría diciendo que le apetecía pasear.

Encontrar un coche de alquiler había sido una experiencia excitante. Jamás había hecho algo así y, cuando el cochero la miró de arriba abajo y le pidió que le pagara por adelantado, supo que servía para aquello, fuese lo que fuese el asunto en el que se estaba metiendo.

Como el desconocido le había indicado, el carruaje la dejó junto a West Drive, y en aquel momento atravesaba no exenta de aprensión un sendero umbroso y bastante solitario que conducía directamente a Belvedere Castle.

La construcción era un elegante pastiche de inspiración mitad gótica, mitad románica, junto al estanque de las tortugas, en uno de los lugares más apartados del parque, que en aquellos momentos estaba siendo remodelado.

Clara avanzó, sintiendo en sus oídos el bombeo de su corazón, que atenuaba el canto de los pájaros y el sonido de las copas de los árboles al ser mecidos por el viento.

¿Y si era una trampa? ¿Y si lo que encontraba una vez llegara era a una panda de maleantes con aviesas intenciones? Su padre la había advertido muchas veces. Una joven de buena sociedad con fortuna propia, como era su caso, era miel para los forajidos y debía cuidarse de tener cerca a personas de dudosa reputación. ¿Por qué no le estaba haciendo caso? ¿Por qué…?

La presencia de una figura masculina de pie junto a uno de los muros de la edificación detuvo sus pensamientos, logró que por unos momentos sus rodillas flaquearan —no supo si por miedo o por emoción—, y Clara Van Alen tragó saliva antes de apretar el bolsito que llevaba en una mano y avanzar hacia él con paso decidido.

Si era el desconocido del restaurante, le llamaría la atención. Si se había equivocado y todo aquello no era más que una broma de Ronald o, más bien, de su hermano, pasaría de largo, saldría del parque y buscaría otro coche de alquiler que la llevara a casa para olvidarse de aquel estúpido asunto.

Aguzó la mirada mientras avanzaba. Alto, magníficas proporciones, ropa de buena hechura y un sombrero cuya ala le tapaba el rostro, algo propio de quien no quiere ser inmediatamente reconocido.

Clara sentía el corazón tan acelerado que temió que no le salieran las palabras cuando tuviera que acometerlo, pero…

—¡¿Usted?! —exclamaron sus labios por ella cuando al fin estuvo lo suficientemente cerca como para que él la mirara y se deshiciera del sombrero.

El caballero no sonrió; solo arrugó ligeramente las cejas y la miró como si la viera por primera vez mientras el rostro de Clara iba encendiéndose por segundos y su indignación crecía hasta hincharle el pecho.

El misterioso caballero no era otro que Thomas Pinckerville. Lo había conocido en Londres, en aquel breve viaje donde había ido a acompañar a Violet, y le había quedado de él una pésima impresión: superficial, arrogante, vanidoso, indiscreto hasta la

extenuación y con modales que en nada tenían que ver con la cortesía. Decía ser vizconde de Davenham y únicamente no lo había dudado porque era amigo de Sebastian, el esposo de Violet; de otra forma hubiera creído que era un crápula irredento.

Por lo demás, debía reconocer que era bien parecido: cabello castaño, ojos verdosos, boca generosa y una complexión que ya le había llamado la atención en Londres y que ahora logró dejar de admirar.

—¿Cómo…? ¿Cómo…? ¿Cómo…?

La ofuscación había logrado que no le salieran las palabras y lo miraba de una forma que, si sus ojos fueran katanas japonesas, ya lo habría dividido en pedazos.

—¿Habría acudido si le hubiera dicho que era yo?

—¡No! —ni lo dudó—. ¿Cómo se atreve a hacer esta pantomima?

Tom no se inmutó. Del joven atolondrado que conociera en Londres quedaba poco. El Tom Pinckerville que tenía delante se mostraba bien distinto: serio, mirada aguda, correcto hasta ese momento y sin la sonrisa fácil que parecía tallada en sus labios la única vez que se habían visto.

Clara iba a hacer lo único correcto, marcharse sin más, cuando Tom carraspeó para llamarle la atención.

—¿Me permite que me explique?

—¡No! —pero ¿qué se había creído aquel horrible hombre?—. Si me doy prisa quizá aún alcance al cochero que me ha traído hasta aquí.

Thomas se impacientó y un ligero esbozo de exasperación apareció en la expresión de sus labios. ¿Cómo podía ser tan inconsistente aquella muchacha, que no veía el peligro que se avecinaba? Intentó armarse de paciencia, aunque un ligero suspiro de urgencia se le escapó antes de hablar.

—¿No quiere oír lo que he venido a contarle, señorita Van Alen?

—¿Qué le hace suponer que algo de lo que usted quiera contarme me puede interesar? —lo fulminó con una mirada.

—Quizá el hecho de que trabaje para un departamento… —bajó la voz—, delicado al servicio de Su Majestad.

Si con aquella confesión había esperado captar su atención, el hecho de que ella lo mirara de arriba abajo con evidente desprecio logró que abandonara la idea.

—¿El departamento que se encarga de abochornar a señoritas de la buena sociedad? —soltó Clara con todo el cinismo del que fue capaz.

Aquello no estaba yendo como él había supuesto. Imaginaba que se encontraría con cierta reticencia por parte de Clara Van Alen, que tendría que usar sus métodos persuasivos para convencerla; lo que no había imaginado era que tendría ante sí una mula terca que no estaba abierta a sus propuestas.

—Supongo que lo que acaba de decir es una ocurrencia —le contestó Tom sin inmutarse—, pero no estoy aquí para frivolidades. Usted y los suyos están en peligro.

Ella soltó un «Ja», de lo más explícito.

—¿Y usted nos va a salvar?

—Esa es mi intención.

Se mantuvieron la mirada. Lo cierto era que aquel aire fanfarrón que le había conocido a Thomas Pinckerville en Londres no estaba en aquel rostro. Parecía mortalmente serio, profesionalmente comprometido con su labor, engañosamente sereno. ¿Había algo que pudiera aburrir y exasperar más a una dama? Clara fue la primera en retirarse del duelo de miradas, soltando un exabrupto.

—¿De verdad que estamos manteniendo esta conversación, señor Pinckerville?

Él asintió. En su caso, la verde mirada taladrante no se había movido un ápice de los ojos de la muchacha. ¿Estaría intentando hipnotizarla? Había oído que en ciertos espectáculos teatrales el prestidigitador lograba que un asistente del público se creyera gallina e incluso cacareara. Él bajó levemente la cabeza antes de hablar, sin apartar sus verdes ojos de los de la joven.

—Señorita Van Alen —hizo una pausa breve, como para asegurarse de que tenía toda su atención—, necesito que me introduzca en su círculo, quizá como un viejo amigo londinense, un

colega de lord Ashford que visita la ciudad. ¿Habría posibilidades de alojarme en su casa?

A ella se le abrió la boca sin que su cerebro hubiera articulado ningún músculo.

—Esto es cosa de Phil, ¿verdad? —¡esa era la respuesta! Aquello no era más que otra broma de su jocoso hermano—. ¡Phil, sal de donde estés! —gritó alrededor—. Has logrado engañarme, y ahora regresemos a casa, por favor.

La mirada que le lanzaba Tom no diferiría mucho de las que sostendría sobre una persona enajenada encerrada en un pabellón para tal menester.

—¿Quién es ese tal Phil? —se atrevió a preguntar.

—¿Insinúa…?

Aquello no podía seguir así, acordó Tom. Debía pedirle a aquella señorita que se centrara, que fuera coherente, que se tomara lo que iba a contarle en serio.

—Señorita Van Alen —dijo, grave—, le ruego que se contenga y controle ese carácter frívolo. Hay mucho en juego.

La bofetada que cruzó el rostro de Tom fue tan rápida como uno de esos haces eléctricos con los que empezaba a iluminar la ciudad el señor Edison.

Las cejas del joven se fruncieron sin comprender qué acababa de suceder y aún se lo preguntaba cuando Clara, con los puños apretados, se alejaba camino de la salida, tan enfadada que era mejor no insistir… por el momento.

CAPÍTULO 4

Sophie empezaba a ser consciente de cuánto echaba de menos a Addie. Ambas eran doncellas: ella, de la señorita Van Alen, y Addie, de la afortunada Violet Harcorut, que se había casado con un guapo aristócrata británico y se había marchado a Londres llevándose a su doncella con ella.

Pese a que la extrañaba, se alegraba de la nueva vida de Addie. No solo había abandonado los aires, a veces demasiado pesados, de Nueva York por aquella aventura inglesa, sino que había encontrado el amor y, en su última carta, le había contado que Donald le había pedido formalmente matrimonio.

Sophie suspiró y se ajustó la cinta del sombrero. ¿Le sucedería a ella algo parecido? ¿Encontraría el amor, aunque solo fuera momentáneo, explosivo y fugaz como la pólvora?

—¿Dirías que soy una mujer inflexible?

La pregunta la acababa de formular su señora, la señorita Van Alen, y Sophie tuvo que mirarla a los ojos para asegurarse de que se la había lanzado a ella.

—Cre-creo que no la entiendo, señorita.

Iban en el carruaje camino de la Banca Van Alen. Clara se mostraba extraña desde que el día anterior desapareció y regresó a casa aduciendo que solo había salido a dar un paseo. Había estado taciturna toda la tarde, ceñuda cuando la ayudó a desvestirse por la noche e incluso aquella mañana parecía incapaz de relajar una frente que en ese mismo instante mostraba fruncida.

—Quiero decir —intentó reformular la pregunta pese al traqueteo del carruaje en el que atravesaban las calles de Nueva York—, que si piensas que soy intolerante, rígida, inamovible…

—¡En absoluto, señorita! —tuvo que responder de inmediato —. ¿Qué le ha hecho llegar a esa conclusión?

«Thomas Pinckerville», iba a contestar, pero se dio cuenta de que aquello la obligaría a dar demasiadas explicaciones.

—Supongo que hoy habré pasado una mala noche y aún estoy enajenada por una pesadilla —decidió tranquilizarla y le dedicó una sonrisa fresca y luminosa—. Luego nos tomaremos un pretzel y un sorbo de cerveza negra.

La mirada cómplice de Sophie brilló.

—Si su madre se entera, montará en cólera.

Los caballos se detuvieron en ese momento.

—Tendremos que guardar el secreto.

Con la alianza reforzada, ambas abandonaron el carruaje ayudadas por el cochero, mientras un bedel ya acudía a recibirlas para acompañarlas al interior del imponente edificio.

La Banca Van Alen ocupaba uno de los chaflanes de la Quinta Avenida, un edificio de mármol blanco y resaltes de bronce dorado que mostraba claramente la opulencia y el éxito de sus dueños.

A aquella hora de la mañana, el vestíbulo estaba concurrido, pero el bedel las condujo a uno de los mostradores a los que solo podían acercarse los clientes especiales, aquellos con los que hubiera sido inapropiado hacerlos esperar su turno y ser atendidos por un cajero común.

Clara había quedado con su padre, pero también necesitaba pasar por caja para retirar algunos fondos. Cuando ambas mujeres llegaron al mostrador, las cejas de Clara volvieron a fruncirse al ver quién lo ocupaba.

—¿Y el señor Preston? —preguntó, mirando alrededor.

Sophie se fijó en el joven que remplazaba al anciano señor Preston. Era alto, de rostro simpático más que guapo, anteojos de pasta que no ocultaban una mirada amable y limpia, y le sacaba una cabeza.

—Me temo que ha concluido todos sus años de servicio —sonrió el muchacho—, y en muy buenas condiciones gracias a la generosidad de su padre, señorita Van Alen.

Una tosecilla tras ellas llamó la atención de ambas. Sophie vio a un auténtico desconocido, pero notó cómo se descomponía la expresión de su señora.

—¡¿Usted?! —espetó Clara, y el caballero anónimo le dedicó una inclinación de cabeza y le dijo que era urgente que hablaran en privado.

Aquello era raro, muy raro. Conocía a todas las amistades de su señora y aquel hombre no estaba entre ellas. Además, juraría que la mera presencia de aquel individuo había causado cierta desazón en la señorita Van Alen. ¿Quién sería?

Clara tenía los labios apretados y no apartaba la mirada del apuesto individuo, que parecía jactancioso ante ella.

—Solo un par de minutos, señor Pinckerville —claudicó, y Sophie se anotó mentalmente el nombre cuando su señora lo espetó de mala gana. Ya descubriría de quién se trataba—. Mi padre me espera y tengo muchos asuntos que atender.

El caballero, cuya boca conformaba una mueca de arrogancia, señaló un rincón del enorme vestíbulo con dos sillones resguardados por una gran palmera natural. Al ser un lugar público, nadie podría aducir falta de decoro, pero estaba suficientemente lejos del bullicio como para poder hablar sin ser molestados.

Antes de seguirlo, Clara se volvió hacia su doncella.

—Sophie, ¿te importaría encargarte tú de este asunto con el señor…? —miró al cajero.

—Preston —contestó—. Matthew Preston. Soy nieto de mi antecesor.

En cualquier otra ocasión, aquello hubiera dado para una larga conversación de su señora, que adoraba al viejo cajero y siempre tenía anécdotas que contar de él, pero apenas sonrió, le dio las gracias y siguió a aquel individuo al que, por más que intentara recordar, estaba segura de no haber visto en la vida. Aquello era extraño, muy extraño, y temió que su señora se estuviera metiendo en un lío.

—Es… amable.

Se giró hacia el muchacho. Parecía sorprendido ante el trato que le había dispensado la señorita Van Alen.

—¿Qué esperaba? ¿Una hidra de dos cabezas?

Las mejillas del joven banquero se incendiaron.

—Por supuesto que no…

—Era una broma, señor Preston —sonrió—. Según nos vayamos conociendo, se dará cuenta de que tanto mi señora como yo solemos gastarlas.

El joven la miraba con curiosidad, como si se tratara de una de las aves exóticas que se pavoneaban en el zoológico ante los visitantes, pero al fin sonrió.

—Mi abuelo habla mucho de ella, y con absoluta fascinación —tuvo que admitir, y sus mejillas se enrojecieron un poco más—. Llegué a pensar que sería una especie de diosa intocable.

Sophie miró hacia el lugar al que se habían retirado la señorita Van Alen y el desconocido. Él parecía muy sereno. Ella, alterada. Volvió a preocuparse, aunque de inmediato desterró aquellas ideas. Su señora era suficientemente lista como para no meterse en líos o como para salir airosa de ellos en caso contrario.

—También me habló de usted.

Sophie se giró hacia el muchacho. Debía reconocer que tenía algo encantador. Quizá su turbación o un aire desvalido que encajaba mal en aquel ambiente rígido y formal del banco. Lo miró con curiosidad. Llevaba años acompañando a la señorita Van Alen y era la primera vez que no era invisible para todos.

—¿Y qué le ha dicho?

Él ladeó la boca en una expresión simpática, impropia de un lugar como aquel donde nadie sonreía.

—No sería adecuado reproducir una conversación privada delante de una clienta.

Ella se mordió el labio inferior, coqueta.

—Solo estoy aquí en mi papel de doncella de una de ellas —no le dijo que también tenía cuenta en el banco.

—Para mí, cualquier persona que esté al otro lado de este mostrador merece mis mayores respetos.

Sophie parpadeó un par de veces. ¿Había dicho que se llamaba Matthew? Porque empezaba a convertirse en un hombre

interesante. Iba a preguntarle cuando la figura oronda del señor Norton, el director de la oficina, se acercó a ellos.

—¿Todo bien, Sophie?

Era la primera vez que pronunciaba su nombre, porque hasta ese momento pensaba que ni siquiera había llegado a verla pese a que acompañaba a su señora siempre que necesitaba hacer una gestión. Logró conformar una sonrisa educada.

—Muy bien. Gracias.

El hombre palmeó la espalda de Matthew.

—¿Te está tratando bien nuestro nuevo señor Preston?

El aludido no pudo evitar conformar una expresión de fastidio, pero fue tan breve que el otro no la vio. Ella, por su parte, no descompuso el rostro, manteniendo las distancias con aquel hombre que no le caía bien.

—El señor Preston está siendo un excelente profesional.

Pero el director de la oficina no los estaba mirando a ninguno de los dos. Tenía la vista clavada al frente, justo al fondo, al ángulo donde Clara y Thomas seguían hablando.

—¿Quién es el caballero que departe con la señorita Van Alen? No recuerdo haberlo visto antes.

Algo hizo que Sophie se anduviera con cuidado. Quizá la inusitada cercanía de aquel hombre que jamás antes le había hablado. Apretó su bolso con fuerza.

—Un amigo de la familia, creo —mintió descaradamente—. Habrá venido a ver al señor Van Alen.

La mención del Gran Amo hizo que la mano que aún posaba sobre el hombro de Matthew se apartara de inmediato y el señor Norton dio un paso atrás.

—Pues no les molesto más —se volvió hacia Matthew—. Preston, le necesito en Adquisiciones. Otro cajero atenderá a Sophie.

De nuevo la mueca de fastidio en la boca del muchacho, que logró transformar en una sonrisa cuando se marchó siguiendo a su superior y era sustituido por un hombre de mediana edad.

Sophie lo vio alejarse. Quizá era un poco desgarbado, pero le había resultado amable, incluso encantador, y justo antes de

desaparecer tras una puerta Matthew se giró hacia ella, le sonrió de nuevo, y Sophie no tuvo más remedio que corresponderle.

CAPÍTULO 5

Thomas Pinckerville observó a su alrededor con una mirada altanera, incluso agraviada.

—Me aburren los millonarios, señorita Van Alen, y no se dé por ofendida. De entre todos ellos, usted es una de las pocas que no me causa tedio. ¿Ve a aquel de allí? —señaló a un caballero orondo que parecía muy alterado mientras hablaba con uno de los dependientes del banco—. Intenta convencer al buen cajero de que tiene más prisa que los demás —soltó algo parecido a una carcajada —. ¿Prisa para qué? ¿Para que el chuletón de buey que seguro le está asando su cocinero no se le quede frío?

Clara no estaba de humor. Thomas Pinckerville no solo la había asaltado de una manera muy desconsiderada en el vestíbulo del banco familiar, sino que llevaba un rato haciendo observaciones absurdas sobre esto y aquello, soltando chascarrillos e incluso alguna broma que ella no coreó para no darle alas. Carraspeó y apretó los labios, incómoda.

—¿Para hacerme esa observación es para lo que ha venido a verme? —apretó los puños instintivamente—. Porque le aseguro que sus opiniones no me interesan lo más mínimo.

Él venteó los párpados, como si aquella afirmación le resultara inesperada.

—¿Qué hay de la conexión que tuvimos usted y yo en Londres?

—¿Conexión? —lo miró de arriba abajo—. Me pareció usted una persona…

—¿Encantadora?

Un sofoco subió por la garganta de Clara.

—¡Insoportable, señor!

Estaban en un lugar discreto dentro del amplio vestíbulo de la Banca Van Alen. Tom le había propuesto que se sentaran, pero ella lo había rehusado. No quería estar más de unos minutos con aquel extravagante individuo, al que solo atendía por no causar un escándalo justo en el lugar donde trabajaba su progenitor.

Tom soltó un suspiro.

—Creo haberle dicho, señorita Van Alen, que suelo causar esa impresión equivocada —sonrió—. En breve me adorará. Se lo aseguro. Les sucede a todas.

La exasperación de Clara era evidente. Debía reconocer que, cuando se encontraron en el parque, había visto ciertas cualidades en él; incluso podría decirse que le había resultado atractivo. ¿Cómo podía estar tan ciega? Miró hacia el mostrador donde Sophie hablaba con el joven cajero.

—Señor Pinckerville, esta conversación no tiene ningún sentido y debo marcharme.

Él alzó una mano para detenerla, pero no la tocó.

—¿Ha pensado lo que le dije en el parque?

—¿Que le haga pasar por un buen amigo?

Él alzó una ceja.

—Creo que esas fueron mis palabras. Le puedo asegurar que jamás haría nada que le perjudicara. O al menos que lo intentaría.

«¿Por qué estoy soportando esto?», se preguntó Clara. Un individuo frívolo y vanidoso, pagado de sí mismo, que intentaba meterla en un problema. No lo dudó.

—La respuesta es un no rotundo —se sintió bien al soltarlo—, así que usted y yo no tenemos nada más que hablar.

Iba a darse la vuelta para alejarse de él cuando la voz de Thomas pareció adquirir un matiz misterioso.

—¿Ha escuchado en boca de su padre el nombre de *sir* Archibald Clariton?

Detuvo su intención de abandonarlo y lo miró con curiosidad por primera vez.

—¿De qué le conoce?

—El señor Van Alen y él estudiaron juntos. En Harvard, creo —la observaba como si tomara nota mental de sus reacciones—.

Hasta hace poco dirigía una banca privada en Ciudad del Cabo. Es una ciudad de…

—Sé dónde está Ciudad del Cabo —contestó ella, exasperada —. ¿Por qué me habla de él?

Tom se cogió una mano con la otra, como si fuera a dar un pésame.

—Ha sufrido un trágico accidente de consecuencias mortales —curiosa forma de decirlo—. Y todo quedaría ahí si no le hubiera pasado lo mismo al señor Barrow y al señor Johanneson —ladeó la cabeza sin dejar de mirarla—. ¿Le suenan ambos nombres?

Clara había palidecido. Ninguno de aquellos nombres le era ajeno. No los conocía, pero su padre hablaba a menudo de ellos.

—Son viejos amigos de mi padre —dijo al fin.

Thomas soltó otro largo suspiro y la mirada de aburrimiento apareció de nuevo en sus ojos. Observó alrededor, como si buscara algo con lo que regodearse.

—¿Ha visitado la Baja California? —preguntó tras unos instantes.

Pero ella no le escuchaba.

—¿Qué les ha sucedido a esos caballeros?

La boca de Tom se torció en una mueca de aburrimiento.

—Baja California es un territorio encantador —obvió la pregunta de la joven heredera—, un tanto desértico, pero muy agradable. ¿Sabe que hay excelentes minas de oro en aquella zona?

Si no fuera porque provocaría un escándalo, Clara cogería a aquel hombre inconsistente por los hombros y lo zarandearía hasta que le contara qué diantres estaba insinuando. Consiguió ser más civilizada.

—¿Qué tiene todo esto que ver con mi padre?

Él apretó los labios y la admiró con las cejas fruncidas.

—Tiene usted un perfil soberbio, señorita Van Alen. ¿Se lo han dicho? No es exactamente clásico, pero sí encantador.

Sí, zarandearlo y abofetearlo eran dos tentaciones difíciles de resistir, pero de nuevo consiguió controlarse.

—Señor Pinckerville —la voz le salió un tanto correosa—, estoy muy cerca de perder la paciencia.

—¿Ve? —dio una palmada al aire—. Se ha perdido el gusto por las conversaciones amables. Todos quieren ir al grano, cuando pocas cosas hay más agradables que…

Clara miró, exasperada, hacia donde estaba Sophie. Ya parecía haber terminado la transacción y la esperaba para reunirse con su padre. Su pie tamborileó sobre el costoso mármol del suelo.

—Tiene un minuto antes de que me vaya —dio como ultimátum.

Al fin Thomas pareció tomarse aquello con la seriedad que requería y su rostro se volvió inesperadamente serio.

—Los tres amigos de su padre han sido… —bajó la voz— asesinados, todos en territorios del Imperio, y los tres, junto con el señor Van Alen, tenían algo en común.

Ella había abierto la boca instintivamente.

—¿Algo relacionado con una mina en Baja California?

—Exacto —de nuevo le brillaron los ojos—. No solo es usted encantadora, sino que no carece de luces.

—Ni suelo tener tanta paciencia como hoy.

Thomas miró alrededor antes de proseguir.

—Los cuatro habían conformado una sociedad que consiguió los permisos de explotación de una mina en concreto, una problemática porque hasta la fecha había sido propiedad de una larga estirpe de mineros alemanes asentados en México. ¿Me sigue?

—Y teme que mi padre…

Él dio un par de palmadas que atrajeron la atención de algunos clientes del banco.

—¡Encantadora! ¡Encantadora! —se derritió de placer—. Tiene usted luces, lo que dice mucho a favor de las jóvenes herederas norteamericanas.

Pese a la grave declaración que el insoportable caballero acababa de hacer, Clara no pudo evitar reprenderlo.

—¿Le han dicho alguna vez que es usted insoportable?

—A menudo —no se lo tomó a mal—, cosa que siempre me ha extrañado.

Ella intentó centrar de nuevo el asunto.

—¿Y qué tiene que ver el servicio de Su Majestad británica con todo esto?

El rostro de Thomas Pinckerville se tornó serio de inmediato.

—Tendría que matarla si se lo contara… —para estallar a continuación en una estruendosa carcajada—. ¿Se lo ha creído? —una nueva palmada al aire—. Está consiguiendo, señorita Van Alen, que me convierta en un gran admirador suyo.

Aunque exasperada, Clara logró controlarse y volver al asunto.

—Suponiendo que todo esto sea cierto…

—Lo es.

—Suponiéndolo… ¿qué puedo hacer yo?

Él se acercó, mirando a ambos lados y bajando la voz una vez más.

—Sospechamos que el vínculo está aquí, en Nueva York, quizá trabajando en este mismo banco, quizá en los clubes que su padre frecuenta o entre sus amigos más antiguos. Debemos descubrirlo, proteger a su padre y recuperar el honor del Imperio.

Ella le mantuvo la mirada. Lástima que fuera tan insoportable, porque no escaseaba de atractivo. Suspiró.

—Y para eso debo hacerlo pasar por un conocido británico que disfruta de una temporada en Nueva York.

—¿Acaso no es cierto? —mostró las palmas de ambas manos —. ¿Acaso no nos conocimos a través de Sebastian Ashford?

—¿Y por qué no se lo dice directamente a mi padre? ¿Por qué confía en que no lo haré yo?

Él se cruzó de brazos, pero la sonrisa no se diluyó de sus labios.

—Porque si eso hubiera sido bueno para su padre, yo no estaría hablando con usted, sino con él. Sospechamos que, en el momento en que lo sepa…

Su silencio al final de la frase fue tan explícito que ella sintió un escalofrío.

Se mantuvieron la mirada. Esta vez parecía un duelo. Fue Clara quien apartó la vista.

—Sé que me arrepentiré de esto, pero tenemos un trato —no le tendió la mano, por supuesto—. Usted salvará a mi padre, alejará el peligro de nosotros y se portará como un caballero.

—¿Eso último era necesario reseñarlo?

Ella volvió a mirarlo de arriba abajo antes de marcharse.

—Me temo que sí, señor. Me temo que sí.

Y lo dejó allí plantado, mientras se reunía con Sophie y dudaba si no estaba cometiendo el mayor error de su vida.

CAPÍTULO 6

La velada en casa de los Livingston estaba siendo soberbia, aunque aún faltaba el plato fuerte: el recital. La vieja mansión de Madison Square había alumbrado las mejores fiestas de la alta sociedad neoyorkina, pese a que el dinero nuevo empezaba a desplazarse hacia la Quinta Avenida y las inmediaciones de Central Park.

Adelina Patti, la cantante de ópera mejor pagada del momento, había recalado en la ciudad y los Livingston no habían escatimado en contratarla.

Bajo las deslumbrantes arañas de bronce se habían dado cita los apellidos más acaudalados. Los impecables fracs de los caballeros habían sido cepillados a fondo y las damas habían optado por la seda y sus mejores alhajas. Quien no estaba allí no merecía ser citado como miembro de la alta sociedad. Quien no se dejara ver no existía para ellos.

—¿Seguro que acudirá? —preguntó Trix mientras sus preciosos ojos azules recorrían el concurrido salón.

—Eso decía el telegrama —Clara no dejaba de buscar entre la multitud, lo que la hacía sentirse incómoda—. No ha sido cómodo pedirle a la señora Livingston que invite a un desconocido.

Amelia intervino:

—La palabra vizconde habrá ayudado a convencerla.

Esta vez Clara simplemente asintió mientras continuó buscando la figura de Thomas Pinckerville entre los invitados, cosa que hasta ese momento había sido infructuosa. Le había escrito una nota de respuesta que se llevó el mismo repartidor que había traído el telegrama y le pidió expresamente que no se retrasara. Sin embargo, una hora después, y a punto de que la Patti empezara a

cantar, aquel mequetrefe aún no había aparecido y, por lo que se preveía, no tendría la decencia de hacerlo.

Trix dio un ligero sorbo de su copa de champán y se volvió hacia su amiga.

—¿Y cómo es que Violet jamás nos ha hablado de ese tal Thomas Pinckerville? —se extrañó.

Tanto Amelia como Beatrix se habían sorprendido cuando Clara les contó que un conocido de Londres estaba en la ciudad y que ella había escrito a la celebrísima señora Livingston para que lo invitara al evento. Mucha cercanía debían tener con él Clara y Violet como para dar un paso así. La aludida carraspeó y rogó porque no se le encendieran las mejillas.

—Pasó con nosotras apenas un par de días en Wesmoor y en aquellos momentos Violet solo podía pensar en Sebastian —se excusó, aunque había mucho de verdad en ello—. Así que el señor Pinckerville y yo mantuvimos algunas conversaciones.

Lo que no les contó fue lo desagradable de soportarlo con sus altanerías, sus ínfulas y su verborrea imparable.

Amelia chasqueó los labios.

—Tengo curiosidad por conocerlo.

«Pues todo para ti», pensó Clara, pero se arrepintió al instante. Ni a su peor enemigo le desearía un cuarto de hora en presencia del señor Pinckerville. Era prepotente, maleducado y poco consciente de sus excesos. Creyó conveniente poner a sus amigas en situación, así que se volvió hacia ellas para hablarles de manera discreta.

—He de advertiros de que no es precisamente un hombre prudente.

Trix parpadeó.

—Eso merece una explicación.

¿Cómo se lo decía sin usar la peor jerga de Five Points?

—Lo cierto es que es un hombre bastante insoportable —apretó los labios antes de continuar—. Frívolo, locuaz hasta la extenuación, dudosamente educado y con una tendencia a usar superlativos que llega a exasperar.

Amelia volteó los ojos.

—Me arrepiento de haber mostrado interés en conocerlo.

—Señoritas —escucharon una voz grave y sonora desde atrás —. Señorita Van Alen.

Cuando las tres se giraron, allí estaba Thomas, impecablemente vestido de frac con pajarita blanca, su castaño cabello bien peinado hacia detrás y las mejillas impecablemente rasuradas. Les dedicó una inclinación de cabeza con la mayor compostura.

Clara no pudo evitar exasperarse.

—Al fin ha llegado.

—Un imprevisto de último momento —contestó él sin atisbo de frivolidad para inmediatamente inclinarse hacia ella y hablarle al oído—. Tenemos que hablar.

Fue tan rápido que pareció haberse inclinado en una reverencia más profunda, e inmediatamente sonrió de manera discreta a las otras dos muchachas.

—No creo tener el honor de conocerlas.

Clara se había sentido turbada por aquel gesto y aquellas palabras, pero logró sobreponerse.

—La señorita Amelia Rourke y la señorita Beatrix Sinclair —las presentó—. Él es *lord* Thomas Pinckerville, de quien ya os he hablado.

Tom no soltó improperio alguno, no usó superlativos para halagarlas ni se mostró excesivo, como era habitual en él. En cambio, fue absolutamente correcto; su sonrisa fue amable y discreta y la expresión de sus vivos ojos verdosos, afilada y cuidadosa.

Amelia no perdió la oportunidad.

—Nos decía Clara que se conocieron en Londres.

—Así es.

—Y que es usted amigo de Sebastian.

—Casi desde la cuna.

Clara lo miró con ojos entornados. Qué extraño que no usara una de sus parábolas o contara una anécdota de mal gusto, o… No pudo terminar con su reflexión porque Trix se inclinó sobre ella para hablarle al oído.

—Hasta ahora se ha comportado como un caballero.

No pudo negárselo. ¿El señor Pinckerville estaba interpretando un papel delante de sus amigas? Porque alguien debería decirle que sería muy beneficioso para él comportarse así el resto de su vida.

Esta vez fue Trix quien le preguntó:

—¿Y qué le trae por Nueva York, señor Pinckerville?

Tom sonrió, pero nada estrambótico ni exagerado, cosa extraña en él.

—Quería conocer este país. Todos hablan maravillas de su milagro económico.

Las dos amigas intercambiaron una mirada. Clara había exagerado. Aquel hombre era no solo atractivo, sino muy civilizado.

Trix, a quien gustaba escandalizar, decidió probarlo.

—¿Está usted casado?

Él no se inmutó.

—Me temo que no.

—¿Prometido?

Tampoco aquella pregunta le arrancó un comentario jactancioso o un indiscreto cumplido.

—No he tenido tiempo para ello —contestó de manera sucinta —, pese a que suele ser el principal cometido de un aristócrata. Imperdonable, desde luego.

—¿Y no es quizá esa la razón última de su visita? —preguntó Amelia con sorna.

—Me gustaría —de nuevo sonrió, aunque de una forma exquisita—, pero me temo que no tengo tiempo para frivolidades — se giró hacia Clara y clavó en ella una mirada helada—. Señorita Van Alen, ¿me acompañaría a presentar mis respetos a la señora Livingston? Ha sido muy amable invitándome.

Aquello era bastante inadecuado. ¿Una mujer prometida recorriendo un salón del brazo de otro hombre? Pero recordó que ella había sido la responsable de su presencia allí y que la petición no era del todo descabellada. Intentó buscar la manera de negarse.

—Pero…

—Seguro que sus amigas nos excusan.

En esta ocasión no esperó la respuesta, sino que comenzó a avanzar hacia el centro del salón y Clara no tuvo más remedio que seguirlo.

Por supuesto dejaron atrás a la señora Livingston, a quien Thomas no tenía el menor interés en conocer, hasta colocarse en un lugar donde poder hablar discretamente.

—Esto es muy impropio —Clara tenía las mejillas encendidas.

—Está aquí —dijo él con la misma seriedad que hasta entonces, sin prestar atención a su comentario.

Ella parpadeó un par de veces.

—¿Quién está aquí?

La mirada fría de Thomas recorrió la sala abarrotada.

—Hemos encontrado un nombre: John Peterson —hizo una pausa—. Las aduanas confirman que estuvo en los escenarios de cada uno de los crímenes los mismos días en que se produjeron.

Instintivamente Clara se llevó una mano al regazo. ¿Le estaba diciendo…?

—Debe de haber millones de John Peterson —contestó.

Thomas asintió lentamente.

—Lo que indica que es un nombre falso y un visado amañado —le clavó la mirada y ella sintió algo parecido a un escalofrío—. Ayer pasó la aduana de Nueva York.

Esta vez la tez de la muchacha palideció.

—¡Dios mío!

¿El hombre que había asesinado a los tres amigos de su padre estaba allí? ¿En Nueva York? Siguió la mirada de Tom, que auscultaba quirúrgicamente cada rostro entre los presentes… ¿estaría en aquella misma sala?

Thomas le volvió a clavar la vista, como si necesitara asegurarse de que ella le iba a entender.

—Ahora se ha vuelto vital, señorita Van Alen, vital que haga lo que sea necesario para que pueda hospedarme en su casa —sus ojos lograban intimidarla—. Necesito estar cerca de su padre.

¿De verdad le estaba sucediendo aquello? ¿Era cierto que su padre estaba en peligro? Tragó saliva.

—Buscaré la manera de que mi madre acceda.

A Thomas se le escapó un ligero suspiro. Se ajustó la pajarita y el cuello almidonado de la camisa que le sentaba francamente bien.

—Ahora he de marcharme —de nuevo le clavó los penetrantes ojos verdes—. ¿Estará bien?

Ella se sintió incapaz de mantenerle la mirada.

—¿Le importa acaso? —estaba… ¿incómoda, exasperada, turbada?

Thomas no varió la pétrea expresión de su rostro.

—No he venido a incordiarla, señorita Van Alen. Estoy aquí para ayudarla.

No se fiaba de él. No se fiaba de nadie. ¿Y si aquel individuo era el asesino? ¿Y si daba cabida en su casa al hombre que tenía como cometido…?

—Le haré llegar una respuesta —le respondió, esquiva—. ¿Dónde puedo encontrarle?

Thomas le dedicó una inclinación de cabeza.

—Seré yo quien la encuentre a usted. Preséntele mis respetos a sus amigas.

Y sin más avanzó hasta perderse entre la multitud y Clara se dio cuenta de que no sabía nada de aquel hombre.

CAPÍTULO 7

Cuando regresaba junto a sus amigas una voz la llamó.

—Señorita Van Alen, hace tiempo que no coincidimos.

No necesito girarse para saber de quién se trataba. ¿Quién no reconocía a la señora Astor? Y lo que era peor… ¿Quién no se detenía cuando ella reclamaba su presencia? Logró recomponer el rostro antes de hacerle una reverencia.

—Señora Astor —notaba la boca correosa—. Mi padre cada vez encuentra menos tiempo para los actos de sociedad y nosotras pagamos las consecuencias.

Había intentado que sonara ligero, incluso amigable, pero no debió conseguirlo pues la mirada de la dama no cambió un ápice su frialdad. Pareció evaluarla.

—¿Es amigo de lord Ashford ese joven británico con el que le he visto charla?

De inmediato Clara se preguntó si había cometido alguna inconveniencia: una mirada mal interpretada, demasiada proximidad, un gesto impropio. Intentó corregirlo.

—Fuimos presentados en Londres —se defendió—. En Wesmoor, precisamente.

La dama no pareció sorprenderse. De nuevo la analizó de arriba abajo antes de responder.

—Pues cuídelo bien, querida —le dijo de aquella manera enigmática con que se dirigía—. Los Pinckerville son una familia de recursos —hizo una pausa—. Todos ellos.

Y de la misma manera en que la había reclamado le dio la espalda para darle a entender que la conversación había terminado.

Cuando Clara regresó junto a sus amigas, aún no había podido recobrarse ni de las palabras de la señora Astor ni de los

sentimientos encontrados que la embargaban.

Por un lado, le aterraba la idea de que un malvado pudiera hacerle daño a su padre. Por otro, cada vez confiaba menos en Thomas Pinckerville, un individuo que no le cayó bien el día que se lo presentaron y que de repente aparecía para poner su mundo patas arriba.

Decidió que al día siguiente le mandaría un telegrama a Violet pidiéndole referencias. Ella sabía ser discreta y le daría, al menos, una información a la que agarrarse sobre si debía o no confiar en aquel desconocido.

—¿Dónde lo has dejado? —le preguntó Trix en cuanto estuvo junto a ellas.

La aparición y posterior marcha de Thomas había sido vertiginosa. Clara aún no comprendía por qué, después de haberle insistido tanto en que lo introdujera en su círculo social, había estado en él apenas unos minutos antes de desaparecer. También le descuadraba su actitud. Cuando lo conoció en Londres lo percibió como un hombre que nunca rechazaría una última copa, siempre tendría algo más que decir y no se marcharía cuando aún hubiera alguien en la sala. Sin embargo, Nueva York parecía haberle cambiado. Se mostraba incómodo en aquel ambiente, demasiado serio a veces, y le costaba trabajo sonreír.

Al darse cuenta de que sus dos amigas la estaban mirando, consiguió esbozar una sonrisa de despreocupación para responder quitándole importancia y, por supuesto, sin nombrar su breve charla con la señora Astor.

—El señor Pinckerville ha tenido que marcharse. Asuntos de negocio, creo.

Trix alzó una ceja, un gesto muy característico de las mujeres Sinclair.

—¿A estas horas?

La excusa había sido endiabladamente mala, pero supo salir de ella.

—Los británicos son extraños —cambió de asunto—. ¿Aquella no es Teodora Vanderbilt? Me encanta su vestido.

—No intentes esquivarnos —Amelia no se lo iba a poner fácil —, porque tengo que decirte que no estoy en nada de acuerdo contigo.

—¿Y eso es una novedad? —tuvo que contestar.

A su alrededor, la fiesta alcanzaba su máximo esplendor y la Patti ya se acercaba al piano para entonar sus arias de ópera. Amelia le lanzó una simpática mirada retadora.

—Nos habías pintado al señor Pinckerville como una especie de sátiro inconsistente y frívolo, y nada más lejos de la realidad.

A Clara se le escapó un suspiro. Si lo que había intentado su incómodo invitado era desconcertarla, lo había conseguido.

—Lo confirmo —se unió Trix a la apreciación de su amiga—. Me ha parecido encantador, absolutamente correcto y —sonrió con picardía— he de añadir que es muy apuesto.

Ante la mirada de fastidio de Clara, las otras dos amigas parecieron encantadas con el comentario.

—Sin duda lo es —convino Amelia—. Si el señor Pinckerville buscara esposa, regresaría a Londres del brazo de una rica heredera —señaló disimuladamente con la barbilla a una joven millonaria que no estaba lejos de ellas—. Anne Stanford no ha dejado de mirarlo. Sospecho que su madre hará lo imposible para saber dónde vive e invitarlo a cenar.

Clara sintió que se le incendiaban las mejillas. ¿No se enterarían antes o después? Decidió soltarlo sin más.

—Vivirá con nosotros.

Amelia y Trix se la quedaron mirando como si acabara de profanar un libro sagrado. Fue la segunda la que se atrevió a preguntar:

—¿En vuestra casa?

Era del todo inconveniente. Aunque era habitual que los parientes y amigos próximos de la familia se hospedaran en las mansiones de quienes conocían, no lo era que una mujer invitara a un hombre soltero a tal menester, y menos a un auténtico desconocido. Clara intentó defenderse.

—Sería desconsiderado que dejáramos al mejor amigo de Sebastian en un hotel, ¿no creéis? —No tenía ni idea de si era o no

tan íntimo del marido de Violet—. Además, hará muy buenas migas con mi hermano Phil.

Amelia no pudo evitar el cinismo.

—Siempre y cuando le gusten las veladas nocturnas, los naipes y el sabor añejo del *whisky*.

Trix no recibió bien aquella crítica. Para ella Phil era… perfecto. Quizá aquejado de los vicios de la juventud, pero nada más. Decidió no darle importancia.

—¿A qué se dedica el señor Pinckerville? —preguntó.

Clara tardó en contestar. ¿Les decía que era una especie de espía de la Corona británica? Aquello la obligaría a dar muchas explicaciones y la vida de su padre estaba en peligro. Tomó la decisión de ser un tanto etérea.

—Algún cargo oficial, he creído entender.

Trix, la más aguda de las tres, no paraba de observarla. Lo hacía con aquella mirada entornada que le daba un aspecto tan interesante, aunque se debía a que su vista no era muy aguda y se negaba a portar anteojos.

—Me ha parecido muy atento contigo —comentó sin darle a sus palabras matiz alguno—. Parece que en poco tiempo habéis desarrollado cierta complicidad.

Clara sintió de nuevo que le ardían las mejillas. Sabía que ninguna de sus amigas albergaba intención de causarle un mal, pero desde pequeña se habían jurado protegerse y sospechar del hombre que se les acercara estaba dentro de esa intención. Esbozó una sonrisa que a ella misma le resultó falsa.

—Te aseguro, Trix, que es un hombre insoportable.

—Pues tendrás que demostrárnoslo, porque el caballero que hemos visto no puede ser más atento.

La presencia de Ronald, el prometido de Clara, cortó la conversación de inmediato.

—¿De qué hablan las tres señoritas más encantadoras de la noche?

Había que reconocer que Ronald Vandelay era un hombre apuesto. Impecable en sus maneras, inteligente y de mente aguda, y quizá un tanto puntilloso, pero era el yerno que toda suegra

querría tener y adoraba el suelo por el que pisaba Clara. Fue esta quien contestó.

—¿Ahora llegas?

—Problemas de última hora —abrió los brazos para mostrar su impotencia—. Los trenes no esperan, querida —carraspeó—. ¿Quién era el caballero con el que te he visto hablar? No lo he reconocido.

Clara se sintió incómoda de inmediato, aunque no supo el porqué. Quizá porque estaba mintiendo, quizá porque los problemas se avecinaban, quizá porque…

—Un amigo de Sebastian —contestó Amelia por ella, pues las tres eran una roca cuando se trataba de protegerse unas a otras.

—Lo conocí en Londres —añadió Clara—. Estoy ejerciendo de una especie de…

—Anfitriona —terminó Trix la frase por ella, temiendo que su amiga dijera algo inconveniente.

Ronald sonrió de aquella manera encantadora que precedía a uno de sus consejos magistrales.

—Pues no seas egoísta y deja que Trix y Amelia compartan ese cometido.

Clara se sintió incómoda como cada vez que su prometido hacía algo así, pero estaba demasiado bien educada como para dejarlo entrever en público.

—A ellas se lo he presentado esta noche —adujo—. ¿No crees que sería descortés que lo deje en manos de unas desconocidas cuando compartí algunas veladas con él en Inglaterra?

Ronald le mantuvo la mirada. No era un hombre celoso ni tenía motivos para serlo, pero tenía cierto olfato para predecir los problemas y el nombre de Thomas Pinckerville parecía cargado de ellos.

—Tienes toda la razón —dijo al fin, volviendo a esgrimir su sonrisa más encantadora—. Tráelo al club. La semana que viene hay una partida de caza, invítalo.

Su generosidad la sorprendió.

—¿Y ese interés por conocerlo?

—Solo quiero echar una mano —le tomó la suya y se la besó —. Si un amigo de Violet visita Nueva York, debemos desvivirnos por él.

De nuevo ambos se quedaron mirándose. Lo conocía demasiado bien como para saber que algo andaba mal. ¿Qué sabía Ronald? ¿Qué sospechaba? Clara decidió seguirle el juego.

—Eso es precisamente lo que hago. Te agradezco el reconocimiento.

Su prometido se estiró de las puntas de su impecable frac y miró alrededor. Varios caballeros lo saludaron y él correspondió cortés. La Patti ya estaba recibiendo los halagos del público después de un par de canciones a las que ninguna había prestado atención. La orquesta volvería a tocar enseguida antes del último pase.

—¿Y dónde se aloja? —preguntó de improviso, sin apartar la vista de la concurrencia.

Trix y Amelia miraron a su amiga, dispuestas a defender lo primero que saliera de su boca, pero Clara era consciente de que no podía mentir.

—Lo hará en casa.

El joven Vandelay se giró hacia ella como si hubieran activado un resorte. Su expresión era una mezcla de dudas y sorpresa.

—¿En vuestra casa? —parpadeó un par de veces—. ¿Tu madre lo ha permitido?

Aquello se estaba complicando demasiado, por lo que Amelia no necesitó que nadie se lo indicara.

—Mi vals favorito —se colgó del brazo de Ronald—. ¿Bailamos?

Hubiera sido una descortesía desatender la amable petición de una señorita. Volvió a mirar a Clara, esta vez con una duda brillando en su iris.

—Por supuesto, querida —tuvo que decirle a Amelia—. A una dama nunca hay que dejarla insatisfecha.

En cuanto se alejaron hacia la pista, Trix se acercó al oído de su amiga.

—Tenemos que hablar.

Y ambas abandonaron el salón camino de la terraza exterior.

CAPÍTULO 8

La terraza se abría sobre el jardín posterior de la mansión, lo que la convertía en un lugar delicioso para una noche como aquella, clara y templada. Al estar el baile en su punto álgido entre los dos recitales de la cantante, ninguno de los invitados merodeaba por allí, lo que les dio a las amigas un momento de tranquilidad para estar a solas.

Trix no se anduvo por las ramas. Entre ellas tenían la costumbre de decir lo que pensaban, sin poner paños calientes ni buscar rodeos.

—¿Qué sucede entre Thomas Pinckerville y tú? —su voz sonó suave, como era habitual en ella—. Y no tienes que contármelo si no quieres, pero es posible que yo no sea la única que lo haya visto.

Clara parpadeó. Había estado tan pendiente de que nadie descubriera el trato que se traían entre manos que no se había dado cuenta de que…

—¿Qué se supone que has visto?

Trix soltó un suspiro. No le gustaba hablar de aquellas cosas cuando entre Phil y ella…, pero imprudentes matronas de la alta sociedad estaban pendientes de cualquier escándalo, y aquel podía ser uno jugoso.

—Clara —alzó su ceja Sinclair—, sé cuándo un hombre siente interés por una mujer.

La aludida se giró hacia ella con los ojos muy abiertos y absolutamente sorprendida.

—¿El señor Pinckerville? —una carcajada involuntaria brotó de su pecho—. Trix, por favor, aparte de ser una mujer comprometida ese caballero es lo opuesto a lo que puedo considerar un hombre mínimamente interesante.

Su amiga no tuvo que hacer un esfuerzo por creerla. La expresión de Clara le decía que así era, por lo que sintió un alivio inmediato a pesar de que había visto cierto brillo en la manera en que el señor Pinckerville miraba a Clara cuando esta no estaba pendiente. Ella misma tuvo que reír, confesando que había sentido un nudo en el estómago cuando en su mente apareció la idea de que pudiera haber cierto interés por el caballero hacia ella.

—Y en algo no estoy de acuerdo —apuntilló—: el señor Pinckerville es sumamente apuesto.

Clara bufó.

—Debo reconocer que no es mal parecido —de hecho, desde que lo viera por primera vez en Londres le resultó tremendamente atractivo—, pero tiene una personalidad cambiante. Has conocido su parte más amable. Cuando aparece la estridente, es insoportable.

Se rieron al unísono. Incluso Trix manifestó su curiosidad por conocer aquella faceta que no dejaba de ser interesante. Su padre decía que había hombres así, con personalidad cambiante, y que era complicado hacer negocios con ellos. Su madre iba más allá y afirmaba que esa era una característica de todos los hombres sobre la faz de la tierra.

A lo lejos ululó una lechuza y una ráfaga de aire frío hizo que se acercaran un poco más la una a la otra.

—¿No te extraña que Violet no nos haya escrito para decirnos que venía el señor Pinckerville? —se extrañó Trix—. No suele ser descuidada con esas cosas, sobre todo si quiere que acojamos a un buen amigo de Sebastian.

Clara se sentía incómoda mintiéndoles, pero ¿qué otra cosa podía hacer? La vida de su padre estaba en juego y no podía ponerla en peligro por nada del mundo.

—Quizá me lo comentó por carta y lo olvidé —arguyó, haciéndose la descuidada—. El caso es que aquí está y he de atenderlo.

Trix apoyó la cabeza en el hombro de su amiga. Las tres echaban terriblemente de menos a Violet. Se habían criado juntas, descubierto el mundo la una al lado de la otra y era la primera vez que una se separaba del grupo. Sin embargo, era algo inevitable.

Llegar a la edad en que una dama debe comprometerse incluía sacrificar todo su pasado, conocer nuevas amistades, acceder a otros círculos, incluso abandonar la ciudad que amaban y de la que se sentían parte.

Trix se incorporó y miró a su amiga con las cejas fruncidas.

—¿Es posible que haya apreciado una reacción de celos en Ronald?

—Sería extraordinario —ambas volvieron a reír—. A veces pienso que apenas me ve, como si fuera invisible.

La sonrisa se borró de los labios de Trix Sinclair, aunque su expresión estaba llena de cuidado.

—Y, sin embargo —hizo una pausa—, sigues adelante con el compromiso.

Clara soltó un suspiro de falso hartazgo.

—Hemos hablado de eso una y mil veces.

Su amiga la encaró. Aquel era un tema prohibido. Las cosas eran como siempre habían sido y Clara no admitía que fueran de otra manera. Trix intentó darle otra perspectiva.

—Pero sabes que lo de tu tía Philipa es imposible que te suceda, y menos…

—Ronald es el hombre adecuado —no la dejó terminar—. No encontraré a nadie como él ni quiero socavar mi juventud persiguiendo un amor que no…

Se dio cuenta del error antes de terminar la frase. Trix se había puesto sería, incluso había cierta tristeza en sus ojos.

—Hablas de mi obsesión con Phil.

—Para él solo es un juego —la tomó de la mano—. Para ti es un martirio. Sabes que el único interés que anima a mi hermano es entretenerse. Te ve como a una hermana, nunca como a una mujer, y menos como a su futura esposa

Y además estaba prometido. Trix agradeció que no se lo recordara. Para Clara parecía fácil: no amaba a Ronald ni tenía intención de hacerlo. Su vida sería como la de sus madres, casadas con hombres a quienes apenas conocían, pero ella había tenido la mala fortuna de enamorarse del hombre equivocado y del único con quien jamás podría…

Sacudió la cabeza para apartar aquellas ideas infaustas y ambas volvieron a apoyarse en la amplia balaustrada. El jardinero había tenido la idea de plantar jazmines tardíos justo abajo y el aroma que embalsamaba la noche era delicioso. La voz de Clara pareció dirigirse a cualquier lado, pues habló sin mirar a su amiga.

—El amor es solo un cuento, Trix. Un cuento con el que intentan domesticarnos. No existe; son solo exageraciones de los poetas, ríos de tinta de los novelistas para vender sus obras y declaraciones exaltadas de personas que han dejado de estar cuerdas.

—¿Y por qué les afecta a todos, entonces? —tampoco la miró.

—Porque necesitan creer en él y ¿hay algo más poderoso que la determinación humana?

Hubo un instante de silencio, como si cada una meditara sobre el verdadero significado de aquellas palabras. Al final, Trix puso una mano sobre la de su amiga.

—No quiero creer en un mundo sin amor, Clara.

Esta también lo hizo.

—Pues serás desgraciada.

—¿Tú serás feliz con Ronald?

—Es un buen hombre —tuvo que regresar los ojos al frente, como cada vez que soltaba aquella retahíla—, es trabajador, llegará lejos y nos dará a mí y a nuestros hijos la vida que merecemos.

Trix apretó los labios.

—Ruego a Dios que tengas razón, amiga mía, porque si te equivocas…

—¿Cómo puedo equivocarme? Mi vida será la que yo he elegido.

—Si te equivocas y te enamoras sin desearlo —le apretó la mano con afecto—, sin quererlo, sin esperarlo, será tarde para ti, Clara.

De repente, el sonido amortiguado de la fiesta pareció crecer, amplificarse, lo que significaba que alguien había abierto la puerta acristalada de la terraza. Ambas se volvieron al unísono para ver al atractivo Phil Van Alen, el hermano de Clara, sonreírles desde el marco de la puerta.

—¿Qué hacéis aquí? —alzó una copa—. Va a empezar la segunda parte del recital y están sirviendo champán.

Los ojos de Trix brillaron al verlo. Ambas se dieron un abrazo. Clara sonrió y miró a su hermano con afecto. Su amiga evitó contemplar la elegante y fornida figura de Phil, que la aguardaba con aquella sonrisa petulante en los labios que tanto le gustaba.

Mientras caminaban hacia el interior Clara recordó que Trix siempre había tenido intuición. «El don», lo llamaba su abuela. Era como una idea difusa, la mayoría de las veces absurda, pero que no lograba sacarse de encima. Lo que Clara no sabía era que precisamente eso era lo que le había pasado a su amiga aquella noche, justo en el momento en que apareció el señor Pinckerville, y estaba segura de dos cosas: que tenía que ver con Clara y que no era un buen augurio.

Al fin ambas entraron en el amplio vestíbulo posterior. Entonces, solo entonces, la sombra salió del rincón oscuro donde había estado agazapada, recorrió despacio la distancia que la separaba del punto exacto donde habían estado conversando las dos amigas y se quedó allí parada, como si estuviera meditando sobre lo que acababa de escuchar.

CAPÍTULO 9

Cástor y Pólux, los dos estilizados lebreles de Clara, saltaban a su alrededor mientras ella trataba de terminar la carta que un lacayo llevaría a la estafeta de correos esa misma mañana.

Podría haberle mandado un telegrama a su amiga Violet, pero necesitaba explicarle demasiadas cosas sin preocuparla, y eso requería de al menos dos pliegos de buen papel y una considerable cantidad de tinta.

En la carta, tras muchos rodeos, básicamente le preguntaba por el señor Thomas Pinckerville, aunque en términos que intentaban ser discretos. En ella le explicaba a Violet el «feliz» reencuentro, abocetaba la posibilidad de invitarlo «en breve» a hospedarse en su casa y lanzaba, a modo de bromista ocurrencia, la pregunta de si estaba alojando a un malandrín que les rebanaría la garganta con la oscuridad de la noche o a alguien respetable en quien confiar.

Estaba segura de que Violet sabría leer entre líneas, se reiría a carcajadas de su ocurrencia y preguntaría a su flamante marido, Sebastian Ashford, hasta recabar la información necesaria como para tranquilizarla.

Clara ya contaba con al menos quince días entre que la carta llegaba a Venecia y la respuesta regresaba a Nueva York, pero confiaba en que podría controlar la situación el tiempo suficiente como para que no se le fuera de las manos.

El reloj sobre la chimenea dio la hora en punto y atrajo su mirada. Se le escapó un suspiro de urgencia, dejó la pluma y echó polvo secante sobre el papel. Su invitado llegaría en breve y ella aún no había cumplido con su parte del trato. Dobló el documento en dos pliegues, lo introdujo en un sobre, escribió en él la dirección del

hotel veneciano donde se hospedaba Violet, y se lo entregó a un lacayo con la indicación de que lo enviara cuanto antes para que saliera en el correo trasatlántico de aquella tarde.

Aún le dio tiempo de acariciar a sus dos perros antes de abandonar su gabinete camino de la sala de costura, donde su madre solía pasar las mañanas en que no tenía alguna visita social.

—¿Qué tal la velada de ayer en casa de los Livingston? —le preguntó nada más verla aparecer, aunque apenas levantó la vista del pañuelo bordado al que intentaba grabar sus iniciales—. A tu padre no le apetecía hacer vida social. Últimamente todo le exaspera.

¿Sabría el señor Van Alen que su vida corría peligro? Clara sintió un escalofrío recorriéndole la espalda, pero logró contener cualquier emoción en su rostro. Su madre era perspicaz y la conocía demasiado bien como para saber si se traía algo entre manos.

Atravesó la estancia pasando una mano casual por el respaldo del elegante sofá tapizado en seda azul hasta sentarse cerca de su madre.

—Todo el mundo preguntó por ti.

Esta emitió un quedo ruidito gutural de satisfacción.

—¿También la señora Astor?

Caroline Webster Schermerhorn Astor, junto a su señor McAllister, eran el sol alrededor del que circulaba la buena sociedad de Nueva York. Ser aceptada por ella significaba brillar. Parecerle indiferente era lo mismo que no existir. Alcanzar el repudio de la señora Astor era lo más parecido a arder en las llamas del infierno que podía imaginar la señora Van Alen.

Clara sonrió. Que su madre estuviera de buen humor era vital para lo que tenía que decirle.

—La señora Astor me hizo asegurarle más de una vez que no estabas indispuesta.

Su madre alzó la cabeza para mirarla a los ojos, pero lo que vio en ellos debió convencerla —o al menos el querer creerlo—, porque soltó la labor a un lado y sus labios conformaron una sonrisa.

—Tendré que ir a visitarla esta tarde sin falta —parecía encantada—. No quiero preocuparla y…

Clara conocía muy bien a su progenitora y sabía que sería capaz de hablar durante horas de las bondades de la señora Astor y del exquisito gusto del señor McAllister, así que alzó la voz para llamar su atención.

—Madre, tengo algo que comentarte y es un poco delicado.

La señora Van Alen se puso seria de inmediato, a la vez que su mirada se afilaba.

—¿Otra de esas tonterías sobre que Ronald no te presta el tiempo que mereces?

A Clara le exasperaba que su madre estuviera siempre de parte de su prometido. La sombra de tía Philipa era demasiado alargada y, al parecer, una Van Alen no debía tener ideas propias ni otro objetivo que asegurar su futuro con un matrimonio que la protegiera… como si el dinero no cumpliera ya ese cometido.

Decidió no comenzar una de sus interminables discusiones que no llevaban a ninguna parte, sobre todo porque era tarde y su invitado podría aparecer en cualquier momento.

—Madre —se aclaró la garganta—, le he pedido que se hospede con nosotros a…

Pero no pudo terminar la frase porque la puerta se abrió y la impoluta presencia del mayordomo atravesó la sala hasta plantarse delante de ellas, dirigiéndose a su madre.

—Señora, un… —carraspeó—, un caballero y todo su equipaje esperan a ser recibidos en el vestíbulo.

La señora Van Alen pareció no entenderlo.

—¿E-equipaje?

—A eso me refería —Thomas se había adelantado—. No me ha dado tiempo a…

—¡Mi querida señorita Van Alen!

Ambas mujeres se volvieron hacia la puerta, por donde ya entraba en la salita un hombre de sonrisa deslumbrante, brazos abiertos como si necesitara dar un abrazo y la mayor expresión de felicidad posible desfigurando su apuesto rostro.

La dama miró a su hija, cuyas mejillas se habían sonrosado; después, a su mayordomo, que mostraba evidentes muestras de disgusto, para al fin ponerse en pie y dirigirse al recién llegado.

—¿Qui-quién es usted?

Thomas la miró como si una de las siete musas acabara de materializarse ante él.

—¡No sabía que tenía una hermana, mi querida señorita van Alen! —reprendió a Clara a la vez que ejecutaba una complicada reverencia—. ¿Es su hermana pequeña? —se llevó una mano a la boca, pensativo—. Sin duda que lo es. Nadie podría pensar otra cosa.

Pese a lo estrambótico de la situación, y aunque nadie podría dudar jamás de que aquella dama solo podía ser la madre de Clara, el cumplido cautivó a la señora Van Alen, que relajó ligeramente la exigencia de su voz.

—¿Qui-quién es este caballero, Clara?

La joven no logró reprimir el suspiro de hartazgo que salió de entre sus labios y procedió a las presentaciones.

—Madre, el caballero es *lord* Thomas Pinckerville, vizconde de Davenham.

—¿Un vizconde? —interés en sus ojos.

—Es un gran amigo de lord Ashford —le explicó, usando las palabras que sabía que impresionaban a su madre—, el marido de Violet. Tuvimos el honor…

Pero Thomas no la dejó terminar. Si el día anterior había sido comedido y distante, aquella mañana parecía estar usando sus recursos más expresivos para atraer la atención de la señora Van Alen. Clara anotó mentalmente que le pediría que se comportara si quería ser recibido adecuadamente en sociedad.

Iba a hacerle un gesto en ese sentido cuando Tom, que aún se mostraba fascinado por su madre, volvió a la carga.

—Mi querida señora… —la tomó por una mano para verla mejor—. ¿Acaso no está usted tallada por los ángeles? —se giró hacia Clara, haciéndose el molesto—. Señorita Van Alen, debo reprenderla por no haberme avisado de la exquisita belleza de su madre. Es incluso cruel someter a un delicado corazón como el mío a este paroxismo de delicadeza.

Sí, debía advertirlo de sus excesos y, aun así, debían felicitarse porque su madre estaba lo suficientemente impactada con

todo aquello como para no estallar. Clara sonrió para encauzar la conversación.

—El señor Pinckerville y yo nos conocimos en Londres —miró a su madre con la mayor candidez—. He creído conveniente pedirle que se aloje en Van Alen House. No podemos hacer otra cosa si es amigo del duque de Ashford.

Su madre apartó la mano, como si se acabara de quemar, y lo miró de arriba abajo.

—*Lord* Pinckerville, esto es muy inusual.

—¿En serio? —él volvió a fruncir las cejas, como si todo le extrañase—. En Londres sería de pésima educación no acoger a un conocido por muy lejano que fuere, pero si incomodo —se encogió de hombros— siempre puedo escribir una nota a mi buena amiga la señora Astor y…

Con solo pronunciar el nombre, los ojos de la señora Van Alen brillaron.

—¡Por supuesto que no molesta! —adujo—. ¿Dice conocer a la señora Astor?

Clara rogó porque fuera así; de otra manera… ¿cómo escaparía del malentendido?

—Como si la conociera —contestó él—, porque su fama ha llegado a Buckingham Palace —miró hacia la mesa junto a la ventana y señaló el florero—. ¿Eso son prímulas? Me enloquecen las prímulas.

—Azaleas.

—Esta casa es… —Thomas dio un giro sobre sus pies—. ¿La ha decorado usted, querida?

Su madre parecía confusa. Clara nunca la había visto así. Debía reconocer que la técnica para despistar del señor Pinckerville era impecable. La señora Van Alen sonrió casi con timidez.

—Di muchas ideas de lo que me gustaba cuando la amueblamos.

Él se llevó una mano al pecho.

—Su carácter está en cada tejido, en la forma de los muebles, en la elegancia de los ambientes —volvió a tomarla de la mano—. Llegaremos a ser grandes amigos. ¿Puedo llamarla por su nombre?

La señora Van Alen palideció.

—No sé si es conveniente.

—Llámeme Thomas —convino—. No… Tom —rectificó—. Insisto. No aceptaré otra cosa. ¿Cuál es mi dormitorio?

Ante una madre anonadada, Clara tomó la decisión. Lo mejor era sacarlo de la sala cuanto antes.

—Jamieson —le pidió al mayordomo, que no se había retirado —, ¿puede acompañar a *lord* Pinckerville a sus habitaciones?

—¿A cuáles, señora?

Clara no lo dudó.

—A las que estén más lejos de las nuestras.

CAPÍTULO 10

El resto del día no había mejorado un ápice para Clara, pues el carácter exagerado y adulador de Thomas Pinckerville parecía haberse acrecentado según pasaban las horas.

Fue necesario cambiarlo dos veces de habitación por petición propia: una porque la estancia estaba orientada al norte y decía que sus frágiles pulmones no soportarían la falta de sol; la otra, arguyendo que el tapizado azul de las paredes podía afectarle al ánimo, y exigió que le buscaran un dormitorio decorado en tonos cálidos.

La cena tampoco fue afortunada. En el comedor le presentaron a Phil, su hermano, y aunque el joven Van Alen fue correcto en todo momento y abiertamente predispuesto a recobrarse de la sorpresa inicial por el carácter frívolo del invitado, Tom se mostró jactancioso, presumido y llegó a decir que los hombres estadounidenses no comprendían a las mujeres y que les debía ser vedada la posibilidad de cortejarlas.

No hubo sobremesa. Phil decidió retirarse pronto porque debía madrugar al día siguiente y la señora Van Alen, que solía disfrutar de una copa de jerez antes de acostarse, adujo que las jaquecas no se lo permitirían aquella noche.

Ante la horrible expectativa de tener que soportar ella sola al señor Pinckerville una hora más, Clara se unió a los otros pareceres y, tras un rápido sorbete a modo de postre, la familia se retiró a sus aposentos y Thomas al suyo, en la otra ala de la gran mansión.

Así que allí estaba Clara, encerrada en su habitación, sin sueño, enfadada consigo misma por haberse dejado embaucar por aquel payaso inconsistente, y paseando arriba y abajo mientras su mente buscaba una manera de acabar con aquello por cualquier…

—Su padre no ha acudido a la cena.

La joven dio un respingo y se volvió de inmediato hacia el lugar de donde procedía la voz: el balcón de su dormitorio.

Allí se encontró con Thomas Pinckerville en mangas de camisa, apoyada la espalda contra el murete exterior y con los brazos cruzados. Parecía haber estado observándola durante el suficiente tiempo.

Clara abrió la boca y la cerró. La abrió de nuevo y solo logró articular un gemido de indignación antes de que las palabras salieran de entre sus labios.

—¿Có-cómo? —ignoraba cómo había llegado allí—. ¿Cómo se atreve?

Por toda respuesta, Thomas alzó una de sus fuertes piernas y casi sin esfuerzo entró en la habitación, echando un sucinto vistazo a su alrededor.

Clara estaba indignada. ¡En sus aposentos! ¡De noche! ¡Un hombre! Debía haber trepado por la enredadera del jardín, esa que ella misma insistía en que no podaran porque por ella ascendían los jazmines en verano.

Thomas no parecía preocupado, aunque su expresión era seria, en nada parecida a esa otra alocada que había mantenido durante la cena.

—Alguien del servicio podía haberme visto si hubiera entrado por la puerta —explicó, como si fuera suficiente—. Las ventanas a esta hora de la noche son las mejores opciones.

¡Aquello no podía tolerarlo! Clara levantó una mano y señaló decididamente la puerta.

—Señor Pinckerville, le exijo —lo pensó mejor—, le ordeno que salga de mi habitación inmediatamente.

Él se detuvo en medio de la estancia. Si no tuviera los mismos ojos, la misma complexión, la misma anchura de hombros, podría decirse que era un hombre distinto, pues en nada se parecía al mequetrefe con el que había cenado. La miró con aquella seria fijeza de cejas fruncidas con que la recibió en Central Park hacía unos días.

—Está siendo usted muy poco profesional, señorita Van Alen.

Fueron sus únicas palabras y sirvieron para arrojar queroseno a la ya significativa indignación de la muchacha.

—¿Profesional de qué? —casi gritó—. Soy una dama.

Él apretó los labios y la miró de arriba abajo. Solo entonces Clara se acordó de que estaba en camisón y en bata, ambas prendas tan delicadas que dejaban poco a la imaginación de lo que intentaban ocultar. Sus mejillas se incendiaron de inmediato y, aunque intentó cubrirse, él soltó un suspiro apremiante y dio un paso decidido hacia ella.

—Necesito hablar con su padre. Y lo necesito ya.

Ella lo miró a los ojos y sintió un escalofrío. ¿Eran así de verdes la última vez que se fijó? Debía reconocer que el señor Pinckerville tenía una complexión excelente. La ajustada camisa, abierta en el cuello, así lo dejaba ver y… sacudió la cabeza. ¿Cómo estaba pensando en aquello cuando un desconocido estaba junto a su cama a altas horas de la noche?

Tragó saliva al darse cuenta de que él no desistía: no se apartaba ni dejaba de mirarla de aquella forma que parecía ver debajo de la seda. Carraspeó.

—Mi padre suele llegar tarde. La mayoría de las noches no cena con nosotras.

Las cejas de Tom se fruncieron un poco más.

—Busque la forma de presentármelo. Mañana. He de interrogarlo.

Ella se sentía indignada. También sofocada, aunque a esto último no encontraba explicación alguna. Lo miró desafiante. ¿Quería que retrocediera? ¿Que se mostrara pudorosa? Se soltó la bata y el camisón liviano volvió a aparecer.

—¿No decía que mi padre no puede enterarse de lo que se trae entre manos?

Pareció que la visión del cuerpo femenino apenas cubierto por la fina tela lo incomodó porque solo entonces desvió la mirada, paseándola por la habitación. Se sacó las manos de los bolsillos, pero volvió a encasquetarlas en ellos.

—Hay muchas formas de interrogar a un hombre sin que se dé cuenta de que está siendo víctima de un cuestionario, señorita

Van Alen.

—Mi padre no es estúpido, señor Pinckerville —casi escupió cada sílaba de su apellido—. Si le llevo a su despacho en el banco, sospechará.

De nuevo se retaron con la mirada. Él no sonreía, no soltaba una de aquellas ocurrencias de mal gusto. Solo la observaba, analizaba, ¿devoraba?, y de una manera que a Clara le costaba trabajo soportar, ya que le producía cierto escozor sobre la piel. Tom se aclaró la garganta.

—Seguro que se le ocurre otra forma de que conozca a su padre.

¿Era un reto? Porque Clara Van Alen jamás esquivaba uno.

—Hay un acto de la Sociedad de Historia Natural —dijo, provocadora—. Papá no falta nunca. Puedo lograr que nos inviten.

Él apretó los labios.

—Eso será suficiente.

Sin más, le lanzó una última mirada que quemó cada trozo de piel que recorrieron sus verdosos ojos y le dio la espalda camino de la ventana. Ella parpadeó.

—¿Se va a ir así? ¿Sin más?

Cuando él se volvió exasperado, una de sus cejas se había alzado, pero su boca no mostraba una sonrisa.

—¿Quiere acaso que la bese?

De nuevo el maldito escalofrío recorrió la espalda de Clara y las inoportunas mejillas encendidas la delataron. Se hizo la mundana.

—No sea ridículo, solo exigía una explicación de su comportamiento.

Esta vez él sí se giró hacia ella para mirarla con el rostro ligeramente inclinado, como un felino a punto de saltar sobre su presa.

—¿Qué le sucede a mi comportamiento?

¿Acaso no se daba cuenta?

—Su interpretación es… —buscó una palabra poco ofensiva, pero no la halló—, es ridícula.

Él la miró sorprendido.

—¿Ridícula?

—Ha insultado a mi hermano —¿era necesario que se lo enumerara? Pues sí—. Ha ofendido a mi madre, y hasta Jamieson le detesta.

Él frunció las cejas sin sacar las manos de los bolsillos.

—¿Quién diablos es Jamieson?

—¡El mayordomo al que ha llamado por su nombre cada cinco minutos con exigencias absurdas!

Aquella revelación pareció sorprenderle. Parpadeó un par de veces y, cuando volvió a mirarla, a Clara le pareció ver que había cierto rubor en sus masculinas mejillas.

—Así que esa es la impresión que se ha llevado.

¿Estaba ante un enajenado? Todo eso había ocurrido hacía apenas un par de horas. ¿Cómo podía haberse olvidado? Lo dudó.

—¿De verdad que está capacitado para este asunto, señor Pinckerville?

El aludido gruñó y se giró de nuevo hacia la ventana.

—Intentaré arreglarlo, se lo prometo.

—¿Lo intentará?

—Las cosas no son tan sencillas, señorita Van Alen —dijo exasperado. Sacó una pierna hacia el otro lado de la barandilla, aunque de nuevo la miró antes de perderse en la oscuridad—. ¿Algo más?

Ella estaba enfadada, decepcionada, excitada… ¿había oído en su mente la palabra «excitada»? ¿Cómo podía ser? Detestaba a aquel hombre.

Clara se cruzó de brazos y alzó la barbilla.

—¿Puede ser menos…? —¿cómo decirlo?—, ¿expresivo?

De nuevo Thomas gruñó y, sin ningún esfuerzo, pasó el resto de su cuerpo al otro lado.

—Es muy posible —contestó—, pero no puedo prometérselo.

Iba a desaparecer en la oscuridad para descolgarse de nuevo por la enredadera cuando ella habló.

—Empiezo a arrepentirme de haberle creído.

Tom no tenía tiempo. Había muchas cosas que hacer antes del alba; aun así, la apuntó con su grueso y largo dedo y Clara volvió

a sentir aquel escalofrío delicioso.

—Cuando salve a su padre no pensará lo mismo —dijo antes de descolgarse—. Y ahora, si me disculpa, tengo cosas que hacer mientras usted descansa.

Y desapareció como si nunca hubiera estado allí, como si el aroma a tierra y cuero no siguiera impregnando la habitación y como si sus ojos no hubieran arrancado aquellos escalofríos a la piel de Clara.

CAPÍTULO 11

—¿Y este interés repentino por los animales disecados? —preguntó Amelia, a quien Clara había pedido que la acompañara como coartada al Museo de Historia Natural.

Sus dos amigas sabían cuánto amaba a los animales. Y también conocían su promesa: no volvería a pisar aquel museo mientras hubiera un solo animal muerto entre sus paredes.

No podía confesar que aquellos bisontes inmóviles y las jirafas eternamente erguidas le oprimían el pecho. Tampoco podía explicar que Thomas Pinckerville necesitaba conocer a su padre ese mismo día. Encontrar al señor Van Alen en casa, a una hora decente, era poco menos que un milagro.

Así que hizo lo único que le quedaba.

Sonrió.

—Dicen que han traído avestruces.

—¿Gallinas gigantes? —Amelia la miró con curiosidad—. Empiezo a estar preocupada por ti.

Ubicado en el Upper West Side, junto a Central Park, el elegante edificio de ladrillo rojizo había sido inaugurado hacía apenas un lustro y el señor Van Alen era uno de sus patrocinadores más importantes.

Las dos amigas avanzaron por la sala, tan amplia como concurrida, aunque Clara evitaba mirar dentro de las vitrinas donde los dioramas mostraban la recreación del ambiente natural de aquellos animales. Se imaginaba a sus dos lebreles, Cástor y Pólux, siendo expuestos de aquella manera y se le hacía un nudo en el estómago. ¡Maldito Thomas Pinckerville! Si supiera los sacrificios que estaba haciendo por él…

—Dos astros rutilantes que han caído del cielo.

Clara cerró los ojos antes de volverse para armarse de paciencia. ¿«Dos astros rutilantes»? ¿Qué no había entendido aquel mentecato de la conversación que habían mantenido la noche anterior? Amelia ya miraba con curiosidad al caballero que se les acercaba con una enorme gardenia adornando su impecable chaqueta.

—Señor Pinckerville, qué sorpresa —miró a su amiga—. Es curioso que Clara no me haya mencionado que vendría.

Esta logró adquirir un aire casual, aunque un tanto envarado. El recién llegado parecía incapaz de apartar la mirada de cuanta hermosa dama había en aquella sala. Una mirada que llegaba a ser ofensiva porque se deslizaba por las anatomías femeninas de manera muy poco galante.

—Ignoraba que estaría aquí —Clara mintió, molesta, y se volvió hacia una de las vitrinas—. ¿Usted también siente pasión por los animales, señor Pinckerville?

—Éxtasis, más bien —sus brazos se abrieron para abarcarlo todo—. ¿Acaso hay algo sobre la faz de la tierra más encantador que una de esas gacelas?

—¿La dama sobre la que no ha logrado apartar la mirada, quizá?

Clara se arrepintió en cuanto lo había soltado, pero a la vez sintió un alivio en el pecho muy vivificador.

Amelia la miraba tan sorprendida como el señor Pinckerville, en cuyos labios se fue formando una sonrisa que llegó a ser tan amplia como uno de aquellos buques que atravesaban el Atlántico.

—Su deliciosa naricilla se frunce de una manera encantadora cuando se pone celosa —lanzó Tom un comentario del todo reprobable.

Clara sintió cómo se le incendiaban las mejillas.

—¿Ce-celosa? —tuvo ganas de abofetearlo, pero eso atraería demasiadas miradas—. No sea absurdo, señor.

Amelia, que no comprendía nada de lo que estaba sucediendo ante ella, se vio obligada a intervenir.

—Quizá deberíamos bajar la voz.

Y tenía razón. En el reducido círculo de la buena sociedad neoyorquina todos se conocían, así que muchas personas presentes se estarían preguntando en ese momento quién era el caballero que departía con las señoritas Van Alen y Rourke.

Ante una mirada exasperada de Clara, Thomas pareció recobrar los modales.

—Me ha parecido ver a su padre.

Así era.

—Acapara toda la atención de los caballeros justo en aquel grupo —comentó Amelia, pues era cierto que el señor Van Alen parecía estar contando algo muy interesante para un nutrido grupo de señores. Finanzas, supuso, uno de los temas más mortalmente aburridos del universo, pero que más gustaba a los hombres de negocio de la ciudad.

—Mi padre no suele pasar desapercibido —comentó Clara, un tanto rígida—, de la misma forma que aquella dama parece no pasarlo para usted, señor Pinckerville.

Se refería a una mujer de cabello rubio y un tanto inadecuado vestido color rojo, muy ceñido, que parecía encantada ante el diorama de un grupo de leones dando caza a una cebra.

Amelia volvió a mirarla sin comprender qué le pasaba a su amiga. Thomas amplió su sonrisa.

—He de reconocer que soy un esclavo de la belleza femenina, señorita Van Alen —volvió a clavar la vista en el trasero de la rubia —. Mi madre decía que esa pasión me malograría.

—Una mujer sabia —el cinismo en la voz de Clara casi se podía cortar.

—Y muy aficionada al licor de guindas —aclaró Thomas —. En exceso —las miró a una y a otra—. Cuando le dimos sepultura nació un cerezo en el lugar exacto donde enterramos su ataúd.

—¿Eso…? —Clara carraspeó—. ¿Eso es cierto?

La carcajada que salió de la garganta de Thomas atrajo todas las miradas. Ambas jóvenes observaron alrededor, un tanto perturbadas. Quizá Amelia pensaba que no estaría mal que el amigo de lord Ashford conociera la ciudad por sus propios medios. Pero era evidente que Clara estaba muy unida a él.

Thomas tuvo el atrevimiento de alargar una mano y golpear apenas con la yema del dedo la punta de la nariz de Clara.

—De nuevo su orgullosa naricilla arrugada. ¡Encantador, encantador! —parecía encantado consigo mismo—. Mi madre sigue viva y coleando, disfrutando de los placeres del tenis en una innombrable ciudad italiana.

—¿Le gusta el deporte? —Amelia vio la posibilidad de hablar de asuntos civilizados.

—Le gusta su instructor, más bien —lo estropeó él—. Se la presentaré algún día —miró a Clara de nuevo—. Usted y ella tienen mucho en común.

A la muchacha se la llevaban los demonios. ¿Por qué no se portaba como el día en que se conocieron? ¿Como la pasada noche? La versión seria y distante era casi adorable, pero aquella pantomima… ¿Cuál de los dos sería el verdadero carácter de Thomas Pinckerville? Decidió que no debía dejar pasar lo que aquel malandrín acababa de soltar.

—¿Y cómo se supone que he de tomarme el comentario que acaba de hacer?

Thomas pareció no entenderla.

—Era un cumplido —buscó la aprobación de Amelia, pero no la encontró, así que se volvió hacia Clara—. Ambas, mi madre y usted, tuvieron la mala suerte de cruzarse con hombres desagradables y en ella tiene el ejemplo de que se puede ser feliz.

Amelia se había quedado muda. Su amiga intentaba refrenar las ganas de abofetearlo.

—Me alegra que reconozca que es usted insoportable, señor Pinckerville —contestó, mordiendo cada palabra.

De nuevo el joven *lord* pareció sorprendido por su respuesta.

—No hablaba de mí, me refería a ese tal Ronald —le guiñó un ojo y bajó la voz—. Déjelo. No la merece. Yo le encontraré al hombre adecuado.

La señorita Rourke se tapó la boca con la mano enguantada mientras Clara apretaba tanto su bolso que aquella noche no sentiría los dedos.

—¡Có-cómo se atreve!

Amelia se dio cuenta de que aquello iba a acabar mal, muy mal. El agradable señor Pinckerville que habían conocido en casa de los Livingston no tenía nada que ver con aquel. Clara tenía razón, era absolutamente insoportable. Lo mejor era separarse de él y que otros lo sobrellevaran. Tomó a su amiga del brazo con intención de apartarla.

—Quizá debamos acercarnos a por un aperitivo.

Clara no reaccionó. Tenía la furibunda mirada clavada en aquel hombre, animal o cosa —no sabía muy bien cómo referirlo— que tenía delante.

—Ve tú —le dijo—, tengo que comentarle algo al señor Pinckerville.

Amelia dudó.

—¿Seguro que…?

—Por supuesto, estaré bien.

Aún permaneció vacilante unos segundos antes de abandonarlos en dirección hacia una gran mesa donde se servían bebidas y pequeños sándwiches de jamón. Cuando al fin quedaron a solas, Clara se le acercó, taladrándolo con la mirada.

—¿A qué viene esto? —mordió cada sílaba.

Él tragó saliva y miró a ambos lados antes de contestar.

—¿A qué viene qué?

Clara arrugó la nariz y bajó la barbilla para dar un aspecto peligroso.

—Le dejé claro anoche que debía abandonar este papel. Se vuelve usted insoportable.

La confusión voló por un momento ante los ojos de Thomas.

—No recuerdo que me dijera exactamente…

Pero un murmullo le impidió contestar. A unos metros de donde se encontraban, el grupo de caballeros parecía haberse conmocionado por algo que estaba sucediendo justo allí, en el centro, y al que ninguno de los dos tenía acceso.

—¿Qué diantres…?

Clara no terminó la frase. Se sujetó la falda para no pisarla y corrió hacia aquel punto, pidiendo permiso para ver qué estaba sucediendo. Y sintió que el corazón se le detenía cuando descubrió,

tirado en el suelo, a su padre, empapando su elegante chaqueta en un charco de sangre cada vez más grande.

CAPÍTULO 12

Aprovechando que la señorita Van Alen había decidido asistir, extrañamente, a uno de esos actos del Museo de Historia Natural, Sophie había regresado al banco para saber cómo marchaban sus ahorros.

No era habitual que una doncella los tuviera, pero cuando entró a trabajar con la familia el señor mandó llamarla, le preguntó por sus expectativas y le dijo que a partir de ese instante invertiría a su nombre cada mes cinco chelines con objeto de que tuviera un colchón financiero cuando no pudiera seguir ejerciendo.

Si a Sophie le hubieran preguntado, habría preferido que se lo dieran a ella. No era una manirrota y habría dispuesto de un poco más de dinero para mandar a su familia, pero aquellos cinco chelines no formaban parte de su salario, eran un pago extraordinario que aportaba el señor Van Alen basado en sus estrambóticas teorías sobre la necesidad de que los trabajadores cobraran una pensión vitalicia cuando ya no pudieran ejercer sus funciones.

¡Qué ocurrencia! Como si un estado tuviera la intención de cargar con ancianos e inválidos cuando ya no fueran útiles para la sociedad. ¿Se había visto algo así alguna vez? Los poderosos preocupándose de los pobres. Pero no quiso contrariar en nada el idealismo de su señor.

Llegó a la Banca Van Alen más tarde de lo que le hubiera gustado. Habían llegado vestidos nuevos que era necesario desempaquetar, planchar y preparar por si su señora quería ponérselos, lo que la había entretenido más de lo que esperaba.

Por supuesto, no se dirigió al elegante mostrador donde solían atender a la señorita Van Alen. Eso era solo para los clientes más preciados y ella era una simple doncella. Miró la larga cola de

una de las cajas y supo que le daría la hora del almuerzo antes de que pudiera regresar. Dudó si quedarse.

—No esperaba verla tan pronto.

Sophie se giró sobre sus talones y tuvo que reconocer que el corazón le dio un vuelco cuando su mirada se cruzó con la de su interlocutor.

—Señor Preston —saludó al joven cajero—, me alegra mucho verle de nuevo.

¿Ese «mucho» había sido excesivo? Se reprendió por ser tan efusiva, pero él no pareció darse cuenta.

Aquel día el señor Preston estaba especialmente apuesto. El traje oscuro le sentaba bien y el atrevimiento de un corbatín azul cielo era todo un hallazgo. Él le señaló una dirección bien distinta de la oficina.

—¿Pasamos al mostrador?

Sophie no pudo evitar sonrojarse. Le estaba señalando la mesa taraceada donde solían atender a la señorita Van Alen. La muchacha carraspeó y señaló la larga cola de clientes que tenía delante.

—No, yo… esta vez vengo por un asunto personal. Donde suelen atenderme es aquí.

Matthew arrugó los labios en un gesto que a ella le resultó encantador, miró a ambos lados y se inclinó ligeramente hacia ella, bajando la voz.

—Nadie se enterará si está aquí para resolver sus asuntos o atendiendo los mandatos de su señora.

Le guiñó un ojo y ella sintió un cosquilleo muy agradable entre sus omóplatos. No dudó en seguirlo y casi se sintió alguien importante cuando él pasó al otro lado del mostrador, se colocó sus manguitos para no mancharse los puños de tinta y la miró con burlona sonrisa servicial.

—¿En qué puedo servir a la señora?

Sophie tapó la sonrisa de sus labios con una mano enguantada y adquirió el aire de gran dama que debía interpretar.

—Solo quería saber cómo marchan mis inversiones.

No estaba segura de si él la había creído o solo había aceptado que era una gran actriz que interpretaba su papel, pero Matthew se retiró durante unos minutos y volvió con un archivador lleno de fichas donde deberían estar los datos de su cuenta.

Mientras los buscaba le dijo algo que a ella le llamó la atención:

—Me ha parecido ver a la señorita Van Alen esta mañana.

El cochero la había recogido en la mansión a primera hora y dudaba que la hubiera dejado en otro sitio que no fuera la puerta del museo.

—¿Se ha cruzado con ella?

Él la miró un momento con aquellos ojos soñadores para volver a rebuscar dentro del archivador.

—Ha sido en el Museo de Historia Natural. Es una pequeña afición —le sonrió como si acabara de decir algo reprobable—. Solo he pasado unos minutos para ver las nuevas adquisiciones.

Muchos jóvenes se sentían fascinados por la ciencia y, al parecer, el señor Foster era uno de ellos. No le dio más importancia.

—La señorita ha salido hoy temprano. Su padre es uno de los patrocinadores del museo.

—Pues sí —dijo él—, allí estaba.

La manera de decirlo, quizá de esquivarle la mirada, hizo que Sophie se anduviera con cautela.

—¿Ha notado algo… inusual?

—En absoluto… —se apresuró él a aclarar—, pero no puedo negarle que algo sí me ha extrañado.

Ella se acercó un poco más al mostrador.

—Le escucho.

Matthew parecía incómodo. Su voz bajó aún más de volumen, hasta volverse casi inaudible.

—Discutía con un caballero y no era el señor Vandelay —se refería al prometido de su señora—. Era el mismo hombre que vino a importunarla aquí mismo el otro día —la miró, con gesto avergonzado—. ¿Estoy siendo inapropiado?

—En absoluto —logró contestar, aunque todo parecía un tanto extraño—. Mi señora tiene muchas amistades.

Él carraspeó.

—Seguro que es una de ellas.

Por algún motivo el comentario de Matthew la hizo sentirse obligada a aclararlo.

—El señor Pinckerville… —se dio cuenta de que no sabía nada de él, pese a que se lo había encontrado en los últimos días en los pasillos de Van Alen House—. Es un amigo de la familia que se aloja en la casa. Pero ¿ha dicho que los vio discutir?

—No presté demasiada atención a sus palabras. Posiblemente solo mantenían una conversación apasionada sobre la naturaleza de las nuevas adquisiciones —al fin extrajo del archivador una cartulina azulada—. Aquí está su ficha. —Alzó las cejas—. ¡Vaya!

Sophie volvió a sentirse intranquila.

—¿Ha pasado algo?

Él se apresuró a tranquilizarla.

—Ha hecho usted muy buenas inversiones. Su capital casi se ha duplicado. No es habitual ver…

Ella sonrió.

—¿Ver a una doncella con algunos ahorros?

La forma en que Matthew la observó pareció acariciarla.

—Iba a decir, a una mujer que toma tan buenas decisiones.

Se mantuvieron la mirada. A su alrededor el trajín del banco era solo un murmullo. En un momento dado Sophie se preguntó qué estaba haciendo. Ella era una simple doncella sin futuro y el señor Preston un joven prometedor con un brillante porvenir en el banco. Dio un paso atrás y esbozó una sonrisa nerviosa.

—No quiero robarle más tiempo, señor Preston.

Él no dejó de observarla.

—Llámeme Matthew, si no es demasiado atrevido.

Sophie se preguntó si el desayuno le había sentado mal, porque notaba que el corazón le latía acelerado.

—Solo si usted me llama Sophie —pudo decir.

De nuevo un silencio. Ella iba a marcharse cuando él volvió a hablar.

—Este martes hay un espectáculo de marionetas en Central Park. No sé si le gustan ese tipo de cosas.

—¡Mucho! —exclamó—. Mi padre las fabricaba para sacarse unos centavos cuando yo era pequeña.

La tez de Sophie se nubló. Le pasaba siempre que se acordaba de su padre. Lo adoraba. Los caballos desbocados de un carruaje lo habían…

—¿Le he provocado recuerdos dolorosos? —preguntó Matthew al ver el cambio en su expresión.

Sophie logró sobreponerse.

—Solo lo echaba de menos.

Una tosecilla indiscreta les hizo ver que un caballero esperaba a ser atendido. Matthew bajó otra vez la voz.

—¿Sería escandaloso por mi parte preguntar si podría acompañarla a ver el espectáculo de marionetas? La obra se titula *Un rufián enmascarado* y es una comedia.

Ella notó cómo se le encendían de nuevo las mejillas, pero esta vez era de puro placer.

—Que dos amigos vayan juntos a ver un espectáculo de marionetas me parece de lo más inocente —adujo.

Él asintió. Parecía que aquella sonrisa no podía borrarse de su rostro.

—La esperaré entonces a las puertas de su casa a las cinco en punto.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Sabe dónde vivimos?

Matthew le guiñó un ojo.

—¿Quién no conoce la residencia de los Van Alen?

CAPÍTULO 13

Clara había caído de rodillas junto a su padre, en medio de un corro de caballeros que parecían no saber qué hacer en aquellas circunstancias. Una dama que había llegado a ver el cuerpo caído del señor Van Alen se había desvanecido y el resto permanecía prudentemente apartado, a la espera de que se clarificaran los hechos.

—¡Padre, padre! —gritó ella de nuevo, intentando que abriera los ojos.

No le importaba que su vestido estuviera manchado de sangre, igual que sus manos, pues había intentado reanimarlo. El respetado banquero estaba tirado a todo lo largo a los pies de una breve escalera de no más de tres escalones que dividía en dos el espacio expositivo del museo. Estaba muy pálido y no había señales de vida en su rostro. Aunque toda aquella sangre parecía provenir de su cabeza, era posible que estuviera herido de alguna forma, aunque… ¿cómo lo habían logrado delante de toda aquella gente?

—Déjenme pasar.

Clara alzó los ojos y vio cómo Thomas accedía al círculo interior. Se había quitado la chaqueta y se remangaba las mangas de la camisa.

—¿Está… está…? —no se atrevió ella a pronunciar la nefasta palabra. Amelia, a su lado, la tomó por los hombros por si necesitara ayuda.

Tom no había perdido la calma. Su rostro arrebolado por aquella sonrisa cínica de hacía unos instantes se había transformado en una máscara seria y eficiente, y cada uno de sus movimientos parecía eficaz, preciso. Miró alrededor.

—Caballeros, el señor Van Alen necesita aire. Será mejor que se aparten. Señorita Rourke, le ruego que haga lo mismo.

Ella asintió. Se aseguró de que Clara estaba bien y se apartó a una esquina, pendiente en todo momento del estado de su amiga. Entre los caballeros hubo algunas quejas, pero la coherencia prevaleció y la aglomeración se fue diluyendo hasta dejarlos solos a él y a Clara. Después la miró a los ojos.

—¿Está segura de que quiere permanecer aquí? Puedo pedirle a su amiga que la lleve a casa.

Ella solo fue capaz de negar con la cabeza. Tom apenas sonrió.

—En ese caso será mejor que se aparte —Clara fue a protestar—. Quédese aquí, a mi lado, pero permítame tomarle las constantes vitales.

No era una petición absurda. Con un enorme esfuerzo Clara fue capaz de seguir sus instrucciones y se arrastró por el suelo hasta separarse apenas un metro del cuerpo caído de su padre.

—Le he pedido al conserje que llame a una ambulancia —le dijo para tranquilizarla—. Estarán aquí en unos minutos y lo llevarán directamente al Presbyterian Hospital. Allí están los mejores médicos.

Ella asintió. La pregunta que pululaba en su mente no fue capaz de materializarse, pero pareció que Thomas pudo adivinarla.

—Está vivo.

El pecho de Clara se desinfló al fin, y fue entonces cuando empezó a llorar. Él la dejó desahogarse mientras le tomaba el pulso, le miraba las pupilas y palpaba las zonas vitales de aquel cuerpo inerte, deteniéndose en la cabeza. Era allí donde estaba la herida, un corte bastante feo por el que manaba abundante sangre. Le hizo señas a un caballero para que le acercara el elegante pañuelo de seda que adornaba su bolsillo y no dudó en ocluir con él la herida, con firmeza, hasta que la hemorragia se detuvo.

Fue un milagro, porque al poco los ojos del señor Van Alen empezaron a abrirse, primero mirando extrañado a su alrededor, para a continuación intentar incorporarse.

—Será mejor que permanezca tumbado —le indicó Tom con la misma eficacia—. Ha sufrido una contusión. Enseguida vendrán a por usted.

Fue entonces cuando Clara se dio cuenta de que su padre… al fin su padre… estaba vivo, y se tiró sobre él. Las lágrimas y los mocos ensuciaban su rostro, pero le daba igual. Que la muchacha lo abrazara, lo besara, no era lo mejor para su recuperación, pero Tom sabía que era necesario relajar la tensión que había sufrido el bello cuerpo femenino y la dejó hacer. Cuando Clara dejó de besuquearlo, Thomas pudo confirmar que sus pupilas no estaban dilatadas.

—¿Cómo se encuentra, señor Van Alen?

El aludido fue a tocarse la herida, pero Tom se lo impidió.

—Como si uno de esos elefantes me hubiera pisoteado la cabeza.

—Tiene una herida fea, pero se recuperará.

Clara, a su lado, le acarició el rostro.

—¿Cómo ha sucedido? ¿Qué ha pasado, padre?

El señor Van Alen parpadeó varias veces. Aún se le veía confundido, pero esta vez no intentó moverse.

—Lo ignoro. Le estaba contando a unos amigos mi experiencia en las costas mexicanas cuando… —sus ojos se dirigieron hacia la escalera—. Creo que resbalé con los escalones.

—Han estado ahí desde que abrieron el museo —argumentó su hija—, y nunca han sido un inconveniente.

Alguien se acercó hasta ellos a la carrera. Parecía muy alterado. Cuando vio el cuerpo caído se detuvo en seco. Era Ronald Vandelay, el prometido de Clara.

—¿Qué ha pasado?

Tom se puso de pie y alzó una mano mientras analizaba detenidamente el rostro del recién llegado.

—Será mejor que no se acerque, señor Vandelay.

Clara volvió a estallar en lágrimas. Se puso de pie con dificultad y se arrojó a los brazos de su prometido, donde el llanto se convirtió en un gemido compungido.

—He llegado a pensar que lo había perdido —logró decir.

Ronald le acarició el cabello e intentó calmarla. Por alguna razón Tom tuvo que apartar la mirada mientras su boca esbozaba un rictus amargo. Se inclinó otra vez sobre el caído. El color empezaba a iluminar sus mejillas. El peligro había pasado, aunque sería necesario coser la herida y tratarla adecuadamente.

—¿Recuerda algo extraño antes de tropezar?

El señor Van Alen carraspeó.

—No, nada. Bueno… —su mirada aún estaba confusa—, creí ver a… —se volvió hacia Ronald y lo señaló—. Creí verte a ti entre la multitud, me giré para saludarte y…

Las cejas de Thomas se fruncieron de inmediato.

—¿Estaba usted aquí en ese momento?

El joven Vandelay pareció sorprendido por la ocurrencia.

—Claro que no, acabo de llegar.

Tom le mantuvo la mirada unos segundos, aunque este había vuelto a acariciar el cabello despeinado de Clara. Se giró de nuevo hacia el herido.

—¿Nada más, señor Van Alen?

Lo dudó.

—Un golpe en la espalda —añadió con bastante seguridad—. Como si un amigo me diera una palmada, pero quizá, al no esperarlo, me precipité hacia delante justo cuando estaba ante esos malditos escalones.

Clara se deshizo del abrazo de Ronald y de nuevo se arrodilló junto a su padre. Le tocó la frente, como si esperara que tuviera fiebre.

—Tranquilízate —le recompuso la ajada chaqueta para que no pasara frío sobre el suelo de mármol—. No es bueno que te alteres. Es posible que aún estés confuso.

Uno de los conserjes se acercó a ellos.

—Ha llegado la ambulancia —anunció.

Las damas y caballeros que estaban prudentemente aparte parecieron aliviados. Amelia no perdía detalle, pero no quería acercarse y molestar. Tom se apartó e indicó a Clara con un gesto que hiciera lo mismo.

—Será mejor que los dejemos trabajar.

Ella le hizo caso y en esta ocasión fue Ronald el que la abrazó. Por algún motivo la muchacha se sintió incómoda, pero no hizo por deshacerse. Miró a Tom un instante. Este, al verse descubierto con la mirada clavada en ella, la apartó de inmediato.

—Te llevaré al hospital —le dijo su prometido—. He mandado recado a tu madre y a Phil para que vayan directamente allí. Amelia puede acompañarnos.

De nuevo las cejas de Thomas se fruncieron.

—¿Les ha avisado antes de saber qué le había pasado al señor Van Alen?

Ronald no vaciló.

—Me lo han dicho nada más entrar. No había tiempo que perder.

Los camilleros ya corrían en dirección a ellos atravesando la sala. El hospital estaba cerca. El accidentado había salido de peligro. ¿O había sido algo más que un accidente?

Antes de marcharse tras la camilla, Clara se detuvo ante Thomas. Vaciló. Había sido injusta con él y en ese momento se daba cuenta.

—Señor Pinckerville, no sé cómo podré agradecerle esto.

Él tragó saliva. Algo le impedía mantenerle la mirada.

—No hay nada que agradecer.

—Le debo una disculpa y mi confianza.

Ronald, que había estado dando explicaciones a algunos caballeros, como si él fuera el que había resuelto todo aquello, intervino.

—Cualquiera de nosotros con algunos conocimientos lo habría hecho de la misma manera —soltó una exclamación—. Yo mismo si hubiera llegado a tiempo.

Thomas podía haberlo desarmado, podría haber expuesto que sus argumentos eran poco sólidos, que su presencia allí era demasiado fortuita, que aquella mujer no le merecía, pero solo pensó en Clara y en que la prioridad era que se recuperara de lo que acababa de pasar. Le dedicó una inclinación de cabeza a la muchacha.

—Todo va a salir bien —se aseguró de que lo comprendía—. Ahora les dejo. Su padre está fuera de peligro.

Y mientras él abandonaba la sala por otra de las puertas, Clara seguía a su padre con el brazo de Ronald alrededor de sus hombros y su amiga al otro lado, aunque fue incapaz de dejar de mirar a aquel extraño inglés al que hasta ese instante creía detestar, hasta que se perdió de vista.

CAPÍTULO 14

El papel de Thomas Pinckerville en la mansión Van Alen había cambiado significativamente.

El dueño de la casa le estaba infinitamente agradecido por haberlo socorrido y, desde su dormitorio —desde donde seguía dirigiendo su imperio financiero pese a las indicaciones de los médicos—, había dado órdenes expresas de que no le faltara de nada y fuera tratado en todo momento como un buen amigo de la familia.

La señora Van Alen así lo había hecho, también Phil, pese a que el carácter de Tom volvía a ser insoportable, dando la impresión de que la familia estaba en deuda con él y cualquier agasajo era insuficiente para saldarla.

Clara y Tom apenas se cruzaron en los días siguientes y él no había hecho por salir de casa, ya que el objeto de sus maquinaciones, el señor Van Alen, estaba recluido en sus aposentos.

Las pocas veces en que habían coincidido —un almuerzo familiar y una velada musical durante el té—, Tom se había mostrado jactancioso y altanero. Le había pedido a su madre una lista de damiselas casaderas y ricas que no fueran aburridas con intención de cortejarlas. Y, por si fuera poco, había insinuado que su hermano Phil tenía pésimas dotes para la seducción. Aunque, si ese comportamiento inaceptable quedaba corto, tenía desesperado con continuas demandas a Jamieson, el mayordomo, hasta tal punto que el buen criado había hablado con la señora de la casa dándole un ultimátum: o el señor Pinckerville dejaba de llamarle «pequeño Jaimi» o abandonaría el servicio.

Durante aquellos días él y Clara solo habían coincidido una vez a solas, en la biblioteca, mientras ella buscaba algo que leer y él

escribía una carta. No fue un encuentro afortunado. Él tuvo la osadía de preguntarle por sus lecturas impropias, cosa que la hizo sonrojar, y le pidió referencias sobre Amelia, insistiendo sobre la fortuna de su familia, pues decía que era evidente que la muchacha estaba impresionada con él.

Clara había salido de la biblioteca no solo furiosa, sino intentando comprender cómo una persona podía tener dos caracteres tan diferenciados, pues el caballero que había atendido a su padre durante el incidente del museo no tenía nada que ver con el descerebrado que creía que todas las mujeres suspiraban por él, por muy apuesto que fuera.

Por eso, aquella tarde, cuando llamaron a la puerta de su habitación y Clara encontró al otro lado a Tom Pinckerville, sintió una mezcla de alegría y desgana difícil de conjugar.

Por la expresión de sus ojos, seria y decidida, Clara supo que la versión austera era la que tenía delante, aunque dudó que la transformación no se produjera durante el encuentro. Tom permaneció unos instantes en silencio, como si se sintiera incapaz de apartar la mirada de ella. Cuando al fin habló, su voz sonó ronca, gutural.

—¿Puedo hablar con usted un instante?

Aquello era muy impropio, pero debía recordar que todo lo que se traían entre manos podía ser calificado de la misma manera. Se giró hacia su doncella, que ordenaba las sombrereras a su espalda.

—Sophie, nos vemos antes de la cena.

La joven lo entendió sin necesidad de más explicaciones. Hizo una reverencia y abandonó la estancia. Cuando quedaron a solas, ella se apartó y él pasó al interior, aunque no se movió de al lado de la puerta.

—¿Sabe que no es muy adecuado que un caballero visite a una dama en sus aposentos?

Tom asintió. Ni soltó una bravata ni se mostró cínico. Parecía que la cosa empezaba bien. Él tosió para aclararse la garganta.

—No estaría aquí si su padre no hubiera decidido que el lunes regresará a sus quehaceres en el banco.

Ella comprendió su preocupación.

—Está completamente restablecido.

—Y van a intentar atentar contra él de nuevo.

La muchacha sintió un escalofrío. Ambos estaban convencidos de que aquella caída no había sido casual. El galeno había tenido que coserlo y dado órdenes de que permaneciera al menos una semana en reposo por si surgía algún problema debido al fuerte golpe.

—Mi padre es testarudo —tuvo que admitir—. Si ha tomado esa determinación no va a cambiar de idea.

—Por eso debemos darnos prisa. Hasta ahora lo hemos protegido, ha llegado el momento de pasar al ataque.

Ella lo miró con curiosidad. Debía reconocer que cuando mostraba aquella rectitud le resultaba muy atractivo, tanto como lo rechazaba en su faceta insoportable. Sacudió ligeramente la cabeza para apartar esas ideas y centrarse en el asunto que trataban.

—¿Qué pretende?

Tom al fin se sintió capaz de apartar la mirada de ella. Hurgó en el bolsillo interior de su chaqueta y extrajo un papel doblado que le tendió.

—Esta es la lista de todas las personas que estaban en el museo aquel día.

Ella la tomó y empezó a leer los nombres.

—Debemos visitarlos a todos y hacer algunas preguntas. Le ruego que busque cualquier excusa.

No eran demasiados, pero sería una tarea ingente. Algo le llamó la atención de aquella lista.

—Aquí están Ronald y todas las damas presentes.

El rostro de Tom no se alteró.

—No es prudente descartar a nadie.

La mirada de Tom se había desviado hacia un libro que descansaba abierto y boca abajo sobre una mesita. Clara sintió que se ruborizaba de inmediato. Era otra de esas novelas eróticas que últimamente le había dado por leer. Soltó un sonido exasperado.

—¿Va a burlarse de mi lectura?

La mirada sorprendida de Tom la desarmó.

—No es algo que suela hacer.

—¿Ha olvidado que en eso consistió nuestra primera conversación en solitario? En casa de lord Ashford.

Se refería a aquella vez en que Tom la pilló leyendo en la biblioteca de Wesmoor House y, por supuesto, se burló de ella, pero nada en la expresión del joven aristócrata inglés le hacía entender que lo recordara.

—No tengo buena memoria.

Clara se le quedó mirando. Aquello era extraño, muy extraño. Una cosa eran sus supuestas dotes de interpretación, que le llevaban a representar dos personajes muy distintos y un tanto desquiciado uno de ellos, y otra sus recurrentes faltas de memoria, en las que ya había caído al menos un par de veces. Ladeó la cabeza.

—Es usted un misterio, señor Pinckerville. La mayoría de las veces es insoportable y otras, en cambio…

Tom no se jactó, más bien bajó la mirada y sus mejillas se ruborizaron.

—¿Soy inadmisible?

¿Cómo era posible que hubiera perdido la oportunidad de humillarla? Lo analizó con detenimiento. Indudablemente era un hombre muy atractivo. En su versión «hombre razonable» casi podría decir que le gustaba, tanto como lo detestaba en su forma insoportable.

—Quería decir —sonrió— que puede llegar a ser hasta agradable.

Tom volvió a bajar la cabeza. Toda la determinación que había mostrado en el museo parecía flaquear delante de ella. Carraspeó y la miró de nuevo a los ojos.

—Lamento mi torpeza, señorita Van Alen. No me siento cómodo en ambientes sociales.

—Pues lo disimula bastante bien, pese a sus… excesos.

Tom soltó por la nariz todo el aire de sus pulmones y se cruzó de brazos, como si se temiera lo peor.

—¿He hecho algo que la haya ofendido? Porque… —se corrigió al instante— meditaré sobre ello.

Clara iba a contestar cuando sintió algo caliente que le recorría la mejilla con un cosquilleo y se precipitaba hacia el encaje blanco de su vestido. Era otra de sus impertinentes hemorragias nasales. Le sucedían cuando estaba excitada, así, sin avisar, lo que a veces podía ser muy desagradable.

Tom no lo dudó. Sin perder la calma se acercó hasta ella, sacando un pañuelo blanco del bolsillo superior de la chaqueta, y de forma eficiente le alzó el mentón.

—Levante la cabeza.

Ella obedeció.

—Así.

Clara sintió cómo la limpiaba y hacía una ligera presión sobre el orificio nasal para detener la hemorragia.

—A mi hermana le pasaba algo parecido —intentó calmarla—. Exceso de temperamento, decían los médicos.

Clara se sentía… ¿incómoda? ¿Alterada? Notaba un cosquilleo en la espalda y la cercanía del señor Pinckerville lograba que su corazón latiese más deprisa. Por alguna razón toda su atención estaba puesta en aquellos dos dedos fuertes y gruesos con los que él le mantenía alzada la cabeza. Estaban muy cerca de la delicada piel de su cuello y temió que él estuviera sintiendo el pálpito de su corazón a través de aquel roce. Intentó apartarse, pero él no lo permitió.

—Se va a manchar.

Thomas permaneció firme.

—Tengo cierta familiaridad con la sangre.

El tacto masculino, la proximidad, el olor fresco y a la vez terroso que desprendía lograron que al fin Clara tomara el pañuelo y diera un paso atrás, separándose de él, pues su cuerpo reaccionaba de maneras que hasta entonces no había experimentado y que la volvían confusa.

—Temo que a veces me suceda en medio de un baile o en una recepción —se excusó, terminando de limpiarse al ver que al fin la hemorragia había cesado.

—Llevaré varios pañuelos encima de ahora en adelante.

La sonrisa de Tom la desarmó. También el brillo de sus ojos, limpio, fresco, sin dobleces.

—Es…, es usted muy amable.

De nuevo se mantuvieron la mirada y ella hizo algo del todo irracional: avanzó la distancia que los separaba, se pegó al cuerpo masculino y lo besó en los labios.

Aquello cogió a Tom tan desprevenido que no se atrevió a abrazarla, aunque sí reaccionó al contacto, junto con el resto de sus miembros, y degustó aquel beso sorprendente. Fue apenas un instante: los cálidos labios femeninos sobre los suyos, el suspiro delicioso de Clara en su boca, el sabor de aquella mujer en su paladar.

Ella misma se apartó, con las mejillas encendidas y la mirada arrebolada.

—Lo-lo lamento —se llevó una mano al vientre—. No sé cómo he podido… Yo… lo lamento.

Thomas parecía muy serio. Solo alzó una mano para intentar calmarla.

—Clara… yo…

—No volverá a pasar —gimió.

Tom simplemente le mantuvo la mirada un instante, la bajó mientras tomaba aire y abandonó la habitación sin decir una sola palabra.

CAPÍTULO 15

Therese terminó de cepillarle el cabello.

—¿Necesita algo más, señorita?

Trix se lo agradeció con una sonrisa, se ajustó la ligera bata de seda y se contempló en el espejo.

—Nada más —le contestó—. Retírate a descansar, debes estar agotada.

El trabajo en casa de los Sinclair no tenía nada de eso. Aparte de ser una de las mejores mansiones que se habían construido recientemente en la Quinta Avenida, el personal era tan abundante que los trabajos estaban muy bien repartidos. Atender a Beatriz Sinclair era el trabajo más fácil al que Therese se había dedicado, y estaba agradecida por ello. Le hizo una reverencia a su señora y abandonó la estancia.

Trix volvió a mirarse en el espejo. Aquel tiempo de espera siempre lo llevaba mal. Debía aguardar a que la familia se retirara a sus aposentos y tanto su padre como su hermano solían quedarse charlando en la biblioteca hasta bien pasada la medianoche, lo que significaba que al menos un lacayo y el mayordomo deambulaban por la casa después de que todos se hubieran retirado a dormir.

Tomó una de las novelas góticas que tanto le gustaban, se sentó en la descalzadora y se enfrascó en la lectura durante las siguientes dos horas, hasta que la casa se quedó en penumbra y tan silenciosa que solo se escuchaba su esqueleto de madera crujiendo y adaptándose a la nueva construcción. Fue entonces cuando escuchó los tres golpes en la ventana, lo que la hizo sonreír.

Se puso de pie. Se abrió la amplia bata, se retiró el rubio cabello hacia atrás, se miró un momento en el espejo y solo entonces fue hasta la ventana para abrirla de par en par.

—Creía que me moriría si hubiera tenido que soportar un minuto más sin verte —dijo el joven que sobrepasó la baranda del balcón y entró en la habitación.

Trix se tiró a los brazos de Phil, pues de él se trataba, y este la recibió con un beso que le quemó la boca y le erizó la piel.

Había sido un acierto pedirle a su madre mudarse a la parte trasera de la mansión Sinclair. Daba a una calle secundaria apenas concurrida y la alta tapia del jardín evitaba la mirada de curiosos. Su madre había querido saber la razón y ella había argumentado que necesitaba tranquilidad. En sus antiguos aposentos, en el lado sur de la fachada, trepar hasta el primer piso era un riesgo y el constante trasiego de carruajes, incluso a altas horas de la madrugada, convertía aquellas visitas en un peligro.

—¿Has hablado con la señorita Lennon? —le preguntó la muchacha, apartándose un instante de sus labios. Él soltó un suspiro.

—Apenas he cruzado tres frases con ella desde que nos prometieron. Ni siquiera recuerdo el tono de su voz.

Aunque el comentario había intentado ser desenfadado, ella no lo recibió con agrado. Traicionar a otra mujer era algo que no encajaba en su código de conducta y que la torturaba constantemente. Como decía Phil, la señorita Lennon y el joven Van Alen apenas se habían visto y la joven prometida tampoco había prestado demasiado interés por su futuro esposo. En cambio, ellos dos hacía años que mantenían aquella relación y era la joven casadera que habían elegido los Van Alen para él, la que la había apartado del hombre que amaba.

Consiguió deshacerse del abrazo y lo miró con la frente fruncida y los brazos cruzados.

—Me lo prometiste.

Él volvió a abrazarla, a intentar besarla.

—Dame tiempo —rogó—. Mi padre está en un momento difícil. Cualquier cosa que le proponga le parecerá fatal, sobre todo una ruptura con los Lennon.

Phil tenía razón. Los matrimonios concertados eran una costumbre en la que los esposos no tenían ni voz ni voto; sin

embargo…

Ella se apartó el cabello del rostro.

—Si no hablas con ella no podremos seguir viéndonos —ya se lo había dicho muchas veces—. No soy una de esas mujeres que traicionan a las de su mismo género.

Él resopló y le besó el cabello.

—Ella es la extraña, no tú.

Trix consiguió desasirse de nuevo. Aunque llevaba todo el día esperando aquel momento, era consciente de que no podía dejarse llevar. Aquella relación solo tenía dos caminos: o formalizarse o romperse, y el limbo en el que estaban era doloroso.

—Eso no arregla nada, Phil —lo acusó—. Debes hablar con tu padre cuanto antes, y después con ella.

—Así lo haré, te lo prometo —la devoró con los ojos—. Y ahora ven aquí.

CAPÍTULO 16

Cuando Clara dejó sus aposentos estaba tan agitada que, antes de entrar en el salón, tuvo que detenerse unos instantes, cerrar los ojos y tomar aire. Lo contuvo en los pulmones y contó hasta seis. Siempre le había venido bien. Y solo entonces, aunque no más calmada, abrió la puerta y pasó al interior.

Cástor y Pólux, sus dos grandes lebreles, saltaron a su alrededor en cuanto la olisquearon, aunque en ese momento Clara solo tuvo ojos para Thomas, que tomaba el té con el resto de la familia como si nada hubiera ocurrido entre ellos. Cuando la vio aparecer le lanzó una exagerada sonrisa de cejas alzadas y pareció la mar de congratulado.

—Le decía a su prometido que tiene suerte teniéndola a usted.

Si a Tom aquel beso le había impactado tanto como a ella no lo demostraba. En aquel rostro masculino y atractivo no había muestras de incomodidad ni de arrepentimiento, solo de… ¿indiferencia? Estaba cómodamente sentado en una butaca, las piernas cruzadas, aquella expresión insoportablemente jactanciosa en el rostro, y hacía lo imposible por ser el centro de atención.

Pese a que lo acababa de referir, Clara solo se dio cuenta de que Ronald estaba allí cuando se puso en pie y se acercó educadamente a besarle la mano.

—Estás muy pálida —se la quedó mirando—. ¿Te encuentras bien?

Tom, por supuesto, contestó por ella.

—Los sofocos de la edad.

—No he cumplido los veinticinco, señor Pinckerville —el nerviosismo del principio se le estaba convirtiendo en el conocido

malhumor cuando aquella versión de Pinckerville estaba ante ella.

Thomas lanzó un suspiro aburrido.

—No confíe en los años. Una prima mía los sufría desde la adolescencia. Terminó viviendo en Estocolmo —sus labios soltaron un resoplido—. ¡Estocolmo! —miró alrededor para asegurarse de que todos estaban igual de indignados que él—. ¿Puede haber un sacrificio mayor?

El único que faltaba era Phil. Su padre, aún con la cabeza vendada, estaba cómodamente sentado en su butaca y tenía buen aspecto. Su madre se mostraba más callada que de costumbre, cosa que sucedía desde que el insoportable intruso se hospedaba con ellos. Ronald tenía aquella expresión que adquiría su rostro cuando algo lo superaba y prefería no intervenir. Ella se dirigió a su padre, evitando deliberadamente al señor Pinckerville.

—¿No deberías estar en tus habitaciones?

—Me niego —contestó tajante—. La herida está prácticamente curada, he tenido todos los cuidados y me siento bien. Un resbalón no puede convertirme en un inválido.

Una de las doncellas rellenó las tazas vacías para retirarse discretamente a un rincón. Clara agradeció aquel minuto de silencio que, por supuesto, fue roto por otro comentario de Thomas.

—Hablaba con mi adorada Pamela —le palmeó la mano a la madre de Clara, que así se llamaba— sobre la señorita Sinclair. He oído decir que dispone de una dote fabulosa.

Clara lo miró anonadada. No solo había cometido la insolencia de tratar a su madre por el nombre de pila, y esta lo había dejado hacer, sino que… ¿estaba interesado en una de sus mejores amigas? Quizá debería dejarlo que se estrellara por sí mismo. Trix solo tenía ojos para Phil y nunca permitiría que alguien como el señor Pinckerville la cortejara. Sin embargo, decidió advertirlo.

—Me temo, señor, que la señorita Sinclair no está interesada en usted.

Él alzó las cejas, sorprendido.

—¿Cómo va a ser eso posible?

¿De verdad se había sentido inclinada a besar a un individuo como aquel? ¿Qué no estaba funcionando bien en su cabeza?

Intentó no alzar la voz.

—¿Se extraña de que una mujer no caiga rendida a sus encantos?

—Si… no… —Tom se aclaró la garganta—, he creído ver muestras de interés.

—Lo ha confundido con cortesía.

Clara lo analizó. Aquella contrariedad en su rostro parecía real, como si estuviera convencido de que era irresistible. Al fin Thomas sonrió.

—Bien —anunció—, pues dirigiré mi interés hacia la señorita Rourke. Es igual de bella —palmeó la mano de la señora Van Alen—. ¿No lo crees, adorada Pamela?

Su madre, inflexible normalmente, parecía cautivada.

—No sabría decirte, Thomas.

¿Se tuteaban? Su madre no tuteaba a nadie, ni siquiera a su marido, a menos que estuvieran en la más estricta intimidad. Clara tenía ganas de atravesar el salón, abofetearlo y exigirle que le devolviera su beso. En cambio, prefirió ser hiriente.

—Si no le interesa a Trix, a Amelia le es usted completamente indiferente.

Thomas aguzó la mirada, incluso se inclinó hacia delante para verla mejor.

—¿Noto cierto cruel regocijo en sus palabras?

Ella logró sonreír.

—Al contrario. Intento evitarle una humillación.

Hasta ese momento Ronald había sido invisible para ambos, pero no había perdido detalle de aquel duelo dialéctico donde las pullas volaban como dagas envenenadas. Se adelantó hasta el borde de la silla donde estaba sentado.

—¿Qué sucede entre ustedes?

Clara iba a responder quitándole importancia cuando Tom lo hizo por ella.

—Su prometida, querido Ronald, es muy celosa de sus amigas, pero confío que cuando ustedes se casen se volverá más dócil.

La boca de Clara se abrió sola.

—¿Cómo se atreve?

Pinckerville miró a ambos lados, como buscando apoyo a aquella pregunta.

—¿He dicho algo que haya podido ofenderla?

Su madre salió en ayuda de su nuevo mejor amigo.

—Clara, compórtate. El señor Pinckerville solo intenta ser amable.

—¡Madre!

—Solo veo preocupación por ti en sus palabras.

Tuvo que tragarse su rabia y apretar los puños hasta hacerse daño en la palma de la mano con las uñas. Si la intención de aquel hombre horrible era sacarla de sus casillas no lo conseguiría, no lograría…

—¿Tienen ya fecha para la boda?

La pregunta había sido lanzada por Thomas, como no, y era muy incómoda, porque hasta el momento Clara había evitado que se concretara su compromiso. Estaba segura, muy segura de que Ronald era el hombre adecuado, pero también le resultaba asfixiante la perspectiva de una boda y lo que ello suponía. Su madre parecía encantada con la indiscreción de su invitado.

—Esa es una muy buena pregunta.

Ronald la miró y menos mal que no leyó el terror en sus ojos.

—No creo que este… —el joven no terminó la frase.

—Primavera es una época perfecta —el apunte de Thomas pareció encantar a la señora Van Alen—. Más adelante me será imposible asistir.

Con lo que Clara se quedó fue con que faltaban muchos meses para primavera y… ¿tendría que soportarlo todo ese tiempo?

—¿Espera permanecer aquí hasta primavera?

Él pareció compungido, como si estuviera haciendo un esfuerzo enorme. Palmeó la mano de la señora Van Alen.

—Mi querida Pam me lo ha rogado, exigido, y soy demasiado débil como para resistirme a una petición así.

Ronald, que había estado concentrado en las palabras de Thomas, asintió.

—Quizá tenga razón, quizá deberíamos fijar la fecha —miró a Clara—. Hemos estado dilatándolo demasiado.

Ella tragó saliva.

—No es necesario precipitarse.

—El día 15 de abril es viernes —Thomas de nuevo—. Dicen que es un día afortunado para los desposorios.

Ronald rebuscó en el bolsillo interior de su chaqueta hasta extraer un pequeño cuaderno garabateado que consultó hoja tras hoja.

—Veamos —determinó—. Me viene bien. Ese día no tengo reuniones, aunque el viaje de novios deberíamos dejarlo para más adelante.

Tom se puso de pie y palmeó al aire.

—¡Entonces tenemos fecha! Que el pequeño Jaimi traiga champán.

La señora Van Alen lo imitó, levantándose. Fue hasta donde estaba sentada su hija, le besó la mejilla y le lanzó una mirada de orgullo.

—Querida, soy absolutamente feliz —sí que parecía una madre dichosa—. Esto es lo que siempre has querido.

Su padre, que estaba observando el espectáculo desde la butaca, ladeó la cabeza.

—¿Estás mareada? —se refería a su hija.

Clara no solo estaba mareada, sino aterrada. Se acababa de dar cuenta de que su compromiso con Ronald había sido maravilloso mientras solo era eso, un proyecto, pero cuando se materializara…

—La-la emoción —adujo, y se puso de pie.

Pinckerville parecía henchido de felicidad. ¿Cómo había podido Clara ver en él a un hombre a quien querer besar? Evidentemente estaba perdiendo la cabeza. Eso era.

—A veces pasa —comentó Tom—, la felicidad cuesta digerirse.

Ella tuvo que apoyar una mano en el respaldo de la silla.

—¿Puedo retirarme? —tosió—. Quiero ir meditando sobre mi vestido de… de novia.

Su madre había ordenado descorchar la botella de champán.

—¿No quieres que lo celebremos?

—No así —necesitaba salir de allí cuanto antes—. No está Phil. Haremos una cena para todos.

Thomas volvió a palmear al aire.

—Una idea excelente.

Su padre no parecía compartir el entusiasmo de los demás.

—¿Seguro que estás bien, hija?

—Nunca me he sentido mejor —la sonrisa le salió con forma de rictus informe—. Es la emoción.

Y se marchó con el rostro tan pálido como una porcelana francesa. Debía ver a sus amigas y debía verlas de inmediato.

CAPÍTULO 17

El espectáculo de marionetas había logrado que a Sophie se le escapara una lágrima, aunque no estaba segura de si era por el argumento de la pequeña obra teatral o por recordarle los felices días en que su padre aún vivía.

Matthew la había invitado a un sorbete de limón y, en aquel momento, paseaban por el parque hasta la Quinta Avenida, pues la señorita Van Alen había salido precipitadamente a hacer algunas visitas y ella debía ayudarla a desvestirse cuando regresara a casa.

El día no podía haber sido más encantador y a Sophie no le habían pasado desapercibidas las miradas que el señor Preston le lanzaba de vez en cuando, creyendo que no se percataba de ellas. Sophie no era tan lanzada como Addie, y mucho menos que Therese y Prudence, sus otras dos amigas inseparables. A veces pensaba que su timidez le impediría captar la atención de ningún muchacho, y si a eso se sumaba que su relación con el mundo masculino era prácticamente nula, su futuro como mujer casada se diluía como un terrón de azúcar bajo la lluvia.

—¿Cómo se encuentra el señor Van Alen?

Matthew la sacó de sus pensamientos. Sophie se extrañó de la pregunta, pero comprendió que la ausencia del banquero de sus oficinas habría dado pie a todo tipo de rumores. Sonrió.

—Supongo que en el banco todos lo saben.

El joven asintió.

—Estuve en el museo aquel mismo día —chasqueó los labios —. Incluso es posible que saliera de allí unos minutos antes del accidente.

Era curioso cómo se entretejían los destinos de Matthew con los propios. Quiso pensar que era un presagio, pero apartó aquella

idea de su cabeza: ella era solo una tímida doncella y él todo un prometedor trabajador de la banca Van Alen.

—El señor está ya recuperado —adujo—. Muy pronto lo tendrán en la oficina.

Él pareció satisfecho con la respuesta y continuaron caminando. La tarde era de lo más agradable y el sorbete se apetecía pese al ligero frescor. De nuevo Sophie sintió la mirada del muchacho sobre su piel. Rogó por no sonrojarse y evitó mirarlo.

—¿Sabe que el señor Van Alen me recibió en su despacho el primer día que entré a trabajar?

Sophie tenía una excelente opinión sobre su patrón. Sí, era un hombre duro, a veces inamovible, pero estaba guiado por altos ideales y, si quienes trabajaban para él cumplían con lo que les correspondía, tenían en él a un valedor.

—Supongo que por deferencia a su abuelo —creyó que aquella respuesta le agradaría a Matthew—. Sé que lo aprecia.

—Me dijo que disfrutara de mi trabajo, que tenía grandes esperanzas puestas en mí y que hiciera bien las cosas, porque contaba conmigo para algo más que despachar clientes en la caja.

La mirada de Sophie se iluminó y no pudo evitar mirarlo, para arrebolarse de inmediato.

—Eso es muy alentador.

Antes de que pudiera apartar los ojos de él, Matthew sacó el blanco pañuelo que iluminaba el bolsillo superior de su oscura chaqueta, lo desplegó al viento con un gesto y con él le limpió a Sophie la comisura de los labios, que estaban manchados de sorbete.

La joven sintió el calor de los dedos masculinos a través de la tela y algo le quemó las entrañas. Rogó porque él no se diera cuenta y simplemente bajó la mirada.

—¿He sido imprudente? —se disculpó Matthew.

Ella negó con la cabeza, pero no se atrevió a mirarlo.

—En absoluto —atinó a decir, aunque notaba el corazón desbocado.

Continuaron con el paseo. Las puertas de Central Park estaban muy cerca y, una vez allí, se separarían.

—No le he contado todo esto por vanidad.

Sophie lo miró, algo sorprendida por el comentario.

—En ningún momento he pensado…

—Lo he hecho porque quizá se haya extrañado de mi interés por la familia Van Alen —se detuvo y la encaró con aquella mirada cálida, amable—. Quiero que sepa que les estoy muy agradecido.

Sintió ternura por él. Esta vez tuvo fuerzas para mantenerle la mirada.

—Desde niña he tenido a tres grandes amigas —solo pensar en ellas la hizo sonreír—. No me crie en el mejor suburbio de la ciudad y mi destino, como el de mis vecinas, tenía tintes muy negros —se encogió de hombros—. Addie logró salir y empezó a trabajar para la señorita Harcourt. ¿La conoce?

Matthew asintió.

—Leí sobre ella en la prensa. Se casó hace unos meses con un aristócrata inglés, ¿verdad?

Ella lo corroboró. Sebastian Ashford era más que eso: era un hombre adorable que se desvivía por su nueva esposa. Carraspeó.

—Cuando la señorita Harcourt supo nuestra historia, nos buscó a cada una de nosotras un lugar donde trabajar, lejos de los tugurios. Desde entonces soy doncella en la casa Van Alen.

Matthew la miraba con una especie de curiosidad que ella no supo discernir.

—¿Y sus otras dos amigas?

—Therese acompaña a la señorita Sinclair y Prudence a la señorita Rourke.

Así era: cuatro amigas de la alta sociedad que tenían como doncellas a cuatro muchachas de los bajos fondos neoyorquinos. Matthew ladeó la cabeza.

—Creo que las cuatro señoritas para las que trabajan usted y sus amigas son inseparables.

Sophie se extrañó.

—¿También sabe eso?

Él amplió la sonrisa hasta que se volvió deslumbrante.

—Me temo que soy demasiado aficionado a las crónicas de sociedad.

A Sophie le resultó encantador.

—Con esto quiero decirle —explicó— que los Van Alen son como una familia para mí, y si le hubiera sucedido algo al señor…

Matthew no la dejó terminar. Dio un paso hacia ella hasta colocarse muy cerca, demasiado cerca para un hombre y una mujer que apenas se conocían.

—Me gustaría verla de nuevo.

El corazón de Sophie era un caballo desbocado. Podría detenerse en cualquier instante. Intentó no suspirar.

—A-a mí también —tragó saliva—. Ha sido una velada muy agradable.

Matthew volvió a sonreír.

—¿Sería muy atrevido invitarla a cenar? Conozco algunos lugares decentes donde se encontraría a gusto.

Aquello era algo que jamás hubiera soñado: un hombre como Matthew, casi un caballero, invitándola a cenar. Se sintió en la obligación de dejar las cosas claras. Ilusionarse y caer en la desesperación no era algo que quisiera experimentar.

—Señor Preston…

—Matthew, por favor —la corrigió.

—Matthew —su nombre en sus labios le resultó muy dulce—. Solo soy una doncella y nunca seré otra cosa que eso.

Él frunció las cejas.

—¿Ha visto en mí algo que le haya llevado a preocuparse?

¿Acaso no era evidente?

—Tiene usted una brillante carrera por delante y yo no…

Él se atrevió a cogerle la mano. Sophie sintió un escalofrío que se acentuó cuando el joven se la llevó a los labios y la besó.

—Solo saldremos a cenar, como amigos, y, si ambos nos sentimos cómodos… ya veremos.

La muchacha logró sonreír y asintió, aunque la duda de si aquello lo hacía por ella o por acercarse a los Van Alen no salía de su cabeza.

CAPÍTULO 18

Amelia intentó encontrar sentido a las palabras que Clara acababa de exponer, cosa que no le resultó fácil.

—¿Tres asesinatos?

—Así es —confirmó su amiga, muy seria—. Tres amigos de mi padre con quienes mantiene un negocio minero en la Baja California.

Trix intervino.

—Y el señor Pinckerville es quien te lo ha contado todo.

Esta vez Clara solo movió la cabeza de manera afirmativa.

El «Comité de emergencia», como lo llamaban entre ellas, podía convocarlo cualquiera de las cuatro amigas del grupo con solo mandar un telegrama. Eso había hecho Clara nada más salir de su casa y, cuando había alcanzado la residencia de los Sinclair, Amelia ya la esperaba allí. Fue esta la que se removió inquieta en su asiento y se aclaró la garganta antes de hablar.

—Y acudiste a esa cita con un desconocido en una zona apartada del Central Park… ¿sola?

La boca de Clara hizo un mohín.

—Me pidió que no se lo dijera a nadie.

Sus dos amigas se miraron entre sí. De las cuatro, Clara era la más prudente, la que tenía más claro su futuro, la más cabal. Trix la tomó de la mano y la miró a los ojos.

—¿Y si hubiera sido una trampa? ¿Y si te hubieran raptado… —se estremeció— o algo peor?

Tenía razón, las dos tenían razón.

—Todas esas recriminaciones ya me las he hecho yo misma. Ahora lo que necesito es vuestro consejo.

—Perdóname. A veces me excedo.

Hubo un silencio en el que cada una de ellas intentaba ordenar sus ideas. El «Comité de emergencia» solía encargarse de temas más mundanos: un vestido que la modista no entregaba a tiempo, la carta de un admirador que debía ser contestada de inmediato, una invitación a un baile que debía ser rechazada cortésmente. Pero nunca antes había tratado asesinatos, espías y desconocidos que se hacen invitar a una mansión. Fue Amelia quien rompió sus meditaciones.

—En resumidas cuentas —expuso—, el señor Pinckerville es una especie de agente de la Corona británica que investiga la muerte de ciertos banqueros y teme que la próxima víctima sea tu padre. ¿Es así?

Clara asintió.

—Correcto. Y el desgraciado incidente del museo pudo ser un intento fallido de…

No se atrevió a decir la palabra. Amelia y Trix intercambiaron otra mirada. Fue esta última quien habló.

—Por supuesto no tenemos pruebas de que nada de esto sea cierto, ¿verdad?

Ni una sola. Un suspiro se escapó de entre los labios de su amiga.

—Le he creído sin más.

No hubo respuestas. Clara podía haber sido víctima de una especie de estafa, aunque era cierto que había conocido al señor Pinckerville en Londres y pronto llegaría la carta de Violet dando sus referencias. Pero también era cierto que, hasta el momento, cada uno de los pasos dados no la había implicado socialmente. Trix se incorporó y paseó por la habitación. Era su gabinete privado en la mansión Sinclair, un espacio seguro donde ningún miembro de la familia acudiría sin ser anunciado ni ningún criado entraría sin llamar.

—Veamos —juntó ambas manos sin dejar de andar—. Hasta ahora no te has comprometido en nada. Que lo hospedéis en vuestra casa tiene explicación como buen amigo que es de Sebastian. Lo mismo que si lo llevas a ciertos eventos sociales. Nadie sospechará y él podrá hacer su supuesto trabajo.

Una ceja de Clara se alzó. Su mente se había fijado en una sola de las palabras que acababa de soltar su amiga.

—¿Supuesto?

Trix no intentó desdecirse. Si algo las unía era la sinceridad que se mantenían las unas con las otras.

—Es mejor que pongamos al señor Pinckerville en cuarentena —intervino Amelia.

Y era así. Había sido demasiado ingenua, pero… ¿cómo era posible? Ella no era ese tipo de persona. No confiaba ciegamente en nadie por la simple razón de tener unos ojos bonitos y una boca… Se horrorizó con sus propios pensamientos, pero fue capaz de disimular para que su rostro no la delatara.

—Tenéis razón —tuvo que convenir, para mirarlas a una y a la otra—, aunque hay algo que aún no os he contado…

Trix se sentó de nuevo a su lado.

—¿Hay más?

¿Cómo se lo decía? Decidió que dar vueltas no serviría para nada.

—Lo besé.

Ambas permanecieron calladas. La miraban como si no hubieran sido capaces de entender el significado de sus palabras.

—¿Có-cómo que lo besaste? —preguntó Amelia.

Ella misma se sentía incapaz de dar una explicación.

—Ignoro cómo sucedió —lo intentó—. Lo tenía delante, tan viril, tan apuesto, tan seguro de sí mismo…

—¿No decías que era un frívolo insoportable? —Trix intentó que su voz no sonara reprobatoria.

—Quizá Clara tenga razón en esa faceta de su carácter —dijo la otra amiga—. Yo misma comprobé en el museo que era un hombre inconsistente, muy diferente del que conocimos por primera vez. Al menos el que apareció, distinto del que atendió a tu padre. ¿No te diste cuenta de eso?

Las tres se miraron. Cuando se es joven y rica hay que andarse con cuidado: abundan los caballeros arruinados en busca de fortuna. Trix se llevó la mano a la barbilla.

—¿Y si fuera alguien desquiciado? —propuso—. He oído decir que hay personas que se creen Napoleón y no hay doctor alguno que consiga bajarlas de ese convencimiento. ¿Y si el señor Pinckerville está…?

—¿Loco? —soltó Clara.

—No descartaría ninguna posibilidad.

Amelia no estaba dispuesta a desviarse de la conversación que estaban manteniendo.

—Pero volvamos al beso —recondujo—. ¿Qué hizo él?

Solo de recordarlo le ardían las mejillas. ¿Cómo había sido capaz? ¿Cómo había sido tan temeraria?

—Correspondió —se encogió de hombros—, pero me temo que fue por mera educación.

Las cejas de Trix se alzaron.

—¿Te devolvió el beso por educación?

Clara soltó un bufido de impotencia y se recostó sobre el respaldo de su butaca.

—¿Y si la que está chiflada soy yo? Hasta que Thomas apareció en mi vida todo estaba claro: me casaría con Ronald, tendríamos una vida perfecta, casa en Nueva York y en Newport, otros dos perros y varios hijos. ¿Cómo he podido terminar besando a un horrible desconocido? Me conocéis. No soy así.

Ambas se habían dado cuenta de la familiaridad con que se había dirigido al inglés, pero no quisieron hacérselo ver. Trix, que tenía cierta experiencia con caballeros, se atrevió a preguntárselo.

—¿Es posible que el señor Pinckerville… te agrade?

Los ojos de Clara se abrieron de par en par.

—¡No! —exclamó—. Es insoportablemente frívolo y sabéis lo que pienso acerca de eso.

Amelia la había estado observando. Conocía a su amiga mejor que nadie y sabía que Clara jamás cometería un error de ese tipo a menos que el argumento de Trix fuera cierto. Decidió centrarse en el señor Pinckerville.

—¿Y si el hombre lleno de excesos solo fuera un papel y su verdadera personalidad fuera la otra —propuso—, la del hombre amable y viril al que has besado? Nos has dicho que es una especie

de agente de la Corona. Seguro que es experto en hacerse pasar por otros, como el en teatro.

Clara bufó.

—¿Y si la representación teatral fuera el verdadero Tom?

Trix volvió a ponerse de pie, decidida.

—Habrá que descubrirlo.

—No voy a besar de nuevo al señor Pinckerville, si es eso lo que vas a proponer —se adelantó Clara a una de sus arriesgadas propuestas.

Su amiga le guiñó un ojo.

—Quizá por ahora no sea necesario —sonrió satisfecha—. Nos centraremos en averiguar qué hay en la cabeza del señor Pinckerville. Descubramos quién es en realidad.

CAPÍTULO 19

Thomas volvió a mirar hacia la ventana donde se acababa de apagar la última luz, sumiendo la mansión Van Alen en la oscuridad. Aun así, aguardó unos minutos, parapetado entre las sombras de un portal vecino.

Miró el reloj. La medianoche había quedado atrás hacía tiempo, pero solo cuando estuvo seguro de que todos dormían dentro del imponente edificio se atrevió a cruzar la calle y recorrer el perímetro de la casa hasta encontrar la ventana que cuidadosamente solía dejar abierta.

Por supuesto que podía entrar por la puerta principal. ¿Acaso no era un invitado de los señores? Pero la experiencia le decía que toda precaución era poca, y más si había tanto en juego.

Miró a ambos lados antes de introducir la mano entre el marco y la hoja de madera y, una vez más, auscultó alrededor cuando al fin la alzó. La ventana se deslizó por los rieles, dejando el espacio justo para que cupiera un cuerpo humano, cosa que él hizo, dando un ágil salto para desaparecer en el interior con tanta eficacia que, si alguien lo hubiera estado espiando, apenas se habría dado cuenta de lo que había sucedido.

Con la misma cautela bajó la hoja de madera hasta dejarla encajada. Debía dar el aspecto de estar firmemente cerrada para que nadie del servicio sintiera la necesidad de asegurarla.

Aguardó unos segundos hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y aprovechó para recolocarse el nudo del pañuelo que adornaba su cuello y encajarse la chaqueta sobre los hombros. Estaba en el cuarto de la colada, una habitación estrecha y alargada donde se almacenaba la ropa sucia para ser lavada y, más tarde, planchada. Si lo encontraban allí, tendría que dar muchas

explicaciones, pero era la estancia que había considerado más segura para colarse en la mansión a su antojo, sin peligro de que lo vieran.

Pegó el oído a la puerta, aunque era solo por seguridad. A aquellas horas de la noche, el servicio de la casa se había retirado hacía mucho, lo que le permitiría llevar a cabo su cometido de la manera más discreta.

Al fin salió para encontrarse en la cocina, que en una mansión como aquella era un espacio amplio y moderno donde solían trabajar al menos diez personas cada día para atender las necesidades de la familia y sus invitados.

Solo tenía que atravesarla y subir por las escaleras de servicio para…

—¿Señor Pinckerville?

Thomas se sobresaltó, pero logró contenerse y se giró sobre sus talones para enfrentarse al mayordomo de los Van Alen, que lo miraba con una mezcla de extrañeza y sorpresa.

—De pronto… —su mente trabajó todo lo rápido que fue capaz—, de pronto he sentido hambre —cogió una galleta de un plato—, y no quise molestar a nadie a tan altas horas de la noche.

Sonrió, pero la expresión de Jamieson no cambió un ápice.

—Ju-juraría…

Thomas no lo dejó terminar.

—Será mejor que se retire —se atrevió a sugerir, esbozando una sonrisa tranquilizadora—. Yo mismo me iré a dormir —se desperezó—. Este viaje nocturno a las cocinas ha terminado por darme sueño.

No dejó que el fiel mayordomo inquiriera nada más y, con pasos ágiles, subió los escalones de dos en dos hasta llegar a la planta principal y esconderse entre las sombras del vestíbulo.

¡Pardiez! Aquello no lo había esperado. El señor Jamieson solía retirarse mucho antes, en cuanto los señores no lo necesitaban y la cocina quedaba recogida. Se parapetó tras una de las fabulosas columnas y aguardó. Unos minutos después apareció el mayordomo por el mismo sitio por el que él había subido, portando un candil en la mano. Se detuvo brevemente en el vestíbulo, iluminando

alrededor, como si quisiera asegurarse de que todo estaba en orden. Thomas se pegó aún más contra la columna y solo se atrevió a mirar cuando la luz se volvió difusa, señal de que el buen mayordomo subía las escaleras camino de las habitaciones de servicio.

Debía tener más cuidado en adelante. Un fallo como aquel era imperdonable, aunque debía reconocer que estaba perdiendo reflejos desde que se había topado con la señorita Van Alen.

Thomas ignoraba qué le estaba pasando. Desde que ejercía aquel delicado trabajo siempre había sabido estar en su lugar, había sabido priorizar el deber y había tenido la capacidad para que todo a su alrededor pasara a un segundo plano, para centrarse en lo que debía hacer.

Sin embargo, con Clara… había algo en ella que le resultaba muy interesante. Quizá la fuerza que emanaba de su interior y, a la vez, la fragilidad que mostraba sin reparo en situaciones críticas. ¿Era admiración, afecto… deseo?

Sacudió la cabeza. Aquello era absurdo. La joven Van Alen tenía un futuro acordado por sus padres del que ella parecía sentirse satisfecha. Él nunca…

Volvió a sacudir la cabeza. ¿En qué diablos estaba pensando? Estaba allí para algo muy concreto. Lo llevaría a cabo con la eficacia con que siempre hacía las cosas, dejaría todo arreglado y se olvidaría de que deseaba a la señorita Van Alen de aquella forma violenta…

—¡Pardiez! —murmuró al darse cuenta de lo que acababa de verbalizar.

Debía tener cuidado, mucho cuidado, y olvidarse de ella, aunque hasta la fecha le hubiera sido imposible dejar de pensar en aquel beso que le atormentaba tanto como era incapaz de salir de su cabeza.

Con paso decidido abandonó su escondite y atravesó el vestíbulo. La biblioteca estaba al otro lado. El mal humor se había apoderado de él, cosa que no le convenía para su propósito de aquella noche.

Volvió a asegurarse de que nadie lo veía cuando puso la mano en el pomo de la puerta. En aquel momento el peligro había pasado

y podía argumentar que había bajado a por una lectura sin temor a que sonara extraño, pero prefería pasar desapercibido. Lo giró, la puerta se abrió y él pasó al interior.

La penumbra nocturna lo envolvía todo, solo rota por la tenue luz de una farola de gas que alumbraba la calle y entraba a través de la ventana.

Thomas atravesó la estancia y se plantó ante uno de los sillones orejeros que había frente a la apagada chimenea.

—Tenemos que hablar. Y esta vez harás exactamente lo que te voy a decir, porque, si te sales del guion, te las tendrás que ver conmigo —le dijo a la persona que estaba cómodamente sentada entre las sombras, que asintió antes de que ambos se pusieran a discutir.

CAPÍTULO 20

Clara miró alrededor y, aunque Trix parecía muy decidida y Amelia opinaba que era una buena idea, ella no podía evitar sentirse incómoda.

Por supuesto, habían dado nombres falsos. Si algún periodista se enteraba de que tres de las más refinadas herederas de la alta sociedad neoyorquina visitaban a un alienista, correrían ríos de tinta y la reputación de las muchachas y sus familias quedaría arruinada.

El alienismo era una profesión cuestionable: médicos que dejaban sus consultas para dedicarse a diagnosticar trastornos mentales por medio de la observación de la conducta, la moral y las emociones; todo ello, muy poco profesional.

—¿Y si nos olvidamos de esto y vamos a Sherry's a tomar un trozo de tarta? —intentó convencerlas Clara—. Dudo que sea más escandaloso que nos vean a las tres sin compañía adecuada en un lugar público a que nos descubran aquí.

Trix iba a contestar cuando la sobria secretaria del alienista se plantó ante ellas.

—El doctor O'Connor las recibirá ahora.

Trix parecía encantada, Amelia curiosa, y Clara dejó escapar un pequeño suspiro antes de seguir junto con sus amigas a aquella mujer al interior de un despacho oscuro y un tanto recargado donde, tras la mesa, se sentaba un caballero diminuto y de larga barba blanca que se levantó para saludarlas en cuanto ellas entraron. Las miró de una en una. Tenía ojos penetrantes, cauterizadores, como carbones encendidos.

—¿Quién es la paciente? —inquirió—. Lo habitual es que solo trate a ella.

Las tres jóvenes se miraron; fue Trix quien habló.

—Doctor O'Connor —no estaba muy segura de si debía darle aquel tratamiento—, venimos a consultarle el extraño caso de un buen amigo que nos tiene francamente preocupadas.

El hombre pareció extrañado, pero terminó pidiéndoles que se sentaran y entrecruzó los dedos sobre la mesa.

—No sé si mi ayuda les será de utilidad —les aclaró— y, por supuesto, no puedo dictar un diagnóstico sin ver a la persona perjudicada, pero…

—Con que nos dé una orientación será suficiente —lo interrumpió Amelia—. Empezamos a estar muy intranquilas.

El especialista seguía sin estar convencido. Su profesión, una novedad muy discutida por las asociaciones médicas, tenía la fragilidad de ser cuestionada, y un diagnóstico poco riguroso contribuiría a vilipendiarla. Miró a las tres muchachas que tenía ante sí: buena familia, fortuna y posición, o al menos eso era lo que gritaban sus modales, sus vestidos y el lenguaje que usaban. Ya fuera porque las tres jóvenes eran encantadoras o porque todo indicaba que serían generosas con el pago de la minuta, asintió.

—Bien, cuéntenme.

Las dos miraron a Clara, que se removió inquieta en la silla antes de comenzar.

—Verá, se trata de un buen amigo, como ha dicho la señorita… —se frenó antes de delatarse y sintió que se sonrojaba—. Nuestro amigo lleva poco tiempo en la ciudad, pero hemos apreciado que su comportamiento es —miró a una y a otra— raro.

El especialista arrugó las cejas mientras tomaba notas.

—¿Cómo de raro?

Trix intervino.

—Podría decirse que inconsistente.

—Necesitaría que fueran más precisas.

Las dos volvieron a mirar a Clara. Ella era la que más trato había tenido con Thomas Pinckerville, la única que podía dar detalles veraces. Ella intentó encontrar las palabras adecuadas.

—A veces es un hombre amable, sobrio, incluso algo frío, diría yo —las miró, buscando su aprobación, y las dos asintieron—. Otras, en cambio, se convierte en un frívolo insoportable, hedonista y sin

modales que… —se dio cuenta de que había subido el tono de la voz — quizá haya exagerado.

Pero el alienista parecía muy interesado en sus palabras y reacciones, como si fuera capaz de leer más allá de ellas.

—No, lo ha expresado usted muy bien —la calmó—. Entiendo que ha observado usted cambios súbitos en su carácter, sin causa aparente. ¿Es eso?

—No lo ha podido definir mejor —confirmó Amelia.

El médico tomó notas mientras las tres intercambiaban una mirada. Clara no estaba segura de que aquello sirviera para algo. Había conocido a hombres de carácter cambiante, aunque debía reconocer que ninguno con la oscilación extrema de Thomas.

—Cuando cambia su comportamiento —inquirió el especialista —, ¿recuerda lo sucedido durante esos episodios?

Clara lo dudó. No sabría decirle, pero había veces que, ante sus exigencias por un comportamiento pasado, Thomas se había quedado dubitativo.

—Tengo la impresión de que no del todo —contestó.

El médico lo anotó en su libreta, teniendo cuidado de que ellas no pudieran leer lo que escribía.

—¿Se muestra sorprendido cuando se le confronta con esos comportamientos?

—A veces.

Trix le apretó la mano para darle a entender que lo estaba haciendo muy bien.

—¿Cambian también sus gustos, opiniones o afectos?

¡Por supuesto! Clara había creído ver cierto interés por ella en sus ojos. Quizá por eso había cometido la inexplicable temeridad de besarlo; sin embargo, minutos después se planteaba cortejar a sus amigas. Se le escapó un bufido; esta vez simplemente asintió con la cabeza.

—¿Ha notado variaciones en su porte, su mirada o su manera de hablar? —continuó el alienista, implacable.

Amelia le sonrió para darle ánimos.

—Sí —contestó Clara, porque el edulcorado «mejor amigo de su madre» en nada tenía que ver con el visitante nocturno a sus

habitaciones.

—¿Hay diferencias en su caligrafía, vestimenta o modales?

No sabía qué contestar. De repente recordó el nudo de su pañuelo. A veces era simple, descuidado, como si lo hubiera anudado sin mirarse en el espejo únicamente para salir del paso, pero otras era complicado, con una lazada muy bien hecha y los perfiles de la tela limpiamente colocados. Recordó que eso mismo ocurrió el día que socorrió a su padre en el museo.

—Debo decirle que sí hay diferencias, aunque no llamativas.

El médico asintió y siguió escribiendo.

—¿Con qué frecuencia se producen estos cambios?

Las tres se miraron. Trix no había presenciado ninguno de ellos, pero Amelia sí. Quien podía dar una respuesta satisfactoria era Clara.

—Podría decirle que estos cambios se producen casi a diario. A veces es un hombre admirable y, un rato después, alguien insoportable.

Las cejas del alienista volvieron a fruncirse.

—¿Ha comprometido su conducta, su honor o posición?

¿Llamar a la señora Van Alen por su nombre de pila e incluso por el diminutivo Pam podía calificarse así? Clara decidió decirlo.

—Sí, aunque de momento nada demasiado escandaloso.

El médico siguió escribiendo durante varios minutos mientras ellas permanecían en silencio. Seguro que lo de Thomas era solo una cuestión de carácter. Los aristócratas ingleses eran bien distintos a los caballeros norteamericanos. Los segundos estaban educados para sobrevivir en cualquier situación; los primeros, solo para disfrutar. Eso marcaba un carácter al que ellas no estaban acostumbradas y quizá…

—¿Se comporta de manera impropia en determinados momentos? —la sacó el médico de sus pensamientos.

Ella asintió. Podría darle una lista para la que necesitaría varias resmas de papel. El galeno la miraba como un juez implacable, pero ella no lo dudó y volvió a asentir.

Hubo un breve silencio durante el que nadie se movió.

—Su prometido —determinó al fin el especialista— puede padecer un estado de doble conciencia, una forma grave de desorden nervioso en la que dos naturalezas alternan en el mismo individuo.

Las tres amigas volvieron a mirarse. Clara estaba impactada, y no solo porque el hombre había determinado que Thomas debía estar prometido con ella.

—¿Y es grave? —se atrevió a preguntar.

El hombre cerró la libreta con un golpe que provocó un respingo en Amelia. Hizo una pausa dramática antes de contestar.

—Yo de usted me andaría con cuidado, señorita —le clavó aquella mirada penetrante—. Con mucho cuidado.

CAPÍTULO 21

Si Clara ya había llegado preocupada de la consulta del alienista, esta sensación se incrementó cuando su alterada madre le recordó que apenas tenía media hora para cambiarse, pues habían sido invitados a cenar a casa de los Forsyth, cosa que ella había olvidado por completo.

Sophie tuvo que darse toda la prisa posible y, con solo diez minutos de retraso, la joven neoyorquina bajaba las escaleras en dirección al vestíbulo, con las mejillas aún encendidas y una mueca de preocupación en el rostro. Justo al pie la esperaba su padre, impecablemente vestido para la cena, con camisa y pajarita blanca, que la admiró mientras la muchacha descendía los últimos escalones.

—Siempre has sido la viva imagen de mi querida hermana.

Clara se lo agradeció, porque sabía lo que significaba para él. Philippa Van Alen fue considerada en su época la jovencita más prometedora de la alta sociedad neoyorquina. Quienes la conocieron entonces decían que no solo tenía una belleza deslumbrante y fresca, sino un carácter alegre y decidido que hacía de ella una mujer magnética.

El señor Van Alen era diez años menor que su hermana y la adoraba de tal manera que ella le había prometido que, cuando se casara, lo sacaría de la rígida disciplina de la familia y se lo llevaría a vivir con ella a una casa junto a un lago donde podría hacer lo que le viniera en gana.

Por supuesto que aquello nunca se cumplió. Después sucedió el lamentable suceso de la señorita Philippa, la familia y la sociedad la repudiaron y nadie tuvo permiso en adelante para referirse a ella,

aunque Clara sabía que en el fondo de su ser los sentimientos de su padre hacia su hermana eran los mismos de entonces.

Sophie había elegido para ella un vestido de seda color marfil. Escote amplio, como exigía la moda, falda estrecha y largos guantes hasta los codos. Lo había adornado con perlas en el broche y en los pendientes y había prescindido de tiara, aunque era de rigor llevarla en una cena formal. Cuando llegó al pie de la escalera le dio un beso a su padre en la mejilla.

—¿Dónde están todos? —preguntó, mirando a ambos lados, pues era habitual, antes de una invitación, un trajín incesante mientras la señora Van Alen daba órdenes sobre una pajarita mal ajustada o unos guantes manchados.

Su padre le sonrió, entre comprensivo y aliviado.

—Tu madre nos lanzaría una manada de lobos antes de llegar tarde, así que se ha ido con Phil y el señor Pinckerville —le guiñó un ojo—. También asistirá a la cena la señora Astor.

No tuvo que explicar nada más. La necesidad que sentía su madre por estar en buenos términos con la reina de la alta sociedad neoyorquina era bien sabida. Borrar la mancha que Philippa había dejado en la familia no había sido tarea fácil, y no iba a dejar que se olvidaran sus esfuerzos así como así.

Cuando su padre había pronunciado el apellido de Thomas, Clara se había sentido incómoda, pero no de una manera desagradable, más bien como un ligero escalofrío que había recorrido su piel hasta… ¡Paparruchas!

Su padre alzó el brazo y la miró con devoción.

—¿Vamos? —ella se sujetó a él—. Al menos hasta que lleguemos a casa de los Forsyth y te entregue a tu prometido, tú y yo tendremos un rato de tranquilidad.

Clara adoraba a su padre y le encantaba estar con él, cosa que cada vez era más difícil debido a lo ocupado que estaba y al tiempo que pasaba en sus oficinas del banco familiar. Ya apenas lo veían en las cenas y casi nunca en el desayuno, ya que a mediodía jamás había regresado a casa. Era más fácil encontrarse con su progenitor en una gala benéfica que en los pasillos de la mansión Van Alen.

El mayordomo les abrió la puerta y un lacayo ayudó a Clara a subir al carruaje. Cuando el señor Van Alen se acomodó junto a su hija en el confortable interior de la carroza, tapizada en damasco beige, el cochero fustigó a los caballos y estos empezaron a andar en dirección a la mansión de los Forsyth, no muy lejos de allí.

—Supongo que estarás muy excitada con la proximidad de tu boda.

Su hija intentó que su semblante no mostrara lo que sentía ante esas palabras.

—Así es.

El señor Van Alen se la quedó mirando mientras el carruaje atravesaba las elegantes calles de la ciudad.

—¿Y por qué creo entonces que hablar de ello te incomoda?

A Clara se le escapó un ligero suspiro. Desde pequeña había sido transparente para él. Quizá tuviera razón en que se parecía demasiado a la tía Philippa y por eso la conocía tan bien. Lo miró a los ojos.

—No me incomoda, es solo que… —a él no podía mentirle—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sabes que conmigo puedes hablar con total libertad.

Dudó antes de hablar. No quería alarmarlo y menos aún ser una decepción para él. Sabía lo que había sufrido a causa de su hermana y solo de pensar que ella se convirtiera en el foco de un nuevo padecimiento…

—¿Estabas completamente seguro cuando te casaste con mamá?

Su padre arrugó brevemente las cejas.

—¿Seguro de qué?

¿Cómo se lo explicaba? Tragó saliva.

—De que era ella.

El señor Van Alen asintió levemente y su mirada se perdió al otro lado de la ventanilla, por donde desfilaban las elegantes mansiones que empezaban a construirse en la Quinta Avenida.

—Por aquel entonces en lo único que pensaba mi familia era en apartar el escándalo de nuestra puerta —le confesó—, y tu madre pertenecía a una de las familias más honorables del viejo Manhattan.

—No te he preguntado eso —le mantuvo la mirada. Sí, en muchos aspectos era idéntica a su adorada Philippa.

—Tu madre y yo apenas nos conocíamos cuando nos casamos —le confesó—, pero era una muchacha bonita y bien educada. Con el tiempo aprendimos a querernos. Y no olvides, jovencita, que ha hecho mucho por todos nosotros, por lo que es necesario estarle agradecidos.

—Tienes razón.

A pesar de que nunca se había llevado especialmente bien con ella, Clara la quería y sabía distinguir que cada uno de los actos de su madre tenía como único objetivo protegerla, aunque a veces la sacara de quicio.

Ella también giró la mirada para perderla a través de la ventanilla. Tenía la sensación de que su vida había dado un giro repentino sin siquiera haberse dado cuenta. ¿Cómo era posible? Y lo que era más inquietante… ¿Qué lo había provocado? La voz de su padre la sacó de sus pensamientos.

—¿Qué opinas del señor Pinckerville?

Ella parpadeó varias veces antes de contestar. De nuevo, oír el apellido de Thomas provocó algo casi físico en su cuerpo.

—Fue diligente cuando tuviste el accidente —contestó, escueta.

La expresión enigmática en el rostro de su padre no se modificó.

—No te he preguntado eso —remedó lo que ella acababa de decir.

Clara sintió que se sonrojaba y se recriminó por ello.

—Es… entretenido.

El señor Van Alen asintió. Era un viejo zorro de los negocios y sabía llevar a sus interlocutores justo al punto que le interesaba. ¿Estaba haciendo eso con ella? La tomó de la mano.

—Clara, si tuvieras que cambiar de opinión sobre Ronald…

Ella apartó la mano, como si se hubiera quemado.

—Eso es absurdo, padre.

Él insistió.

—Solo digo que si tuvieras que cambiar de opinión sobre tu relación con Ronald, no pasaría nada.

¿Le estaba diciendo…? ¿Le estaba dando permiso…?

—¿Y qué diría la sociedad de nosotros? —se sintió sofocada —. La señora Astor no volvería a mirar a mamá.

—¡Al diablo la señora Astor!

—¡Padre! —tuvo que reírse porque jamás había oído un término así en boca de su padre. ¿Estaba influyendo Thomas más de lo que ella sospechaba en el carácter de su familia? Él también sonrió y la miró con aquella ternura que la desarmaba.

—Clara, he perdido a una hermana —sus ojos se volvieron acuosos—. No quiero perder a una hija.

¿Había llegado el momento de confesarle todos sus miedos? ¿Sus inquietudes? Clara sabía que no era posible. Aunque su padre tenía la mejor voluntad hacia ella, era un hombre responsable y la respetabilidad de la familia influía directamente en el negocio familiar. Decidió cambiar totalmente de asunto.

—¿Puedo pedirte algo yo?

Él sonrió.

—Sabes que no me resisto a ninguno de tus caprichos.

Lo miró a los ojos.

—Padre, ten cuidado.

Él pareció confundido por unos instantes. Su mirada se llenó de curiosidad.

—¿Y esa aprensión?

No podía confesarle lo que Thomas Pinckerville le había contado. Le había prometido que no lo haría y, según él, el hecho de saberlo lo pondría en peligro. Suspiró.

—Si te pasara algo yo no podría soportarlo.

Su padre la abrazó y ambos permanecieron así hasta que los caballos se detuvieron. Habían llegado a casa de los Forsyth. Su padre deshizo el abrazo para mirarla a los ojos, alzando el rostro de su hija con la punta de los dedos para que ella entendiera lo que iba a decirle.

—No me pasará nada —le sonrió con dulzura—. Solo soy un viejo torpe que se tropieza sin darse cuenta. Quiero conocer a mis

nietos y quiero ver a mi hija feliz, así que no debes preocuparte.

Ella volvió a abrazarlo.

—Te quiero, papá.

La portezuela se abrió. Empezaba una vez más el juego social donde el afecto entre un padre y una hija no era de buen tono.

—Y yo a ti, mi pichoncito, y yo a ti.

Y ambos bajaron del carruaje para ser de nuevo dos personas respetables.

CAPÍTULO 22

Clara tomó una bocanada de aire y agradeció que aquella opresión en sus sienes se fuera diluyendo poco a poco.

Había dicho en la mesa que necesitaba ir al tocador, pero lo cierto era que se había escabullido discretamente por una de las puertas que daban a la amplia balconada exterior de la mansión Forsyth y disfrutaba de unos instantes de paz y de aire fresco.

La cena en casa de la acaudalada familia neoyorquina había dejado de tener interés para ella. Aparte de importantes banqueros como el señor Morgan, estaban los Astor, los Van Rensselaer y los Roosevelt. Thomas Pinckerville se había sentado entre su madre y la señora Vanderbilt y no había tardado en acaparar la atención de todos.

Según él, había tres cosas que una dama inglesa jamás haría en la mesa: opinar libremente, parecer sorprendida y comer marisco, y alabó exageradamente el triunfo que había supuesto para la sociedad americana que aquellos tres pecados hubieran pasado a ser banales.

Aunque nadie le creyó, sus constantes exclamaciones, confundir los apellidos de unos con otros y amonestar con mal gusto a los caballeros le habían dado la primacía de la mesa, donde había ganado a tantos admiradores como adversarios.

Clara lo había estado analizando todo el tiempo. ¿Y si el alienista tenía razón y en la cabeza de Thomas Pinckerville anidaba un conflicto sin solución alguna? Quizá fuera una enfermedad de nacimiento y quizá solo su apellido y fortuna lo habrían librado de ser internado en un sanatorio. Se preguntó por qué aquello le afectaba tanto y no halló solución. Fue justo cuando Thomas censuraba a J. P. Morgan la mala elección de barbero cuando Clara

decidió que se sentía incapaz de soportarlo un minuto más y se largó en busca de aire fresco.

A sus pies, una de las calles más exclusivas de Nueva York estaba medio desierta. Algún carruaje iluminado pasaba de tanto en tanto, quizá trayendo a alguna familia desde los teatros de Broadway. Se ajustó los guantes y decidió que ya era hora de regresar antes de que la echaran de menos.

Una tos mal disimulada hizo que Clara se volviera.

—¿Le envía mi madre?

Thomas avanzó despacio hacia ella y se colocó a su lado, apoyando ambos codos en la balaustrada de mármol. Su mirada se perdió en la oscuridad de la noche, como si encontrara en ella un alivio a lo que ocupaba su mente.

—Había olvidado lo agradable que es la tranquilidad.

Ella lo miró con curiosidad. El perfil del joven aristócrata era fuerte y masculino, lo que le provocó aquella sensación incómoda en el pecho. Se le escapó un ligero suspiro al que no encontró explicación.

—Pues no he tenido esa impresión mientras le veía en la mesa.

Thomas giró el rostro para mirarla a los ojos y ella se dio cuenta de que estaban especialmente verdosos aquella noche, tanto que casi le cortó el aliento. Por extraño que pareciera, Thomas no correspondió con un comentario mordaz.

—La veo preocupada.

Clara tuvo que apartar la mirada.

—Han intentado asesinar a mi padre y, según usted, aún corre grave peligro.

—No es eso. Hay algo más.

Se sintió incómoda porque él hubiera sabido interpretar lo que sentía. ¿Desde cuándo no se preocupaban por cómo estaba o por lo que anidaba en su pecho? Ronald jamás, por supuesto, y su madre estaba demasiado preocupada por su porvenir como para interesarse por esas minucias. Aun así, se anduvo con cuidado.

—¿También tiene dotes de precognición, señor Pinckerville?

Él no apartó la mirada de sus ojos.

—Sé cuando alguien se siente confuso.

—¿Y es ese mi caso?

Thomas dejó un solo brazo apoyado en la balaustrada y se giró hacia ella. Aquel escalofrío se intensificó sobre la piel de Clara. Estaba demasiado cerca y la intensidad que tenían sus ojos llegaba a marearla.

—Apenas ha probado bocado —le expuso Thomas —, su mirada ha estado perdida durante toda la cena y no ha escuchado nada de lo que le contaba su vecino de asiento.

Ella tuvo que sonreír sin proponérselo.

—El capitán Graham. Un hombre amable que cree que todos sentimos su misma pasión por los coleópteros.

Una de las cejas del joven se alzó.

—Pues ha aceptado visitar su colección de escarabajos peloteros una de las veces que ha asentido sin haberlo escuchado.

Se hizo el silencio. Clara sentía cómo su corazón se aceleraba en su pecho y temió que Thomas fuera capaz de advertirlo en el pálpito de su piel. Tuvo que tragar saliva.

—¿Ha estado pendiente de mí?

Él carraspeó y volvió la vista a la oscura noche neoyorquina.

—Mi misión consiste en cuidarles a usted y a su familia.

—Pensaba que solo quería descubrir quién intentaba boicotear la autoridad de su gobierno.

No hubo una contestación ocurrente ni un comentario frívolo, pero… ¿se habían sonrosado las mejillas de Thomas Pinckerville?

—No suelo cumplir las órdenes al pie de la letra, señorita Van Alen.

Ella estuvo a punto de pedirle que la llamara Clara. ¿Acaso no llamaba a su madre Pamela? Pero se dio cuenta de que eso daba un paso hacia una intimidad que no estaba segura de saber manejar. Ella también miró hacia el infinito.

—Empiezo a darme cuenta de que no es usted un hombre convencional.

De nuevo el silencio. Parecía que el joven aristócrata inglés luchaba por decirle algo, por contarle algo. Quizá sus problemas de

personalidad, quizá la razón por la que se preocupaba tanto por ella, cuando su objetivo no era otro que su padre, quizá…

—Señorita Van Alen —dijo él al fin, estirándose y ajustándose la inmaculada pajarita blanca—, tengo que agradecerle que haya confiado en mí. No es fácil hacerle caso a un desconocido.

—Ha salvado a mi padre.

Él bajó la mirada. Parecía un felino.

—Pero no podemos quedarnos ahí.

Clara parpadeó, confusa.

—¿Qué quiere decir?

Thomas se humedeció los labios y ella se descubrió siguiendo el movimiento de la punta de su lengua.

—Necesitamos acceder a sus archivos —le expuso el joven aristócrata—. En el expediente sobre la mina de Baja California debe haber algo que nos dé una pista sobre lo que está pasando.

Clara tragó saliva. Le pedía demasiado.

—Pero están en su oficina, en el banco —expuso—, y no tengo ningún motivo para solicitarlos sin que mi padre me pida explicaciones.

Él apretó las mandíbulas.

—Algo se le ocurrirá.

Se mantuvieron la mirada. El rostro de Thomas estaba más pálido que hacía unos minutos, a la mesa, cuando no paraba de charlar y soltar comentarios de mal gusto. Ella también crispó las mandíbulas.

—¿Solo ha venido para eso?

El joven bajó la vista. Parecía no ser capaz de enfrentarse a su mirada.

—La esperan en el comedor —hizo una inclinación de cabeza —. Yo me adelantaré.

La dejó sola y ella permaneció aún unos minutos preguntándose por qué empezaba a sentir aquello por Thomas Pinckerville cuando no solo era una mujer felizmente comprometida, sino que él era un hombre inestable del que cualquier dama con cabeza se alejaría de inmediato.

Sus impresiones se acentuaron cuando volvió a la mesa y lo encontró halagando a la señora Astor con la misma palabrería vana de antes de verse en la balconada, como si aquel encuentro no hubiera significado nada para él.

CAPÍTULO 23

Clara intentó no acelerar el paso cuando atravesó el inmenso vestíbulo de la Banca Van Alen. Si se comportaba con naturalidad, nadie tendría por qué sospechar que iba a hacer algo impropio, aunque estaba segura de que lo tenía grabado en la cara.

Unos pocos metros más y accedería al ascensor de latón que llevaba a la planta principal del edificio. Estaba a punto de alcanzarlo cuando un hombre orondo y de nariz respingona le bloqueó el paso.

—Señorita Van Alen, qué agradable sorpresa. ¿Su padre se encuentra mejor?

Era el señor Norton, el mismísimo director de la oficina y responsable de que los engranajes de aquel banco funcionaran como un reloj suizo.

Clara intentó esbozar una sonrisa natural, pero le salió una mueca extraña.

—Se encuentra completamente restablecido —logró decir—. Pero aún permanecerá en casa un par de días.

Hizo el gesto de continuar hasta la puerta, pero el hombre no se apartó.

—¿Puedo ayudarla en algo? —miró hacia el ascensor y después a ella—. Sin su padre en el despacho, dudo que los de arriba —esbozó una sonrisa cómplice— sepan ni dónde tienen la nariz.

Se suponía que debía sonreír ante la ocurrencia, y así lo hizo.

—Se lo agradezco —logró sobrepasarlo—, pero papá me ha dicho dónde está lo que necesita y ya sabe lo puntilloso que es para esas cosas.

Al fin pudo desembarazarse de aquel hombre y entrar en el ascensor mientras el encargado de aquel moderno invento le daba al

botón que ella le indicaba.

La primera planta era aún más fastuosa que el vestíbulo, pues el mármol blanco daba paso a piedras de colores, algunas rarísimas, y a puertas de madera blanca con los resaltes en bronce dorado. Miró a ambos lados. El despacho de su padre estaba a la izquierda, abierto por un amplio balcón a la fachada principal. A la derecha, el resto de los servicios financieros.

Aunque desde allí podía escuchar algunas conversaciones y el repiqueteo de las máquinas de escribir, sabía que el despacho del presidente estaba cerrado, ya que su secretaria había sido requerida por su padre y trabajaba desde la propia casa Van Alen.

Tragó saliva, apretó el vientre y se dirigió con la misma aparente naturalidad hacia la gran puerta del despacho. Si estaba cerrada, tendría que pedir que se la abrieran, lo que levantaría sospechas y tal vez preguntas que no sabría responder.

Por suerte, el pomo giró en cuanto lo accionó su enguantada mano y entró en la penumbra de la estancia con tanta velocidad que casi se pilló la falda con la puerta.

Una vez dentro, se apoyó contra la pared y respiró despacio. No estaba haciendo nada malo. ¿Qué hija no se preocupaba de los negocios de su padre? ¿Qué joven de la alta sociedad neoyorquina no tenía nociones de contabilidad? Negó con la cabeza. Por mucho que intentara convencerse, aquello estaba mal. Husmear en los archivos de su padre era un error y, si alguien la descubría, supondría una decepción enorme para su progenitor, que no solía aceptar lo que consideraba traiciones.

Miró alrededor. Era la antesala del despacho. Su padre solía tener cuatro secretarias, pero solo una de ellas era de su entera confianza, así que las otras tres habían cogido días libres.

Al frente se alzaban otras dos puertas: una era el despacho propiamente dicho, una sala inmensa donde la enorme mesa de caoba taraceada ocupaba el lugar principal. La otra era la entrada a los archivos más delicados de la compañía, y allí era donde tenía que mirar.

En esta ocasión había tomado medidas. Su padre guardaba la llave en la caja donde atesoraba sus relojes de bolsillo y había tenido

la precaución de cogerla antes de venir. Estaba nerviosa y los dedos resbalaron antes de ser capaz de insertarla en la cerradura y girarla para…

—Se ha retrasado.

Clara miró anonadada a Thomas Pinckerville que, pegado a una de las estanterías, revisaba un documento que había extraído de uno de los archivadores.

—Que-quedamos… —señaló el exterior—. Quedamos en que usted me esperaría fuera y yo le llevaría los expedientes.

Eso habían hablado brevemente en el desayuno antes de que su madre reclamara la presencia de Thomas. El joven la miró, apretó los labios y volvió al documento.

—He querido asegurarme —contestó, pasando el dedo por el papel como si necesitara convencerse de que no se le pasaba nada.

Clara miró alrededor. Conocía aquella sala. Era el sancta sanctorum de la compañía y solía tener aquel orden impecable. ¿Cómo había logrado mirar todos aquellos expedientes sin que se notara la más mínima alteración? Y lo que era más importante… ¿desde cuándo estaba allí? Lo miró con creciente mal humor.

—¿Cómo ha accedido sin que le vean?

Él la observó un instante.

—Tengo mis recursos.

Clara no lo dudaba; se había colado en su dormitorio sin que nadie se percatara de ello.

Decidió que era mejor no discutir con él, pues sabía que no llegaría a nada. Se quitó los guantes y los dejó sobre la mesa. Thomas le miró las manos, algo fugaz, pero que no pasó desapercibido a la muchacha. Ella se colocó las palmas en las caderas y miró alrededor.

—¿Por dónde sigo? —preguntó—. ¿Y qué buscamos exactamente?

Thomas señaló una de las paredes.

—Ahí aún no he mirado. Si ve algo sospechoso, dígamelo —y volvió a los papeles que tenía entre manos y que pasaba tras una lectura rápida.

«Algo sospechoso», pensó la muchacha. Algo difuso de comprender, pero no tenía intención de pasar allí toda la mañana, así que miró el lomo de los archivadores donde, con excelente caligrafía, aparecía anotado «Inversiones en el extranjero».

Ambos continuaron trabajando. Él parecía seguir un método: sacaba un archivador de la estantería, vaciaba el contenido, lo miraba todo con cuidado y volvía a colocarlo en su sitio como si nadie jamás lo hubiera tocado.

Clara era más anárquica. Con algunos documentos pasaba un buen rato. Eran tablas contables, algo que le fascinaba y sabía leer desde niña. Otros apenas los miraba, pues de una ojeada comprendía que no tenían interés.

De vez en cuando miraba a Thomas. Estaba muy serio, concentrado, y se le formaba una ligera arruga sobre el puente de la nariz. Aquella expresión lo hacía especialmente atractivo y la escasa luz que entraba por las ventanas de cortinas medio cerradas le daba a su perfil un aire misterioso.

Cuando Clara volvía a sus papeles era Thomas quien la miraba. La muchacha parecía muy concentrada y se mordía la zona interior del moflete mientras pensaba, lo que la volvía deliciosa. En los ojos de Thomas aparecía la duda; daba la impresión de que iba a decir algo, pero se callaba y continuaba a lo suyo.

Solo una vez se cruzaron la mirada, pero fue como si se hubieran quemado, pues ambos volvieron de inmediato a sus asuntos.

Había pasado más de una hora cuando Clara se acercó para tenderle un documento.

—Este es.

Thomas lo tomó y solo tuvo que leer las primeras líneas para darse cuenta de lo que tenía entre manos.

—Es la conformación de una sociedad mercantil —exclamó.

Ella parecía muy satisfecha con su hallazgo.

—Así es, y mire los socios —los señaló sobre el documento—: Archibald Clariton, Francis Barrow, Edward Johanneson y…

—Su padre —terminó él por Clara.

La muchacha asintió.

—La sociedad se conformó hace casi veinte años para la explotación de una mina en la Baja California. No puede ser otra que esa.

—¿Hay algo más en la misma carpeta?

Ella negó con la cabeza.

—Curiosamente, solo ese documento, lo que es extraño —señaló cada balda que ya había examinado—. Cada proyecto de inversión tiene anexa una memoria económica y los informes mensuales de sus gestores. Es como…

—Como si alguien se nos hubiera adelantado.

Clara no pudo hacer otra cosa que asentir, pero se fijó en que Thomas arrugaba aún más la frente y se acercaba el documento, como si quisiera leer algo que presentaba dificultad. Le extrañó.

—¿Hay algo que…?

Pero no pudo terminar porque el sonido de algunas voces se oyó en el exterior y ella dio un respingo al comprender que alguien estaba en la antecámara. Ambos intercambiaron una mirada de preocupación y, mientras Thomas se guardaba el documento en un bolsillo interior de la chaqueta, Clara devolvía los archivadores a sus estantes y se aseguraba de que todo quedara en orden.

Apenas habían terminado cuando la puerta se abrió y un restablecido señor Van Alen apareció en el marco de la puerta acompañado del señor Norton y de su secretaria.

—¿Cla-Clara? —se extrañó su padre de encontrarla allí.

Ella no supo qué decirle. Desde luego, era el lugar más extraño donde encontrar a su hija y al joven que residía con ellos, pero Thomas salió al paso.

—Mi querido James, ha sido culpa mía —sonrió al extrañado señor Van Alen, intentando aparentar que la vida era color de rosa —. Le he insistido a su hija que me enseñe todos los secretos de su éxito y he de decirle que esta sala es un auténtico tesoro.

El señor Norton parecía convencido con la explicación. No así el señor Van Alen, que miraba a su hija y al incómodo invitado sin saber qué pensar.

Pero, si una expresión era del todo misteriosa, era la de Clara, que acababa de comprender que el trastorno del señor Pinckerville

era peor de lo que esperaba, pues, habiendo intentado mostrarse con su frivolidad habitual, apenas lo había conseguido.

CAPÍTULO 24

El señor Van Alen se había comportado con cierta naturalidad, aunque su hija lo conocía bien y encontrarlos en la sala de archivos debía de haberle resultado de lo más extraño. Aun así, había dado a entender que se creía el argumento de Thomas de que aquello solo era una visita ociosa y le había pedido al señor Norton, director de la oficina, que volviera a sus quehaceres, pues, al parecer, era quien le había advertido sobre la presencia de su hija en las instalaciones del banco.

Tras un momento de vacilación, él mismo se había encargado de señalarle a Thomas el resto del edificio, le había explicado las diferentes ramas financieras en que trabajaba su compañía y lo había invitado a visitarlo tantas veces como quisiera.

Clara estaba convencida de que Thomas aprovecharía aquella oportunidad para preguntarle por aquella compañía minera por la que tanto se habían arriesgado, pero no fue así. El joven aristócrata intentó aparentar su aire frívolo de siempre, aunque con pésimos resultados, y cuando el señor Van Alen lo invitó a almorzar con él se excusó aduciendo que tenía cita con su sastre.

Se despidieron en la puerta. Thomas le lanzó una mirada cargada de significado a Clara antes de marcharse y ella volvió a sentir aquella especie de escalofrío que la obligó a apartar la mirada. Cuando al fin se quedaron solos ella y su padre, la muchacha intentó excusarse, pero el señor Van Alen no se lo puso fácil.

—¿Hay algo que deba saber? —le preguntó con la boca torcida y la frente crispada, un gesto que ella conocía bien.

—¡Claro que no! —se sintió fatal por mentirle—. A menos que te interesen los tocados que se llevarán en Newport, porque para eso me he citado con Trix en el vestíbulo y llego tarde.

La cita con una de sus mejores amigas no era una invención. Había presupuestado la necesidad de cubrirse las espaldas y ser requerida por la señorita Sinclair, que aguardaba en el vestíbulo… ¿quién iba a sospechar?

La llegada de su secretaria y de los jefes de división le permitió a Clara despedirse de su padre y tomar de nuevo el ascensor hasta el vestíbulo, mientras repasaba mentalmente lo que acababa de pasar: Thomas había descubierto algo en aquel documento y se lo había ocultado, de eso estaba segura. ¿Era la razón por la que no había interrogado a su padre, cuando no había tenido una mejor opción? Su mirada se oscureció. ¿O quizá sospechaba de él? ¿Y si creía que su propio padre estaba detrás de aquellos asesinatos? Sintió frío y se ajustó el cuello del vestido.

Cuando el ascensor llegó a su destino le temblaban las piernas. Tal y como le había pedido al entrar, Sophie la aguardaba junto al mostrador, en el mismo en que atendía el joven señor Preston, de quien le había hablado ya en un par de ocasiones. Fue hacia ellos con una sonrisa vacía en el rostro y con la cabeza aún llena de mil presentimientos fatuos.

—¿Aún no ha llegado Trix? —le preguntó, pues era su amiga más puntual.

Su doncella parecía un tanto apurada, al igual que el señor Preston. Se miraban uno al otro para después mirarla a ella. ¿Había sucedido algo en su ausencia? El joven señor Preston carraspeó.

—Señorita Van Alen —empezó a decir mientras se secaba disimuladamente el sudor de las manos en el pantalón—, mientras repasaba los apuntes contables de la semana pasada me ha parecido…

—Disculpa el retraso —se escuchó la voz de Trix, que atravesaba apresurada el vestíbulo hacia ellos—. La circulación de carruajes en Manhattan es asfixiante.

La joven Sinclair estaba tan espectacular como siempre y saludó con un gesto breve a un par de caballeros que se quitaron los sombreros al verla pasar.

Clara sintió alivio en el pecho en cuanto escuchó su voz. Necesitaba una amiga cerca o se volvería loca. Matthew había

enmudecido y Sophie prefirió no importunar.

—¿Has terminado tus…? —Trix miró alrededor cuando llegó junto a ellos—, tus asuntos. Porque tengo hambre y mi carruaje nos espera en la puerta.

Clara no le había contado por qué la requería allí y a aquella hora, pues Trix lo censuraría, como hubiera hecho ella misma en caso contrario. La joven Van Alen se volvió hacia Matthew.

—¿Le parece si hablamos en otro momento? —no esperó respuesta y se giró pícaramente hacia su doncella—. Hasta esta noche no te necesitaré, Sophie —le guiñó disimuladamente un ojo—. Quizá el señor Preston pueda recomendarte un lugar cercano donde puedas ir a comer si no te da tiempo a volver a casa.

El joven se sonrojó mientras la muchacha bajaba la mirada y aguantaba la sonrisa.

—Yo… yo… —tartamudeó—. En media hora estaré libre y puedo acompañarla, si no lo considera usted algo indecoroso.

No había más que decir. Trix y Clara se tomaron del brazo y abandonaron el banco como las dos buenas amigas que eran, siendo ayudadas por un mozo para acomodarse dentro de la confortable carroza de los Sinclair.

—¿Me vas a contar qué diantres has hecho? —le preguntó Trix en cuanto los caballos estuvieron en movimiento.

Dudó un instante, pero… ¿si no se lo contaba a ella, a quién se lo iba a decir? Tomó aire.

—Thomas y yo hemos dado con un documento que confirma lo que sabíamos —la miró a los ojos—: mi padre forma parte de esa sociedad nefasta.

Trix pasó por alto que por segunda vez se dirigía al señor Pinckerville de manera tan coloquial, pero no era el momento de debatir sobre aquello. La observó con la preocupación reflejada en los ojos.

—¿Y qué haréis?

Ni ella misma lo sabía, aunque creía que había llegado el momento de contárselo a su padre.

—Necesito hablarlo con Tom —le contestó—, pero creo que no podemos ocultarlo por más tiempo a mi padre. A toda la familia.

Trix comprendió que tenía razón, así como que las posibilidades de un futuro junto a Phillip Van Alen se alejaban aún más en el tiempo. No pudo evitar preguntarlo.

—¿Eso incluye hablarlo con Phil?

—Por supuesto —la miró extrañada—. ¿Hay algún problema con eso?

Trix le mantuvo la mirada. Que estaba perdidamente enamorada de Phil desde que eran niños no era un secreto ni para Clara ni para Amelia. Que llevaban dos años juntos no lo sabía nadie. Bajó la cabeza y volvió la vista a las calles que pasaban raudas al otro lado de la ventanilla.

—Tu hermano quiere hablar con su prometida.

—¿Con la señorita Lennon? ¿Para qué?

A Trix se le escapó un leve gemido de entre los labios. Si lo decía no había marcha atrás y, aunque Clara era discreta y jamás la traicionaría, sabía por experiencia que una vez que un rumor se ponía en circulación… Se atrevió a mirarla a los ojos.

—Tu hermano va a romper el compromiso con la señorita Lennon.

Clara la miró sorprendida. No porque lo que Trix decía fuera fabuloso, sino porque conocía a su hermano. Logró que una exclamación de sorpresa no saliera de su boca.

—Trix —le tomó la mano—, mi hermano nunca hará eso. ¿Te lo ha dicho él mismo?

Parecía angustiada.

—Quiere esperar a que tu padre se restablezca.

—Y después a que suba la bolsa —enumeró Clara—, y más tarde a que llegue el verano o a que caiga uno de esos meteoritos sobre la Tierra. ¿Es que no sabes que Phil nunca hará nada que contraríe las órdenes de mis padres?

Si fuera coherente le daría la razón. Se conocían de toda la vida y el joven Phil Van Alen era el yerno que toda matrona de la alta sociedad querría tener: educado, con una gran fortuna, guapo y con don social, lo que lo volvía imprescindible en cualquier evento. Lo que nadie veía en él era su dulzura, su corazón, la manera en que la amaba. No quiso contarle nada de eso a Clara.

—Confío en él. Confío en tu hermano.

Clara la miró con detenimiento. ¿Cómo le había pasado desapercibido todo aquello? Se sintió miserable por no haber estado ahí cuando su amiga la necesitaba… y con su propio hermano.

—¿Phil te ha dicho que va a romper su compromiso? ¿Con esas palabras?

Trix apartó la mano.

—Llevamos tiempo viéndonos.

Las cejas de Clara se fruncieron.

—¿Viéndoos? Eso es un tanto ambiguo.

Más que ambiguo era explícito, pero no era a una hermana a quien podía contarle las maravillas que el joven Van Alen hacía con su cuerpo. Volvió de nuevo a mirar a través de la ventanilla.

—Será mejor que no sepas nada más, Clara —contestó—. Al menos por ahora.

—Espero que no hayas cometido una locura.

—Nos amamos, Clara, y queremos hacerlo público —esta vez se había vuelto hacia ella y tenía los ojos brillantes—. ¿Me apoyarás?

Clara le mantuvo la mirada. Conocía a Phil y conocía a Trix, lo que la colocaba en una posición terrible, ya que sabía que su hermano terminaría haciéndole daño a una de sus mejores amigas. Aun así, simplemente la abrazó con fuerza.

—Por supuesto que te apoyaré, solo que… —iba a decirle que Phil la haría desgraciada, pero se contuvo—, solo quiero verte feliz.

CAPÍTULO 25

Jamieson carraspeó para llamar la atención de su señora. Esta dejó la labor de aguja que tenía entre manos y lanzó un suspiro.

—Espero que no sea una visita —se quejó la señora Van Alen antes de que el mayordomo hablara—. Empiezan a palpitarme las sienes y esa es una señal de que se aproximan unas insoportables jaquecas.

Nada cambió en el rictus del mayordomo, a no ser un brillo de satisfacción por lo que iba a decir a continuación.

—Entonces le diré a la señora Astor, que espera en el vestíbulo, que vuelva en otro momento.

Fue nombrar el apellido de la reina de la sociedad neoyorquina para que cualquier atisbo de enfermedad desapareciera del semblante de su patrona. Dejó caer la labor y se puso de pie casi de un salto.

—¿Esperando? —se abanicó con una mano—. Jamieson, ¿cómo se le ocurre hacer esperar a la señora Astor? Hágala pasar de inmediato.

Con una mal disimulada sonrisa de satisfacción, el mayordomo abandonó la estancia para cumplir sus órdenes, mientras la señora Van Alen se alisaba la falda y comprobaba en el espejo de una consola que todos sus rizos estaban perfectamente ordenados.

La visita entró en el gabinete con el paso decidido con que lo hacía todo.

Lina Webster Schermerhorn formaba parte de la pretendida aristocracia holandesa de Nueva York y descendía directamente de los colonos que la fundaron. Ella era la encargada de codificar el comportamiento apropiado y la etiqueta de una sociedad que la

admiraba tanto como la temía, así como de determinar quién era aceptable en el círculo tradicional de entre los nuevos ricos en una ciudad cada vez más heterogénea, como era el caso de los Van Alen.

La señora de la casa fue a su encuentro, entre nerviosa y encantada por lo que estaba aconteciendo, algo que se encargaría ella misma de que fuera conocido en cada mansión de la Quinta Avenida.

—Sé que es imperdonable presentarse así, sin anunciar —se excusó la señora Astor, aunque el tono de su voz parecía más imperativo que piadoso—, pero pasaba cerca y recordé que apenas pudimos cruzar un saludo en la cena de los Forsyth.

Así había sido. Ambas damas cayeron en lados opuestos de la mesa y, aunque la señora Van Alen intentó acercarse a ella tras la cena, una impertinente señora Vanderbilt acaparó toda su atención.

—Ha hecho usted lo correcto, señora Astor —intentó no parecer nerviosa y señaló el elegante sofá que adornaba la sala—. Yo misma me disponía a visitarla para solventar ese vacío. Jamieson, traiga té para la señora Astor.

El mayordomo iba a hacerlo, pero un gesto marcial de la dama lo detuvo en seco. La dueña de la casa admiró su forma de dar órdenes sin ni siquiera usar la voz, y al fin ambas se sentaron en sillones opuestos.

—¿Su marido ya está recuperado? —preguntó educadamente la invitada.

—Y trabajando. Los hombres son incansables. Parecen hechos de otra pasta. Al menos el señor Van Alen.

Aunque permitía que Thomas la llamara por su nombre de pila, ella jamás se refería a su marido con él en público.

La señora Astor parecía complacida, aunque apenas había echado una mirada a la estancia. ¿Se habría percatado de que el cuadro que adornaba la chimenea era un Rembrandt auténtico? ¿Habría deducido que la porcelana que adornaba la mesa era del mejor Sèvres y de tiempos de la Pompadour? La invitada alzó ambas cejas antes de hablar.

—He oído que pronto se anunciará el compromiso de su hija con Ronald Vandelay. Debe de estar encantada.

Fugazmente se preguntó cómo se había enterado. Era algo que acababan de decidir y… pero recordó que la señora Astor era la mujer mejor informada de América y que, con que alguien se hubiera ido de la lengua, el rumor llegaría a ella como una flecha lanzada a una diana. Sonrió encantada.

—Está más bien fascinada. Clara lo adora y cuenta los días para el feliz enlace —se atrevió a tomarse una discreta confianza—. Por supuesto, contamos con su presencia, aunque las invitaciones se están dilatando más de lo esperado.

La dama no contestó ni que sí ni que no, como era habitual en ella; en cambio, fue hábil cambiando el tema de conversación.

—He de decirle que durante la cena me pareció muy particular ese invitado suyo, el señor Pinckerville.

¿Había inclinado ligeramente la cabeza como si evaluara cada expresión de su rostro? La señora Van Alen estaba fascinada con el joven aristócrata británico, aunque era muy consciente de que su extravagancia quizá no fuera bien vista por la buena sociedad. Intentó excusarlo y, con ello, excusarse a sí misma.

—Es el mejor amigo del duque de Ashford —se refería al marido de Violet—. No pudimos negarnos a acogerlo.

—Por supuesto —sonrió, aunque no lo hicieron sus ojos—. Y creo que ese invitado hace buenas migas con su hija.

¿Había una velada insinuación en sus palabras? ¡Por supuesto que no! Su Clara adoraba a Ronald. ¿Qué mejor hombre que él podría encontrar? De una de las mejores familias de la ciudad, rico, prometedor y con un futuro brillante. Sería absurdo que sintiera interés de ningún tipo por un simple… ¿vizconde? ¿barón? No recordaba el título que ostentaba el señor Pinckerville, pero no era nada interesante. Amplió su sonrisa nerviosa para quitarle importancia.

—¿Qué no haría Clara por su buena amiga la duquesa? —ese golpe de efecto estaba muy bien metido—. Ya sabe cómo son los jóvenes.

Su invitada no sonrió.

—No, no lo sé.

—Ti-tienen costumbres más relajadas… —sintió que las palmas de las manos le sudaban—, cosa que yo censuro e intento corregir constantemente.

La dama le mantuvo la mirada. Ella intentó no tragar, pero en el último momento no tuvo más remedio que hacerlo o moriría ahogada. Al fin, la señora Astor apartó la vista y lanzó una mirada reprobatoria al ramo de rosas de diversos colores que adornaba una consola. La señora Van Alen decidió que mandaría que lo tiraran a la basura en cuanto su invitada se marchara.

—Ahora que lo dice —soltó la señora Astor como por casualidad—, hace tiempo que no veo a las señoritas Rourke y Sinclair. Recuerdo que las cuatro eran inseparables.

—Y siguen siéndolo —al fin algo amable de lo que hablar—. Es difícil ver a una sin que aparezcan las otras. El matrimonio de Violet las ha distanciado, pero la señorita Harcourt, quiero decir —se corrigió—, la duquesa de Ashford nos prometió que pasarían la próxima temporada aquí, con nosotros.

Su invitada volvió a sonreír de aquella manera fría y distante.

—Veo que son todo buenas nuevas: su hija a punto de casarse y el compromiso de su primogénito en marcha.

Sí, estaban muy orgullosos de la elección que habían hecho para Phil.

—La señorita Lennon no podría ser más perfecta —decidió pivotar la conversación hacia uno de sus temas favoritos—. En cuanto a mi salud…

La dama se puso de pie y se ajustó los guantes, que ni siquiera se había quitado.

—Me tendrá usted al tanto de todo, ¿verdad? —su voz se dulcificó—. Las amigas estamos para ayudarnos y esas cuatro muchachitas son un espejo de nuestra sociedad. Lamentaría que algo se estropeara y yo no hubiera podido intervenir para ayudar.

La señora Van Alen tardó en contestar.

—Por-por supuesto, señora Astor. En nadie mejor que en usted podría pensar para algo así.

La dama tendió una mano; fue a colocarla sobre la suya, pero la retiró antes de hacerlo.

—Llámeme Lina. A las amigas les permito cierta familiaridad.

El corazón de la señora Van Alen estaba a punto de salírsele del pecho. Ni en sus mejores sueños había soñado con aquella confianza. Intentó que el júbilo que sentía no se le escapara por los ojos.

—Li-Lina —se deleitó con su nombre en los labios—, por supuesto.

—No quiero importunarla más —avanzó hacia la puerta con aquel mismo aire marcial y elegante que imprimía en todo—. ¿Irán a Newport? A estas alturas del año Manhattan empieza a ser asfixiante.

Tenían prevista una visita breve, pero si la señora Astor quería que estuvieran allí, se mudarían definitivamente si era necesario.

—Marcharemos pronto —se apresuró a decir—. En cuanto el señor Van Alen esté dispuesto a tomarse unos días de descanso.

—La esperaré. Aún no sé cuál será la temática del baile de este año y cuento con sus ideas, querida amiga.

No pudo evitar llevarse una mano al pecho. Aquello era tan… tan… tan maravilloso.

—Yo… yo… por supuesto —le temblaban las piernas de felicidad—. Le escribiré con una larga lista de propuestas. Mi esposo dice que no estoy falta de imaginación.

La dama llegó hasta la puerta que el mayordomo ya había abierto para ella.

—Esperaré esas notas ansiosa. Ahora debo irme.

—Jamieson… —le indicó con una mirada severa que la acompañara hasta el mismo carruaje, pero la señora Astor alzó otra vez la mano en aquel gesto que lo detenía todo.

—No hace falta. Ni siquiera me he quitado los guantes. Tenga un buen día.

Y sin más se marchó, dejando a la señora Van Alen tan feliz como confundida por lo que acababa de pasar.

CAPÍTULO 26

—¿Adónde va con ese ramo? Las flores están frescas —le preguntó Clara a Jamieson al ver que atravesaba el vestíbulo con él, portándolo como si estuviera infectado.

—La señora ha ordenado tirarlo lo más lejos posible —contestó el mayordomo para bajar la voz a continuación—. La señora Astor ha estado visitándola.

No tuvo que decir nada más para que la muchacha lo comprendiera. Si la dama había hecho alguna insinuación o solo lanzado una mirada reprobatoria al florero, la suerte de aquel hermoso manojo de rosas estaba echada. En vista de que su madre estaría entusiasmada, decidió esquivarla. Lo que menos le apetecía, tras la incursión en los archivos del banco y su larga conversación con Trix, era escuchar los detalles de la visita de la señora Astor, que se los contaría una y otra vez, desmenuzando cada gesto o mirada.

Dejó los guantes a un lacayo y se deshizo del sombrero.

—No le diga que estoy en casa si no pregunta. ¿Ha llegado el señor Pinckerville? —preguntó sin pensarlo.

—Se encuentra en la biblioteca —anunció—. Regresó hace apenas unos minutos.

Clara estaba convencida de que la supuesta visita de Thomas al sastre era solo un ardid para evitar quedarse a solas con su padre. Lo que se preguntaba era por qué, y ese día no iba a retirarse a sus aposentos sin saberlo.

Con paso decidido cruzó el vestíbulo y no se detuvo cuando traspasó la puerta de la biblioteca y se plantó allí en medio, con los puños apretados y las cejas fruncidas, como si estuviera preparada para la batalla.

Thomas, que estaba tranquilamente sentado en una butaca con un libro entre las manos, apenas tuvo tiempo de levantarse como haría cualquier caballero en presencia de una dama.

—¿Ha sido grata su charla con la señorita Sinclair?

Clara se cruzó de brazos, lo taladró con la mirada y tomó aire antes de soltar la pregunta.

—¿Por qué no ha comido hoy con mi padre?

Tom no pareció sorprenderse. Cerró el libro que aún llevaba en las manos y lo dejó sobre una mesa. La interpeló con la mayor naturalidad.

—Como le anuncié, tenía cita con mi sastre.

Los ojos de la muchacha se afilaron. Sabía leer las mentiras en las palabras no dichas y aquello tenía todo el aspecto de ser una de ellas.

—Está aquí supuestamente para desbaratar un complot —le recordó—, y cuando tiene acceso directo al hombre que dice proteger, prioriza el bajo de una chaqueta. No le creo.

Él ladeó la cabeza y también se cruzó de brazos.

—¿Cuál es su teoría?

—Que oculta algo.

—He sido transparente con usted desde el principio, y no ha sido fácil tratar con una mujer testaruda.

La expresión ofendida en el rostro de Clara fue quizá un poco exagerada.

—¿Cómo se atreve? —bufó—. Le he abierto las puertas de mi casa y soportado sus continuas impertinencias.

Él dio un paso hacia ella. Parecía molesto.

—Dudo que yo le haya causado mal alguno.

Clara hizo otro tanto, quedando ambos tan cerca que, si alguien entrara en la biblioteca, podría considerarlo indecoroso. La muchacha alzó una mano y lo señaló con el dedo.

—Se inmiscuyó en mi compromiso con Ronald —¿es que no era suficiente?—. Incluso decidió la fecha de mi boda.

Thomas intentó sin éxito disimular una sonrisa.

—Solo fue un malentendido.

Aquello la ofendió tanto como si hubiera blasfemado por lo más sagrado. Buscó una manera de devolverle el golpe. Le apareció en la mente como una iluminación que brilló en sus ojos antes de soltarlo.

—¿Su extraña personalidad también es un malentendido?

Thomas parpadeó. Por un instante pareció que su absoluta seguridad flaqueaba. Volvió a parpadear.

—No sé a qué se refiere.

Ella, que no dejaba de mirarlo, comprendió que había llegado al meollo del asunto y no iba a dejarlo escapar.

—Señor Pinckerville, no soy una ingenua —se acercó un poco más, casi amenazadora—. ¿Cree que no he notado sus continuos cambios de personalidad? —le clavó la vista, inquisitiva—. Y eso solo tiene una explicación.

Tom parecía preocupado. Ella casi sintió lástima.

—¿Y cuál es? —preguntó, y sus mandíbulas crujieron.

Clara se preguntó si no estaría siendo demasiado cruel, pero recordó que la vida de su padre estaba en juego y no podía andarse con chiquitas.

—Señor Pinckerville —él la miraba expectante—. Sé que padece un estado de doble conciencia, una dolencia que me hace dudar de que esté capacitado para llevar este asunto a buen término.

Él se mantuvo muy serio hasta que ella vio el brillo de una carcajada contenida en sus ojos y dudó por un instante si había acertado.

—Así que eso cree, que tengo… ¿falta de juicio? —contestó Thomas, logrando que su rostro permaneciera inmutable.

Clara ya no estaba segura de nada, pero no aflojó la presión.

—¿Cuánto tardará en aparecer de nuevo ese carácter frívolo y vacío? ¿Acaso al final de esta conversación?

Él volvió a cruzarse de brazos; en ese instante parecía muy pagado de sí mismo.

—Le garantizo que no pasará.

Ella perdió los estribos.

—¡Entonces dígame qué ha descubierto en los archivos del banco!

En cualquier circunstancia Thomas no habría confiado. Tenía experiencia, sabía lo delicado que era su trabajo y conocía los peligros que entrañaba revelar sus descubrimientos a terceras personas, pero la señorita Clara… Cada mañana se preguntaba por qué no dejaba de pensar en ella. Era consciente de que estaba muy lejos de sus posibilidades, por no contar con que era una mujer prometida; aun así… Bajó las manos y relajó la mirada.

—He descubierto una firma.

Ella pareció decepcionada.

—No es demasiado.

—Pero es la misma que aparece en los contratos que requisamos en los archivos de los otros socios, la que aparece en los documentos aduaneros —hizo una pausa—. Es la firma del asesino.

Los ojos de la muchacha brillaron.

—Entonces… ¿sabe quién es?

El gesto de sus cejas le dijo a Clara que no tenían tan buena suerte.

—No es legible, pero sí una pista que podemos comparar con otros documentos. Estamos un paso más cerca de atraparlo.

Ella soltó un bufido. Por un momento había llegado a creer que todo aquello se había terminado, que el asesino sería apresado, su padre no estaría en peligro y Thomas Pinckerville desaparecería de su vida para siempre. Este último pensamiento le provocó un escalofrío y una sensación desconocida. Era como si solo imaginarlo la precipitara a un vacío helado en el que no quería estar… ¿qué diantres le estaba pasando? Volvió a soltar un suspiro y lo miró a sus increíbles ojos verdes.

—¿Y por qué no me lo dijo?

Él apartó la mirada, porque había estado recorriendo cada curva de su rostro mientras ella parecía ensimismada en sus pensamientos.

—Porque llegó su padre.

Volvió a retarlo.

—No le creo.

—Se lo estoy contando en este preciso instante.

Se mantuvieron la mirada. Era como una lucha a muerte, con la diferencia de que lo que latía en ambos corazones era bien distinto a un sentimiento oscuro.

La soledad de la estancia, la cercanía de Thomas, quizá el recuerdo de aquel estúpido beso, hizo que ella diera un paso atrás.

—Creo que ha llegado la hora de hablar con mi padre. No podemos ocultárselo más. Su vida está en peligro.

Él se mantuvo firme.

—No, no lo haremos.

Lo peor que se podía hacer con Clara era darle una orden, así que ella lo taladró con la mirada.

—Si no me da una razón de peso, lo haré con o sin su aprobación.

Thomas logró no inmutarse pese a que las ganas de besarla crecían por segundos.

—No lo haremos porque su padre sabe lo que está pasando.

La expresión anonadada de la muchacha lo dijo todo.

—¿Está jugando conmigo, señor Pinckerville?

Thomas se metió la mano en los bolsillos. Si seguía mirándole los labios, terminaría besándola, de eso estaba seguro.

—Su padre ha recibido dos anónimos amenazadores que lo vinculan con esa mina de oro —dijo con total seguridad.

Ella aún lo dudó.

—¿Cómo diantres lo sabe?

Sí, aquella vez, cuando ella lo besó, logró contenerse, comportarse como lo que se suponía que era. Si volviera a pasar… no sabría parar.

—Porque las otras tres víctimas recibieron las mismas cartas —dijo con voz ronca—, y porque he visto las que ha recibido su padre.

CAPÍTULO 27

Era más una casa de comidas para trabajadores de Manhattan que un restaurante; aun así, a Sophie le pareció el lugar más encantador del mundo, con las largas mesas para compartir, el aroma de cocina casera recién hecha y los gritos de los camareros que repartían platos sostenidos en enormes bandejas metálicas.

—No es precisamente un sitio lujoso —se excusó Matthew—, pero se come bien.

Sophie no contestó. Para ella, que se había criado en la peor manzana de Five Points, hasta un plato de comida servido bajo el húmedo hueco de una escalera podía ser considerado un lugar razonable.

Un camarero les gritó que se apartaran del paso y les indicó un hueco en una de las mesas. Matthew se ofreció a tomar el peor sitio, entre un hombre orondo con pinta de contable que no apartaba la vista de su plato y una mujer emplumada que no paraba de moverse, por lo que los aderezos de sombrero y vestido se esparcían por todas partes. Sophie se sentó justo enfrente, flanqueada por dos obreros que iban a lo suyo y ni se dieron cuenta de que ya no estaban solos.

—La carta es limitada —volvió a lamentarse el muchacho.

Ella le sonrió.

—Como cualquier cosa, menos pretzel, así que pida usted.

Matthew no entendió la broma, pues no existía neoyorquino de nacimiento que no tuviera en aquella bollería su plato favorito, pero no dijo nada. Se ajustó los anteojos, repasó la carta y pidió al camarero la comida y dos vasos de vino. Cuando se hubo marchado, Matthew volvió a disculparse.

—Es el único lugar cerca de la oficina que puedo permitirme —sus mejillas se sonrosaron—, y mi intención es invitarla.

El brillo en los ojos de Sophie gritaba que se sentía feliz, incluso aunque se hubieran decidido por el hueco de la escalera.

—Desde que empecé a trabajar apenas salgo de Van Alen House —le contó, para que él comprendiera que todo aquello era fascinante para ella—, y cuando coincido con mis amigas solemos dedicarnos a pasear por Central Park y a no gastar un centavo, así que todo es nuevo para mí.

Él se lo agradeció con una tímida sonrisa y se atrevió a avanzar la mano sobre la mesa, no sin antes mirar a ambos lados, hasta tomar la de Sophie.

—He pensado a menudo en usted.

La muchacha sentía una alegría desbordada inundándole el pecho. El lugar sería poco lujoso y muy concurrido, pero jamás en la vida se le olvidaría.

—Espero que con agrado —atinó a decir.

Matthew bajó la voz.

—Mucho. Muchísimo, me atrevería a decir.

Los comensales que estaban a su alrededor iban a lo suyo. Si acostumbraban a comer a menudo en lugares como aquel, habrían escuchado de todo, y dos enamorados contándose sus secretos no les llamaría especialmente la atención. Sophie le apretó la mano con afecto, pese a que temía que él notara que estaba temblando.

—Entonces puedo confesarle que yo también le he recordado estos días —bajó la mirada—. La actuación de las marionetas del parque fue muy agradable.

Matthew hizo una mueca cómica con los labios.

—Espero que mi compañía también.

Sophie se tapó la boca cuando soltó una carcajada. Hasta ese momento lo que sabía del señor Preston era que era excesivamente serio.

—Así que tiene sentido del humor.

—Que sea un gris contable no quita que me guste entretenerme.

La muchacha suspiró, feliz.

—Seguro que su carrera en el banco es un hecho. Si el señor Van Alen confía en usted, puede dar por seguro que le promocionará.

La mirada del joven se oscureció.

—¿Cree que la señorita se ha molestado cuando he intentado hablar con ella?

—Por supuesto que no —lo tranquilizó—. Ella parecía preocupada. Además, ha aparecido la señorita Sinclair. No era el momento para tratar asuntos financieros, por muy ventajosos que seguramente fueran.

Matthew apartó la mano y la unió con la que mantenía en el regazo. Bajó la mirada antes de hablar.

—Sophie, cuando le pedí que me ayudara a hablar con ella —hizo una pausa—, no era para comentar inversiones ventajosas ni pedirle una carta de recomendación.

Él no le había dicho algo así, pero era precisamente lo que Sophie había supuesto. Se sintió incómoda.

—¿Para qué entonces?

La mano de Matthew volvió a la mesa y sus dedos tamborilearon sobre la superficie. Antes de hablar se aseguró de que sus vecinos de mesa no estaban pendientes. Aun así, bajó la voz.

—Verá, entre mis competencias está repasar la contabilidad mensual. Es fácil. Hay un libro mayor con apuntes resumidos que solo debo validar. Mi abuelo lo ha hecho durante años y me enseñó cómo hacerlo antes de retirarse.

A ella se le escapó un suspiro de alivio. Había pensado…

—¿Cree que su trabajo es excesivo? —le expuso lo que había creído entender—. ¿Considera que la señorita Van Alen puede ayudarle a que le eximan de algunas tareas? Porque seguro que sí…

—No, no es eso —la cortó antes de continuar y avanzó el cuerpo sobre la mesa para bajar aún más la voz—. A veces me gusta ir más allá en mi cometido, y aunque no forma parte de mi trabajo y mi abuelo me reprobaría por ello, desde que estoy en el banco repaso uno a uno los apuntes contables, esos que se vuelcan en el libro mayor, para asegurarme de que no hay erratas. ¿Me entiende?

En aquella ocasión la muchacha estaba completamente perdida.

—No sé nada de contabilidad, pero creo que le sigo.

—Ayer vi un pequeño error —miró a ambos lados y prosiguió —: fue una cifra que debía haber sido consignada y, sin embargo, no lo estaba. Pasa de vez en cuando. Son demasiados clientes y demasiadas operaciones, y hay una cuenta contable para esas pérdidas, ¿sabe? —ella asintió sin tener claro si lo estaba entendiendo—. El caso es que quise asegurarme de que no había más errores y busqué desde unos meses más atrás, y lo que parecía un error se convirtió en una… pauta.

Ella frunció la frente. A pesar de no tener conocimientos en contabilidad, sabía lo que Matthew intentaba decirle y era… abrumador.

—¿Está seguro de eso?

Él tragó saliva. Se había puesto pálido.

—No quiero lanzar acusaciones —expuso—, ni siquiera decir que sean otra cosa que errores humanos que se cometen sin la menor intención, pero…

—¿Pero?

El joven volvió a mirar alrededor. Si alguna de aquellas personas trabajaba en el banco, si el rumor se corría… Quizá había sido demasiado imprudente hablando de algo tan delicado en un lugar público. Pero no podía dejar a Sophie así, preocupada sin una explicación. Se acercó un poco más y su voz se convirtió en un hilo casi inaudible.

—Me temo que alguien está sacando dinero del banco sin que nadie lo sepa, en cantidades lo suficientemente minúsculas y continuas como para que no se note.

Ella parpadeó varias veces antes de poder hablar. Era extraño, muy extraño, y lo peor de todo, peligroso. La comida tardaba en llegar, al igual que el vino. Se dio cuenta de que se le había quitado el hambre y de que, en cuanto llegara la bebida, se la tomaría de un trago. También miró a los otros comensales antes de preguntar.

—¿Por qué no se lo ha contado a su superior?

—No puedo fiarme de nadie, Sophie.

—Me lo está contando a mí.

—Usted es diferente.

A pesar de que era un cumplido, en una situación como aquella pasó completamente desapercibido. Si Matthew se equivocaba…

—Pues cuénteselo al señor Van Alen —le sugirió—. Seguro que lo recibe si le pide una cita. Respetaba enormemente a su abuelo y, si es solo una equivocación, no se lo tendrá en cuenta.

El joven lanzó un suspiro.

—No puedo hacerlo —sus ojos parecían angustiados—. No puedo ser yo quien se lo diga. No daría crédito. Por eso debo contárselo a la señorita Clara antes que a nadie.

Sophie le mantuvo la mirada. Lo que le había pedido en la caja, cuando su señora había subido al despacho de su padre, era precisamente que le ayudara a hablar con la señorita Van Alen, aunque fuera un momento. Comprendió que lo que había descubierto podía ser comprometedor. Tardó en atreverse a hacer la pregunta.

—¿Quién es la persona a quien se hacen esos pagos?

Matthew lo dudó, pero al fin pareció reunir las fuerzas para contárselo.

—Ronald Vandelay, su prometido.

CAPÍTULO 28

Dormir se estaba convirtiendo en todo un reto, así que, cuando Sophie terminó de vestirla y Clara salió de sus aposentos camino al salón de desayuno, sentía que hacía décadas que no dormía y que las ojeras que empezaban a aparecer bajo sus ojos jamás se difuminarían.

Apenas giró el primer recodo del pasillo cuando se topó de bruces con Thomas, que tuvo que sujetarla para no caer.

—Lo siento —se disculpó él—. ¿Se ha hecho daño?

Clara quería contestar, pero toda su atención estaba en el calor que las fuertes manos de Tom proporcionaban a su piel allí donde el contacto era firme. Al fin pudo sobreponerse mientras se reprendía mentalmente por ello.

—Ha sido culpa mía —le quitó importancia—. Tenía la cabeza en cualquier sitio.

Se mantuvieron la mirada. Él parecía muy serio, incluso había un deje de desesperación en el brillo de sus ojos. Ella intentaba comprender las emociones que la presencia de aquel joven lograba en su ánimo y que eran del todo inexplicables. No se veían desde la conversación en la biblioteca, ya que ninguno de los dos había bajado a cenar el día anterior. Fue él quien se apartó, y cuando las manos de Tom dejaron su piel, Clara sintió un vacío difícil de explicar.

—Nos vemos en el desayuno —dijo él.

—Por supuesto —pudo Clara contestar con un hilo de voz.

El joven se alejó por el pasillo y solo entonces ella tomó conciencia de lo extraño de su presencia allí. Aquella era el ala de la familia. Estaban sus aposentos, los de Phil y los de sus padres, más algunas habitaciones de invitados que se usaban para los parientes.

A Thomas lo habían acomodado en el ala opuesta de la casa, al otro lado del hueco de escaleras, por lo que no había razón alguna para que el joven merodeara a aquellas horas en un lugar tan íntimo de la mansión.

Lo vio alejarse, se encogió de hombros y recordó que había olvidado los guantes sobre la cómoda. Cuando regresó a sus habitaciones, Sophie le preguntó si tenía intención de volver pronto al banco, aunque no se atrevió a exponerle el porqué. Hablaron unos minutos e incluso Clara decidió cambiarse de pendientes. Desde que Thomas estaba en la casa prestaba más cuidado a su atuendo, algo que siempre había dejado en manos de su doncella. Era como si hubiera nacido en ella una necesidad de gustarle.

Cuando abandonó de nuevo su dormitorio, había una sonrisa en sus labios que no tenía explicación. El rostro de Thomas Pinckerville no salía de su cabeza y el breve contacto de aquel beso del que tanto se había arrepentido era casi una sensación táctil sobre la piel de sus labios, hasta el punto de que se los acarició.

Cuando bajó al salón donde se servía el desayuno había pasado un buen rato y, aun así, al único que encontró fue, de nuevo, a Thomas. Por un instante se sintió perturbada. El escalofrío delicioso que solía atravesarla cuando se encontraban apareció de nuevo y decidió que esta vez no estaría en guardia, sino que intentaría ser sincera con él e indagar en aquello que le estaba pasando, pero…

—La pereza no es buena consejera —dijo él mientras se servía tres lonchas de beicon ahumado sin esperar a los demás comensales.

Ella dio un respingo, pero intentó controlarse ante un comentario tan impertinente.

—Sabe que llevo rato arreglada, solo que… —pero era mejor no dar explicaciones—. Qué más da.

Un tanto incómoda y sin saber por qué, fue hasta la mesa y pidió un té al lacayo mientras tomaba la firme determinación de que aquel día no iba a permitir que la sacara de sus casillas. Tom se sentó a su lado.

—¿Tiene planes para hoy?

De nuevo un brillo delicioso apareció en los ojos de Clara y rogó porque él no se percatara de cómo había empezado a latirle el corazón. Estaba claro que le iba a proponer dar un paseo juntos. ¿Sería prudente? ¿Sería decoroso? Llegó a la conclusión de que sí. Toda la ciudad sabía que hacía de anfitriona del mejor amigo del duque de Ashford. Nadie sospecharía algo inusual. Sonrió.

—No había pensado hacer nada en especial —dijo mientras desdoblaba la servilleta sobre sus rodillas.

Thomas dio una palmada al aire.

—Excelente, porque pretendo llegarme a Delmonico's y no quiero dejar la casa sin vigilancia.

Fue como si a Clara le hubieran vaciado una jarra de agua helada sobre el peinado. Parpadeó, abrió la boca y la volvió a cerrar mientras él daba cuenta de las lonchas de beicon en un santiamén.

—¿Me está diciendo que me quede aquí mientras usted…?

—Somos un equipo, ¿no? —de nuevo se levantó a por más comida; en esta ocasión, su objetivo eran los huevos revueltos—. Su padre es imprevisible. Igual vuelve a su oficina que se queda en casa. No podemos arriesgarnos.

Ella arrojó la servilleta sobre la mesa, hecha un gurruño, y fue tras él a la mesa donde se exponían los alimentos.

—¿E ir a Delmonico's cuenta entre sus misteriosos quehaceres de agente secreto?

Él llenó de aire una de sus mejillas y lo soltó con un resoplido.

—No, pero me han dicho que, a mediodía, los miércoles, muchas jóvenes casaderas acuden a comer con sus doncellas —le guiñó un ojo—. Sería muy cortés por su parte que me preparara una lista de los mejores partidos.

Clara no podía dar crédito. ¿La estaba tratando como a una casamentera? ¿Pero qué se creía aquel mentecato? Tenía ganas de abofetearlo, de propinarle una patada en las espinillas, ¿de clavarle un tenedor? Quizá eso último fuera excesivo.

—¿Me está pidiendo…? —casi no podía articular palabra—. ¿Me está pidiendo…?

Thomas dejó el plato a un lado, rebosante de huevo revuelto, y la miró con rostro compungido.

—Tiene razón, me he excedido —¡al menos lo reconocía!—. Con que me dé un par de nombres será suficiente. Mis encantos lograrán el resto.

Sí, la idea de clavarle el cuchillo retornaba a la mente de Clara como algo no solo viable, sino adecuado. Apretó los puños para contenerse y los volvió a relajar. No iba a convertirse en su correveidile, por supuesto, aunque lo peor de todo era… ¿qué le importaba a ella lo que Thomas Pinckerville hiciera con su tiempo? Logró conformar una sonrisa de suficiencia que le quedaba algo rígida.

—¡Vaya! —exclamó—. Acabo de recordar que he quedado con Amelia para buscar unos sombreros.

Él la miró con la frente fruncida mientras Clara se servía una pieza de manzana y un poco de puré. Se cruzó de brazos.

—Veo cierta complacencia en desbaratarme mis planes, señorita Van Alen.

La mirada angelical de la muchacha era de todo menos eso.

—En absoluto —le dedicó otra sonrisa—. Simplemente me había olvidado de lo de los sombreros.

Tom chasqueó los labios y volvió a rellenar aún más el plato.

—Se vuelve usted encantadora cuando le acomete un ataque de celos.

Esta vez Clara sí que se escandalizó. Dejó el plato sobre la mesa, se le encendieron los pómulos e incluso sintió que le ardía el rostro.

—¡Dios bendito, no sea absurdo! —exclamó.

El rostro de Thomas tenía algo de cierto cuidado paternal que aun enfureció más a la muchacha.

—Mi querida niña, no le convengo —había evidente jactancia en sus palabras—. Por muy atractivo y arrollador que pueda resultar, soy inconsistente y…

No pudo terminar la frase porque la mano de Clara le atravesó la mejilla derecha tan fuerte que incluso el férreo lacayo que los atendía se encogió brevemente, sospechando lo que debía de haber dolido aquello.

Tom se tocó la zona afectada con expresión de absoluto asombro.

—Me ha abofeteado.

Y la mejilla izquierda sufrió el mismo destino.

—Y ahí tiene la segunda, señor Pinckerville —le dijo Clara tan indignada que cualquier atisbo de raciocinio había escapado de su mente.

Él se tocó la otra mejilla. Parecía muy sorprendido, como si aquello fuera algo del todo inesperado. Carraspeó.

—No sé si Ronald aprobará este comportamiento, señorita Van Alen.

Pensar en Ronald era lo último que le apetecía a Clara. Clamar venganza, lo primero, aunque no tenía muy claro qué era aquello que tanto le había ofendido. Se recolocó los puños del vestido.

—Y ahora le exijo saber cómo ha podido leer las cartas de mi padre —le ordenó en voz baja para que el criado no se enterase—, aunque sospecho que esta mañana iba a sus aposentos a hurgar en los cajones.

Tom, que seguía protegiéndose ambas mejillas, parpadeó.

—¿Esta mañana?

Clara se acercó, amenazadora, y él dio un paso atrás.

—Solo le voy a pedir tres cosas —enumeró con los dedos—: que se dé prisa en sus pesquisas, que descubra cuanto antes quién es el canalla que intenta agredir a mi padre y que se marche de Nueva York lo antes posible.

Él retrocedió de nuevo.

—Me gusta la ciudad.

—Pero usted no me gusta a mí.

La voz de la señora Van Alen dando indicaciones a Jamieson logró que ambos aparentaran una cordialidad repentina justo antes de que el matrimonio entrara en el salón del desayuno. El dueño de la casa parecía contento aquella mañana. Al verlos, los saludó y miró alrededor.

—¿Phil aún no ha bajado?

—Seguro que lo hará de un momento a otro —contestó su hija.

Se sentaron a la mesa. La señora Van Alen besó a Clara en la mejilla y después hizo otro tanto con Tom, lo que dejó a la primera anonadada. El resto de lacayos que solía atenderlos en el desayuno entró en el salón para servir el té y pasar los bollos de pan tierno.

A pesar de que tanto Clara como Tom estaban haciendo un buen papel, ninguno de los dos había vuelto a mirarse, cosa que pasó desapercibida para los Van Alen.

—Señor Pinckerville, me alegro de que esté aquí esta mañana —dijo el padre de Clara tras una sonrisa cordial—, porque quería decírselo en persona antes de marcharme a la oficina.

El aludido se llevó una mano al pecho fingiendo una modestia que no tenía.

—Me niego a recibir una recompensa por haberle salvado la vida —apretó la mano de Pamela—. Lo haría por cualquiera, por supuesto.

El señor Van Alen parpadeó sin comprender, pero fue capaz de retomar lo que iba a decir.

—Más bien quería invitarlo a pasar unos días en nuestra casa de Newport —su esposa parecía encantada—. Toda la familia partimos hoy mismo, así que será un honor que nos acompañe durante el viaje.

CAPÍTULO 29

El tren que partía hacia Newport estaba al completo, por lo que los Van Alen tuvieron que invitar a su vagón privado a muchos de sus conocidos que se habían quedado sin billete, incluida la familia Lennon, cuya hija menor estaba prometida con Phil. El vagón no solo disponía de asientos cómodos, incluso *chaise longue* para que las damas pudieran descansar, sino que tenía todo un servicio de camareros y de comida caliente para que no les faltara de nada.

El problema era que no había sitio para todos, por lo que la señora Van Alen les rogó a Clara y a Thomas que ocuparan los asientos en uno de los vagones de primera clase que ya habían adquirido, para dejar sitio a algunos amigos de la familia.

—¿Y por qué no se lo pides a Phil? —contestó ella, horrorizada de pensar que tendría que pasar las próximas seis horas al lado de Thomas, pese a que siempre se sentía agradecida de poder escapar de aquel ambiente.

—¿Cómo va a dejar a su prometida? —le hizo su madre entrar en razón—. Además, seguro que Thomas te hace el viaje más ameno.

No quiso contestar, y antes de que él lo hiciera, Clara atravesaba el pasillo del tren que recorría los compartimentos de primera clase hasta encontrar el consignado en el billete. Para más inri, era uno de los pequeños, por lo que no habría nadie más que ellos dos durante todo el trayecto. Bufó y tomó asiento, y cuando Thomas entró y se sentó a su lado, decidió que era mejor ver pasar la ciudad al otro lado de los cristales mientras el ferrocarril abandonaba Manhattan por Park Avenue desde Grand Central Depot, que soportar alguna de sus impertinencias.

Había pasado casi una hora cuando Clara se atrevió a mirarlo. Él también observaba el discurrir del paisaje ante ellos, por lo que sus miradas se cruzaron y ella volvió a sentir aquel inoportuno fogonazo en el pecho que tanto le molestaba, y que se acentuó cuando Thomas le sonrió levemente.

—No he creído oportuno molestarla —se excusó por haber respetado su silencio, aunque no apartó los ojos de ella.

Clara se dio cuenta de que había sido muy poco considerada. Se relajó lo suficiente.

—Se lo agradezco.

Pasaron algunos segundos. Pese al silencio, ninguno de los dos se encontraba incómodo. Thomas volvió a hablar.

—Son ustedes una familia unida.

A ella le resultó curiosa aquella observación. Nunca lo había pensado. Era cierto que ella y Phil estaban muy unidos —menos de lo que creía desde que se había enterado de lo de Trix—, y con su padre siempre había sido una piña. Con su madre discutía, sí, pero la adoraba, y solo de pensar que le faltara se le hacía un nudo en el pecho. Suspiró.

—Nueva York es una ciudad dura. La familia es un refugio.

Él volvió a sonreírle. No había histrionismo ni comentarios impertinentes ni puntos de vista desconcertantes. Se convenció de que estaba ante su versión amable, más bien encantadora. ¿Cuánto tiempo estaría así hasta que algo le hiciera un clic en el cerebro y aquel otro carácter apareciese? Thomas soltó un leve suspiro.

—Lamento todos los malentendidos —su voz era especialmente cálida—. Más adelante sé que lo comprenderá, pero ahora entiendo cómo le afecta todo esto.

Clara podría haber aprovechado aquel momento para exponer sus exigencias, pero, por algún motivo, sabía que aquello no duraría mucho y decidió aprovecharlo. Ella también sonrió.

—¿Su familia está igual de unida? —recordó la única conversación que habían mantenido al respecto—. Aunque ya sé que su madre y su instructor de tenis…

Él arrugó brevemente la frente, pero fue un gesto tan fugaz que ella se preguntó si de verdad había sucedido.

—Mi padre murió joven y la dejó viuda con poco más de veinte años y tres hijos en el mundo —le explicó él—. No puedo reprocharle que haya intentado rehacer su vida, pese a que me hubiera gustado verla más a menudo cuando era niño.

Ella se giró hacia él y en el gesto sus rodillas se rozaron. Fue como si una corriente eléctrica la atravesara, pero logró sobreponerse y continuar con la conversación.

—¿Son tres hermanos?

Thomas se recostó en el respaldo y su sonrisa se ensanchó al recordarlos.

—Sasha, Elliot y yo —chasqueó los labios—. Mi hermana está felizmente casada y creo que por la manera en que mima a mis sobrinos está decidida a que a ellos no les falte la madre que no tuvimos nosotros.

—¿Elliot también está casado?

La sonrisa se diluyó fugazmente de su boca.

—No, él no.

Clara no quiso insistir. Había hermanos que no se soportaban. Conocía muchos casos, pues en las familias acaudaladas donde había muchos intereses no era raro. Decidió ser un poco traviesa.

—Y usted busca a una heredera americana.

Thomas se estiró y sus cejas se arquearon.

—No es mi intención.

—Me lo ha dicho esta misma mañana —le expuso ella—, durante el desayuno.

Thomas parpadeó, como si no lo recordara. Clara sintió lástima. La enfermedad que le había diagnosticado el alienista parecía avanzar. ¿Llegaría un momento en que la disociación sería total? Pero Thomas salió al paso.

—Quizá no me he explicado bien —se excusó—. Mi única prioridad es poner a salvo a su padre, y si nota algún comportamiento extraño por mi parte le ruego que lo ponga en cuarentena y confíe en mí.

Su explicación le resultó confusa, pero no quiso ahondar en algo que al parecer le resultaba doloroso. Volvió a cambiar de asunto.

—¿Cómo conoció a Sebastian?

Se estaba refiriendo al marido de Violet, el duque inglés que las tenía a todas impresionadas. Thomas volvió a relajarse.

—Éramos tres amigos inseparables desde la infancia —su sonrisa se amplió—. Digamos que formo parte de su familia tanto como él de la mía.

Aquello le resultó curioso a Clara.

—¿Y el tercer hombre? —preguntó.

—¿Jed? —soltó un silbido—. No le gustaría conocerlo. Tuvo responsabilidades desde muy joven y tiene un carácter… digamos que particular.

Clara también amplió su sonrisa.

—¿Más que el suyo?

—Soy un corderito a su lado.

Fue Thomas quien apartó la mirada. Parecía que tenerla tan cerca provocaba en él sentimientos encontrados. Ella no lo hizo. Estudió cada ángulo de su rostro, las espesas pestañas que enmarcaban aquellos ojos verdosos, la rotunda forma de su nariz, los labios carnosos. Se preguntó por qué le afectaba tanto su presencia. Ronald era un hombre atractivo, incluso más que Thomas Pinckerville. ¿Por qué entonces se sentía así cuando estaba con él? Sacudió la cabeza para alejar aquellas ideas.

—Creo que va siendo hora de que nos tuteemos —soltó sin más.

Él volvió a mirarla entre curioso y aprensivo. Al fin sonrió y le tendió la mano, a la manera norteamericana.

—Thomas Pinckerville, para… —le costó trabajo decirlo—, servirte.

Ella se la estrechó y se quemó deliciosamente con el contacto. Fue Thomas quien la apartó con tanto cuidado como si fuera de frágil porcelana. Clara se separó un rizo suelto de los labios, que él no paraba de mirar.

—¿Cuándo terminará esto? —le preguntó ella, que necesitaba abandonar aquel magnetismo que sentía por él.

—Estamos cerca de atraparlo.

Una de las cejas de la muchacha se alzó.

—¿Tú y yo, o hay alguien más?

De nuevo la sombra sobre los ojos de Thomas.

—Confía en mí, te lo ruego.

Si él se lo pedía así, iba a hacerlo, y también haría lo imposible para que no la sacara de sus casillas. Se recostó contra la ventanilla.

—En Newport habrá bailes —le anunció.

Él se inclinó hacia ella sin dejar de mirarla. Clara sentía las manos sudorosas y el corazón tan rápido que podría salírsele por la boca. Él estaba muy cerca, demasiado. Solo tenía que inclinar un poco más la cabeza y sus labios se rozarían, se frotarían, se humedecerían. Eso es lo que hizo él antes de contestar con voz ronca.

—¿Puedo solicitarte que me reserves uno de esos bailes?

Más cerca, mucho más cerca, a un escaso palmo de un beso.

—Los billetes, por favor.

El revisor abrió la puerta corredera con la vista fija en su libreta mientras anotaba los números de los asientos ocupados.

Ambos se separaron como si hubieran accionado un resorte, ocupando cada uno la distancia que se esperaba entre dos personas que se acababan de conocer. Clara le tendió los billetes al hombre mientras Thomas se separaba con uno de sus gruesos dedos el cuello de la camisa para apartar aquel calor.

El hombre los miró y picó en uno de los ángulos mientras ellos dos se reconfiguraban las ropas e intentaban aplacar aquella sensación fogosa que les atravesaba el cuerpo.

Cuando al fin se quedaron solos de nuevo, Thomas tosió y rebuscó una novela en su equipaje de mano.

—Será mejor que lea un poco.

Clara hizo otro tanto de lo mismo, porque no estaba segura de si sabría contenerse si un momento tan íntimo volvía a producirse. Se aseguró de que no fuera «una de sus novelas» e hizo como que se enfrascaba en la lectura.

—Me-me parece una buena idea.

Y aunque ambos parecían dos lectores acérrimos, ninguno de los dos pasaba página alguna, porque solo pensaban en la persona

que tenían al lado.

CAPÍTULO 30

El casino de Newport no podía estar más deslumbrante. La última vez que Clara había estado allí fue la noche antes de que Violet navegara hasta Londres para no regresar, y la memoria le devolvió aquella imagen con una nitidez que casi dolía. Habían decorado el salón con flores rojas, a juego con la alfombra que ribeteaba el perímetro y que, en contraste con las paredes blancas, daba un aspecto soberbio, casi principesco.

Clara y Amelia llegaban tarde. No se alojaba en casa de los Van Alen en Bellevue Avenue como era menester, sino en la de los Rourke, pues sus habitaciones las había cedido a la prometida de Phil. Aquello le había dado la oportunidad de tomar distancia de Thomas Pinckerville, ya que se habían despedido en la estación y no lo vería de nuevo hasta el baile. Al menos eso se había dicho a sí misma para justificar lo que en realidad era una cobardía muy bien disfrazada de prudencia.

En aquel momento Amelia y ella entraban en la sala vestidas de noche y acaparaban las miradas de muchos de los jóvenes herederos de la ciudad.

El vestido de Amelia era como ella: elegante. De un azul desvaído rematado con puntillas blancas y el amplio escote que requería la ocasión. El de Clara era blanco, reluciente, y se drapeaba en la cintura hasta conformar en la espalda el polisón. Había elegido perlas y diamantes, lo que la hacía emitir luz propia. Amelia se lo había dicho mientras la ayudaba a abrocharse: «pareces una constelación». Clara le había respondido que las constelaciones no tenían prometido.

Los Van Alen ya estaban allí, así como los Sinclair, que habían arribado a la isla en barco esa misma tarde.

Si bien desde que accedieron al salón tuvieron que atender cortésmente a quienes las reclamaban, Clara no dejaba de buscar disimuladamente entre la multitud la figura de Thomas, para llegar a la conclusión de que no había llegado con su familia o quizá de que había cambiado de parecer. Ambas posibilidades la inquietaban por razones distintas y ninguna de las dos la tranquilizaba.

—¿A quién buscas?

Clara se volvió para encontrarse con Ronald a su lado.

—A ti —mintió, y se sintió fatal por ello.

Ronald Vandelay estaba soberbio con el impecable frac negro y la impoluta pajarita blanca. Era el hombre más atractivo de la sala y el único al que ella no sabía cómo mirar últimamente. Se preguntó si se le notaba en la cara.

—¿Alguien que te interese, Amelia? —le preguntó a la mejor amiga de su prometida, con aquella cortesía eficiente que era su modo de tratar a todo el mundo.

La aludida paseó la mirada por la sala. Los conocía a todos. Como dijera Violet una vez, «no había ningún caballero dentro de las fronteras que presentara el más mínimo interés», pero prefirió no contestar y se limitó a sonreír con aquella expresión enigmática que había perfeccionado desde los doce años.

Un par de damas añosas se les acercaron para cumplimentarlas y no tardó en salir a relucir el asunto de la boda.

—Abril es un mes maravilloso —dijo una de ellas.

—El mes de las novias —apuntó la otra—, y la señorita Van Alen podrá lucirse.

Mientras Ronald contestaba por ella con su habitual aplomo, Clara no podía dejar de pensar en Thomas. ¿Por qué no estaba allí? Su padre hablaba con algunos caballeros a escasos diez metros de distancia. ¿Acaso él no le había dicho que su único interés era protegerlo?

—Han venido.

Quien se les había unido de improviso, con el rostro ligeramente pálido y los ojos demasiado abiertos para ser casualidad, era Trix.

—¿Quiénes? —preguntó Amelia.

La joven Sinclair logró sobreponerse con esa determinación suya que era más tenacidad que fortaleza.

—Los Lennon —se apartó un rubio rizo de la mejilla—. Dicen que la señora Van Alen no tardará en anunciar la fecha de la boda —se volvió hacia Clara—. ¿Es eso cierto?

Amelia, que no sabía nada de lo que Trix y Phil se traían entre manos, no le dio la menor importancia, pero Clara acababa de comprender la urgencia de su madre por que los Lennon los acompañaran a Newport y la necesidad de que ella dejara libre su habitación en una mansión de verano donde había más de diez. Las piezas del tablero encajaban con una claridad desagradable.

—No tengo ni idea —le dijo la verdad—. No suelen consultarme ni la fecha de mi propia boda.

Antes de que pudieran seguir con aquella conversación que prometía ser incómoda para todas, una figura alta y erguida se presentó ante ellos. Era Thomas, elegante, perfumado, con el rebelde cabello peinado hacia atrás y dividido por una raya en el lateral que lo hacía parecer más serio de lo que era, o quizá tan serio como siempre había sido y Clara tardó en ver.

—Señoritas —las saludó con una inclinación de cabeza que incluía a todas, aunque sus ojos se demoraron un instante de más en ella.

Clara volvió a notar cómo le latía el corazón y se sintió mal de inmediato, porque su prometido estaba allí, a su lado, congratulándose con aquellas dos señoras por su próxima boda, que era la suya, que era la de ambos.

—Está muy elegante —lo complementó Amelia, con esa franqueza suya que no distinguía entre halago y observación.

Lo que estaba era guapo. El aire salino de Newport parecía sentarle bien y la mirada brillante que intentaba no centrar en Clara, sin conseguirlo del todo, le daba una expresión de quien libra una batalla interior con escaso éxito.

—El hermano de la señorita Van Alen me ha cedido a su valet —dijo Thomas, con algo de gracia en la voz—. Si no, ni hubiera sabido abrocharme la pajarita.

—¿Un aristócrata que no suele acudir a eventos de sociedad en Londres? —preguntó Amelia, sorprendida.

Él sonrió. Era una sonrisa breve, contenida, del tipo que no regala nada.

—Soy bastante particular en esos asuntos —no pudo resistirse más y se volvió hacia Clara—. ¿Bailamos?

No era la manera habitual de solicitarlo, que solía hacerse tras toda una retahíla de excusas, cumplidos y disculpas que cumplían la función de un contrato social no escrito, pero ella aceptó encantada y se arrepintió de la celeridad al momento.

Thomas la tomó de la mano enguantada y la acompañó hasta el centro de la pista, donde sonaban los acordes de un vals. Esperaron el inicio del compás y supieron unirse a la danza con una naturalidad que no tenía ningún derecho a ser tan natural, a pesar de que la mano posada en su cintura quemaba y la mirada clavada en sus ojos, como era de rigor, era puro fuego.

La cabeza de Clara daba vueltas, y no era por el baile. Ronald estaba a escasos metros, la mejor sociedad de Nueva York los observaba, y ella se preguntaba si lo que su cuerpo sentía en aquel momento a causa de la proximidad de Thomas Pinckerville era tan visible como a ella le parecía. Decidió hablar de algo, de cualquier cosa, mientras le permitiera no pensar en aquel beso que nadie le había pedido que recordara y del que no lograba desprenderse.

—Bailas muy bien, más que…

—Clara —la interrumpió él, bajando la voz hasta convertirla en algo que solo existía entre los dos—. Tengo que pedirte disculpas por adelantado. Quizá en los próximos días no me comporte como es debido.

¿Se estaba refiriendo a su… estado? Porque había momentos en que el hombre que tenía delante no era el mismo de otros días, y aquella variación la desconcertaba más de lo que estaba dispuesta a admitir. Sintió una gran ternura por él. La situación era mucho más grave de lo que esperaba, y la ternura, comprendió, era casi tan peligrosa como cualquier otra cosa.

—Sabré adaptarme.

Él parecía tenso, como si algo lo preocupara más allá de lo que ya le había confesado. Dio dos giros con ella antes de volver a hablar, y Clara tuvo la sensación de que buscaba las palabras adecuadas, lo que en Thomas Pinckerville era inusual.

—Hay algo más —se atrevió a decir—. El señor Norton ha sido atacado. Está hospitalizado. Es grave.

Ella fue a llevarse una mano a la boca, a detenerse, a digerir aquello como merecía ser digerido, pero Thomas no se lo permitió. Siguió guiándola con una firmeza tranquila, como si la música no se hubiera detenido, como si el mundo no acabara de inclinarse un poco más. Cualquier muestra de que algo pasaba podría ser interpretada erróneamente.

—¿Cómo ha sido?

—No tengo los detalles —le comentó—, pero sospecho que por su aspecto y dimensiones…

—Lo confundieron con mi padre —terminó ella por él.

No fue necesario confirmárselo. Sus ojos lo dijeron, y el vals estaba terminando.

—He de irme —dijo él, mirando alrededor con esa discreción que parecía tenerla muy practicada—. Prométeme que serás prudente.

Ella solo pudo asentir.

—¿Vuelves a Nueva York?

—Nos veremos mañana, en la cena de los Astor.

Le dedicó una reverencia y se alejó, dejándola con un vacío inexplicable en el corazón, que era lo último que necesitaba en aquel momento y lo primero que notó. Clara permaneció allí unos instantes, mirándolo mientras se alejaba entre los grupos de invitados, hasta que comprendió que aquello era imprudente, que siempre había alguien haciendo cábalas sobre el comportamiento de las jóvenes casaderas, y que ella llevaba varios minutos proporcionando material abundante.

Regresó junto a sus amigas. Amelia hablaba con un joven que se había acercado a cumplimentarla y lo escuchaba con esa paciencia cortés que era su manera de no escuchar. Trix solo tenía ojos para los Lennon, pese a que la joven prometida de Phil era una

muchacha obediente a quien le daba igual el nombre de su marido si esa era la voluntad de sus padres, lo que Trix consideraba o bien una virtud admirable o bien una tragedia silenciosa, según el día. Clara se colocó a su lado, agradeciendo tener unos instantes para reflexionar sobre lo que acababa de contarle Thomas y sobre la manera en que su cuerpo había reaccionado al escucharlo, que era algo completamente distinto.

—No sé cómo lo soportas —comentó Ronald a su lado con aquella expresión de suficiencia que solía mostrar—. Esperemos que se canse pronto de la ciudad y regrese a su guarida londinense.

Clara se giró hacia él. Hacía solo unos instantes había temido que lo que empezaba a sentir por Thomas fuera visible para los demás. En ese momento se daba cuenta de que a su prometido le traía sin cuidado.

—¿Y si decide quedarse? —lo retó.

Una expresión de aburrimiento ensombreció el rostro de Ronald.

—En ese caso tendré que prohibirte que lo trates. No quiero que la futura señora Vandelay sea conocida por sus amistades extravagantes.

Clara no lo miró. Era consciente de que una esposa debía obediencia a su marido, pero por primera vez comprendía lo importante que era elegir a alguien razonable. Esbozó la sonrisa hierática que una dama debía mostrar en todo momento, pero por dentro, donde nadie podía verla, sintió algo que no era exactamente culpa sino algo mucho más parecido al miedo de que todo lo que intentaba mantener en su sitio estuviera comenzando, muy despacio, a desmoronarse.

CAPÍTULO 31

La señora Van Alen parecía desorientada cuando se acercó a ellas, con esa expresión levemente extraviada que adoptaba en los salones demasiado concurridos, como si la multitud la apabullara en igual medida que la deleitaba.

—Querida, ¿dónde se ha metido Thomas? —le preguntó a su hija—. Le ha prometido un baile a la señorita Lennon.

Ronald torció el gesto. Aquella familiaridad no le gustaba. Su suegra ni siquiera a él lo trataba por el nombre de pila, y lo cierto era que empezaba a cansarse de la novedad que había supuesto para todos la llegada del amigo de lord Ashford. Como si el resto de los caballeros presentes hubieran dejado de existir en cuanto Thomas Pinckerville pisó la primera alfombra de la temporada.

—Estará intentando seducir a otra ingenua —le dedicó una inclinación de cabeza a la recién llegada y, tras disculparse con Clara, las dejó a solas.

La señora Van Alen lo vio marcharse un tanto sorprendida.

—¿Qué ha querido decir?

Fue Amelia quien respondió por la aludida, con aquella capacidad que tenía para suavizar cualquier aspereza sin mentir del todo.

—Es evidente que Ronald defiende la teoría de que el señor Pinckerville no regresará a Londres soltero.

Clara intentó que su rostro se mantuviera inexpresivo, aunque un brillo confabulador apareció en los ojos de su madre casi al instante, como una lámpara que alguien encendiera desde dentro.

—Pensaba que su interés por algunas señoritas era meramente cortés —expuso con aquella placidez que empleaba cuando ya había tomado una decisión y solo fingía deliberar—. Y no

hay nadie en este salón con más capacidad para encontrarle la esposa adecuada que yo.

Las dejó mientras seguía buscándolo entre una multitud que empezaba a ser asfixiante. Clara conocía bien a su progenitora: en breve redactaría una lista de pretendientes más o menos provechosas, organizaría meriendas con sus madres respectivas y antes de que Thomas fuera siquiera capaz de sospecharlo, se encontraría visitando una exposición en el museo del brazo de su futura esposa. Su madre tenía un don particular para hacer que las cosas ocurrieran sin que nadie pudiera señalar el momento exacto en que habían empezado a moverse.

—¿He oído hablar de la señorita Lennon? —Trix se unió al grupo, conformando el trío de amigas que siempre estaban juntas, y que aquella noche formaban un muro de sedas y sonrisas educadas tan impenetrable como el que hubieran podido levantar con ladrillos.

Clara agradeció que por un momento el centro de la conversación no fuera Thomas.

—Es bastante bonita —comentó Amelia, dirigiendo la mirada hacia una muchachita demasiado joven e ingenua que, desde la llegada, no se había apartado de las faldas de su madre, como si el salón entero fuera un animal de grandes dimensiones del que convenía desconfiar.

Trix no dijo nada. Clara tampoco. A Phil se le veía arrollador: departía con el señor Lennon con aquel don de gentes que había heredado de su madre, esa habilidad para hacer sentir a cada interlocutor que era el único presente. Pero la mirada de Clara estaba fija en su padre, que en ese preciso instante reía con una sonrisa que no le llegaba del todo a los ojos.

La noticia que le había dado Tom era alarmante. Un hombre había sido agredido al ser confundido con él, lo que significaba que quien estuviera detrás de todo aquello no actuaba con la torpeza de los improvisados, sino con la frialdad metódica de quien tiene un plan y paciencia para ejecutarlo. ¿Cuánto tardarían en materializar lo que pretendían? ¿Serían capaces de evitarlo? Se sintió inútil embutida en aquel vestido de seda, asistiendo a un baile, mientras lo que verdaderamente debería estar haciendo era investigar quién

se ocultaba detrás de todos aquellos asesinatos. Era una sensación que no la abandonaba desde hacía días: la de ir siempre un paso por detrás, como si el tiempo se hubiera aliado con el adversario.

Lo cierto era que no tenían demasiado: tres víctimas, un mismo individuo interviniendo en los contratos y un nombre, John Peterson, que podía pertenecer a cualquiera. Quizá a alguien que trataban a menudo. Quizá a una persona de su mayor confianza. Se preguntó cuál de los caballeros presentes —esos hombres de frac impecable que discutían de negocios con una copa en la mano— sabía más de lo que aparentaba.

El señor Van Alen se acercó hasta ellas con esa soltura de quien lleva décadas navegando salones sin mojarse.

—¿Cómo es posible que las tres jóvenes más encantadoras de la velada no estén en la pista de baile?

Amelia, a quien el señor Van Alen tenía como su preferida de las cuatro amigas, contestó por todas con la ligereza de quien lleva toda la vida en ello.

—Quizá porque asustamos a los pocos caballeros que se han atrevido a pedírnoslo.

Clara intentó sonreír, aunque seguía demasiado pensativa. Trix seguía sin poder apartar la mirada de Phil, con esa expresión que mezcla la añoranza con algo muy parecido a la resignación.

—En mi época —dijo el caballero—, un hombre debía pasar las peores penurias hasta que una señorita se dignaba a mirarlo. El sufrimiento estaba muy valorado. Me temo que ahora la juventud quiere que todo se resuelva de un plumazo.

Por algún motivo, Clara sintió que aquellas palabras la retrataban con una precisión que no había sido buscada.

—¿No ha sido ese mi caso con Ronald?

Su padre la miró un instante antes de responder, con esa pausa que no era duda sino cuidado.

—¿Y acaso no es el mejor partido? —expuso—. Tu madre y yo hemos cuidado todos los detalles para que tanto tú como Phil seáis dichosos.

El concepto de dicha para la buena sociedad neoyorquina tenía poco que ver con el amor, la atracción o el deseo. Estaba

confeccionado de cierto nivel económico, respetabilidad social y aderezado con aburrimiento, como esos platos que se sirven en los banquetes de compromiso: vistosos, correctos, y completamente insípidos.

Amelia, que seguía ajena a la verdadera naturaleza de lo que unía a Trix y a Phil, señaló en dirección al grupo de los Van Alen, donde la prometida de Phil se mostraba tan absolutamente aburrida que justo en ese instante bostezó con la mano apenas levantada ante la boca.

—La señorita Lennon parece encantadora —apuntó Amelia, con esa bondad suya que a veces rozaba la ingenuidad.

Clara no pudo evitar mirar a Trix. Trix no movió un músculo.

—Será la esposa adecuada para mi hijo —contestó el señor Van Alen, y bajó tenuemente la voz, con el gesto de quien comparte un secreto que en realidad ya no lo es—, siempre y cuando él asiente la cabeza. Pero esto último debéis hacer como si no lo hubierais escuchado.

No era extraño ese tipo de confidencias. Al fin y al cabo eran como una misma familia: los Rourke, los Van Alen, los Sinclair y los Harcourt, cuatro apellidos de fortuna que habían entrado en la buena sociedad a golpe de talonario, y que llevaban suficientes años haciéndolo como para haber olvidado que en otro tiempo hubo quien les abrió las puertas con condescendencia. Sin embargo, aquel comentario afiló el instinto de Trix de un modo que Clara percibió antes de que su amiga dijera una sola palabra.

—¿A qué se ha referido con lo de asentar la cabeza, señor Van Alen?

El aludido miró hacia el grupo donde su esposa departía, aparentemente encantada con la modestia de la señorita Lennon y con la perspectiva de manejar los hilos de aquel enlace.

—Su madre está convencida de que Phil tiene una amante —las miró una a una para asegurarse del impacto de aquella revelación. Por un instante puso los ojos en blanco, con el cansancio de quien lleva demasiado tiempo siendo el intermediario entre dos voluntades igualmente testarudas—. Esperemos que se equivoque. Y

si no es así, ruego porque no sea una mantenida. El escándalo podría romper la alianza con los Lennon después de tanto esfuerzo.

Clara no miró a Trix. Era lo más difícil que había hecho en toda la noche.

Un lacayo se acercó discretamente. Portaba una bandeja de plata sobre la que descansaba una nota doblada, con los bordes ligeramente irregulares de haber sido escrita con urgencia.

—Señor, lo han entregado en la puerta.

No era nada extraordinario. La mayoría de los caballeros presentes eran hombres de negocios, y sus fábricas y factorías seguían funcionando mientras ellos se divertían, de modo que más de una vez era necesario despachar el negocio allí mismo, entre una contradanza y una copa de champán. El señor Van Alen tomó la nota con la parsimonia del hombre que no anticipa ninguna sorpresa.

Pero Clara no había apartado la mirada de él. Desde que Thomas le contó lo que le había sucedido al señor Norton, sabía que era cuestión de tiempo que la noticia llegara a oídos de su padre. Lo observó mientras sus ojos recorrían el papel. Lo observó en el momento exacto en que la expresión de su rostro cambió: un endurecimiento casi imperceptible en la mandíbula, un ligero estrechamiento de los párpados, como si la luz del salón se hubiera vuelto de repente excesiva. Era la cara que ponía cuando algo lo preocupaba de verdad, no la preocupación ornamental que exhibía en las juntas de accionistas, sino la otra, la que no enseñaba a nadie si podía evitarlo.

El señor Van Alen dobló la nota y se la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta con movimientos lentos y deliberados.

—He de irme —dijo. La voz era serena, demasiado serena—. Dile a tu madre que hoy no dormiré en Newport.

No esperó respuesta. Se alejó entre la multitud con ese paso suyo, ligeramente apoyado hacia la izquierda, que Clara siempre había asociado a los momentos en que cargaba con algo que no quería mostrar.

Las dejó a solas. Clara temía por él, con esa angustia fría que no se parece al pánico sino al peso. Trix miraba a Phil al otro extremo del salón y apretaba levemente los labios, intentando

decidir si debía hablar con él allí mismo o esperar un momento mejor que quizá nunca llegara. Y Amelia, ajena a todo aquello, seguía buscando en la sala algo o alguien que le resultara remotamente interesante, sin demasiado éxito.

La orquesta atacó un nuevo vals. Los pares se formaron en la pista con esa mecánica perfecta de los que han ensayado el gesto toda su vida. Nadie en aquel salón podría haber sospechado que tres de las jóvenes que sonreían desde el margen estaban pensando, cada una a su manera, en cosas que no tenían nada que ver con la música.

CAPÍTULO 32

El señor Van Alen aceleró el paso hacia su carruaje. El cochero, el postillón y dos de sus hombres ya lo esperaban en el sendero de grava, dispuestos a partir en cuanto les diera la orden. Caminaba un tanto encorvado, con los hombros cargados hacia delante, como si el peso de lo que tenía en la cabeza hubiera encontrado la manera de hacerse físico. Sus ojos no miraban nada en particular. Miraban hacia dentro.

—No te puedes ir así, sin más.

Se detuvo. Se giró despacio.

Clara se acercaba a él desde los escalones de la entrada, con los ojos brillantes y la mandíbula apretada de la manera en que él la apretaba a veces, cuando algo no salía como debía. Hizo un gesto a sus hombres con dos dedos. Estos retrocedieron sin una palabra y se alejaron discretamente hacia el lateral del carruaje.

—¿A qué viene esto? —Su tono dejaba claro que la interrupción no le agradaba—. Son asuntos del banco. Mañana estaré de vuelta para el almuerzo.

Clara no frenó. Lo encaró de frente, a un paso, con esa determinación que a veces lo incomodaba porque no sabía si admirarla o exasperarse.

Desde niña había sentido una veneración genuina por aquel hombre. Tenía fama de duro, de negociador implacable que no cedía ni cuando los demás tiraban de la mesa, pero como padre era todo lo que ella había deseado siempre. Quizá precisamente por eso el miedo a defraudarlo había sido su peor enemigo. No el de él. El de ella.

Le mantuvo la mirada.

—Lo sé todo, padre.

Él la observó sin comprender. O fingió no comprender. Con el señor Van Alen siempre había sido difícil distinguir entre ambas cosas.

—No sé qué crees saber —gruñó—, y empiezo a dudar de si la presencia del señor Pinckerville, por muy bienvenido que sea, no está resultando perjudicial para ti.

Era un golpe limpio. Sabía esquivar una conversación incómoda, eso era cierto. Pero Clara también había aprendido de él a no soltar la presa.

—Sé lo de la mina de oro.

Lo enunció sin que le temblara la voz. Analizó el rostro de su progenitor con la misma frialdad con que él habría analizado el suyo en una negociación. El golpe llegó. Lo encajó con un movimiento casi imperceptible de los labios, apenas una contracción, el tipo de reacción que solo se nota cuando uno sabe dónde mirar.

—Ignoro qué crees saber —carraspeó—, y tengo mucha prisa.

Su hieratismo terminó por sacarla de quicio.

—Por favor, padre, deja de jugar conmigo. —Había alzado la voz más de lo adecuado. El cochero, aún en el pescante, volvió el rostro hacia ellos—. Sé que sir Clariton, el señor Barrow y el señor Johanneson han sido asesinados. Sé que el señor Norton ha sufrido un atentado. Y sé que has recibido cartas amenazantes.

El rostro del banquero palideció. Al principio fue solo eso, palidez, el color que se va cuando uno comprende que algo que creía seguro no lo estaba. Después, según fue procesando todo lo que debía de haber hecho su hija para llegar hasta ese punto, el color que regresó no fue el de antes, sino otro más oscuro, más tenso.

—Así que eso es lo que buscabais en el archivo del banco —gruñó—. Pues hablaremos a la vuelta y me tendrás que dar una explicación muy detallada.

Fue a subir. Clara le cortó el paso.

—¿Qué está pasando, padre? —No era un ruego. Era una pregunta que exigía respuesta—. ¿Qué es todo eso?

Si hubiera sido Phil quien lo encarara de esa manera, habría sabido cómo quitárselo de encima con cuatro palabras y una

palmada en el hombro. Pero Clara era distinta. Clara se le parecía demasiado. Era testaruda como él, perseverante como él, y cuando se empecinaba en algo no lo dejaba hasta haberlo resuelto. Y sobre todo, lo que él veía en ese momento en los ojos de su hija no era curiosidad ni insolencia. Era miedo. Miedo por él.

Eso fue lo que lo detuvo.

Su rostro se dulcificó apenas. Indicó de nuevo a sus hombres que aguardaran y les dio la espalda.

—Todo esto ha sido el resultado de una mala decisión y de personas que creen que algo les pertenece —dijo en voz baja—. Nada más. —Le puso una mano sobre el hombro—. Vuelve dentro. —Sonrió, aunque la sonrisa no le llegó del todo a los ojos—. Todo está controlado. Mañana estaré sentado a tu lado en la cena de los Astor.

Por supuesto que Clara no le hizo caso.

—Padre, han estado a punto de matarte. Si no llega a ser por la rápida intervención del señor Pinckerville, quizá no estaría aquí hablando contigo en este momento.

El señor Van Alen gruñó. Su hija tenía razón y los dos lo sabían.

—Tengo hombres que me protegen —dijo—. No soy un incauto. Y una joven como tú no debería estar metida en esto.

Se sostuvieron la mirada. Él, con un aire levemente ofendido que usaba a veces como escudo. Ella, con una determinación que no cedía. Fue Clara quien rompió aquel duelo silencioso, arrojándose a sus brazos como cuando era una niña y acurrucando el rostro en el hueco del robusto cuello de su padre.

—Prométeme que te cuidarás —le rogó. Casi le suplicó.

Su padre correspondió al abrazo. Cerró los ojos. Había olvidado, o quizá había fingido olvidar, que ese cariño era lo más importante que tenía. Al final la apartó con suavidad. No era un hombre sentimental, aunque Clara siempre había sido su punto débil, el único que nadie más conocía.

Un poco menos tenso, la señaló con el dedo enguantado.

—Prométeme tú que sacarás todas esas historias de tu cabeza. Los negocios son arriesgados y a veces esos riesgos son

personales, nada más. Lo arreglaré y nos reiremos de esto muy pronto.

Clara le cogió la mano. Tenía un presentimiento y no era nada bueno. No del tipo de presentimientos vagos e infundados que uno descarta antes de dormirse. Era concreto, urgente, con bordes. Se la llevó a los labios y la besó.

—No podría soportarlo si te sucediera algo… —fue incapaz de terminar la frase.

El señor Van Alen no podía esperar más. Dio la orden al postillón de que subiera a la parte trasera del carruaje y a sus hombres de que se acomodaran en el interior. Con un pie en el escalón de acceso, le dio un último beso en la frente a su hija.

—Ronald también se viene a Nueva York —añadió, como si eso normalizara todo lo demás—. Confío en él para los asuntos delicados. Tiene olfato. No te preocupes.

Ella dio un paso atrás y lo dejó subir.

—Regresad cuanto antes.

El cochero había descendido para cerrar la portezuela y asegurarla desde fuera. A través de la ventanilla, su padre la miraba con el ceño un poco fruncido, como si algo que llevaba guardado mucho tiempo hubiera encontrado el momento equivocado para salir.

—¿Seguro que no hay nada más, hija?

Clara lo miró extrañada.

—¿A qué te refieres?

Había algo diferente en los ojos del señor Van Alen. Algo que no era habitual en él, que no encajaba bien con el hombre que ella conocía. Una especie de duda antigua, como si de repente estuviera cuestionando decisiones que ya no podía deshacer.

—Siempre he creído que lo mejor para ti era asegurarte un buen porvenir. Que no corrieras… —Vaciló.

Clara terminó la frase por él.

—Que no corriera la suerte de tu hermana.

El suspiro que escapó de entre los labios de su padre fue suficiente para comprender la dimensión de lo que aún llevaba

dentro. Sus ojos brillaban cuando la miraron, y eso, en el señor Van Alen, era una rareza que valía más que un discurso.

—Su desgracia fue nuestra desgracia —dijo, con la voz rota de la manera en que solo se rompe una voz cuando lleva años sin pronunciar ciertas palabras—. ¿Acaso crees que no la echo de menos?

Ella bajó la voz.

—¿Y por qué no vas a verla? —Era tan sencillo—. Vive a una hora de aquí.

El señor Van Alen golpeó el techo del carruaje con el pomo de su bastón. Un golpe seco, definitivo, como el cierre de una conversación que no debería haberse abierto.

—Es mejor dejar las cosas del pasado tal y como están.

Su voz había recuperado la aspereza de siempre. El camuflaje perfecto. El que usaba cuando el dolor antiguo amenazaba con quedarse demasiado tiempo en la superficie.

El cochero destelló el látigo. Los caballos comenzaron a trotar. La grava crujió bajo las ruedas y Clara vio cómo el carruaje tomaba el sendero y se alejaba entre los árboles hasta reducirse a una silueta oscura y luego a nada.

Permaneció quieta un momento.

El aire de la tarde olía a hojas húmedas y a la música que aún llegaba desde el interior de la mansión, ese elegante rumor de violines y voces refinadas que parecía pertenecer a otro mundo. A uno donde nadie recibía cartas amenazantes, donde los socios de los banqueros no aparecían muertos, donde los padres volvían siempre a tiempo para el almuerzo.

Clara miró el sendero vacío.

—Pues parece que el pasado es lo que ha vuelto para vengarse, padre —murmuró en voz baja, antes de darse la vuelta y regresar al glorioso escenario del baile.

CAPÍTULO 33

Para Amelia aquello empezaba a ser un tanto extraño.

Llevaba un rato observando. No era que tuviera la costumbre de espiar a sus amigos, pero había cosas que una no podía ignorar aunque lo intentara. Y lo de aquella noche era de esas.

Desde la niñez, la relación de Trix con Phil había sido siempre intensa, eso era cierto. Lo que todo el mundo daba por supuesto era que no iba más allá de un encantamiento de adolescencia, de esos que se curan solos con el tiempo y sin dejar cicatriz. Como el que una joven puede sentir por su profesor de piano. O una religiosa por el Salvador. Phil se pavoneaba con descaro y Trix, cuando él se lo permitía, le seguía el juego. Nada nuevo. Nada que mereciera atención especial.

Pero últimamente había detalles. Gestos pequeños que, por separado, no significaban nada, y juntos lo significaban todo.

La sonrisa, por ejemplo. Cuando ambos creían que nadie los miraba, intercambiaban una de esas sonrisas que no van dirigidas a nadie más. ¿Era censurable en sí misma? Por supuesto que no. Pero una sonrisa que busca estar fuera de otras miradas no es una sonrisa inocente. Es otra cosa.

También estaba el asunto de la proximidad. Las jóvenes de buena sociedad estaban educadas en el distanciamiento físico con cualquier hombre que no tuviera su misma sangre y viviera bajo su mismo techo. Se podía abrazar a un hermano, a un padre. Nunca a un primo por muy próximo que fuera. Y jamás de los jamases a alguien con quien no hubiera parentesco real. Esas eran las reglas, escritas en ningún sitio y conocidas por todos.

Sin embargo, en dos ocasiones distintas había visto cómo la mano de Phil se posaba brevemente en la cintura de Trix. Un gesto

rápido, casi imperceptible, de los que se hacen cuando uno intenta que pasen desapercibidos y precisamente por eso llaman la atención. ¿Lo habría visto alguien más? Quizá. Quizá no. Pero lo de aquella noche ya estaba más allá de lo que podía atribuirse a la casualidad o al descuido.

Que Phil estaba prometido era conocido por todos. Cuando el compromiso se anunció, hacía un año, Trix pareció tan feliz por él como todas las demás. La señorita Lennon era muy joven, vivía en Boston, y se decía que estaba algo enamoriscada de un primo lejano, de manera que aquel acuerdo era más un asunto de familias que una realidad inmediata. Tiempo al tiempo. En el tiempo podía pasar cualquier cosa.

La invitación de los Van Alen a alojarse en Newport era el primer gesto público de que aquel compromiso iba en serio. ¿Era eso lo que había removido algo en Trix?

Amelia la observó desde el otro extremo del salón. Su madre acababa de presentarle a un joven apuesto recién llegado de Filadelfia, heredero de una fortuna considerable según decían. Trix era exquisita, quizá la más refinada de las tres, y nadie que la viera en ese momento hubiera sospechado que no prestaba la menor atención a lo que aquel joven intentaba contarle. Nadie salvo ella. Amelia la conocía demasiado bien como para no darse cuenta de que toda la atención de su amiga estaba puesta en Phil, y de que ambos intercambiaban miradas furtivas a pesar de que el joven Van Alen parecía encantado con su prometida, que reía a su lado con la desenvoltura propia de quien todavía no sabe que hay nada que temer.

¿Qué estaba pasando?

La entrada de Clara en el salón, que había salido tras su padre un rato antes, la sacó del letargo. Fue hacia ella, la tomó del brazo y la arrastró a un apartado donde nadie pudiera oírlas.

—¿Me ando con rodeos o voy directa al grano?

Su amiga, pese a que no tenía buen aspecto, sonrió.

—Rodeos nunca.

Amelia hizo que ambas se giraran hacia el extremo del salón donde los Sinclair seguían agasajando al joven bostoniano y donde

Phil, justo al lado, reía con su prometida.

—¿Qué pasa entre esos dos?

No tuvo que explicarle que no se refería al invitado.

Clara lamentó en silencio que su hermano se estuviera comportando de aquella manera. Si alguien descubría a Trix, su reputación correría peligro. Pero no podía encararlo si su amiga no se lo pedía. No era su papel. Apartó la vista.

—¿Te miento o evito contestarte?

No fue necesario nada más. Amelia comprendió de golpe lo que estaba pasando y sintió que empezaba a dolerle el estómago. Observó de nuevo a Trix. Seguía siendo la más bella de todas, la primera en atraer la atención, la que mejor sabía moverse en los complicados salones sociales. Y sin embargo un solo error, un solo instante de descuido ante los ojos equivocados, y su reputación junto a la de su familia no valdría nada.

—¿Desde cuándo? —preguntó.

Pero ya sabía que Clara no la traicionaría. No lo haría con ninguna de ellas.

—Será mejor que lo hables con Trix —dijo su amiga en voz baja—. Pero sé paciente. No es un asunto menor. —Le buscó la mirada—. ¿Te importa si os dejo y vuelvo a casa?

—Te acompaño —se ofreció.

—Prefiero que te quedes. Trix puede necesitarte.

No lo dudó. Entre ellas los códigos eran sencillos y no se andaban con vaguedades. Clara se despidió de su familia, pues aquella noche dormiría en casa de los Rourke, y abandonó el baile con una expresión crispada en el rostro. ¿Tendría que ver con Thomas Pinckerville? Amelia se lo preguntó, pero decidió no añadir más teorías a las que ya tenía y guardó la pregunta para otro momento.

Su padre la llamó desde el otro lado del salón y un rato después se encontró atendiendo a aquel joven de Filadelfia, que le estaba desplegando con entusiasmo un detallado esquema del funcionamiento del servicio de correo postal de los Estados Unidos. El tema era tan mortalmente aburrido que solo requería un sí o un

no de vez en cuando, lo que le permitió mantener la mirada sobre Trix y sobre Phil sin que nadie lo notara.

Y lo que vio confirmó lo que ya sospechaba. Aquella comunicación silenciosa no era cosa suya. Existía de verdad.

Recordó de pronto el comentario del señor Van Alen de que Phil se veía con una mujer. Rogó porque no fueran la misma historia.

En algún momento Phil se retiró a la terraza a fumar con algunos amigos. Amelia lo siguió, pese a que detestaba el humo del tabaco. La balconada estaba adornada con palmeras y plantas de gran porte que le permitieron apostarse detrás de una de ellas y abanicarse, aparentando un golpe de calor. Aquello le provocaba la misma excitación que le hacía sentirse insegura, porque una joven casadera no debía estar sola en ningún espacio donde hubiera hombres, ni siquiera rodeada de toda su familia.

Las palabras y risas de los seis amigos no tenían nada de particular. Amelia era observadora y llevaba tiempo estudiando el género masculino, del que únicamente podía decir que era bastante básico: carreras, apuestas, caza y negocios. Esos eran los temas en los que podían llevarse horas sin cansarse. Cuando empezaban a hablar de señoritas, donde siempre terminaban, era cuando ella habría dirigido normalmente su atención a otro lado.

Aquella noche no lo hizo.

El ritual siguió los mismos pasos, con la diferencia de que cuando llegaron a sus pasiones ella permaneció muy quieta y rogó porque su madre no apareciera por allí.

—Entonces es cierto que diste el gran paso —dijo uno de los mequetrefes, apelando directamente a Phil.

—Así es —contestó él, con el tono petulante que le aparecía cuando quería presumir de algo.

—¿Y ya se puede saber el nombre de la dama?

Amelia se echó hacia delante, tanto que estuvo a punto de dejarse descubrir. Hubo risotadas. El dolor de estómago se acrecentó.

—Sería poco ético decirlo entre caballeros —dijo Phil.

—Y menos aún que llegue a oídos de tu prometida.

Más risas. Ella sintió una arcada, pero logró sobreponerse.

—No seré el primer hombre de Manhattan que tenga una amante —expuso Phil, ufano de sí mismo.

Uno de ellos le palmeó la espalda.

—Pero sí el único que pretende mantenerla después de casarse.

Hubo bromas y chistes de mal gusto. Phil volvió a intervenir.

—La señorita Lennon es mi objetivo, no lo olvidéis.

—Pero a la otra le estás haciendo creer que vas a romper el compromiso.

Phil chasqueó los labios.

—Las mujeres soportan cualquier cosa si se las trata bien.

Las mejillas de Amelia ardieron. Canalla.

—Aunque dudo que tu plan tenga éxito, Van Alen —apuntilló otro—, te felicito por el atrevimiento y espero que esa dama misteriosa no sufra demasiado por tu culpa.

Amelia ya había oído suficiente.

Salió de detrás de la palmera, se alisó los guantes y volvió al salón con paso tranquilo, sin que nadie pudiera leer en su expresión nada distinto a lo que mostraría cualquier joven que acabara de tomar un poco el aire. Localizó a Trix entre la gente. Seguía sonriendo al bostoniano con aquella perfección que solo ella poseía, aquella capacidad de parecer completamente presente cuando en realidad estaba en otro sitio.

Amelia la conocía demasiado bien.

Había llegado el momento de actuar.

CAPÍTULO 34

A Tom le dio tiempo justo a girarse, medio tambaleante, hacia la pared y hacer como que buscaba en el raído abrigo una botella de licor, antes de que el señor Van Alen, acompañado de Ronald Vandelay y dos de sus hombres, pasara por su lado en busca del médico.

Los disfraces no eran una de las habilidades más destacadas de Thomas, pero un puñado de ropa raída robada al recién llegado Ejército de Salvación —entre la que se incluía aquel abrigo destartalado y apestoso—, una buena cantidad de mugre en manos y rostro, el cabello adecuadamente alborotado y un penetrante olor a whiskey de mala calidad correctamente dispersado por todos lados le confería la apariencia exacta para volverse invisible, ya que nadie, absolutamente nadie, quería mirar a un borracho en las últimas etapas de su decadencia.

Después solo había tenido que desmayarse aparatosamente a las puertas del Bellevue Hospital y, tras escapar de la sala comunitaria donde lo habían atendido, ubicarse en el rincón más oscuro de la sala de espera de primera clase.

Como Thomas había descubierto antes de salir de Newport, era allí adonde habían trasladado al señor Norton, de modo que los interesados no tardarían en aparecer. Haber abandonado el baile a tiempo le había permitido coger el primer tren, lo que a su vez le había dado el margen justo para poner en marcha su plan. Solo le había quedado esperar.

El señor Van Alen se detuvo en seco y miró alrededor con aquella calma propia de los hombres acostumbrados a que el mundo gire a su alrededor. Tom se subió el cuello del abrigo y se hizo el dormido. Si lo identificaba, todo estaría perdido. El médico no tardó

en aparecer y les prodigó las atenciones reservadas a los hombres de su posición.

—¿Cómo está? —preguntó Van Alen en cuanto llegó hasta ellos.

—Aún corre peligro —explicó el galeno con la asepsia propia de quien ha aprendido a no llevar los males ajenos a casa— lo han rociado con queroseno y le han prendido fuego. Algo terrible. No ha recobrado la consciencia. Si sale de esta, será un milagro.

Ronald intervino.

—¿Ha podido contarles qué le ha ocurrido?

El médico meneó la cabeza y lanzó una breve ojeada a su espalda. Aquella noche tendría que atender a decenas de pacientes, pero ¿quién se negaba a hacer los honores a los Van Alen?

—Entró inconsciente —les explicó—, pero es evidente que él mismo no se ha volcado por la cabeza el combustible y se ha prendido fuego.

La frente del señor Van Alen se frunció.

—¿Está insinuando…?

—Es muy posible que haya sido atacado, sí.

Hubo un intercambio de miradas entre el padre de Clara y su futuro yerno. Los dos hombres que los acompañaban no perdían ojo de cuanto acontecía alrededor. La sala de espera estaba medio vacía y el borracho que dormitaba en uno de los bancos, Thomas, no parecía representar peligro alguno.

—¿Qué podemos hacer por él? —preguntó el señor Van Alen —. ¿Está aquí su familia? Me gustaría ayudar en lo que fuera necesario.

—Al parecer el señor no la tiene. Ahora solo necesita descansar y que recen por él.

Al parecer la cosa era más grave de lo que había esperado. Por fortuna no habían acabado con su vida, pero nada indicaba que no fuesen a intentarlo de nuevo.

—¿Puedo pasar a verlo? —le preguntó Van Alen al médico.

La idea no pareció serle grata, pero todos sabían que a aquel hombre no se le podía negar nada.

—Solo un par de minutos —claudicó—. Cualquier alteración en su estado puede ser fatal.

Van Alen miró a Ronald, pero este hizo un gesto con la cabeza.

—Entre usted. Yo lo visitaré en otro momento.

El señor Van Alen acompañó al médico a través de un largo pasillo, seguido de cerca por sus dos hombres, que miraban alrededor como si de alguna de las habitaciones pudiera abalanzarse un asesino con una daga en la mano. Ronald se quedó en la sala, observando cómo se alejaban, con la mala fortuna de que terminó sentándose dos puestos más allá en el mismo banco que ocupaba Thomas, lo que lo ponía peligrosamente cerca de ser descubierto.

Aquello sería una catástrofe para sus planes, de modo que se deslizó pesadamente en el asiento, imitando los movimientos torpes de quien los vapores del alcohol adormilan poco a poco, hasta recostarse vuelto a la pared, y soltó un ronquido bastante convincente.

En aquella posición perdía de vista a Ronald, pero al menos podría oírlo cuando el señor Van Alen regresara y…

—¿Ha visto al médico?

Era la voz de un recién llegado. Las noches en Nueva York siempre eran accidentadas y el trasiego en el Bellevue no cesaba jamás. La voz de Ronald respondió educada y bien modulada.

—Se acaba de marchar, pero supongo que volverá pronto.

Se hizo el silencio. Thomas tenía un objetivo claro: sacarle al señor Norton toda la información posible, pero había tenido la mala suerte de que el hombre aún no había recobrado la consciencia. Cuando lo hiciera, allí estaría él, preparado para ser su vecino de cama y su nuevo mejor amigo.

—¿También tiene familia aquí? —prosiguió el recién llegado. Al parecer era de esa clase de pelmazos incapaces de permanecer callados más de treinta segundos.

—Algo parecido —contestó Ronald, esta vez un poco más desabrido.

—Odio los hospitales.

—No son agradables.

Sobrevino un silencio que todos agradecieron.

Thomas había previsto que se encontraría con el señor Van Alen. Un caballero como él se preocuparía por la salud de su empleado y…

—¿El paciente al que espera también ha sufrido un accidente? —arremetió de nuevo el desconocido, sacando a Thomas de sus reflexiones.

—Eso parece.

—Esperemos que todo vaya bien.

Thomas volvió a sus pensamientos. Tenía un doble objetivo: sonsacar al señor Norton y vigilar de cerca los movimientos del señor Van Alen. Si, como esperaba, este partía esa misma tarde de regreso a Newport, tendría que coger el mismo tren para no levantar sospechas y aprovechar el trayecto para…

—¿Cómo se han enterado? —La voz del desconocido había sonado esta vez más dura, con un filo que antes no estaba—. El señor Van Alen ha tenido especial cuidado en que la noticia de este accidente no se difunda.

Tom dejó de respirar. ¿Qué acababa de decir? Quiso darse la vuelta para ver el rostro de aquel hombre, pero sería demasiado arriesgado si Ronald lo miraba y lo reconocía. Fue el propio Ronald quien contestó, con una sorpresa en la voz que Tom no tuvo que fingir compartir.

—¿Quién es usted?

—Un amigo. No tema.

Notó cómo Ronald se ponía en pie y se acercaba aún más a donde él estaba. El disfraz era demasiado perfecto. Los borrachos cercanos al coma etílico siempre resultan invisibles; nadie quiere que la desgracia ajena les contamine la noche.

—Un amigo no se presenta de este modo —farfulló Ronald.

Como habían estado sentados en el mismo banco, Tom intuyó que el otro también se había levantado.

—Según tengo entendido —dijo aquella voz—, están a punto de anunciar la fecha de la boda entre Phillip Van Alen y la señorita Lennon. ¿Verdad?

Necesitaba girarse. Necesitaba ver el rostro de aquel tipo.

—¿Es periodista? —Ronald parecía crispado—. Porque no tengo nada que decir y debería usted respetar este lugar.

—Así que otra boda —respondió el desconocido, con una serenidad que resultaba casi más inquietante que la hostilidad—. Aunque usted será el primero en casarse.

—No voy a contestar a sus preguntas.

—¿Cómo le afectará esto a sus intereses?

Tom permaneció muy rígido, aunque todos los músculos de su cuerpo estaban en tensión por si tenía que intervenir. Ya se le ocurriría alguna explicación después.

—¿De qué habla? —musitó Ronald. La incomodidad había dado paso al miedo en su voz, un miedo que no conseguía disimular por mucho que lo intentara.

La voz del tipo sonó más cerca. Se estaba aproximando.

—Señor Vandelay —la misma calma de antes, casi cínica—, no se haga el ingenuo, al menos no conmigo. Sé que conoce ese negocio turbio.

—Voy a tener que pedirle que se marche.

—¿Acaso no firmó usted todos esos documentos?

¿De qué diablo estaban hablando? Necesitaba saber quién era ese hombre. Necesitaba verle la cara.

—No tengo nada que ver con la Banca Van Alen —replicó Ronald, delatándose él solo con su respuesta.

—Pero sí con una mina en la Baja California.

Tom se giró con movimientos torpes, imitando a los de un borracho que va recuperando la consciencia a trompicones. Desde su posición no lo tenía fácil. Ronald estaba a poco más de un metro, de perfil, con el rostro notablemente pálido. El otro tipo le daba la espalda, aunque el abrigo que portaba era de mala calidad y tanto la bufanda como el sombrero le ocultaban por completo la cabeza.

El joven Vandelay dio un paso atrás.

—¿Quién diablos es usted? Insisto.

—Un amigo —creyó oír una risa apagada, casi satisfecha—. Me han mandado aquí para que le diga que es necesario que se aleje de los Van Alen y rompa ese absurdo compromiso matrimonial, o todo esto lo arrastrará a usted por el lodo al igual que a ellos.

No dijo nada más. Y tal y como había aparecido, se marchó con paso tranquilo, como si acabara de dejar un recado de lo más anodino y la noche fuera suya.

Tom pensó en seguirlo, en levantarse e ir tras él antes de que se perdiera entre el trasiego incesante del Bellevue, pero eso lo dejaría expuesto ante Ronald y todo lo que pacientemente había trazado durante las últimas semanas se vendría abajo en cuestión de segundos.

Ronald regresó a su asiento en el mismo banco donde Tom estaba recostado, y este no tuvo más remedio que aguardar con la paciencia de quien no tiene otra opción. La respiración de Vandelay era agitada; se notaba incluso sin necesidad de mirarlo.

Thomas cerró los ojos. Necesitaba pensar.

Quien fuera aquel hombre sabía demasiado: sabía de los Van Alen, sabía lo del accidente del señor Norton, sabía de Ronald y de la mina en Baja California. Y si él lo sabía, también lo sabían otros. Lo que hasta aquella noche había sido una investigación discreta, casi artesanal, se estaba convirtiendo en algo mucho más complicado. Y peligroso.

La puerta del pasillo se abrió. Los pasos pesados del señor Van Alen y el susurro del médico anticiparon su regreso.

—¿Cómo estaba? —preguntó Ronald poniéndose en pie.

—Igual —contestó Van Alen, y en la sola sílaba de esa palabra había una fatiga que Tom no le había escuchado nunca—. Tenemos que hablar. No aquí.

Ronald asintió. Tom oyó cómo se ponían el abrigo, cómo intercambiaban unas palabras en voz muy baja con los dos hombres, y finalmente cómo sus pasos se alejaban hacia la salida.

Esperó. Contó hasta treinta. Luego se incorporó con parsimonia, se frotó los ojos como quien despierta de un sueño profundo, echó un vistazo a la sala de espera casi vacía y, sin prisa, siguió la misma dirección que habían tomado ellos.

Fuera, la noche de Nueva York lo recibió con su ruido y su mugre habitual. Los Van Alen habían subido a un carruaje que ya se alejaba traqueteando por el adoquinado. Tom los vio desaparecer y supo que no los alcanzaría.

Pero eso no era lo que más le preocupaba.

En algún lugar de aquella ciudad oscura y ruidosa había un hombre que sabía exactamente lo mismo que él, o quizás más. Un hombre que había aparecido de la nada y había desaparecido igual, con la solvencia de quien lo ha hecho muchas veces.

Tom volvió a meterse las manos en los bolsillos del abrigo apestoso y echó a caminar. Necesitaba un tren a Newport, una habitación discreta y, antes de nada, averiguar quién era ese maldito desconocido.

CAPÍTULO 35

Amelia lo dudó antes de llamar a la puerta, pero no se creía capaz de pegar ojo si no hablaba con Clara antes de acostarse. Dos golpes suaves fueron suficientes para que su amiga le diera acceso a sus habitaciones, donde la descubrió aún sentada junto a la ventana, con una de sus novelas en las manos.

—Temía que estuvieras dormida.

Clara dejó el libro a un lado y le indicó que se sentara a su lado.

—No sé si alguna vez recuperaré el sueño. ¿Te acuerdas cuando pasábamos aquí los veranos y tu madre tenía que mandar a su doncella varias veces para que nos levantáramos?

De niñas pasaban mucho tiempo juntas. Si los Van Alen estaban de viaje, los Rourke acogían a sus retoños; o si el señor Harcourt, padre de Violet, tenía que viajar al sur, eran los Sinclair quienes cuidaban de la niña, pese a que a ninguna de ellas les faltaban doncellas e institutrices para atenderlas.

Amelia tomó asiento. Estaba preocupada. Al menos Violet había encontrado el camino. Todas pensaban eso de Clara, pero algo le decía que últimamente las cosas andaban mal. En cuanto a Trix…

—No he querido regresar hasta que los Sinclair no han abandonado el baile —le explicó.

La señora Sinclair era una de las damas más influyentes de Manhattan. Era alegre, divertida y tremendamente extrovertida, así que hasta que los camareros no empezaron a retirar las sillas no decidió que había llegado la hora de marcharse. Amelia la conocía bien. Saberla en la sala era sinónimo de quedarse hasta el final, quisieran ellas o no.

Clara la miró. Amelia era el pegamento que las había mantenido unidas. Quizá no era ni la más bella, ni la más alegre ni la más atrevida, pero sí la más fuerte. Sentía verdadera admiración por lo que era capaz de hacer, y aquel día lo había demostrado.

—¿Se han confirmado tus presentimientos? —le preguntó.

Su amiga apretó los labios.

—Durante estos años hemos supuesto que Trix estaba enamoriscada de tu hermano —lo dijo como si fuera algo inocuo—. Ahora sé que no es así. Está rotundamente enamorada.

Clara lo sabía. La misma Trix se lo había confirmado y aún se recriminaba haber estado tan ciega.

—Le he hecho ver que él jamás desobedecerá las órdenes de mi padre —le dijo—. Si han decidido que la señorita Lennon será la próxima señora Van Alen, así será.

En su familia no había deserciones. A ella le propusieron a Ronald como única posibilidad y aceptó sin pensarlo. Si bien era cierto que era un joven guapo y encantador, hubiera hecho lo mismo si hubiera sido difícil de mirar y de carácter avieso. Los Van Alen no estaban hechos para la disidencia. ¿O quizá eso era solo una historia que se contaba su cabeza?

Amelia tenía la mirada perdida en la llama de la lámpara de gas.

—Algo me dice que Phil no está siendo sincero con ella.

—Lo sé —y le dolía—, pero me cuesta imaginar que mi hermano pueda ser tan ruin. —Se giró hacia ella—. ¿Y si todo es un malentendido?

Quizá lo fuera. Aunque Trix le había dicho que ella y su hermano tenían una relación, quizá fuera algo infantil, una proyección de aquel amor de la niñez, idealizado e inconsistente, que con el tiempo se deshacía solo si nadie lo alimentaba. Era lo que se decía Clara a sí misma cuando el asunto se volvía demasiado pesado para cargarlo.

—Clara —la trajo Amelia a la realidad—, creo que Trix es la supuesta amante de Phil. Si es así, esto puede destruirla.

Hasta ese momento no había atado los cabos. Sabía que Trix era arriesgada. ¿Acaso no la llamaban la princesa de acero? Y no era

solo porque su padre tuviera las mayores fundiciones de la Costa Este, era por su capacidad para tomar decisiones que a otra joven de su edad y posición le hubieran supuesto un desmayo. Pero había una diferencia entre el arrojo y la imprudencia, y Clara empezaba a temer que Trix no terminaba de distinguirlas.

Ella también perdió la mirada entre las llamas de la lámpara.

—¿Sospechas que mi hermano…?

—Lo he oído presumir de ello delante de sus amigos. —Hizo un gesto de reprobación—. Al menos ha tenido la decencia de no decir su nombre.

Clara se sintió avergonzada por aquel comportamiento, pese a que ella no era responsable.

—Hablaré con él.

—Trix no es fácil de convencer y es la más testaruda de las cuatro. —La tomó de la mano—. No será fácil que cambie de idea.

—Pues tendrá que hacerlo. —Clara no iba a ceder—. Le pediré a Phil que sea claro con ella. Me hará caso.

Ambas se sostuvieron la mirada. Que se cuidaran unas a otras no significaba dejar a la suerte el futuro de sus amigas, y lo que Amelia estaba viendo en los ojos de Clara no la convencía del todo.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Ella bajó la mirada.

—Cuando el hombre que intentó asesinar a mi padre esté en la cárcel, lo estaré.

Aunque le pareció una respuesta muy correcta, Amelia no se dejó engañar.

—¿Solo es eso?

Clara la observó con ojos vívidos.

—¿A qué te refieres?

—A Thomas Pinckerville, por supuesto. Al hombre que detestas y adoras a partes iguales.

Clara se recostó contra el respaldo de la *chaise longue*. Aunque Ronald no se hubiera percatado de nada, era extraño que Amelia no se hubiera dado cuenta antes. Resopló.

—¿También me has observado a mí esta noche?

—Os he visto bailar. Os he visto miraros.

Clara se inclinó hasta apoyar los codos en sus rodillas, en un gesto muy poco femenino. Le vino a la cabeza lo que pensaría su madre si la viera así y tuvo ganas de reír, aunque aquello fuera demasiado dramático para la risa. Tardó un buen rato en atreverse a mirar a su amiga.

—¿Y si me estoy enamorando de él, Amelia?

El condicional sobraba. Para Amelia estaba claro que eso mismo era lo que había pasado, y llevaba semanas pasando.

—Medítalo —no quiso ser cruel—. Quizá la boda se está precipitando.

Clara suspiró y se masajeó las sienes. La maldita boda. Había sido Tom quien lo había liado: de no haber sido por su impertinente comentario, Ronald no habría buscado fecha y su madre no lo hubiera tenido por algo sobre lo que no se podía dar marcha atrás. ¿No era todo demasiado retorcido?

—De todas formas —dijo más para sí que para su amiga—, no me presta atención. Al menos esa parte de él a la que le gustan todas las mujeres con tal de que tengan dinero.

—Quizá a la otra parte sí le intereses.

Clara la miró a los ojos. No había reprobación en ellos, solo el mismo apoyo que siempre había sentido de ella, desde que eran niñas y compartían verano y secretos. Sonrió, aunque con tristeza.

—Mi padre no permitirá que me pretenda un aristócrata de baja monta y de fortuna desconocida. —Esa era otra de las barreras, por si las anteriores no fueran suficientes—. Él está por encima de esas apreciaciones sociales. No le importaría que me casara con un telegrafista con tal de que fuera honrado y tuviera un brillante porvenir.

Amelia no respondió de inmediato. Se levantó y fue hasta la ventana, donde la oscuridad de la calle había borrado el último rastro del baile. Cuando se giró, la expresión que llevaba en el rostro era la de alguien que está a punto de decir algo que preferiría no tener que decir.

—¿Sabes lo que me preocupa de verdad, Clara? No es la boda, ni Trix, ni siquiera Pinckerville.

—¿Entonces?

—Que estás construyendo razones para no actuar. —Hizo una pausa—. El dinero de su familia, los deseos de tu padre, la fecha que ya está fijada. Son barreras reales, lo sé. Pero llevas toda la noche poniéndolas por delante como si fueran un escudo.

Clara no respondió. Hubo un silencio corto, denso, del tipo que entre ellas no necesitaba llenarse.

—En cualquier otra ocasión te diría que adelante —continuó Amelia, y su sonrisa dulce logró, si no tranquilizarla, al menos suavizar el golpe—. Sabes que Ronald nunca me ha gustado. Pero si lo que nos dijo el alienista es cierto…

Clara asintió.

—Puede ser terrible convivir con dos personas distintas. Terrible hasta volverme loca. ¿Tiene sentido algo de todo esto?

No, no lo tenía, pero no era eso lo que su amiga esperaba de ella.

—Lo tendrá si ha de ser así. —Le apretó la mano—. Ahora descansa. Mañana es la cena de los Astor y hay que hacer de tripas corazón.

Cuando salió de la habitación y la dejó sola, Clara dudó que alguna vez volviera a dormir a pierna suelta. Apagó la lámpara, pero no se movió. Desde la ventana, Bellevue Avenue seguía encendida como si nada hubiera ocurrido aquella noche, indiferente a las bodas que se precipitaban, a las amantes que no tenían nombre, a las mujeres que se enamoraban de hombres imposibles y lo sabían desde el principio.

Tomó el libro que había dejado sobre la mesita. Lo abrió por la página marcada, no para leer, sino para tener algo entre las manos. Eso, al menos, se podía controlar.

CAPÍTULO 36

Aquella noche Clara acompañó a los Rourke hasta Beechwood, la espléndida mansión veraniega de los Astor en Newport, mítica desde su reconstrucción tras un incendio y donde se hallaba el famoso salón de baile de los cuatrocientos, ese reducto al que solo accedían las antiguas familias de Manhattan y que la señora Astor custodiaba con la misma devoción con que otros guardan sus secretos más íntimos.

Clara había decidido ser atrevida, y para ello Sophie había portado desde la mansión Van Alen su vestido de seda roja, tan intenso como la sangre, que mostraba un amplio escote y se drapeaba ajustado sobre su cuerpo antes de dar paso a la abultada falda en la parte posterior. Se había dado los últimos toques ante el espejo con aquella calma estudiada que empleaba cuando necesitaba convencerse de que todo estaba bajo control, cuando en realidad no lo estaba en absoluto.

Supo por Sophie que su padre había regresado de Nueva York y que el señor Pinckerville también. Acababa de rebuscarse en el bolsillo de la falda cuando la doncella le recordó algo importante y le entregó un sobre levemente arrugado en las esquinas.

—Llegó el mismo día que nos marchamos de Manhattan —le explicó Sophie—, y esta mañana la han traído desde Nueva York con el correo de la casa.

Clara tomó la carta. Era de Violet. ¡Al fin! Necesitaba saber si Tom era de verdad quien decía ser o un pillo que había entrado en sus vidas para algo que aún no terminaba de precisar, pero el mayordomo de los Rourke le anunció por segunda vez que la aguardaban junto al carruaje, así que no tuvo más remedio que dejarla sobre la mesita de noche y acompañar a la familia hasta

Beechwood, prometiéndose que la leería en cuanto regresara aunque tuviera que hacerlo muerta de sueño.

La recepción de los Astor era espléndida, como todo lo que organizaba la señora. Había elegido el blanco como tema central, y tanto la mesa como los platos, así como las flores que lo adornaban todo, eran de un blanco tan deslumbrante que el vestido de Clara resultaba como un beso de carmín sobre una piel traslúcida. Lo notó en las miradas: la de aprobación de algunos caballeros que se apresuraron a disimularla, y la de censura de ciertas damas que ni siquiera se molestaron en hacer lo mismo.

Se encontró con su familia cuando ya avanzaban hacia la mesa. Su madre la miró con labios apretados, pues de ninguna manera habría dado el visto bueno a ese vestido de haber salido de su casa, pero Clara pudo esquivar sus reproches con la destreza de quien lleva años practicando ese particular arte de familia y buscó a su padre hasta encontrarlo acompañando a Phil y a la señorita Lennon. Su hermano parecía incómodo; su prometida, indiferente. Era una pareja abocada a una vida tan estéril como aburrida, y Clara, que no ignoraba su propia situación, prefirió no detenerse demasiado tiempo en ese pensamiento. Logró colgarse del brazo de su padre para hablarle en voz baja.

—¿Ha ido todo bien?

Él le sonrió con aparente alegría, pero lo conocía bien y sabía que en su mirada había una tensión mal contenida, de esas que se instalan entre las cejas y no desaparecen aunque el resto del rostro se esfuerce en contradecirlas.

—Excelente —mintió.

Ella le mantuvo la mirada.

—¿Tengo que preocuparme?

Habían llegado a la mesa, donde ya se formaban grupos delante de las sillas tapizadas en blanco. Su padre le besó la frente antes de contestar, como si ese gesto pudiera servir de paréntesis entre la verdad y lo que estaba dispuesto a decirle.

—Lo harás de todos modos —admitió—, pero te aseguro que está todo controlado.

No pudo seguir con la conversación porque una especie de chambelán a la manera europea la invitó a tomar asiento en el otro extremo de la larga mesa, y no en cualquier lugar, sino en el que tenía estrictamente asignado, como si la señora Astor hubiera calculado con antelación hasta el milímetro quién debía sentarse junto a quién y quién no debía poder cruzar palabra en toda la velada.

Clara miró la concurrencia. Allí estaban todos: las mismas caras, las mismas familias desde su niñez, el mismo murmullo satisfecho de gente que sabe exactamente el lugar que ocupa en el mundo. Cruzó una mirada de complicidad con Amelia, a quien le había tocado en la punta opuesta, flanqueada por un general retirado y uno de los añosos hermanos Morgan, que aún permanecían de pie con esa rigidez ceremonial que algunos confunden con dignidad. Se preguntó dónde estaría Trix, y como si la hubiera escuchado, esta apareció acompañada de su madre, un tanto turbada, aunque no tanto como para no buscarla desde lejos y dedicarle una triste sonrisa antes de ocupar su sitio, también alejada de ella, como si la señora Astor se hubiera propuesto que aquella noche no intercambiaran ni media frase.

Casi todas las damas estaban ya sentadas y los caballeros no tomarían sus asientos hasta que la última no ocupara el suyo, como mandaba la cortesía más elemental. Clara se preguntó con quiénes compartiría mesa, pues ninguno de aquellos hombres había hecho por acercarse.

—Estás radiante —Ronald, su prometido, le besó la mano y ocupó la silla a su derecha, despejando parte de su duda. Se lo agradeció con una sonrisa, aunque sus ojos no dejaban de recorrer la sala buscando algo que no quería admitir que buscaba.

—Qué deliciosa coincidencia —la voz de Tom la hizo volver para ver cómo ocupaba el puesto de su izquierda, satisfaciendo así su curiosidad de un modo que la irritó y la complació a partes iguales. La joven quedaba flanqueada por los dos hombres que más significaban en su corazón últimamente, lo cual era, cuando menos, una broma de muy mal gusto por parte del destino.

Se hizo el silencio cuando la señora Astor golpeó una copa con la cuchara y los camareros empezaron a servir el vino con movimientos tan estudiados como la más exquisita de las coreografías.

—Celebro que no estemos en Londres —dijo Thomas tras dar dos sorbos a su copa y colocarse la servilleta sobre el regazo con ese aplomo que tanto podía resultar elegante como insoportable, según el humor de quien lo observara.

—¿Y eso? —preguntó Ronald sin demasiado interés.

Tom alzó una ceja, transformando su expresión en la de un trotamundos que lo sabe todo de la vida, o al menos así gustaba de presentarse.

—En Inglaterra una dama no puede entablar conversación con dos caballeros a la vez, lo que obligaría a la señorita Van Alen a elegir.

Ronald le mantuvo la mirada. Estaba claro que entre ellos no había demasiada sintonía, de esa antipatía silenciosa y correcta que los hombres bien educados sostienen indefinidamente sin que nadie pueda reprocharles nada. Después se volvió hacia su prometida.

—¿Hubieras tenido dudas al respecto, querida?

Clara se envaró, tomó un sorbo de vino, pero no miró a ninguno de los dos.

—No —contestó—. Ninguna.

Con los comensales sentados a la mesa, un cuarteto de cuerda empezó a tocar para amenizar la velada mientras los camareros iniciaban el servicio de los primeros platos. El murmullo de la conversación era un ronroneo agradable que iría creciendo a medida que las botellas de vino fueran vaciándose, aunque siempre dentro del tono que la dueña de la casa no toleraría que nadie infringiese.

Clara agradeció con una sonrisa al joven que le puso delante un plato de pescado y aprovechó el momento para dirigirse a su prometido.

—¿Has estado en Manhattan con papá?

Ronald apenas la miró.

—Un viaje de negocios. Ya sabes cómo son estas cosas de última hora.

Clara no quiso insistir. Estaba segura de que su prometido no sabía que la vida de su padre corría peligro y no iba a ser ella quien lo pusiera sobre aviso. Había cosas que era preferible dejar sin decir, al menos hasta saber exactamente qué se estaba diciendo.

La dama que se sentaba a la derecha de Ronald era una Schermerhorn, así que el joven Vandelay no pudo evitar atenderla en cuanto esta le preguntó sobre caballos con esa voz suave y persistente de quien ha aprendido a conseguir lo que quiere sin alzarla jamás. Clara quedó así a expensas de Tom, que no tardó en aprovechar la oportunidad con una naturalidad que ella no pudo decidir si admirar o reprobar.

—Buena elección el rojo —dijo el joven británico.

Pero Clara no tenía ganas de una conversación galante.

—¿Qué has descubierto en Manhattan? —le preguntó a bocajarro y en voz baja, con esa determinación que a veces sorprendía incluso a quienes la conocían bien.

Él se llevó una mano al pecho.

—Muy directa.

Clara lo taladró con la mirada.

—No me gusta andarme con rodeos.

Thomas parpadeó varias veces antes de contestar, y en esa breve pausa Clara tuvo tiempo de preguntarse, no por primera vez, cuál de todas sus versiones era la verdadera.

—Es poco delicado que una dama declare la guerra a los eufemismos en una cena de esta naturaleza —contestó con aquella voz un tanto chirriante que usaba a veces, como si el mundo entero fuera un pequeño teatro para su entretenimiento personal—. Los adjetivos tampoco salen bien parados cuando se les ataca sin previo aviso.

Ya lo había sospechado, pero ahora se daba cuenta con mayor claridad: la personalidad que Thomas exhibía esa noche era precisamente aquella que ella no soportaba, la más brillante y la más impenetrable, la que sabía exactamente cómo poner distancia sin moverse un centímetro de su sitio. Decidió no dejar de presionar.

Quizá hubiera una manera de rescatar al hombre que de verdad le gustaba, el que había conseguido despertarla, el que la hacía tiritar cuando la miraba sin que ella pudiera explicarse bien por qué.

—Contéstame —exigió.

Thomas se limpió los labios con la servilleta y se encogió de hombros con esa parsimonia deliberada que empezaba a resultarle francamente exasperante.

—En Manhattan el cielo sigue igual de gris, los caballeros continúan con el mal gusto de usar chistera en cualquier ocasión y las damas sienten una desproporcionada pasión por el abanico a pesar de no ser verano. Como ve, todo sigue exactamente igual que hace dos días.

Si esperaba un gesto amable por aquel comentario ocurrente no lo obtuvo.

—¿Has terminado? —dijo ella, tajante—. Porque estoy muy preocupada por mi padre.

Tom soltó un suspiro y adoptó aquel aire protector que aún la alteraba más que cualquier otra cosa, quizá porque resultaba demasiado convincente cuando no quería que lo fuera.

—Solo puedo decirle, mi querida niña —ella lo hubiera abofeteado con sumo gusto—, que todo marcha sobre ruedas y que usted solo debe preocuparse de recuperar el gusto por una buena conversación, para lo que le recomiendo tres copas de este vino caro y correoso. No, cuatro —se corrigió a sí mismo—, y un sorbo de licor al final.

Estaba claro que en aquel estado no iba a sacar nada de él. Recordó lo que Amelia le había expuesto con esa claridad implacable que la caracterizaba: la terrible verdad sobre la enfermedad de Thomas Pinckerville. ¿Acaso un reputado alienista no le había diagnosticado una personalidad disociada? ¿No le había advertido que tuviera cuidado? Quizá aquello era precisamente lo que informaba la carta de Violet que había dejado sobre la mesita de noche. En cuanto regresara a la mansión la leería con detenimiento, y quizá al fin su mente encontrara la calma suficiente para empezar a olvidarlo. Decidió no insistir.

—Lo tendré en cuenta —dijo, escueta.

Él pareció satisfecho, lo cual no la ayudó en absoluto.

—Y hable con Ronald —le recomendó, lo que la exasperó aún más—. Esa lagarta de los Schermerhorn parece muy interesada en él. Dé un golpe en la mesa, señorita Van Alen, y deje claro que Ronald es suyo.

De nuevo Clara prefirió no contestar. Era una lástima, pero debía asimilarlo. Si de verdad su corazón sentía algo por aquel hombre era hora de que lo dominara la razón, ese instrumento tan fiable cuando se trataba de los demás y tan inútil, comprobaba noche tras noche, cuando se trataba de ella misma.

El camarero le sirvió un poco más de vino. Clara alzó la copa y, al hacerlo, encontró desde el otro extremo de la mesa la mirada fija de la señora Astor. No era una mirada hostil ni amistosa: era la de alguien que lo observa todo y no olvida nada. Clara sostuvo ese contacto visual un instante más del que la prudencia recomendaba, luego desvió los ojos hacia el cuarteto de cuerda y fingió que la música le interesaba profundamente. A su izquierda, Thomas tamborileaba con dos dedos sobre el mantel con esa cadencia suave, casi imperceptible, que solo ella parecía notar.

CAPÍTULO 37

Cuando Clara entró en la habitación que le habían asignado en la mansión Rourke estaba tan cansada que se le cerraban los ojos. Pero no era el cansancio de quien ha bailado demasiado o ha sostenido una conversación larga y poco estimulante. Era el otro cansancio, el que no viene del cuerpo sino de la cabeza, que no para, que traza conjeturas y las derriba y las vuelve a levantar con distinta forma y las derriba otra vez, incansable y cruel, como si el sueño fuera un lujo que ella no merecía aquella noche.

Sophie la ayudó a deshacerse del vestido, pero Clara le pidió que se retirara en cuanto le quitó el corsé. Era demasiado tarde y quería estar a solas. Necesitaba estar a solas.

Ella misma se quitó las horquillas y se deshizo el recogido. Soltó un suspiro de alivio cuando el cabello se le desparramó por los hombros, brillante y pesado, como si también él hubiera aguantado toda la noche con más decoro del que podía permitirse. Se introdujo los dedos en el pelo y se masajeó el cuero cabelludo con los ojos entrecerrados, entregándose a aquel placer tranquilo, casero, tan distinto de todo lo que la rodeaba en aquella mansión prestada. Lo disfrutó exactamente hasta que la imagen de Thomas Pinckerville acudió a su cabeza, como acudía siempre que su cuerpo se sentía bien, y entonces dejó de hacerlo.

Fue en busca de la carta y rompió el sobre. Estaba remitida desde Roma y había una pequeña mancha húmeda en una esquina, como si la ciudad hubiera querido imprimir su sello en aquel papel antes de dejarlo marchar.

Desdobló cuatro hojas profusamente escritas con la apretada letra de Violet, sonrió al verlas y las dejó sobre el tocador mientras empezaba a cepillarse el cabello y se enfrascaba en la lectura.

¿Sabes que los italianos son capaces de hacer una pasta deliciosa con cualquier cosa? Empezaba su amiga, sin preámbulo de ninguna clase, como era su costumbre. *Incluso con un tomate y un puñado de albahaca son capaces de hacer que toques el cielo y llegues a la conclusión de que un pueblo con esta capacidad para hacer gozar el cuerpo debe estar constituido por grandes amantes.*

Clara sonrió. A Violet le gustaba escandalizar, de modo que no le extrañó que lo intentara en el tercer párrafo, después de saludarla y asegurarle que era inmensamente feliz con Sebastian. De él hablaba en el siguiente.

Te mentiría si te dijera que él y yo somos como dos gotas de agua. De hecho, solemos estar en franco desacuerdo en lo banal, pero siempre vamos a una en lo importante, lo que me confirma que no podría vivir sin él. Estoy deseando que te cases por fin, que Ronald y tú forméis una familia y que al fin podamos hablar libremente de aquello que una señorita no puede ni pronunciar pero que para una mujer casada se vuelve una deliciosa cotidianidad, espero, que para el resto de mi vida.

Clara volvió a sonreír, aunque esta vez con menos convicción.

Es incluso mejor de lo que cuentan los autores de esas novelas que leemos a escondidas. Solo con ver el brillo en los ojos de Sebastian sé que me desea tanto como yo a él, y entonces…

Las siguientes dos páginas se centraban en contar algunas intimidades de la pareja que Violet solo revelaría a ella, así lo advertía antes de empezar. Clara leyó cada palabra. Devoró las sensaciones que Violet describía en su propio cuerpo con esa franqueza suya que nunca terminaba de sorprenderla, y curiosamente no pensó en Ronald. Pensó en Tom. Se imaginó a sí misma sintiendo todo aquello, desmayándose de placer, teniendo que soltar el aire contenido en los pulmones cuando el momento culminante llegara, como le contaba Violet, y el placer se convirtiera en algo parecido a la felicidad y el mundo entero en nada que no fuera la persona que se tenía al lado.

Dejó de cepillarse el cabello sin darse cuenta.

Después Violet mandaba recados a sus amigas, con esa mezcla de afecto y desfachatez que era su marca inequívoca.

Amelia debe venir a Roma cuanto antes. Los caballeros son exaltados y muy dados a los debates apasionados, como a ella le gustan, y aún son capaces de batirse en duelo si sospechan que su honor ha sido mancillado, aunque al final eso nunca sucede. Te lo cuento porque de otra manera solo podría censurarlo, pero cuando veo esa pasión pienso en nuestra amiga y en lo bien que le sentarían estos aires inflamados.

Trix también tenía su parte.

Sebastian le ha hablado de nuestra amiga a Jed. Es un amigo de la infancia que no pasa por el mejor momento, pero no te voy a entretener con asuntos tristes. Me ha resultado endiabladamente apuesto, no al estilo de tu Phil, que sabemos que es el caballero que más puede gustarle a ella, sino al de un hombre de mundo que sabe lo que quiere y sería capaz de sacarla de ese arrobamiento en que a veces se consume.

Y por supuesto, hablaba de ella. Siempre, al final, hablaba de ella.

¿Cómo has podido ocultarme que ya tienes fecha para la boda? Una de las señoras Vanderbilt, que ha pasado unos días en la ciudad, me lo ha contado todo, así que no me queda más remedio que acortar esta luna de miel y estar en Nueva York en la fecha indicada. ¡Qué feliz te veo con Ronald! Porque… te casas con él… ¿verdad? Disculpa la broma. Sebastian me está acariciando la espalda y me temo que voy a dejar de escribirte hasta más tarde.

Clara dobló las tres primeras hojas con cuidado y llegó a la última. Allí, con su habitual desparpajo, Violet le hablaba por fin de Thomas Pinckerville.

Como ya habrás descubierto, Pinckerville es un hombre para tener en cuenta. No tuvieron una infancia fácil, según me cuenta Sebastian. Su padre murió joven y Elliot tuvo que encargarse de todo siendo poco más que un niño. Eso le ha dado un carácter que puede parecer duro, pero que se vuelve terriblemente tierno cuando se siente a gusto con alguien.

Clara le agradeció que le hablara del hermano. Pero quería saber de él.

Mi marido me ha confesado —proseguía Violet— *que le ha preguntado muchas veces por ti. Al parecer le causaste una enorme impresión en Wesmoor, a pesar de que…*

Clara siguió leyendo, cada vez con los ojos y la boca más abiertos.

No podía ser. No podía ser.

Terminó releyendo cada frase bajo la luz quieta del candil de queroseno, asegurándose de que no se estaba inventando las palabras, de que no las estaba doblando hasta que dijeran lo que ella quería que dijeran, porque si era así, si aquello era lo que significaba…

Permaneció unos minutos junto a la ventana. Fuera, la oscuridad era total y ella tenía la vista perdida en ningún lado, en ese punto difuso donde los pensamientos que no caben en la cabeza van a acumularse sin orden. No podía dejarlo ahí. No podía darle significado a aquellas palabras y no hacer nada más.

Corrió hacia el baúl a los pies de la cama y sacó un sencillo vestido de mañana. Se lo encasquetó como pudo, se dejó el cabello suelto y bajó las escaleras despacio, con esa clase de cuidado que no nace de la prudencia sino del miedo a que alguien la detenga antes de que llegue a donde tiene que llegar.

Las cuadras de los Rourke estaban en la parte trasera de la casa. Ella siempre había sabido ensillar un caballo. Lo que no sabía todavía era qué iba a decirle a Thomas Pinckerville cuando lo encontrara, pero eso ya lo resolvería por el camino.

El caballo resopló al sentirla entrar. Clara puso una mano sobre su hocico para calmarlo, como si así también pudiera calmarse a sí misma.

No pudo.

CAPÍTULO 38

Tom aguzó el oído. Le había parecido… pero no, a aquellas horas de la noche era imposible que nadie estuviera merodeando por el exterior de la mansión Van Alen en Newport.

Tomó otro sorbito de oporto. Debía reconocer que era de excelente calidad. Le pediría a Pamela que le mandara algunas cajas cuando se asentara en… ¿en dónde? Aún no tenía muy claro dónde viviría porque…

Otra vez.

Era como un golpe seco, como si alguien lanzara minúsculos guijarros desde el exterior para que impactaran en el cristal de la ventana, lo que era del todo absurdo. Aun así, fue hasta la cristalera y oteó hacia fuera. Nada. Sonrió, pero quiso asegurarse, de manera que la abrió de par en par y solo entonces pudo mirar hacia abajo desde la altura del primer piso, para darse cuenta de quién había estado lanzando piedrecitas.

—Señorita Van Alen —exclamó sorprendido—. ¿Qué diablos hace ahí fuera?

En efecto, era una visión de lo más curiosa. Clara estaba allí abajo, mal calzada, con un vestido blanco que se asemejaba a un camisón y el cabello suelto sobre la espalda, como una amazona. ¿Había llegado andando desde la casa de los Rourke o…? A caballo. El animal estaba atado un poco más allá, lo que confirmó la idea de Thomas de que la joven Van Alen se creía efectivamente una amazona. Por un instante Pinckerville pensó que la muchacha padecía un episodio de sonambulismo, pero cuando ella le indicó con gestos bruscos y autoritarios que bajara, no pudo menos que alarmarse.

—¿Sabe la hora que es? —no alzó la voz para no despertar a nadie, pese a que los dormitorios no daban a esa parte de la casa—. Todos están dormidos, como debería estarlo usted.

Ella alzó ligeramente la voz y se colocó ambas manos en la cadera.

—Pues le gritaré lo que he venido a decirle si no baja inmediatamente.

Thomas lo dudó. Quizá le había dado un ataque de histeria, eso era. Estaba muy de moda entre las mujeres y tenía difícil solución. Pobre señorita Van Alen, con lo joven que era. La miró de nuevo y, al ver su expresión, no dudó en salir de la casa discretamente, rodear el edificio y plantarse ante ella, que lo recibió en el jardín, parapetada tras un matojo de glicinias con una expresión en nada tranquilizadora en el rostro.

—Pasará frío —se preocupó él—. Mi tía Clotilde dice…

—Me importa un rábano tu tía Clotilde. —le cortó Clara en seco, algo raro en ella, que había recibido la mejor educación. Pero su paciencia había llegado a su límite. Lo miró con los ojos entornados—. ¿O tendría que hablarle de usted? Porque lo sé todo, señor Pinckerville. —Clara miró alrededor, como si sospechara que había alguien escondido entre las sombras del jardín—. Y le aseguro que ni en mis peores pesadillas imaginé tener que enfrentarme a algo tan vil.

Tom la observó con cierto descaro. Lo cierto era que aquella desazón le sentaba de maravilla a la joven Van Alen. Así como las mejillas enrojecidas por el frío y la ira, y aquel espléndido cabello suelto que el viento mecía seductoramente. Se cruzó de brazos.

—Qué cree saber.

—Todo —ella acentuó cada sílaba sin dejar de otear alrededor, mientras un dedo acusador lo señalaba—. He recibido carta de Violet. ¿Sabe quién es? Porque me cuenta una historia de lo más estrambótica sobre su familia.

Un suspiro de aburrimiento se escapó de entre los labios de Thomas.

—Las familias inglesas somos peculiares, a decir verdad.

Clara estaba enfadada, confundida, muy enfadada, irascible, terriblemente enfadada y con necesidad urgente de venganza. Lo señaló de nuevo con el dedo muy extendido.

—¿Me lo confesará pacíficamente o tendré que gritar hasta que esa víbora salga de su maldito escondrijo? —alzó la voz sin dejar de otear alrededor—, porque sé que está cerca.

Thomas arrugó los labios mientras la observaba como si se tratase de una extraña criatura recién descubierta.

—Una compresa fría en la frente suele venir bien —le recomendó.

Aquello terminó de sacar de quicio a Clara.

—Bien, usted lo ha querido —le lanzó una mirada crispada y se llevó ambas manos a la boca para conformar una bocina que amplificara el sonido—. ¡Señor Pinckerville! —gritó—. ¡Señor Pinckerville!

Al cabo de un momento un matojo de glicinias se agitó suavemente y una figura masculina apareció tras él, con el rostro pálido y una mano alzada.

—No es necesario alzar la voz —dijo con una voz que Clara reconoció al instante.

A pesar de esperarlo, la joven Van Alen lo miró estupefacta. ¡Era cierto! ¡Dios, era cierto! Dio un paso atrás. Pese a que ya lo había leído, el golpe era demasiado fuerte.

—A-así que usted…

Él se aproximó con las palmas alzadas en señal de paz, aunque al ver la desazón en el rostro de Clara se detuvo a una distancia prudente.

—Tiene una explicación —intentó calmarla.

Tom, que se había mostrado la mar de entretenido con todo aquello, chasqueó los labios. Empezaba a aburrirlo, y si aparecían los lloriqueos terminaría por deprimirse. Ladeó la cabeza.

—Señorita Van Alen, tendrá que reconocer que yo soy el gemelo guapo —dijo, y esperó a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

CAPÍTULO 39

Clara miró a los dos hombres que tenía ante sí.

Eran idénticos.

Iguales.

Como dos gotas de agua.

Parpadeó varias veces por si se debía a un efecto de las cambiantes sombras que proyectaban las farolas de gas en la oscuridad de la noche, pero seguían ahí, mirándola, expectantes, como esperando a que ella dijera algo. Y lo dijo.

—¡Ruin, canalla, ser despreciable, hombre vil!

Uno de los dos Thomas miró al otro.

—Creo que se refiere a ti.

El rostro de aquel permaneció circunspecto. Miró a su hermano con disgusto y volvió a centrarse en la desencajada expresión de Clara.

—Te debemos una explicación.

Ella buscó alrededor. Porque el jardinero de la casa Van Alen tenía el jardín en perfectas condiciones, ya que si hubiera encontrado una piedra —que era lo que buscaba—, hubiera acabado en la cabeza de alguno de aquellos dos malditos. El Thomas primigenio se llevó una mano a la barbilla.

—Reconozco que tiene cierto encanto cuando se enfada —dijo en referencia a ella, como si examinara un exótico espécimen de una selva lejana.

El otro le lanzó una mirada asesina antes de dirigirse a Clara.

—Permíteme que te lo explique.

—¡No! —soltó ella de inmediato.

—En ningún momento hemos… —tenía ambas manos alzadas, necesitaba explicarse. Se corrigió—. En ningún momento he

querido engañarte.

Clara abrió la boca y la cerró. Le era muy difícil seguir comportándose como una señorita en un momento así, y no como una verdulera de los peores mercados de Brooklyn, que era lo que le salía de las entrañas.

—¿Que no has querido…? —alzó Clara la voz más de lo deseado—. ¿Que no has querido…? Pues tiene fácil solución: contar la verdad desde el principio.

Él ladeó la cabeza.

—Hubiera sido peligroso.

—¿Para mí? —de nuevo la voz de Clara una octava más alta —. Desde luego que no. Me gusta saber con quién hablo, y al parecer durante todo este tiempo he estado hablando con dos personas diferentes sin saber cuál de ellos era… era…

Como no le salían las palabras, el Tom primigenio decidió ayudarla.

—Es fácil distinguirnos —sonrió—. El encantador soy yo. El que tiene problemas de estómago, él.

Su hermano lo miró con una expresión helada.

—No estás ayudando.

La apreciación pareció ofenderlo.

—Disculpe entonces, señor vizconde, pensaba que éramos un equipo.

Aquello exasperó al otro.

—No volvamos a eso.

—¿Qué no volvamos? —se enfrascaron en una discusión—. Desde que la señorita Van Alen apareció te volviste… ¿cómo decirlo? —había una palabra exacta—. ¡Idiota!

El otro Tom parecía muy ofendido.

—Eso no es cierto.

—¿Es que no te has dado cuenta de cómo la miras? —la señaló como si ella no fuera una espectadora perpleja de la disputa —. Por mucho que he intentado arruinar ese pegajoso embrujo que ha ejercido sobre ti, me ha sido imposible.

Clara soltó un gruñido que hizo que ambos se volvieran hacia ella. Cuando captó su atención, tomó aire para calmarse.

—Alguien… —tomó un poco más de aire—. Puede… —tomó aún mucho más aire—. Escucharme.

Los dos asintieron al instante. Parecía que al fin la cosa empezaba a funcionar. Total, una mentirijilla sin más no podía haberle sentado demasiado mal a la señorita Van Alen. Ella los miró alternativamente a uno y a otro. Eran idénticos. Dudó que incluso su madre hubiera sido capaz de diferenciarlos. Alzó las palmas de las manos.

—¿Alguno de los dos se llama Thomas? —preguntó al fin.

—Yo —dijo el que había aparecido tras el arbusto de glicinia.

—El del dolor de estómago —apuntó el otro.

El más serio de los dos hizo una breve inclinación de cabeza. Sus mejillas se habían sonrosado.

—Él es mi hermano Elliot. No es necesario explicar que ambos…

Clara se cruzó de brazos. Su mirada era tan dura como la piedra de la fachada, quizá un poco más.

—Ahora quiero saberlo todo —exigió.

Elliot la miró con una ceja alzada.

—¿No decía que no quería saber nada?

—Elliot, por favor —le rogó su hermano.

Clara alzó una mano para darle a entender que no necesitaba ser defendida.

—He cambiado de opinión. Quiero saberlo todo.

Elliot no parecía muy dispuesto a explicarse. Tom, el circunspecto, se aclaró la garganta antes de hablar.

—Bien —carraspeó—, mi hermano y yo nos alistamos muy jóvenes en los servicios especiales de Su Majestad.

—Yo aún más joven —apuntilló el otro—. Nos llevamos dieciséis minutos y veintidós segundos.

—Nuestro superior inmediato —no lo escuchó, o hizo como que no lo hacía—, pronto se dio cuenta de que al ser tan parecidos…

—Idénticos —más aclaraciones.

—Al ser tan parecidos —logró proseguir—, jugábamos con ventaja, ya que podíamos estar en dos lugares distintos a la vez, en función de nuestras cualidades personales.

Elliot hizo una adornada reverencia.

—Yo el que tiene talento social, y él… —lo miró de arriba abajo—. ¿Cuál era tu talento?

Su hermano le lanzó una asesina mirada de exasperación. Aquello ya era suficientemente delicado como para que no parase con su habitual verborrea.

—Yo me dedico a investigar en vez de a divertirme —concluyó con cierto retintín.

El otro no dijo nada. Si se había ofendido no lo aparentaba. ¿O acaso esa era la dinámica entre ellos? Clara arrugó un poco más las cejas.

—Entonces… ¿Con quién de los dos he estado hablando?

Lo que quería saber era a cuál de los dos había besado, pero eso no lo iba a decir allí. Elliot alzó una mano para contestar, como si estuviera en la escuela y fuera necesario pedir permiso.

—Es fácil de saber —su hermano asintió—. Si se ha divertido ha sido conmigo; si se ha aburrido mortalmente, ha sido Tom quien ha estado a punto de matarla de sopor con sus silencios y su encantadora mirada críptica.

El aludido fufó.

—Elliot, basta.

No solo no lo hizo, sino que se cruzó aparatosamente de brazos para mirar de arriba abajo y con evidente desprecio a la señorita Van Alen.

—Hasta que apareció usted y todo se estropeó —acentuó la última sílaba—. He de decirle que hace unos meses, cuando fui a visitar a Sebastian a Wesmoor y nos presentaron…

De repente Clara recordó que el duque de Ashford, el marido de Violet, se lo había presentado como Tom, cuando era Elliot a quien había conocido…

—¿Sebastián sabe todo esto? —les exigió saber.

Tom negó con la cabeza. Elliot habló de nuevo.

—Por supuesto que no sabe nada —¿cómo se le ocurría algo así a aquella mimada niña americana?—. Él también nos confunde, y yo suelo… aprovecharme. Si hay que reprender a alguien por mi

comportamiento, es mejor que las reprimendas se las echen a mi hermano.

Tom no estaba dispuesto a seguir con aquello. Dio un pisotón enérgico en el suelo.

—Será mejor que nos dejemos de historias y pidamos perdón a la señorita Van Alen.

—Como le decía —lo obvió por completo Elliot—, cuando nos conocimos en Wesmoor me pareció usted una muchachita encantadora. No fui allí por casualidad. Ya sabíamos lo de esa mina, lo de su padre, y era una forma de conocerla. Se lo comenté a mi hermano, que reaccionó como es habitual —gruñendo—, pero fue él quien la contactó en Delmonico's y quien se reunió con usted en Central Park —se limpió una invisible mota de polvo de la manga—. Un error por mi parte, al estar ocupado con cierta señorita, ya que Tom ha caído prendado de usted —lo miró con algo parecido al dolor —. ¿No es así, hermano?

Tom estaba tan encendido como aquellas farolas del jardín.

—No le preste atención —intentó desviar la conversación—. Como ha podido comprobar, Elliot no es alguien en quien confiar.

El otro acusó el golpe.

—¿Y tú sí?

Su hermano iba a contestar cuando Clara alzó la voz.

—¡Basta! —de nuevo los miró a uno y a otro. ¿Cómo había podido ser tan estúpida?—. La vida de mi padre está en juego, y solo por eso no les voy a poner de patitas en la calle —hizo una pausa para mirarlos de nuevo—. A partir de ahora quiero saber con quién hablo en cada momento, y si me mienten…

Elliot alzó una ceja.

—¿Nos insultará?

Clara se llevó una mano al muslo.

—Llevo una daga en el liguero y sé usarla.

La mirada de fascinación en los ojos de Elliot fue evidente.

—Voy entendiendo por qué te gusta tanto, hermano —murmuró.

Clara no estaba para juegos. Era madrugada. Acababa de enterarse de que la habían engañado, de que el hombre en quien

pensaba… no tenía ni idea de quién era. Bufó.

—Desenmascararán al malhechor cuanto antes —les ordenó como un militar en jefe—, y se largarán de Nueva York para no volver jamás.

Tom dio un paso en su dirección.

—Pero, Clara…

—En adelante, llámeme señorita Van Alen —le exigió ella—, y espero que todo termine pronto para no tener que verlos jamás.

Sin más, les dio la espalda en busca de su caballo, dejando a un Elliot muy sorprendido y a un Tom tan preocupado que fue incapaz de contestar.

CAPÍTULO 40

Clara no bajó a desayunar en casa de los Rourke y, cuando Amelia subió en persona una bandeja con un té de jazmín y unos panecillos franceses todavía tibios, adujo jaqueca y no le contó nada. Su amiga la miró un instante con esa atención sigilosa que ella sabía leer mejor que cualquiera, pero tuvo el delicadísimo tacto de no insistir. Le dejó la bandeja sobre la mesilla, le acarició la mano y salió cerrando la puerta sin hacer ruido, como quien teme despertar a un enfermo. Clara se lo agradeció en silencio, porque en aquel preciso instante una sola pregunta de más la habría hecho derrumbarse.

En cierto modo se moría por decirlo, por gritarlo, por berrearlo. Por subirse a una silla del comedor y proclamar a los cuatro vientos que el señor Pinckerville era una farsa, un embeleco, un engaño con dos rostros; pero no podía ignorar que la vida de su padre estaba en juego y que un error, un solo error, podía dar al traste con todo. Prefirió guardárselo para sí, con la promesa de que jamás cedería un ápice al amor y de que desterraría a lo más hondo de su corazón aquello que había creído sentir por… ¿Tom Pinckerville? Por un hombre inexistente. Por un fantasma de salón al que hasta el nombre le bailaba.

Al final debía darle la razón a su madre. ¡Dios, con la de veces que había criticado su manera de comportarse! Lo de tía Philippa era una advertencia, un camino, y, a pesar de haberlo dudado durante tantos años, lo más seguro era seguir su senda y olvidarse del amor. Tía Philippa había osado sentir y la sociedad la había repudiado; ella no cometería el mismo error.

¿Sería feliz con Ronald? Creía estar convencida de que la felicidad era un espejismo y de que lo único real era compartir la vida con la persona adecuada, aquella que le permitiera conservar

su puesto en sociedad, su modo de vida y sus costumbres. Ronald era previsible como un reloj de pared y aburrido como un sermón en latín, pero precisamente por eso era el marido perfecto. No habría sorpresas. No habría sobresaltos. No habría besos a hurtadillas en habitaciones oscuras que la dejaran sin respiración durante días enteros.

Como si necesitara hacer un ritual para no olvidarlo, rebuscó en su equipaje las dos o tres novelas que había traído para leer en Newport. Todas trataban de amores tórridos, de pasiones encendidas, de amantes que se entregaban sin tapujos en jardines a la luz de la luna. Las fue deshojando una a una, ante la chimenea que había mandado encender —pese al sol espléndido de la mañana —, y las quemó mientras miraba cómo el fuego se alimentaba con golosa avidez de aquellas palabras llenas de significado, formaba volutas parecidas a cuerpos entrelazados y se desbordaba como un clímax amoroso que ella jamás se permitiría conocer.

Cuando la última hoja quedó reducida a una pavesa que voló por la garganta de la chimenea, sintió un alivio tan absoluto como insincero.

Sophie subió a vestirla para el almuerzo y la encontró más animada, a pesar de que no dijo nada de la ceniza que abundaba en la chimenea de nuevo apagada. La joven doncella había estado esperando el momento adecuado, pero no se había atrevido. Si hubiera sido Addie o Therese, seguro que ya le habría contado a su señora lo que había descubierto el señor Preston; sin embargo, ella sentía que traspasar los límites de la confianza era casi un sacrilegio, una de esas licencias que acababan con una doncella de patitas en la calle y sin referencias.

—¿Sabe ya cuándo regresaremos a Nueva York, señorita? — fue lo máximo que se atrevió a preguntar.

Clara tenía la mirada perdida en el espejo y le contestó de manera automática, casi sin mover los labios.

—Espero que cuanto antes.

Y con ello Sophie se quedó tranquila, pues seguro que necesitaría algo de dinero y tendría que verse con Matthew, y

entonces él le contaría aquello tan extraño sobre su prometido, que seguro que era un malentendido.

Durante el almuerzo, Clara se mostró animada, aunque Thomas —¿Elliot?— Pinckerville no salía de su cabeza. ¡Maldito! ¿Qué le había hecho? ¿Cómo había conseguido embrujarla? ¿En qué momento exacto, en qué descuido, en qué pestañeo, había logrado colarse bajo su piel como una astilla diminuta y maliciosa que no se dejaba sacar?

Sorprendió a todos un mensajero que traía noticias de la mansión Van Alen. La carta era breve, pues ambas familias tenían una fuerte amistad y se ahorraban las ceremonias innecesarias: estaban invitados a cenar esa noche, y el mensaje acentuaba «todos los Rourke», y le decía a Clara que podía regresar a casa, pues los Lennon tomarían el tren nocturno hasta Manhattan.

La joven no supo si era una buena o una mala noticia. Por un lado, regresar a casa significaba poner distancia con cuanto había sucedido en aquella desafortunada estancia; por otro, tendría que encontrarse con Pinckerville —aquel al que le tocara aquella noche— e incluso intercambiar algunas frases amables ante la atenta mirada de los demás comensales. La sola idea le revolvió el estómago hasta el extremo de que dejó intacto el postre de fresas con nata, lo que provocó la mirada inquisitiva de la señora Rourke, que conocía a Clara desde la infancia y sabía que a aquella muchacha solo se le quitaba el apetito por dos motivos: por la fiebre alta o por un disgusto de los que dejan huella.

Por algún motivo que fue incapaz de discernir, aquella noche tuvo especial cuidado con el acicalado. Eligió un vestido de seda gris muy pálido, casi plateado, que realzaba el tono de su piel y el de sus ojos, y se tocó con un broche de brillantes que su padre le había regalado al cumplir los dieciocho. Sophie le recogió el cabello en una corona alta, sin alardes, y le prendió dos pequeñas perlas en las orejas. Amelia, que entró un instante a su habitación para mostrarle un par de guantes nuevos, no dijo nada, pero la conocía y sospechó que su amiga encerraba algún secreto que no quería contarle. O quizá no podía. Las dos cosas, en el fondo, venían a ser lo mismo.

La familia Rourke y Clara entraron en la mansión Van Alen a las ocho de la tarde y allí se encontraron con los Sinclair y con el señor Harcourt, el padre de Violet, que había llegado esa misma mañana a Newport. Junto con los Lennon, parecía que solo aquellas cuatro familias amigas formarían parte de la cena, una reunión inusitada por lo recogido y que hizo levantar las suspicacias de Clara, sobre todo cuando vio lo exultante que estaba su madre y el rostro demasiado serio de su progenitor. La señora Van Alen se había puesto un vestido de raso color berenjena y lucía la tiara de los Van Alen, esa pieza pesada y antigua que solo sacaba del joyero cuando había algo importante que celebrar. El señor Van Alen, en cambio, tenía esa expresión opaca que Clara le había visto pocas veces: la del día en que falleció el abuelo y la del día en que tía Philippa fue oficialmente borrada del árbol genealógico de la familia.

—¿Y Ronald? —le preguntó a su hermano, que no se separaba de su prometida ni para coger una copa.

Phil se encogió de hombros con esa indolencia de la que solía hacer gala cuando no quería responder.

—Creo que ha regresado a Manhattan. Asuntos de negocios.

—¿Esta noche? —insistió ella, extrañada.

—Esta noche —remató Phil, dejando claro con el tono que la conversación se había acabado.

Clara guardó la información en un rincón de la cabeza junto a las demás piezas que no terminaba de encajar. Su prometido desaparecido, su padre con cara de funeral, una cena reducida a las cuatro familias de mayor confianza… Todo aquello tenía el aire de una emboscada de buenos modales, y ella había aprendido desde pequeña que las emboscadas de salón eran las peores, porque había que sonreír mientras se recibían las puñaladas.

El señor Pinckerville bajó cuando quedaban pocos minutos para la cena. Clara no pudo evitar observarlo, y él la buscó con la mirada mientras descendía los escalones. Sus ojos se cruzaron un instante. Lo justo para que ella se sintiera culpable por aquel escalofrío y él, indigno de cualquier tipo de afecto por lo que estaba haciendo. A Clara no le cupieron dudas de que se trataba de Thomas. Si hubiera sido Elliot, habría parecido una de esas

bailarinas francesas que hacen sus espectáculos bajando largas escaleras con una boa de plumas; en cambio, aquel descenso era sobrio, casi militar, propio de un hombre que sabe que un paso en falso podría costarle más de lo que parece.

Trix, por supuesto, estaba allí. Llevaba un vestido azul zafiro que hacía juego con sus ojos —era su color favorito, todos lo sabían — y un collar de aguamarinas que parecía robado de la corona de alguna reina escandinava. Estaba preciosa. Estaba pálida. Estaba, en realidad, cualquier cosa menos tranquila.

—¿Sabes qué celebramos? —le preguntó a sus amigas. Su tono intentaba ser desenfadado, pero había cierta crispación, como le sucedía últimamente cuando ella y Phil estaban en la misma habitación.

—Esperemos que la marcha del señor Pinckerville —contestó Clara, fijándose en Tom, que hablaba en ese instante con su madre y le lanzaba miradas lastimeras como un perro castigado.

Amelia se extrañó.

—Pensaba que habíais hecho las paces.

—Me temo que eso no va a suceder jamás.

—Pues qué decisivo te ha quedado el «jamás» —apuntó Trix, alzando una de aquellas cejas Sinclair que valían por un párrafo entero—. ¿Tan grave ha sido el delito?

Clara apretó los labios. Tenía a dos de sus mejores amigas delante y no podía contarles ni una sola palabra de la verdad. Aquella sensación de soledad rodeada de afecto era nueva para ella, y no le gustaba en absoluto.

—Los británicos son raros —optó por decir, repitiendo la coartada favorita de aquella casa—. Solo eso.

La conversación no pudo continuar porque Jaimeson tocó el gong y todos pasaron al comedor. Clara mantuvo una charla banal con el señor Sinclair a la espera de que los invitados ocuparan sus asientos y a ella no le tocara junto a Thomas; con la mala suerte —o el cálculo perverso de su madre, que disponía las mesas como un general dispone sus tropas— de que todos ocuparon sus asientos y a ella le tocó… junto a Thomas.

Se sentó visiblemente envarada, y cuanto más intentaba que su rostro no mostrara el malestar, más extraña era su expresión. La servilleta le tembló entre los dedos cuando la desplegó sobre las rodillas.

Thomas se acercó a ella discretamente para hablarle en voz baja, tan baja que solo el cristal de su copa de vino habría podido oírlos.

—Siento que se haya tenido que enterar así.

¿Enterarse? ¡Descubrirlo! Si no se le hubiera ocurrido escribirle a Violet, quizá nunca lo habría sabido y pensaría que el señor Pinckerville sufría de aquella absurda doble conciencia… ¡Ah! Tenía ganas de gritar, pero logró contenerse. Carraspeó.

—¿Cuál será el próximo paso? —cambió de tema, bajando también la voz y fingiendo que se interesaba por la cubertería de plata.

Tom se colocó la servilleta sobre las rodillas para disimular.

—Elliot ha vuelto a Manhattan —le clavó los ojos. Quería ver su expresión cuando se lo contara—. Creemos saber qué hay detrás de todo esto.

Ella detuvo el vuelo de la cuchara y lo miró entre expectante y asombrada, pero se perdió en aquellas pupilas verdosas y solo consiguió salir de ellas tras una dura lucha que duró apenas dos segundos y le pareció una eternidad.

—¿En-en serio? —logró decir.

—En serio —contestó él, y por un instante su tono dejó de ser el del agente metódico para volverse casi humano—. Y le pido, Clara, que por última vez confíe en mí. Aunque solo sea esta vez.

Era la primera vez que la llamaba por su nombre. No fue mucho, apenas dos sílabas susurradas entre el tintineo de las copas, pero Clara sintió que el corazón le daba un vuelco impropio de una mujer que aquella misma mañana había jurado desterrar el amor a lo más hondo de su pecho.

Sin embargo, la conversación no pudo continuar, ya que la señora Van Alen se había puesto de pie y animado —ordenado, mejor dicho— a su marido a que hiciera lo mismo. El murmullo de la mesa se acalló y todos se volvieron hacia sus anfitriones: ella,

exultante; él, incómodo, como un reo al que se obliga a leer su propia condena.

—Queridos, presten atención —golpeó una copa con una cuchara de plata—. El señor Van Alen y yo hemos querido que estemos todos juntos, cuatro familias que forman una sola, para daros una buena noticia.

Clara se llevó una mano a la frente.

—¡Dios, la fecha de mi boda no! —musitó para sí misma.

Pero su madre no la miraba. Además, Ronald no estaba allí. A quien se dirigía era a la desafortunada pareja formada por Phil y la señorita Lennon, que también se pusieron de pie con esa torpeza característica de quienes no han ensayado el momento.

—Queremos anunciar —prosiguió la señora Van Alen— que en unos meses mi hijo Phillipp y su encantadora prometida se darán el sí quiero en la iglesia de St. Thomas, y están todos invitados.

Los comensales se pusieron de pie. La alegría era evidente y las copas se alzaron para ofrecer un brindis. Todas menos cuatro: porque tanto Clara como Amelia tenían la mirada fija en Trix, que estaba muy pálida, impactada, con la copa suspendida a la altura del pecho como si le pesara un quintal. Y Thomas se sentía incapaz de apartar la mirada de la mujer que amaba —aunque ella todavía no quisiera saberlo, aunque él tampoco se atreviera a confesárselo, aunque entre ambos se interpusiera un asesino sin nombre, una firma ilegible y la promesa de un matrimonio de conveniencia.

Clara alzó la copa porque era lo que se esperaba de ella. Brindó porque era lo que se esperaba de ella. Sonrió porque era lo que se esperaba de ella. Y, mientras hacía las tres cosas a la vez, se dijo que aquella noche, en cuanto pudiera escapar al silencio de su habitación, quemaría en la chimenea la última novela que le quedaba en el equipaje.

Por si acaso.

CAPÍTULO 41

La cena prosiguió repleta de felicitaciones. Muchas damas le dieron consejos a la señorita Lennon y la señora Sinclair se ofreció para ayudar a la señora Van Alen a elegir las flores que decorarían la iglesia. Con el cambio de estación no sería tan fácil encontrar las más luminosas, pero se podría hacer algo digno si se dejaba aconsejar. En cuanto a Phil, no dejaba de sonreír pese a que su hermana, que lo conocía bien, había advertido en el gesto de su boca cierta crispación, así como en la manera en que evitaba mirar a Trix una vez hecho público el anuncio de su boda.

Tanto Clara como Amelia solo tenían ojos para su amiga que, pese a no haber desconfigurado la sonrisa de su rostro, era evidente que estaba arrasada por dentro. Tom fue respetuoso pese a no saber nada, pero era obvio que algo sucedía con las tres muchachas, pues eran las únicas que se mostraban cautas en aquel despliegue de alegría y felicitaciones. Decidió que lo que tenía que contarle a Clara, la pista que estaban seguros de que los llevaría a desenmascarar al asesino que intentaba atentar contra el señor Van Alen, podía demorarse hasta la sobremesa, cuando todos pasaran al salón y antes de que los caballeros se retiraran a fumar.

El breve retraso al servir los postres le dio la oportunidad a Clara de ponerse de pie y mirar a sus amigas fugazmente, lo justo para que las dos la comprendieran.

—Si me disculpa —le dijo a Thomas, aunque de verdad iba dirigido a su madre, que estaba dos sillas más allá—, he de retocarme el peinado.

Amelia y Trix la secundaron y nadie reparó en su marcha cuando abandonaron el comedor, pues las charlas sobre los preparativos y los brindis lo ocupaban todo.

En cuanto cruzaron el umbral, la hasta entonces hierática Trix se vino abajo. Tuvo que sujetarse en el filo de una consola y se llevó una mano a la cara para que sus lágrimas no fueran evidentes. Clara la abrazó y lo mismo hizo Amelia. Permanecieron así unos minutos, las tres juntas, hasta que Trix tomó aire y fue capaz de hablar.

—¿Cómo he sido tan estúpida de creerle? —se recriminó.

—No te culpes —la alentó Amelia—. No tenías por qué haber dudado de su palabra.

—Me prometió que rompería ese compromiso. Que la señorita Lennon no significaba nada para él.

Clara la abrazó más fuerte.

—Aunque ahora lo veas como un drama, quizá haya sido una bendición. Phil nunca te hubiera hecho feliz.

—Pero lo amo… lo amaba.

—Habrá otros hombres —insistió su otra amiga—. No te falta belleza ni encanto ni inteligencia.

—¿Sería egoísta decir que yo solo quería a Phil?

—Pasará. Seguro que pasará.

Trix se secó las lágrimas. Phil no se las merecía. Intentó recomponerse, aunque era evidente que aquel gesto le costaba más que cualquiera de las sonrisas que había tenido que fingir durante la cena.

—No podré volver a mirarlo a la cara.

Clara tuvo que darle la razón.

—Aprenderé a tener un hermano y una amiga que no se traten —le apretó la mano con enorme afecto—, pero debes saber que nada de esto va a separarnos.

Desde el otro lado de la cristalera del salón llegaban las conversaciones alegres y el brillante tintineo de las copas y los cubiertos de plata. Trix miró hacia allí con ojos tristes.

—¿He de volver ahí dentro?

«Por supuesto que no», pensó Clara, aunque su madre dijera que era del todo inconveniente que una señorita abandonara un evento social sin una razón de peso.

—Jamieson —indicó al mayordomo, que se mantenía prudentemente apartado—, diga al cochero de los Sinclair que la

señorita regresa a casa —miró a Trix—. Yo se lo diré a tus padres.

Amelia no lo dudó.

—Te acompaño.

—Levantará sospechas —se preocupó Trix.

Su amiga alzó la barbilla.

—¿Alguna vez me ha importado lo que piensen de mí?

Ambas se marcharon y Clara regresó al comedor intentando que nadie notara el desasosiego que la quemaba por dentro. No iba a amargarle a Phil el día en que celebraba su próximo matrimonio, pero al día siguiente hablaría con él, y no iba a ser una conversación agradable.

Además, debía ser convincente con los Sinclair y con los Rourke. La madre de Trix no le daría demasiada importancia a que su hija se sintiera indispuesta; era de la opinión de que una dama no debe estar en sociedad a menos que luzca espléndida. Pero la madre de Amelia era un hueso duro de roer y la acribillaría a preguntas sobre la naturaleza de la indisposición de Beatrix Sinclair y por qué su hija había tenido que acompañarla.

El tercer asunto espinoso era Thomas. Retomar cualquier tipo de trato con él quedaba descartado. Habían jugado con ella los hermanos Pinckerville y eso no podía perdonarlo jamás. Lamentablemente, su corazón no era igual de juicioso que su cabeza y se empeñaba en ensoñar con él, en buscar su mirada y en estremecerse cuando la encontraba. Por último… ¿Thomas le había dicho que tenían importantes novedades? Debía preguntarle discretamente y ese sería su único trato con él en adelante.

Pero todo aquello quedó en nada cuando entró en el salón.

Su padre estaba de pie, con una nota en la mano que algún lacayo le acababa de entregar. Clara solo tuvo que mirarlo para darse cuenta de que aquellas eran malas noticias, muy malas noticias. A su alrededor los invitados se mostraban expectantes, aunque lo suficientemente educados como para no preguntar.

La señora Van Alen fue la única que lo hizo, poniéndose de pie y acercándose a su oído.

—¿Qué-qué sucede? —tartamudeó.

Su esposo se guardó la nota en el bolsillo. Estaba muy pálido, incluso le temblaba una mano. Logró sonreír, tomó su copa y la alzó.

—Señoras, amigos míos, ya saben cómo son los negocios —había logrado recuperar parte de su calma—. Asuntos inaplazables me obligan a partir de nuevo, pero les dejo en manos de mi adorada Pamela. Ella es una anfitriona infinitamente mejor que yo.

Hubo quejas amables lamentando su marcha. Phil intentó interrogar a su padre, pero no logró sonsacarle nada sobre la naturaleza de aquella nota. Tom también se había puesto de pie, como algunos otros caballeros. Clara, aún en el umbral, no lo dudó, y cuando su padre pasó por su lado lo detuvo.

—¿Qué pasa, padre?

Pese a que era incapaz de componer el rostro en algo que no fuera una terrible preocupación, logró sonreír.

—Nada que deba preocuparte —le pellizcó la barbilla.

—¿Tendrás cuidado?

—Siempre lo tengo.

El señor Van Alen le dio un beso en la mejilla y salió de allí como una exhalación subiéndose en el carruaje que ya le esperaba. El único sostén que tenía Clara en ese momento era Thomas Pinckerville. Cómo podía ser tan cínica la vida. Fue hacia él sin perder la compostura e intentando no parecer preocupada. ¿Acaso no era esa la primera norma que una señorita de buena familia debía aprender? Los problemas se lavan en casa y nadie debe inmiscuirse en ellos. Tom no se había sentado y acababa de disculparse con la señora Van Alen.

—¿Qué-qué ha sucedido? —se atrevió a preguntarle en voz baja.

Él hizo como que se limpiaba los labios con la servilleta.

—Eso voy a averiguar.

Fue a marcharse, pero Clara lo detuvo. El contacto de la mano femenina sobre su fuerte antebrazo lo quemó.

—Tom —le rogó la muchacha—, por lo que más quieras, que a mi padre no le pase nada esta noche.

Él apretó las mandíbulas y la miró a los ojos. Lo había echado todo a perder, todo a perder con la única mujer que había amado.

Logró apartar la mirada.

—Entonces lo haré por ti.

Salió del comedor como si su intención fuera fumar un cigarrillo en el jardín. La mesa estaba demasiado ajetreada como para reparar en él. Nadie decía nada, pero todos sospechaban que algo grave levitaba sobre la casa Van Alen.

Phil parecía muy preocupado. Su madre también, aunque ejercía como la perfecta anfitriona proponiendo temas de conversación banales y riendo las ocurrencias de otros comensales. Clara la admiraba por su capacidad de ejercer siempre de gran dama. Ella no era así. Era algo que había descubierto hacía tiempo y a lo que debía empezar a acostumbrarse.

La cena continuó con los postres, aunque la señora Van Alen aligeró la sobremesa y adujo que los Lennon debían marcharse o no tomarían el tren nocturno.

Cuando los invitados regresaron a sus mansiones, Clara intentó interrogarla, pero ni su madre ni Phil sabían más que ella, aunque estaban igual de preocupados.

—Intentemos descansar —dijo esta—. Tu padre ha prometido mandarme un telegrama a primera hora contándomelo todo.

Aquello apenas logró tranquilizarla. Cuando subió a sus habitaciones, Sophie estaba igual de nerviosa que ella. La noticia debía de haber corrido por la sala de los criados y todos debían de saber que algo grave sucedía en la casa.

—Señorita —le dijo la muchacha, sin poder dejar de retorcerse las manos—. Hay algo que quizá debería saber.

Y entonces le contó lo que había descubierto Matthew: aquellas pequeñas cantidades de dinero que habían salido discretamente del banco hacia una de las cuentas de Ronald Vandelay y que ya se habían convertido en una considerable fortuna.

Clara la escuchó anonadada. Le costó tragar saliva y notó cómo el suelo se le volvía inestable bajo los pies, como si la mansión entera hubiera empezado a oscilar.

—¿Estás segura de eso, Sophie?

La muchacha asintió.

—De eso quería hablarle el señor Preston la última vez que lo vimos en el banco.

Clara estaba pálida, muy pálida. Le dio la espalda a su doncella y caminó hasta la ventana. Al otro lado del cristal, una larga avenida franqueada de lujosas mansiones dormitaba bajo la luz amarillenta de las farolas de gas. Newport era una de las ciudades que su padre había contribuido a levantar, aquella fortuna que generaciones de Van Alen habían amasado con su esfuerzo, estaba siendo desangrada en silencio por el hombre con quien ella había aceptado casarse. Apretó los puños.

—¿Se encuentra bien? —se preocupó su doncella.

La joven heredera se volvió hacia ella. Ya no estaba pálida. Había algo distinto en su mirada, una determinación que Sophie nunca le había visto, ni siquiera cuando se enfrentaba a su madre.

—Dile discretamente a Jamieson que prepare un carruaje ligero. Aún puedo coger el tren nocturno.

—¿A-a dónde?

—A Manhattan. Mi padre y Thomas deben saber esto cuanto antes.

Sophie la miró con una mezcla de admiración y espanto. Su señorita, que solo había viajado una vez en toda su vida, que no sabía lo que era subirse a un tren sin la compañía de un familiar o un sirviente, acababa de decidir que cruzaría la noche entera por una vía de ferrocarril para llegar a tiempo.

—No puede ir sola, señorita. Iré con usted

Clara ya estaba buscando un abrigo de viaje en el armario.

—No puedo permitirlo.

La doncella tragó saliva. Había aprendido lo que era la lealtad y no iba a dejarla marchar sola, pese a que, si las descubrían, la señora Van Alen montaría en cólera. ¿Y si no las descubrían?, llegarían a Manhattan de madrugada y sin nadie que las recibiera. En cualquiera de los dos casos, era una locura.

Sophie miró a Clara y comprendió que no había nada en el mundo capaz de detenerla. Era la misma expresión que ponía cuando hablaba de la tía Philippa, la misma que aparecía en su

rostro cada vez que alguien le decía que una mujer no podía hacer algo. Suspiró.

—Deme cinco minutos para preparar un bolso de viaje.

Clara le apretó la mano y por un instante, solo por un instante, Sophie vio que a su señorita le temblaba el labio. Después la joven Van Alen alzó la barbilla, se ajustó el abrigo y abrió la puerta del dormitorio con el sigilo de quien sabe que lo que está a punto de hacer cambiará el curso de todas las cosas.

CAPÍTULO 42

Aún quedaban un par de horas para el amanecer cuando un carruaje dejó a Sophie y a Clara a las puertas de la Banca Van Alen.

Pese a que Clara le había pedido que se quedara, Sophie ni siquiera lo había discutido, dejando claro que no iba a dejarla sola aunque insistiese. Una nota sobre la almohada advertía de que regresaban a Nueva York y de que no debían preocuparse por ellas, aunque Clara ya sabía que su madre montaría en cólera.

Durante el trayecto habían debatido cuál debía ser el siguiente paso. Por supuesto, era encontrar a su padre y con él a Thomas, que le estaría siguiendo de cerca, y ese no podía ser otro lugar que su despacho.

Cuando el cochero abrió la portezuela, Sophie hizo por bajar, pero Clara no se lo permitió.

—Te necesito aquí —dijo, sabiendo que la muchacha no era fácil de convencer.

La doncella parpadeó, confundida.

—¿Y si necesita ayuda?

Clara tomó aire y miró hacia la espléndida fachada. El mármol blanco relucía bajo la luz fantasmal de las farolas de gas y el silencio de aquella hora muerta le puso un nudo en el estómago.

—Si todo va bien, mandaré a uno de los vigilantes nocturnos con noticias para que te quedes tranquila. Pero si tardo más de diez minutos…

Sophie terminó por ella.

—Iré a buscar al ejército para que entre en ese edificio y la saque de ahí.

Aquello logró arrancar una sonrisa en el rostro de Clara, pese a que estaba aterrada. Al fin descendió, pero se volvió de nuevo

antes de subir las breves escaleras que daban al interior del banco.

—Gracias —le apretó la mano a su doncella—. Esto no lo voy a olvidar nunca. Nunca.

Sin más avanzó, y cuando el vigilante de noche la vio aparecer salió de su letargo para colocarse la gorra y abrirle la puerta.

—¿Ha llegado mi padre?

El hombre parecía confundido.

—No desde que yo estoy aquí, señorita —se la quitó para rascarse la cabeza—. ¿No es demasiado temprano? —señaló el interior—. Ahí dentro no hay nadie.

Ella le quitó importancia.

—Mi padre me espera.

Si aquello le extrañó, el vigilante no dijo nada. Como le había indicado, el vestíbulo estaba desierto, lo que le daba más el aspecto de un mausoleo familiar que el de un lujoso banco en el corazón de Manhattan. Las columnas de mármol proyectaban sombras alargadas sobre el suelo pulido y el eco de sus propios pasos le recordó que estaba sola.

Clara se dirigió al ascensor, pero le dio cierta aprensión. Prefirió subir las amplias escaleras que llevaban a la zona noble del edificio, donde estaban las oficinas de su padre. La única luz era la ligera luminiscencia pálida de las farolas de gas del exterior que entraba por las ventanas. Allí tampoco había nadie. Hasta dentro de un par de horas no aparecería el personal, cuando el astro rey empezara a lucir en el horizonte.

No tuvo que investigar mucho para ver el resplandor por el resquicio de la puerta. Era el despacho del señor Van Alen y sintió un alivio inmediato. Sus deducciones habían sido correctas. Su padre estaba allí y seguramente Tom le acompañara, o quizá Elliot. Se dirigió hacia allí con paso decidido. Necesitaba abrazar a su padre, decirle lo de Ronald y estar a su lado sucediera lo que sucediera.

Pero en cuanto abrió la puerta se dio cuenta de su error.

En efecto, dos de los candiles de gas del despacho estaban encendidos y la estancia no estaba vacía, aunque quien rebuscaba en los cajones de manera desesperada no era el señor Van Alen.

—¡Ronald! —exclamó ella, tan sorprendida como impactada.

Él se giró. Tenía el rostro deformado en un rictus extraño, una mezcla de temor e incredulidad. El cabello despeinado, el chaleco abierto; era solo un remedo de su pulcra y atractiva imagen de siempre.

—¿Qué diablos haces aquí? —su voz sonó como un latigazo.

Clara no se atrevió a avanzar. ¿Acababa de cometer una locura? Miró hacia atrás. El edificio estaba vacío y los vigilantes que lo custodiaban de noche se encontraban en el exterior. Consiguió controlarse. El corazón le latía tan fuerte que temía que él pudiera oírlo.

—Qué haces aquí debería preguntártelo yo.

Ronald dejó sobre la mesa la carpeta que estaba ojeando y se acercó peligrosamente a ella. La miró como quien mide la distancia que lo separa de un problema.

—¿Cómo has sabido…?

Ella no lo dejó terminar porque una idea oscura acababa de anidar en su mente.

—¿Dónde está mi padre?

El joven Vandelay la observó con la cabeza inclinada. Hubiera sido una buena esposa. Quizá demasiado llena de ideas propias, pero nada que no se pudiera doblegar. Pareció haber comprendido que aquella intromisión no llegaba a ningún sitio. Estaban solos y ella a su merced. Se sentó en el filo de la mesa con la calma de quien sabe que tiene todas las cartas.

—Tu padre ha debido de recibir la nota. La mandé ayer a vuestra casa de Newport.

Clara no entendía nada. Señaló todos aquellos documentos diseminados por el suelo.

—¿Qué es todo esto?

Dio la impresión de que una pizca de cordura alumbraba los ojos de Ronald. Pareció suplicante.

—Clara, márchate. Esto no te incumbe. Y no te lo voy a repetir más veces.

Aquello, en lugar de amedrentarla, le dio más fuerzas. Alzó la barbilla como solía hacer cuando alguien le daba una orden.

—¿Que no me incumbe que mi prometido esté estafando a mi padre?

Los ojos de Ronald se achinaron.

—¿Quién te ha dicho algo así?

—Sé lo del dinero —le espetó—. Lo de las pequeñas transferencias que han ido a parar a tu cuenta.

Él la miró con ojos desorbitados. ¿Cómo había podido enterarse de aquello? Dio un par de pasos en su dirección. Pese a que Clara sentía su corazón desbocado en el pecho, no retrocedió. No quería parecer débil o estaría perdida. Pensó en Sophie. Estaba convencida de que pediría ayuda y de que todo saldría bien.

Ronald se detuvo a escasos metros de ella. La llama de uno de los candiles osciló, como si el aire se hubiera espesado entre ambos.

—No es lo que piensas, Clara.

—¿No lo niegas?

—Déjame que te explique.

Ella volvió a recorrer la estancia con la mirada.

—¿Dónde está mi padre? —repitió.

Ronald se cruzó de brazos. No se parecía en nada al apuesto joven al que le habían prometido. ¿Cómo había acabado así? Lo tenía todo: posición, dinero y un futuro próspero. Se hurgó en el bolsillo hasta extraer un cigarrillo que encendió con un mechero de yesca. Ella aguantó todo el ritual con paciencia. Solo necesitaba retenerlo el tiempo suficiente como para que la policía que seguro ya había llamado Sophie acudiera y…

—Tu padre está en tu casa —dijo tras soltar una bocanada de humo—. He quedado allí con él, pero antes necesito unos documentos.

Esta vez fue ella quien dio un par de pasos en su dirección. Aquello no le cuadraba.

—¿Para qué has quedado con él?

Ronald volvió a mirarla como quien admira algo por última vez porque no lo volverá a ver jamás. Había algo terrible en aquella mirada, algo que a Clara le heló la sangre.

—En un par de horas —le dijo—, cuando amanezca, todos los periódicos publicarán la verdad sobre quién es el afamado señor Van Alen.

Hubo un brillo de satisfacción en sus ojos cuando lo dijo. O quizá de desesperación. Eran difíciles de distinguir en un hombre que estaba perdiendo la cordura.

—¿Qué estás diciendo?

Ronald tiró el cigarrillo sobre la costosa alfombra y lo apagó con el pie. Aquel gesto profanador le dijo a Clara más que cualquier palabra sobre el estado de ánimo de su prometido.

—Tu padre y unos amigos compraron una mina de oro hace años —se apartó el cabello de la cara; parecía desquiciado—. Era una buena inversión. No excepcional, por supuesto, pero bastante ventajosa —hizo una pausa—. Hace unos meses se descubrió una nueva veta. Algo sorprendente. Inusual. Y la codicia transformó a tu padre.

—No te creo —le espetó.

Ronald avanzó los escasos pasos que los separaban para encararla, como si ella fuera la culpable de todo aquello. Clara pudo oler el tabaco en su aliento y algo más: miedo. Ronald apestaba a miedo.

—Ha matado a sus socios, Clara.

Ella negó con la cabeza, pero fue incapaz de contestar.

—Ha mandado quemar con queroseno al señor Norton porque había empezado a sospechar de él. Lo quiere todo y no parará hasta tenerlo.

Clara retrocedió un paso. Aquello no podía ser verdad.

—¿Acaso no crees que fingió aquella caída en el museo? —continuó Ronald, implacable—. Solo le queda comprar la última parte a los herederos del último de los socios asesinados y todo será suyo. Hablamos de mucho, mucho dinero.

La cabeza de Clara le daba vueltas. No tenía sentido. Su padre no. El hombre que ella conocía no tenía nada que ver con la persona que Ronald le estaba describiendo. Buscó un resquicio en aquella argumentación, algo a lo que agarrarse para no caer al vacío.

—¿Y para qué querría montar mi padre todo este teatro?

—Para despistar —lo dijo como si fuera algo obvio. La miró fijamente—. Para lo mismo que ha transferido pequeñas cantidades de dinero a una cuenta a mi nombre que yo no he abierto, para poder inculparme y echarme la culpa de todas esas muertes.

Ella sintió cómo la sangre escapaba de su rostro. La desesperación de Ronald, la lógica de su argumentación… ¿Y si fuera cierto? Algo frío se le instaló en el pecho, algo que no era certeza pero tampoco duda.

—¿Y la nota que le has mandado esta noche? —intentó pensar—. ¿Qué es lo que pretendes, Ronald?

Desesperado, miró alrededor.

—Hay un documento que lo implica en esos crímenes —¿dónde diablos estaría?—. Tengo que encontrarlo antes de que la noticia se haga pública. Es la única manera de que la justicia no caiga sobre mí cuando todo esto salga a la luz dentro de unas horas.

¿Un documento? Su padre era meticulosamente ordenado. Si ese documento existía, como bien había deducido Ronald, estaría allí o en el archivo, que supuso que su prometido ya habría registrado.

Pero… ¿cómo lo sabía? ¿Cómo había descubierto que existía una prueba irrefutable?… A menos que alguien se lo hubiera dicho.

Clara sintió cómo algo se movía en los engranajes de su mente. Una pieza que encajaba en un lugar donde no debería encajar. La sangre le bajó a los pies.

—¿Quién te ha dicho eso? —atinó a preguntar.

Al joven Vandelay no le dio tiempo a contestar porque una voz desde detrás lo hizo por él.

—He sido yo.

CAPÍTULO 43

No solo Clara, tampoco Ronald daban crédito a la persona que tenían delante. Era imposible. Estaba… estaba…

—¡Señor Norton! —exclamó el segundo, sin entender lo que estaba pasando.

Clara no se encontraba en mejor situación. El director de la oficina central de la Banca Van Alen debía de estar en el hospital intentando sobrevivir a las terribles quemaduras que un asesino sin escrúpulos le había infligido. Y, sin embargo, allí estaba, de pie, con la compostura de quien acaba de salir de un club de caballeros y no de las fauces del infierno. El aludido sonrió, seguro de sí mismo, como si el desconcierto de ambos fuera un halago que llevara tiempo esperando.

—Es curioso cómo los seres humanos somos tan predecibles.

Ronald dio un paso atrás. Era como si su mente se negara a aceptar aquello. Él mismo había ido al hospital acompañando al señor Van Alen, él mismo había visto un poco más tarde el cuerpo vendado, la piel en carne viva, los médicos entrando y saliendo con expresiones que no invitaban a la esperanza.

—Usted… usted… —no fue capaz de concretar palabra alguna, y el recién llegado se burló de él con la indolencia de quien aplasta un insecto.

—No tema por mi salud, querido Ronald —sonrió de una manera aterradora—. El hombre que languidece en el hospital ha hecho un encomiable trabajo, pero ya no me era necesario —chasqueó los labios—, y dejar cabos sueltos siempre es un error.

Clara no apartaba los ojos de él. Sus últimas palabras desataron un torrente de pensamiento que la golpeó como una ola contra un dique. De repente, la luz se hizo en su mente y fue como

si cada pieza de aquel rompecabezas monstruoso encajara en su sitio con la precisión de un mecanismo de relojería. Tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla para no trastabillar.

—John Peterson —exhaló el nombre del supuesto asesino que había estado en cada uno de los escenarios criminales, como le dijo Thomas.

Su descubrimiento pareció sorprender muy gratamente al señor Norton. Sus ojos brillaron con la satisfacción de un maestro cuyo alumno más aventajado acaba de resolver el problema que los demás no supieron ni plantear.

—¡Bravo! —exclamó—. Por supuesto, no era su verdadero nombre, ni siquiera son uno solo, ¿verdad, señor Vandelay? —el aludido parecía demasiado conmocionado, pero recordó al tipo que le amenazó velada mente en el hospital mientras creía estar visitando al hombre que tenía delante—. Eso les permitía moverse de un país a otro sin que nadie se fijara en ellos para rematar ciertos asuntos que usted ya conoce. Solo falló en el museo. Demasiada gente —le guiñó un ojo, y aquel gesto, que en cualquier otro hombre habría sido un rasgo de complicidad, en él resultó obsceno —. Los hombres corrientes y de la misma corpulencia, como él y como yo, tenemos esa ventaja, ¿no cree, señorita Van Alen?

Las ideas se sucedían en la cabeza de Clara tan deprisa que le era imposible asimilarlas. Así que John Peterson era el apodo de un par de asesinos a sueldo contratados por Lionel Norton para hacer el trabajo sucio. Uno de ellos, el que agonizaba en el hospital, un hombre anónimo, de rasgos comunes, capaz de suplantar al director en el momento preciso y desaparecer sin que nadie reparase en la diferencia. Miró a su prometido. Ronald estaba lívido, con la mandíbula desencajada y los puños apretados a los costados del cuerpo.

—¿Y el otro? —preguntó.

Norton volvió a sonreír de aquella manera mezquina.

—No hay que dejar cabos sueltos, señorita Van Alen. Me temo que ya no está entre nosotros.

Su expresión le heló la sangre en las venas.

—¿Entonces Ronald no…?

—Su prometido es un imbécil —respondió con el mayor desprecio—, si me permite decirlo.

Ronald no aguantó más. Fue hacia él con la determinación de un hombre que ha descubierto que le han robado no solo la dignidad, sino el derecho a comprender su propia vida. Pero con un movimiento de la mano, ambos vieron lo que el señor Norton llevaba oculto a la espalda: una pistola amartillada y lista para ser usada. Sonrió como quien enseña un argumento irrebatible.

—Necesitaba un chivo expiatorio y él es perfecto: pagado de sí mismo, el futuro esposo de la querida hija del dueño y lo suficientemente fanfarrón como para que todos lo creyeran culpable cuando la justicia dictara sentencia —estaba disfrutando con todo aquello, como un director de orquesta que al fin escucha la sinfonía que lleva años componiendo en silencio—. ¿Sabe que los seres humanos nos alegramos de las desgracias de aquellos que creemos bendecidos por los dioses?

Ronald apretó los dientes. Había sido un imbécil y se había dejado engañar por aquel truhan. ¿O mejor llamarlo asesino? Norton había sido quien le había confesado que el señor Van Alen había abierto una cuenta a su nombre en la que había un dinero sospechoso. Él le había sembrado la duda. Él le había dicho que la prensa estaba a punto de publicar el escándalo. Él era quien le había sugerido que debía traicionar a su futuro suegro para no verse inmerso en aquel escándalo y, quizá, entre rejas. Cada recuerdo era una bofetada, y la sucesión de todas ellas le quemaba más que la vergüenza. ¡Cómo había sido tan estúpido!

—No va a salirse con la suya —fue lo que apenas pudo decir. El aludido volvió a sonreír.

—Me temo que sí, mi querido amigo —la miró de nuevo a ella —, y si no fuera por ese invitado suyo, el inglés, ya lo habría logrado.

Clara sabía que debía ganar tiempo. Sophie era lista y ya se habría escamado de la tardanza. Debía entretenerlo hasta que llegara la policía, hasta que alguien los sacara de allí. Cada segundo que pasaba era un segundo que jugaba a su favor, aunque también

era un segundo en el que aquel hombre podía decidir que las palabras ya sobraban.

—¿Por qué hace esto, señor Norton? —le retó, procurando que su voz no delatase el temblor que le recorría las manos—. Si es cuestión de dinero…

—¿Dinero? —dijo de malos modos, como si la palabra le resultara despreciable—. He desviado miles de dólares a una cuenta invisible a nombre de su prometido sin que nadie se diera cuenta —«menos Matthew», pensó Clara—. ¿Quién le dice que no he hecho algo parecido para mí? —su sonrisa era cada vez más escalofriante, como la de un hombre que ha dejado de fingir y por primera vez se muestra tal como es—. No, no es cuestión de dinero, señorita Van Alen. Es cuestión de reparar una injusticia.

Ronald estaba aturdido. Era como si todo aquello lo superase, como si la realidad que había construido piedra a piedra se derrumbara ante sus ojos y él no tuviera la menor idea de dónde ponerse a salvo entre los escombros. No quedaban restos del joven arrogante y decidido que era antes. Parecía un hombre hundido, plegado a las circunstancias.

Clara intentó avanzar, pero el movimiento del cañón la detuvo en seco. El metal brilló un instante bajo la escasa luz de la estancia y ella retrocedió, consciente de que un solo paso en falso podría ser el último.

—Podemos hablarlo —le propuso.

Él la despreció con un gesto que le recordó a su padre cuando alguien le proponía un negocio absurdo, salvo que en los ojos de Norton no había fastidio, sino algo mucho más oscuro.

—Lo dudo. La única manera de arreglarlo es causándole el mayor dolor posible a su espantoso padre justo cuando toda la ciudad lea, dentro de unas horas, cómo ha desfalcado a su propio banco, a sus socios, y cómo la justicia divina, antes que la humana, logró castigarlo —paladeó sus palabras—. El acto final se me ha ocurrido después de fallar en el museo.

Sus palabras eran oscuras, herméticas, pero Clara no dudó de que ocultaban un significado que pronto descubriría. Alzó una mano para animarlo a seguir. Tiempo. Necesitaba tiempo. Cada palabra

que saliera de aquella boca era un segundo más que Sophie tendría para actuar.

—¿Qué le ha hecho mi padre que pueda ser tan terrible?

El rictus de Lionel Norton se endureció de inmediato. Ya no quedaba nada del hombre amable, quizá un poco puntilloso, que conocía desde hacía años. Era como si se hubiera arrancado una máscara que llevara puesta tanto tiempo que nadie recordaba cómo era el rostro de debajo. Sus mandíbulas crujieron antes de hablar.

—Mi familia es tan forastera como la suya en este país, con la diferencia de que nos asentamos más al sur, y de que mi abuelo fue capaz de ahorrar lo suficiente para comprar una mina improductiva a la que dedicó su vida.

La luz volvió a abrirse paso en la mente de Clara, como un hilo de sol entre las nubes de una tormenta.

—En la Baja California.

—¡Bravo! —volvió a admirarla, aunque esta vez sus ojos no perdieron el matiz peligroso. Parecía un hombre capaz de matar y de aplaudir con la misma mano—. Fue idea de su padre, ¿sabe? Le pasaron un informe, apenas le prestó atención un par de segundos y decidió comprarla como quien adquiere una chistera nueva. Se lo propuso a sus cuatro amigos de juventud, por aquello de hacer algo juntos. Yo estaba allí. Yo ya trabajaba en el banco, aunque aún no dirigía la oficina central.

Así que aquel era el vínculo. La conexión que Thomas había buscado durante semanas y que siempre se le escurría como agua entre los dedos. Le quedaba por saber el motivo, la herida original que había convertido a un burócrata en un monstruo.

—¿Qué hay de malo en ello? —adujo Clara, procurando que su voz sonara razonable—. ¿Acaso el precio no fue justo?

—No voy a entrar en eso —volvió a mover el cañón del arma con un gesto casi distraído, como si fuera una extensión de su mano y no un instrumento de muerte—, pero aquel pedazo de tierra era lo único que teníamos mi familia y yo. Sin él, el dinero de la venta se evaporó en juego y en alcohol, y mis padres, mis hermanos, yo mismo lo perdimos todo.

Hizo una pausa. Clara observó que algo había cambiado en su expresión: ya no era solo rencor lo que asomaba a sus ojos, sino algo más antiguo, más profundo, como el eco de un niño que aún no entiende por qué el mundo ha decidido arrebatárselo todo. Pero la compasión que aquello pudiera inspirarle duró apenas un instante, porque el arma seguía apuntando y la mirada de Norton volvió a endurecerse.

Clara parpadeó sin comprenderlo del todo. ¿De qué tenía su padre culpa en aquello? Si había pagado un precio justo, lo que hicieran con el dinero lo exoneraba. No era un santo, su padre, eso lo sabía, pero tampoco era el demonio que Norton parecía necesitar para justificar lo injustificable.

—Pero fue su abuelo quien los arruinó—se atrevió a alegar—, no mi padre.

Norton parecía estar perdiendo la paciencia. El barniz de cortesía que aún mantenía se resquebrajaba por momentos, como la fachada de un edificio que por dentro lleva años hecho cenizas.

—El señor Van Alen podría haberlo arreglado, ¿sabe? —había un brillo enfermizo en su mirada, quizá siempre había estado allí y nadie se había percatado—. Me ofrecí a comprársela, a ofertar un precio superior al que ellos habían pagado —escupió al suelo—. ¡Ni siquiera sabía dónde estaba! No le echaba cuenta. Pero se rio de mí y me dijo que era una inversión a largo plazo y que daría un mal ejemplo a los suyos si se deshiciera de ella —su mirada se volvió más fría, como el acero de la pistola que empuñaba—. Mi padre no pudo más y… lo demás se lo puede imaginar.

Ella tragó saliva. Era una historia horrible, la clase de historia que se cuece a fuego lento durante décadas hasta que explota en la cara de quienes ni siquiera sabían que el fuego existía. Pero su padre no era culpable de nada, o al menos no de lo que Norton le imputaba. Un hombre no puede cargar con las consecuencias de las debilidades ajenas, por muy cruel que sea la suerte.

Debía entretenerlo, sacarle más información y ganar tiempo. Cada palabra era un ladrillo más en la muralla que separaba a Sophie de aquella habitación. Ronald, aun enajenado, con la mirada perdida de un hombre al que acaban de arrancarle la venda de los

ojos y descubre que ha estado caminando al borde de un precipicio, fue quien habló.

—Pero el documento…

La voz colérica de Norton lo calló en seco, como el chasquido de un látigo.

—No hay ningún documento, imbécil —estaba perdiendo la paciencia, y un hombre armado que pierde la paciencia es lo más peligroso que puede encontrarse en una habitación cerrada—. Pero necesitaba que usted estuvieras aquí, para que la señorita Van Alen acudiera esta noche como una polilla a una vela encendida, deseosa de ayudar a su pobre padre, y darme la oportunidad.

Clara sintió que el suelo se abría bajo sus pies. El cebo no había sido el documento, sino Ronald. Y ella había mordido el anzuelo con la desesperación de quien cree que aún puede salvar lo que ama. Norton la había estudiado, la había medido, había calculado cada uno de sus movimientos con la precisión de un ajedrecista que sabe que su rival siempre moverá el caballo para proteger al rey.

Ronald creyó ver un momento de vacilación en Norton. Un leve temblor en la mano que sostenía el arma, un parpadeo más largo de lo normal. Si se daba prisa podría desarmarlo, detener aquella historia lamentable y quizá, solo quizá, redimir algo de la dignidad que le habían arrebatado. Dio un paso al frente.

Pero el forajido no era un simple burócrata.

Apretó el gatillo.

La boca del arma se inflamó. La detonación resonó en la estancia como un trueno encerrado entre paredes, y Ronald cayó al suelo con un quejido sordo, amparado por el grito de Clara, que rasgó el aire como si el propio grito pudiera detener la bala o revertir lo que acababa de ocurrir.

—Lo ha… —apenas le salía la voz del cuerpo cuando se tiró al suelo junto a él, aterrada—. Lo ha matado.

El señor Norton soltó un resoplido cansado, como el de un hombre al que obligan a hacer una tarea que considera por debajo de su condición. Detestaba usar aquellas maneras. Siempre había habido alguien para hacer el trabajo sucio, alguien anónimo y

prescindible, pero lo habían obligado. La señaló con el cañón mientras ella intentaba descubrir cómo se encontraba un inconsciente Ronald, cada vez más rodeado de su propia sangre, que se extendía por el suelo de madera formando un charco oscuro que Clara intentó contener con las manos desnudas, inútilmente, como quien intenta sujetar el agua de un río.

—No está muerto —dijo Norton con fastidio, como si aquello fuera una obviedad que no merecía explicación—. Aún. Pero lo estará si no hace lo que le digo.

Clara alzó la mirada. Tenía las manos manchadas de sangre y el vestido arruinado, pero en sus ojos había algo que desconcertó al señor Norton durante una fracción de segundo: no era solo miedo, sino una determinación que él no había previsto.

—¿Qué quiere que haga? —su voz sonó más firme de lo que ella misma esperaba.

—Átese los tobillos con el cordón de esa cortina —le ordenó —. Yo le anudaré las muñecas. Eso se lo pondrá fácil.

Tuvo la entereza de preguntar, aunque la voz le salió de un lugar del cuerpo que no reconoció como suyo.

—Fácil para qué.

Norton miró hacia una esquina oscura de la habitación en la que Clara no había reparado. Allí, medio ocultos por las sombras, había dos bidones metálicos de los que se usan para almacenar queroseno. Estaban abiertos. El olor, ahora que sabía de dónde provenía, era inconfundible: dulzón, penetrante, como una promesa de destrucción que llevaba toda la noche esperando a ser cumplida.

—Fácil para el acto final.

Clara miró los bidones. Miró a Ronald, inconsciente a sus pies. Miró al hombre que sonreía al otro lado de la pistola. Y, por primera vez en toda aquella noche, comprendió que Lionel Norton no quería dinero, ni venganza, ni justicia. Quería que su padre sintiera lo que él había sentido años atrás: la pérdida absoluta de todo lo que amaba, consumido por las llamas.

Fuera, en alguna parte de la ciudad que seguía ajena a lo que ocurría entre aquellas paredes, un reloj dio la hora. Clara contó las campanadas. Eran las siete. Sophie ya debería haber actuado. La

policía debería estar de camino. Pero el silencio al otro lado de la puerta era tan espeso como el olor a queroseno, y Norton, al percibir el mismo silencio, amplió su sonrisa.

—Nadie vendrá —dijo, como si le leyera el pensamiento—. He tomado mis precauciones.

Clara apretó los dientes. Si había algo que le habían enseñado su padre, sus amigas y aquel inglés insoportable al que aún no sabía cómo llamar, era que rendirse no era una opción. No mientras le quedara voz para hablar, tiempo para pensar y la más mínima oportunidad de sobrevivir.

Se arrodilló despacio junto al cordón de la cortina. Norton la observaba con la paciencia de un gato frente a una ratonera. Clara tomó el cordón con dedos temblorosos y, mientras lo acercaba a sus tobillos, miró una última vez hacia la puerta.

Todavía podía ocurrir un milagro.

Todavía.

CAPÍTULO 44

Sophie no podía soportarlo más.

Apenas habían pasado ocho minutos desde que su señora entrara en el banco cuando descendió del carruaje con la intención de buscarla. No era propio de ella desobedecer una orden directa, pero algo le oprimía el pecho, una intuición que no sabía explicar y que la había acompañado desde que abandonaron la mansión de Newport aquella misma noche. Como era lógico, el vigilante nocturno la detuvo antes de que se acercara a la puerta.

—¿Dónde diablos cree que va?

La muchacha se amasó las manos.

—Soy la doncella de la señorita Van Alen. Ha entrado hace unos minutos.

La miró de arriba abajo con evidente desconfianza.

—Y usted quiere ir a buscarla —su voz cargada de cinismo.

Ella asintió.

—Así es.

Se retiró el vuelo del abrigo para que viera la porra que le colgaba del cinto y señaló escaleras abajo.

—Más le vale que se largue o tendré que echarla yo mismo.

—Pero…

Su mirada no admitía réplica.

—¿No me ha oído?

Sophie accedió a retirarse de la puerta ante la amenazante mirada del guardia, pese a que cada vez se sentía más intranquila. ¿Y si había sucedido algo? ¿Y si su señora la necesitaba?

Intentó calmarse, convencerse de que era una idea absurda. Seguro que el señor Van Alen estaba allí dentro y que en aquel momento su hija se encontraba a salvo con él. Pero el razonamiento,

por muy lógico que sonara, no lograba apaciguar el latido desbocado de su corazón.

Volvió al carruaje de alquiler, pero se quedó junto a la portezuela, con una mano apoyada en el estribo. No le podía fallar a su señora y los diez minutos ya habían pasado. Lo pensó solo un momento, sopesando lo que Matthew le habría aconsejado hacer en una situación como aquella, antes de dirigirse al cochero.

—¿Sabe dónde está la mansión Van Alen?

El hombre asintió.

—Por supuesto.

—Lléveme allí tan rápido como pueda.

Se sujetó la falda y subió al carruaje casi de un salto. Los caballos empezaron a trotar por las desérticas calles de la ciudad antes de que le diera tiempo a cerrar la portezuela, lo que agradeció.

Mientras las lujosas fachadas de las nuevas construcciones desfilaban ante ella, meditó cuál sería su próximo paso. Si hubiera ido directamente a la comisaría del distrito 19, que no estaba lejos, no la habrían escuchado. ¿Quién creería a una mujer que se decía doncella de una de las damas más conocidas de la ciudad? Y en caso de creerla, ¿quién confiaría en su relato de que la señorita estaba retenida dentro de un edificio propiedad de su familia y donde trabajaba su padre? Si iba a confiar en la policía, debía hacerlo de manera adecuada, y no era otra que desde la mansión Van Alen.

Si bien era cierto que la mayoría del personal estaba en Newport, siempre había un retén para el mantenimiento de la casa y el segundo mayordomo acabaría de levantarse a esa hora de la mañana. Con suerte, uno de los lacayos podría acudir a la comisaría con una nota formal, y entonces sí, entonces la policía se presentaría y darían crédito a sus palabras.

El carruaje la dejó a las puertas de la gran mansión unos minutos más tarde. Sophie le dejó todo el dinero que llevaba en el bolso, lo que suponía una considerable propina, y le pidió que aguardara hasta nueva orden. El cochero la miró con la misma curiosidad con la que se observa a una loca, pero el brillo de las monedas fue suficiente para que asintiera sin rechistar.

Como había supuesto, pese a que la casa estaba en sombras, había una lámpara encendida en la biblioteca, lo que la tranquilizó ligeramente. Al menos alguien velaba.

Sin dudarlo aporreó la puerta no una ni dos, sino tres veces, con la urgencia de quien no tiene tiempo para protocolos. Al poco, el mismo segundo mayordomo fue quien abrió, mirándola escandalizado.

—Sophie, ¿qué modales son estos?

Ella entró como un ciclón. Tenía que contárselo todo, convencerlo de que aquello era real y pedir que mandara de inmediato a un lacayo a la comisaría para poner una denuncia formal. Eso era. De aquella forma, una pareja de agentes se presentaría en la casa, el buen mayordomo les explicaría la situación y entonces darían crédito a sus palabras. Se volvió hacia el hombre, que la miraba entre sorprendido e incrédulo.

—Debe escucharme atentamente.

El segundo mayordomo frunció la frente.

—¿Escucharla? Baje a la cocina y tome algo caliente —parecía a punto de perder la paciencia—. Es posible que tenga algo de fiebre. Yo tengo que atender al señor. Luego comentaremos su extraño comportamiento…

Sophie parpadeó. ¿Había dicho «al señor»?

—¿El señor? —repitió—. ¿Está el señor Van Alen en casa?

—Tanto el señor como *lord* Pinckerville están reunidos en la biblioteca y…

No lo dejó terminar. De nuevo se sujetó la falda y salió corriendo en dirección a aquella habitación, que se abría en el mismo vestíbulo. Abrió la puerta de par en par y lo que vio allí la hizo detenerse en seco.

Parpadeó varias veces. Se preguntó si aquella alusión a la fiebre que había mencionado el segundo mayordomo no sería cierta, porque lo que tenía delante no podía ser real. Abrió la boca para hablar y la cerró sin saber qué decir.

—¿Sophie? —preguntó, extrañado, Thomas.

—Parece que un gato se ha comido su lengua —añadió Elliot.

La presencia de los dos hermanos era lo que acababa de dejar sin habla a la resuelta doncella. De pie, uno junto al otro, la similitud era tan asombrosa que Sophie sintió un vértigo absurdo, como si el suelo se hubiera inclinado bajo sus pies. Los mismos ojos verdes. La misma anchura de hombros. El mismo perfil que ella había creído conocer y que ahora se duplicaba ante sus ojos como un truco de prestidigitador.

Ambos habían acordado que había llegado el momento de poner las cartas boca arriba ante el señor Van Alen. Se habían presentado ante él, habían logrado que no le diera un soponcio al verlos a los dos juntos y le habían explicado punto por punto el porqué de su presencia. Estaban terminando su argumentación cuando la doncella acababa de irrumpir en la estancia.

—Sophie, ¿qué haces aquí? —Tom se acercó a ella y la urgencia de su paso contradecía la calma que intentaba aparentar—. Deberías estar en Newport con la señorita Van Alen.

El padre también se acercó. La preocupación era patente en su rostro, demacrado por las horas de vigilia y por aquella conversación que seguramente le habría costado más de lo que aparentaba.

—La señorita… la señorita… —no terminaba de salir de su asombro.

—Hable, por Dios —exclamó su patrón.

La muchacha los miró a los tres. No tenía ni idea de qué pasaba ni qué milagro se había producido para la duplicación del señor Pinckerville, pero todo aquello pasaba a un segundo plano en ese momento. Le daba igual que hubiera dos caballeros donde antes solo había uno. Le daba igual que el mundo se hubiera vuelto del revés. Lo único que importaba era lo que había dejado atrás.

—La señorita Van Alen —logró articular, y su voz sonó como la de una desconocida—. Creo que está en peligro.

Y mientras el rostro de Tom se ponía pálido como la cera de las velas que ardían sobre la repisa, el dueño de la casa la hacía sentarse en una butaca, le pedía calma y le suplicaba que se lo contara todo desde el principio, porque en la mirada de aquella muchacha había algo que iba más allá del desconcierto. Había

miedo. Y el miedo de una mujer como Sophie, que rara vez lo mostraba, era motivo suficiente para que los tres hombres de aquella biblioteca comprendieran que el tiempo corría en su contra.

CAPÍTULO 45

—Voy con ustedes.

La voz del señor Van Alen era tan apremiante como grave. Thomas fue tajante.

—No. Debe quedarse aquí.

El padre de Clara fue a rechistar, pero Tom no le dejó.

—Ignoramos lo que vamos a encontrarnos, señor —su mirada tenía un trasfondo de desesperación—. No puedo estar preocupado por su seguridad si debo salvar la vida de su hija. ¿Me entiende?

Se mantuvieron la mirada. El señor Van Alen tragó saliva, pero al fin asintió.

—Lo comprendo. No entraré en el edificio con ustedes, pero soy incapaz de quedarme aquí mientras mi pequeña… —se le quebró la voz. Disimuló, dirigiéndose a la doncella—. Sophie, te debemos mucho. Baje a la cocina y descanse hasta que…

Ella tampoco fue condescendiente.

—Me temo, señor, que no puedo obedecerle. Le prometí a la señorita que velaría por ella y cuando el señor Pinckerville la saque de ese edificio voy a estar allí esperándola.

Hubo un instante de silencio. Parecía que ninguno de los presentes tenía la intención de quedarse en la casa a esperar cómo se desarrollaban los acontecimientos. Tom advirtió la determinación en cada uno de aquellos rostros y comprendió que insistir sería inútil.

Elliot dio una palmada al aire.

—Me encanta cuando todos tenemos claro lo que queremos —chasqueó los labios—. Y ahora, si no tenemos nada más que decir, será mejor que vayamos a salvar a esa jovencita.

No tuvo que insistir. Tom tenía el rostro grave, como si tuviera ante sí la misión más importante de su vida, y eso que su larga experiencia lo había puesto ante peligros inimaginables. Pero ninguno de ellos se parecía a aquel. En ninguno de ellos le había temblado el pulso como en ese instante.

Salieron de la biblioteca ante la estupefacción del mayordomo, que tuvo que sostener con fuerza la bandeja con un servicio de té para que esta no terminara hecha añicos en el suelo. El criado intentó decir algo, pero el señor Van Alen le indicó con un gesto que no era el momento y el buen sirviente se retiró, blanco como la porcelana que portaba. Incluso había visto doble.

El coche de alquiler estaba en la puerta, más rápido y ligero que la berlina de los Van Alen y con un conductor experimentado en las calles de Manhattan a una hora en la que la ciudad empezaba a despertar. Elliot tuvo la delicadeza de ofrecer la mano a Sophie para ayudarla a subir.

—¿A dónde? —preguntó el cochero.

—Volvemos al banco —le indicó Sophie.

—Y se ganará uno de estos —sacó Elliot un billete del bolsillo — si llegamos en la mitad de tiempo.

Se acomodaron mientras los caballos piafaban y el cochero hacía restallar el látigo. Tom y el señor Van Alen permanecían muy serios, ensimismados, intentando adivinar lo que se iban a encontrar. Sophie se retorció las manos en el regazo con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Elliot… hacía de Elliot. Era su manera de enfrentarse al mundo: cuanto más peligrosa era la situación, más imperturbable parecía su gesto, como si la gravedad fuera un agravio personal al que se negaba a conceder importancia.

—¿Cuál es el plan? —preguntó el padre de Clara, sujetándose en una cincha sobre la ventana para no caerse con los embistes del carruaje.

—Cuando lleguemos y veamos la situación, entonces lo sabremos.

El señor Van Alen apretó las mandíbulas. No era un hombre acostumbrado a que otros tomaran las decisiones por él, pero en aquel instante comprendió que su dinero, su influencia y su apellido

no servían para nada. Solo podía confiar en aquel joven inglés que le había salvado la vida una vez y que ahora se disponía a salvar la de su hija.

El resto del camino se hizo en silencio. La crispación se notaba en el ambiente, densa como la niebla que aún flotaba sobre el río. Todos tenían puesta la vista al frente, como si mirar por el ventanuco de la parte delantera lograra que los caballos volaran. Tom no dejaba de pensar en Clara. La imaginaba en la oscuridad de aquel edificio, sola, asustada, y cada imagen le producía una sacudida que debía disimular para no alarmar a los demás.

Se dieron cuenta de que había un problema una manzana antes de llegar.

Un carro de bomberos los adelantó pese a la velocidad que llevaban. Tenía una gran bomba de vapor para lanzar el agua a propulsión, y el estruendo de la máquina hizo que las mandíbulas de Tom se crisparan. Sophie soltó un quejido breve, ahogado, mientras el señor Van Alen cerraba los ojos un instante, como si necesitara reunir fuerzas antes de enfrentarse a lo que viniera.

—¿No puede ir más rápido? —le pidió Tom al cochero sacando la cabeza por la ventanilla.

El hombre fustigó a los caballos con un grito ronco y el carruaje se sacudió sobre el pavimento, esquivando un carro de verduras por apenas un palmo.

Instantes después el carruaje se detenía arañando el suelo de macadam y Tom saltaba del vehículo para hacerse una idea de lo que tenía delante. Elliot se le unió mientras el señor Van Alen bajaba con dificultad y ayudaba a Sophie a hacerlo.

El espectáculo no era halagüeño.

El carro de bomberos estaba estacionado frente a la puerta principal de la Banca Van Alen, alrededor del cual empezaban a acumularse los curiosos. Había grandes columnas de humo saliendo de varias de las ventanas superiores y el resplandor vacilante tras los cristales vaticinaba lo que ya habían supuesto: un incendio. Las llamas, de un naranja denso y sucio, lamían los marcos de piedra con una voracidad que no presagiaba nada bueno. El humo se retorció en la brisa de la mañana como una serpiente negra,

envolviéndolo todo en un hedor ácido que atraía a los vecinos de las calles aledañas como un espectáculo macabro.

Elliot se puso serio por primera vez.

—Eso es un infierno.

Tom tenía las mandíbulas apretadas y miraba hacia el interior, como si buscara la manera de romper la barrera de fuego. Todo aquello era culpa suya. Si la hubiera escuchado, si le hubiera contado los peligros a los que se enfrentaba, si no hubiera antepuesto la misión a la mujer que… Apretó los puños. No era el momento de pensar en eso. Era el momento de actuar.

—Clara está dentro —musitó, más para sí que para su hermano.

Elliot y él habían descubierto que el hombre que acababa de fallecer en el hospital no era el señor Norton, lo que dejaba una única posibilidad: el jefe de la oficina bancaria debía ser el responsable de todo aquello, pese a que aún no habían encontrado la conexión que lo implicaba en los asesinatos. Eso era lo que le iba a contar a Clara en Newport antes de que llegara la nota para el señor Van Alen. Sintió la mano de su hermano sobre el hombro. Era un gesto breve, casi torpe, pero en los gemelos Pinckerville aquello equivalía a un abrazo.

—Será mejor que nos pongamos en lo peor.

El señor Van Alen se les unió. Estaba tan pálido que de un momento a otro podía desplomarse. Las piernas parecían no sostenerlo y solo la mano que apoyaba en el hombro de un vigilante lo mantenía en pie. Sophie, al otro lado, intentaba contener las lágrimas ante el espectáculo dantesco que tenía delante. Se tapaba la boca con ambas manos, como si el gesto pudiera impedir que el miedo se le escapara por entre los labios.

Los bomberos, pese a darlo todo, no terminaban de desplegar la manguera. Gritaban órdenes que se confundían con el rugido del fuego y el crujir de la madera al ceder. Tampoco podían entrar sin más, sin antes asegurar cada paso. El agua empezó a brotar de la bomba de vapor con un silbido agudo, pero el chorro parecía ridículo comparado con las dimensiones del incendio.

Thomas no lo dudó. Se quitó la chaqueta y se la entregó a su hermano.

—Voy a entrar —dijo mientras se arremangaba la camisa hasta los codos, con la misma determinación metódica con la que había afrontado cada una de las misiones que le habían encomendado a lo largo de su carrera. Pero esta no era una misión. Esta era Clara.

Elliot lo miró con los ojos desorbitados.

—¿Estás loco? —lo tomó del brazo—. Las llamas no te permitirán subir. Es un suicidio, Tom.

Hizo una pausa. Su voz, siempre cargada de ironía y ligereza, se había despojado de todo artificio. Era solo un hermano hablando a otro hermano.

—¿Tanto te interesa la señorita Van Alen?

Tom no contestó, pero la respuesta estaba en sus ojos, en la forma en que su mandíbula se endureció y su mirada se desvió hacia las ventanas donde las llamas bailaban como demonios. Elliot comprendió entonces algo que llevaba semanas sospechando y que, hasta ese instante, no había querido confirmar.

El padre de Clara pareció comprender en ese mismo momento lo que todo aquello significaba. No solo que su hija estaba atrapada en un edificio en llamas, sino que aquel hombre que se disponía a arriesgar su vida por ella no lo hacía por deber ni por dinero ni por honor. Lo hacía porque la amaba. Se dobló de dolor, como si le hubieran golpeado en el estómago.

—¡Mi hija!

Thomas se inclinó sobre él. Las lágrimas de uno de los hombres más poderosos y duros de Manhattan eran demoledoras. Corrían por las mejillas curtidas de quien había construido un imperio a fuerza de voluntad y no pedía perdón por ellas.

—Señor Van Alen —lo encaró—, a Clara no le pasará nada. Se lo juro.

Fue una promesa. No un consuelo, no una esperanza vacía: una promesa. Y el banquero, que había aprendido a distinguir las palabras huecas de las que llevaban peso, asintió porque en los ojos

de aquel joven vio la misma determinación que a él le había llevado a levantar un banco de la nada.

Los vigilantes de seguridad del edificio se movían alrededor sin saber qué hacer. Los bomberos se demoraban y las lenguas de fuego ya eran visibles en la fachada, asomando entre los huecos de la piedra como dedos que tantearan la calle.

—Las llamas ya lamen las puertas de entrada y las ventanas están demasiado altas —dijo Elliot, que sabía que su hermano era difícil de convencer una vez que había tomado una decisión—. No hay forma de entrar, Tom. Aunque lo intentaras, solo lograrías morir con ella.

La última frase le costó pronunciarla. Elliot tragó saliva y apartó la mirada.

—Hay una puerta lateral.

Los cuatro se volvieron al unísono para ver a Matthew Preston, el dueño de aquella voz, que se acercaba a ellos a pasos agigantados. Tenía el cabello revuelto y la respiración entrecortada, como si hubiera corrido desde el otro extremo de la ciudad.

—La mandó construir el señor Norton para que los trabajadores no colapsasen la entrada, pero creo que no se ha usado nunca —se detuvo para recuperar el aliento—. Quizá pueda forzarse.

Los ojos de Sophie brillaron. Por un instante fugaz, antes de que la gravedad del momento lo borrara, aquella mirada dijo todo lo que la doncella no podía decir delante de los demás. Matthew lo percibió y algo en su pecho se contrajo.

El señor Van Alen logró sobreponerse.

—Señor Preston —dijo el banquero, extrañado—. Ignoraba que existiera esa puerta.

Sophie se lanzó a sus brazos sin importarle lo que dijeran. Fue un abrazo breve, casi desesperado, en el que la muchacha apretó su rostro contra el pecho de Matthew durante apenas un segundo antes de separarse, roja como la grana.

—¡Matthew!

Tom palmeó la espalda del muchacho con afecto. Al fin una salida, por muy arriesgada que fuera.

—No hay tiempo que perder.

Elliot aún protestó, dando un zapatazo al suelo que levantó una nubecilla de polvo.

—Me opongo a que arriesgues tu vida por una causa que se ve claramente que está perdida.

En su voz había rabia, sí, pero también algo que Elliot Pinckerville no solía mostrar: miedo. Un miedo líquido, desvalido, que le humedeció los ojos antes de que pudiera disimularlo con un parpadeo.

Thomas se detuvo un instante para mirar a su hermano gemelo a los ojos. Era como el reflejo en un espejo, como una sombra en el agua, dos verdades de una misma unidad. Le sonrió y lo tomó por la nuca, acercándolo hasta que sus frentes casi se rozaron.

—Te quiero, hermano —un abrazo breve, tan intenso que ambos temblaron—. Te veré en un rato, cuando rescate a Clara.

Elliot no pudo contestar. Solo apretó la chaqueta de Tom entre los puños y lo soltó como si quemara.

Sin más, Tom salió corriendo en dirección al lateral del banco. El humo ya empezaba a descender hasta la calle y los curiosos retrocedieron cuando un cristal estalló en una de las ventanas superiores, lanzando al aire una lluvia de esquirlas que centellearon bajo la primera luz de la mañana.

—Le acompaño —lo siguió Matthew—. Sé dónde está esa puerta.

Sophie dio un paso en su dirección, pero el señor Van Alen la sujetó del brazo con una suavidad que no admitía réplica.

—Esperaremos aquí, Sophie —le dijo el banquero. Su voz se había serenado, aunque el temblor de su mano lo delataba—. Es lo único que podemos hacer.

La doncella asintió, pero sus ojos no se apartaron de las dos figuras que corrían hacia el lateral del edificio hasta que el humo se las tragó.

Elliot permaneció inmóvil, con la chaqueta de su hermano apretada contra el pecho. Miraba el edificio con una expresión que nadie le había visto jamás: la del hombre que se esconde detrás del

frívolo, la del hermano que sabe que acaba de ver partir a su otra mitad hacia un lugar del que quizá no regrese.

No dijo nada. No hizo ninguna broma. No chasqueó los labios ni soltó uno de sus habituales comentarios sardónicos.

Solo apretó la chaqueta con más fuerza y esperó.

Y mientras Thomas desaparecía entre el humo con Matthew a su lado, el señor Van Alen, Sophie y Elliot formaron un pequeño grupo silencioso frente a la fachada de la Banca Van Alen, rodeados de bomberos que gritaban, de curiosos que murmuraban y de un fuego que no daba tregua.

Tres personas que solo podían hacer una cosa: creer en la promesa de un hombre que amaba a Clara Van Alen lo suficiente como para atravesar un infierno por ella.

CAPÍTULO 46

No fue fácil, pero tras varios intentos en los que Tom y Matthew se lanzaron contra ella, la puerta de madera se quebró dejando a la vista un angosto pasillo.

Pinckerville supo de inmediato que aquel gesto del señor Norton de habilitar una puerta exclusiva para el personal en una zona del edificio de difícil acceso formaba parte de su plan de escape, madurado durante meses, quizá años, a la sombra de los Van Alen. Un hombre que planea una venganza de aquella envergadura no deja nada al azar, y menos aún la huida.

El pasillo estaba despejado, aunque un ligero velo de humo volvía indefinidos los contornos y no permitía hacerse una idea de su profundidad. El calor ya empezaba a notarse en las paredes, como si el edificio entero estuviera respirando fuego.

—Al fondo hay otra puerta que lleva al hueco de la escalera central, cerca del ascensor —le explicó Matthew, y su voz sonó más firme de lo que cabría esperar en un joven cajero que se estaba enfrentando a lo peor que había visto en su vida—. Si avanzamos…

Thomas no lo dejó terminar.

—Ya ha hecho suficiente. Vuelva con la señorita Sophie. Ahora ella lo necesita más que yo.

Matthew fue a protestar, pero la mirada de Tom era implacable. Había en aquellos ojos verdes una determinación que no admitía réplica, la misma que Clara había aprendido a reconocer y que a él, un simple cajero, le resultaba imposible de contradecir.

—No sabemos qué encontraremos ahí dentro —añadió Tom, y su voz se había vuelto ronca, gutural, como si las palabras le costaran un esfuerzo que no tenía nada que ver con el humo—, pero

no puedo preocuparme por su seguridad y buscarla a ella al mismo tiempo.

El joven cajero lo entendió. Se estrecharon la mano con la firmeza que se reserva para las despedidas que podrían ser definitivas, y Matthew aguardó hasta que la camisa blanca de Thomas se desvaneció entre la cortina de humo y escuchó el sonido de la cerradura al quebrarse al otro lado.

Lo que se mostró ante los ojos de Thomas, una vez en el interior del banco, era peor de lo que se había imaginado. Las llamas ya devoraban los muebles de la planta baja y trepaban por las cortinas como serpientes gigantescas. El humo ascendía furioso, ocultando el artesonado del techo que pronto se vendría abajo. El olor no solo era el de la madera y el papel quemados; también había una pestilencia inconfundible a queroseno, lo que le indicó qué habían utilizado para provocar aquel infierno.

Norton había sido meticuloso. Cada rincón de aquel edificio que los Van Alen habían levantado con orgullo estaba siendo consumido por un fuego que no dejaba nada al azar. La venganza, pensó Tom mientras avanzaba, tenía el mismo aspecto que la obsesión: un incendio que devoraba incluso a quien lo provocaba.

—¡Clara! —gritó, pero el crujido de un trozo de techo al desplomarse ahogó toda posibilidad de oír una respuesta.

Desesperado, se tapó la boca y la nariz con el antebrazo y ascendió por la escalera. Si Clara había acudido allí para buscar a su padre, era muy probable que se hubiera encaminado hacia su despacho. Conocía a aquella mujer. La conocía mejor de lo que ella misma sospechaba, y sabía que, cuando se trataba de proteger a los suyos, Clara Van Alen era capaz de caminar sobre las llamas del infierno sin un solo temblor en las piernas.

Pudo esquivar a tiempo una viga de madera humeante que acababa de desprenderse del techo, pegándose a la pared, pero continuó con el ascenso a pesar de que aquello podía venirse abajo de un momento a otro. No pensó en sí mismo. No era capaz de hacerlo. Solo pensaba en ella, en la curva de su sonrisa cuando lo miraba como si pudiera ver al hombre que se escondía detrás de

todas las máscaras, en el escalofrío que le recorría la espalda cada vez que sus ojos se encontraban.

—¡Clara! —volvió a gritar.

Esta vez le pareció oír una voz femenina, un grito, pero el crepitar era tan intenso y el silbido de las llamas tan clamoroso que se preguntó si era solo un espejismo o la necesidad de creer que seguía con vida. Porque si Clara ya no estaba, si aquellas llamas se la habían llevado, entonces no tenía ningún sentido haber subido hasta allí. Ni haber venido a Nueva York. Ni respirar.

Avanzó hasta el despacho del señor Van Alen. Apenas podía ver y, si no fuera porque la manga de la camisa impedía que parte de aquel humo se colara en sus pulmones, era muy posible que ya se hubiera desmayado. El calor le abrasaba la piel y cada bocanada de aire era un cuchillo que le arañaba la garganta.

La puerta estaba abierta. La luz del amanecer entraba por las ventanas, aunque sucia y empolvada por el humo del incendio, tiñendo la estancia de un tono cobrizo que le recordó, absurdamente, al color del cabello de Clara cuando el sol de Newport le arrancaba destellos dorados.

Avanzó como pudo, medio a ciegas. A un lado el archivo, al otro el despacho del presidente. Fue hasta este último. No usó la manilla, que podía estar ardiendo; le dio una patada y la puerta se abrió de par en par.

Si el señor Norton hubiera querido habría acabado con él allí mismo, porque Thomas solo tenía ojos para Clara.

La muchacha estaba tirada en el suelo, con los tobillos y las muñecas atadas. Su vestido negro de hollín, el cabello aleonado, las mejillas manchadas de ceniza, pero nunca la había visto tan bella. Quizá porque en aquel momento comprendió, con una claridad que solo conceden los instantes en que la vida se juega a una sola carta, que no había nada en el mundo que pudiera importarle más que aquella mujer tendida entre los escombros.

—¡Clara! —no lo dudó y se lanzó hacia ella.

Clara lo vio aparecer de entre la espesa nube de humo. Creyó que era una ilusión. Decían que en los momentos finales de una vida se presentaban ante el moribundo todos sus deseos, y Tom

Pinckerville era el mayor de ellos. El más imposible. El que había intentado apartar de su mente durante semanas, diciéndose que un hombre así no era para una mujer como ella, que su mundo y el de él estaban separados por un océano que no se podía cruzar dos veces.

Clara le sonrió, tosió y volvió a sonreírle. Al menos se llevaría aquella imagen al otro lado, la imagen de lo que pudo ser y un malvado les arrebató. La imagen de unos ojos verdes que la miraban como si ella fuera lo único que existía en un edificio que se derrumbaba.

—¡Clara! —sintió cómo la zarandeaban y su cabeza, poco a poco, fue recobrando la conciencia.

—¿Thomas? —su voz fue un hilo, apenas un suspiro, pero bastó para que él comprendiera que seguía viva, que aún estaba allí, que no la había perdido.

Él la abrazó. Le besó el cabello, las manos, y la apretó contra su pecho con una fuerza que habría asustado a cualquiera menos a ella. La había dado por perdida, y quizá el haberse lanzado a un incendio descontrolado no era otra cosa que un deseo inconsciente de partir con ella, porque una vida sin Clara Van Alen se le antojaba más inhóspita que el infierno que los rodeaba.

Tom también tosió. Se tapó de nuevo la boca y la nariz, se hurgó en el bolsillo y extrajo una navaja plegable. Con ella rompió los cordones que atenazaban sus extremidades, aunque Clara estaba demasiado débil, demasiado intoxicada con aquel humo como para mantenerse en pie.

—Lo siento, lo siento —le suplicó él, abrazándola, apretando su frente contra la de ella, intentando controlar las lágrimas, las imposibles lágrimas de un hombre duro que habían acudido a sus ojos sin pedir permiso—. Nunca debí permitirlo. Nunca debí dejarte sola.

Ella logró enfocarlo. Aquellos ojos verdosos que la habían desconcertado desde la primera vez que los vio, que la habían retado y acariciado y desnudado y protegido, ahora estaban brillantes, húmedos, y Clara comprendió que un hombre como Thomas Pinckerville no lloraba dos veces en la vida.

—Ha merecido la pena —dijo ella.

Volvió a besarle las mejillas, que dejaron un rastro de negrura en sus labios. Él no comprendía a qué se refería. Nada de aquello podía merecer la pena. Ni el miedo, ni el humo, ni la certeza de que pudo haberla perdido para siempre.

—Perderte nunca puede merecer la pena —contestó con la voz quebrada.

Aún estaba mareada, y él pensó que no sabía lo que decía, que la intoxicación la había confundido. Pero Clara Van Alen siempre sabía lo que decía. Incluso cuando el mundo se le caía encima.

—Ha merecido la pena —repitió, y una sonrisa débil pero luminosa se formó en sus labios resecos— porque al fin me has besado.

Él no pudo contenerse. El edificio se les podía venir encima de un momento a otro, las vigas crujían sobre sus cabezas como los huesos de un gigante agonizante, pero tenía que besarla. No podía salir de allí sin besarla. Quizá no pudiera salir de allí en absoluto, pero moriría con el sabor de sus labios si el destino así lo decidía.

Le tomó el rostro entre las manos y se sumergió en sus labios. Estaban resecos por el calor del fuego, agrietados por el humo, pero le parecieron lo más delicioso a lo que jamás se había enfrentado, más que aquel primer beso robado que le había quitado el sueño durante semanas, más que todos los besos que había imaginado en las noches insomnes pensando en ella. Clara reaccionó abrazándose a su cuello, degustando quizá el último beso, el definitivo, el que nadie podría arrebatarles porque ambos habían elegido dárselo al borde del abismo.

Todo aquello dejó de importar: el incendio, la vida y la suerte. Estaban juntos y eso era lo que contaba. Lo único que siempre había contado, aunque ninguno de los dos hubiera sido lo bastante valiente para reconocerlo hasta aquel instante.

—El maldito inglés.

La voz helada, muy distinta de todo lo que los envolvía, estaba llena de rencor. Un rencor viejo, espeso, fermentado durante años en el silencio de quien espera su momento con la paciencia de un cazador. Thomas se volvió para enfrentarse a quien ya esperaba.

—Norton.

El villano arqueó una ceja. Tenía el rostro cubierto de hollín, pero sus ojos brillaban con la lucidez helada de un hombre que ha decidido que todo arda, incluido él mismo, con tal de que los demás ardan primero.

—¿No se sorprende?

—Sabía que usted estaba detrás de esto. Solo me ha faltado conocer las razones.

Una sonrisa maléfica se formó en sus labios, y Thomas pensó que los hombres como Norton no sonreían; exhibían los dientes, como los lobos.

—La señorita Van Alen se las contaría encantada si no le quedaran unos minutos de vida —su mirada se deslizó hacia Clara con el desprecio de quien mira un objeto que ya no le pertenece—, igual que a usted.

¿De dónde vendría? Supuso que de terminar de rematar su obra. Para incendiar un edificio como aquel en tan poco tiempo habría necesitado muchos puntos de ignición y muchos galones de queroseno. Su mente trabajaba a toda velocidad. Necesitaba poner a Clara a salvo; lo demás no importaba. Señaló la puerta con un gesto que intentó parecer despreocupado.

—Norton, dudo que pueda salir por la puerta del personal. Aquello es un infierno y la policía lo espera.

El golpe no causó ningún efecto en el rostro del villano. Ni siquiera parpadeó.

—¿Y quién le dice que haya solo una salida? —de nuevo aquella sonrisa desquiciada, la sonrisa de un hombre que lo ha calculado todo excepto el precio que pagará por su obsesión—. Un director de banco puede actuar en muchos frentes.

Lanzarle la navaja era demasiado arriesgado. Empuñaba una pistola que dispararía sin dudarlo ante un movimiento brusco, y Clara estaba entre sus brazos, débil, apenas consciente de lo que sucedía a su alrededor. Tom intentó pensar. Pensar. Pero era difícil pensar con claridad cuando la mujer que amaba estaba a un disparo de desaparecer.

—El edificio se vendrá abajo antes de que pueda salir sin mi ayuda, Norton.

—Lo dudo —lo apuntó despacio, con la frialdad de un hombre que ha ensayado aquel momento mil veces frente al espejo—. Había pensado que la trágica muerte de la heredera y de su prometido era suficientemente dramático, pero sumar a su amante será espectacular —hizo una pausa en la que pareció saborear cada sílaba—. Los periódicos hablarán durante meses.

Tom tardó en comprender a qué se había referido, pero siguió la mirada de Norton y descubrió más allá, envuelto en un charco de sangre, el cuerpo tirado e inmóvil de Ronald Vandelay. Un escalofrío le recorrió la espalda. Una venganza. Ese era el motor de todo aquello, un motor terrible e imparable que siempre terminaba por destruir a quien lo ponía en marcha. Tom lo sabía. Lo había visto en otros hombres, en otros casos, en aquella interminable cadena de seres que creían que el dolor ajeno podía aliviar el propio.

Intentó dialogar. Necesitaba tiempo. Un minuto, quizá dos, mientras pensaba en una salida que no existía.

—Déjela marcharse —le imploró, y no le importó que su voz sonara suplicante, porque ya no le importaba nada que no fuera ella —. Ya ha causado suficiente dolor.

El rostro de Norton no se inmutó.

—El dolor nunca es suficiente, señor Pinckerville. Eso debería saberlo alguien de su oficio.

—Se lo ruego —tenía que salvarla, aunque fuera lo último que hiciera en su vida—. Se lo suplico.

La pistola se ajustó en su mano y el dedo presionó un poco más el gatillo. Un sonido metálico, apenas perceptible bajo el rugido de las llamas, que a Thomas le pareció el más aterrador que había escuchado jamás.

—Adiós, señor Pinckerville —dijo sentencioso, y había en su voz la satisfacción helada de quien va a concluir una obra maestra.

—¿A cuál de los dos se refiere? —se escuchó una voz muy cerca.

La mirada de incomprensión de Norton duró solo un instante, ese instante de asombro que les sucedía a todos cuando descubrían

a dos hombres idénticos. Pero esta vez había algo más: un segundo Pinckerville estaba a su lado, justo a su derecha, y sostenía en la mano un trozo aún humeante de madera, con la misma sonrisa canalla que Clara había aprendido a distinguir de la otra, la seria, la verdadera, la que solo pertenecía a Tom.

No le dio tiempo a encañonarlo. Elliot ya contaba con el consabido asombro que empezaba a cansarlo. El golpe fue certero. En la sien, ni muy atrás ni muy adelante, en el lugar justo para dejarlo inconsciente. Norton se desplomó como un títere al que le hubieran cortado los hilos y la pistola resbaló de su mano para perderse entre los escombros.

—¡¿Qué diantres haces aquí?! —lo amonestó Tom, aunque en su voz había más gratitud que reproche—. Esto se va a derrumbar de un momento a otro.

—De nada —dijo Elliot con su habitual cinismo, sacudiéndose el hollín de la manga con la elegancia de quien se quita una mota de polvo en un salón de baile—. Y ahora será mejor que nos vayamos o no lo contaremos. Lo cual sería una lástima, porque esta historia mejorará mucho con cada repetición.

Pese a todo, Tom no pudo evitar que una sonrisa débil se formara en sus labios. Su hermano era un crápula irredento, un inconsciente que no debería estar allí, pero acababa de salvarles la vida con el mismo desparpajo con que pedía una segunda copa de champán.

Aquellos minutos —¿quizá el beso?— habían logrado que Clara se recuperara lo justo como para ponerse en pie y poder caminar, aunque se aferró al brazo de Tom con una fuerza que desmintió la debilidad de su cuerpo.

—¿Podrás aguantar unos minutos más? —le dijo Tom, analizando sus ojos para ver cómo estaba. Aquellos ojos que lo habían retado en una biblioteca, que lo habían buscado en un baile, que lo habían mirado desde un balcón con la claridad de quien sabe que el amor y la honestidad son la misma cosa.

Ella asintió, y en aquel gesto había más coraje del que Tom había visto en hombres entrenados para la guerra.

Se agachó para comprobar el estado de Ronald. Estaba tirado en el suelo, al otro lado del despacho, y Tom se maldijo por no haberlo visto antes. A su alrededor un reguero de sangre y un claro impacto de bala en el pecho, muy bajo como para haber dado en el corazón, pero suficientemente alto como para haber causado mucho daño. Le palmeó la cara. Estaba medio inconsciente, con el rostro del color de la cera y los labios entreabiertos.

Ronald Vandelay, el prometido de la mujer que amaba, el hombre perfecto. Su único rival. Pero Tom supo, con la lucidez que conceden los momentos extremos, que no podía dejarlo morir. No por él, ni siquiera por Clara, sino porque había una línea que un hombre decente no cruzaba, y abandonar a un herido en un edificio en llamas estaba al otro lado de esa línea.

Con suerte podrían lograr que caminara mientras él y Elliot lo ayudaban. Tenían muy poco tiempo. Muy poco.

No hizo falta pedir la ayuda. Su hermano ya estaba a su lado y entre los dos lograron ponerlo en pie. Era urgente que lo viera un médico cuanto antes o si no… Casi rio al pensarlo. Estaban condenados los cuatro si no salían enseguida.

Lograron avanzar hasta la puerta y atravesaron la sala de las secretarias hasta salir al vestíbulo de la escalera. Clara delante, aún tambaleante, pero con la fuerza de una mujer que se había criado entre algodones y había descubierto que debajo del algodón había acero.

A su alrededor todo eran llamas y humo. El edificio se tambaleaba y el sonido llegaba a ser atronador, como si camparan en el interior de una tormenta. Las vigas gemían, los cristales estallaban y una lluvia de brasas caía desde el techo como estrellas moribundas.

Tom solo tenía ojos para ella. Quería abrazarla, tomarla entre sus brazos y sacarla de allí. Necesitaba saber que estaría a salvo a cualquier precio, que aquello había merecido la pena, que todo lo que había hecho desde que pisó Nueva York —las mentiras, las máscaras, las noches en vela— tenía sentido porque la había llevado hasta aquel momento. Estaban a punto de alcanzar el primer escalón de descenso cuando una voz los detuvo.

—La última palabra la sigo teniendo yo.

Tom no lo pensó. Ni siquiera miró hacia el lugar del que procedía la voz, simplemente saltó sabiendo que una bala podría atravesarlo antes de impactar sobre el orondo cuerpo de Norton, que se había puesto en pie con la tenacidad feroz de un hombre que no acepta perder ni siquiera cuando ya ha perdido.

Como esperaba, sonó el disparo. El dolor le quemó el hombro izquierdo, un dolor agudo, insoportable, que le recorrió el brazo como una descarga eléctrica. No supo si había sido una bala u otro trozo de madera incandescente que lo había alcanzado. Lo que supo es que había impactado contra Norton y que ahora ambos estaban rodando contra el suelo, entre los escombros y las cenizas.

—¡Tom! —gritó Clara, aunque su voz sonó muy lejos y su preciosa silueta apenas se vislumbraba contra el humo. En aquella voz había un desgarro que no le había escuchado jamás, ni siquiera cuando descubrió que su padre podía ser asesinado, ni cuando fue incapaz de reaccionar ante un beso que era lo que más deseaba, ni cuando la decepcionó al descubrir que había dos señores Pinckerville.

Junto a él, Norton peleaba con todas sus fuerzas, aunque por suerte la pistola había desaparecido de nuevo entre los escombros. Solo les quedaban minutos, quizá segundos. Podía sentir el calor del suelo bajo su cuerpo, las llamas que empezaban a lamer las tablas donde ambos forcejeaban.

—¡Elliot! —gritó con todas sus fuerzas—. Sácala de aquí. Sácalos de aquí.

—Pero… —intentó decir su hermano, y por primera vez en su vida la voz del frívolo, del que siempre tenía un chascarrillo en los labios, tembló.

—Por lo que más quieras —un puñetazo en el estómago lo obligó a doblarse, pero Tom volvió a agarrar a Norton por las solapas —. Salva a la mujer que amo.

Fueron las palabras más sinceras que había pronunciado en toda su vida. Más que cualquier informe, más que cualquier confesión susurrada en la penumbra de una biblioteca. Porque Tom Pinckerville, el serio, el que llevaba años escondiéndose detrás de su

hermano, el que había aprendido a no mostrar lo que sentía porque las emociones eran un lujo que un hombre de su oficio no podía permitirse, acababa de gritar su amor en medio de un incendio, y no le importó que lo oyera Norton, ni Elliot, ni el mundo entero.

Y solo pudo ver a Clara llorando e intentando alcanzarlo, con los brazos extendidos hacia él, con una desesperación que no le conocía, antes de que el suelo se abriera y él desapareciera entre los escombros.

Lo último que pensó, mientras caía y el calor lo envolvía y la oscuridad se cerraba a su alrededor, fue que había merecido la pena. Todo. Cada segundo. Cada mentira piadosa y cada verdad dolorosa. Porque al fin la había besado, y porque ella le había sonreído entre las cenizas, y porque en aquellos ojos que lo habían retado, y admirado, y amado, había visto la certeza de que lo que existía entre ambos era real.

Eso no lo borraba ningún silencio. Ni siquiera las llamas.

CAPÍTULO 47

Dos semanas más tarde.

El señor Van Alen asomó la cabeza por la ventanilla del carruaje.

—Más despacio, por favor —le indicó al cochero—. Hoy quiero disfrutar de esta mañana de sol.

Este asintió y disminuyó el trote de los caballos. Portsmouth en otoño, y a poco más de una hora de Newport, era una delicia, y aquella mañana estaba dispuesto a disfrutarlo.

Se recostó en el carruaje. Hacía mucho tiempo que aquella sonrisa fácil no aparecía en sus labios, y no solo por el incendio, no, sino desde mucho antes, quizá años, y ni siquiera se había percatado de cuándo la perdió. Era curioso cómo la vida iba despojando a un hombre de las cosas pequeñas sin que este lo advirtiera, hasta que un día se miraba al espejo y no reconocía al que le devolvía la mirada.

Resultaba extraño que sintiera aquel alivio en el pecho cuando los diarios no dejaban de escribir sobre la tragedia y daban por supuesto que la pérdida del espléndido edificio de su banco había supuesto un golpe nefasto para la familia. Desde luego no era algo agradable, pero los seguros soportarían gran parte del peso de la reconstrucción y el negocio había tomado un nuevo impulso desde lo del incendio. Había algo, decía un viejo socio, profundamente humano en la compasión que despertaba una desgracia.

Una mariposa entró en el cubículo del carruaje. El señor Van Alen se la quedó mirando hasta que esta se posó, tambaleante, en su rodilla. La observó con la curiosidad con que un niño observa un prodigio. Tenía las alas negras y naranjas, de un color tan vivo que parecía haber iluminado el interior de la carroza. Sonrió. Su abuela decía que las mariposas eran mensajeras del más allá y que cuando

una se acercaba era porque alguno de tus antepasados había alcanzado la paz. La dejó allí, sin tocarla, temeroso de que el menor movimiento la espantara, y se sumergió de nuevo en sus pensamientos con los ojos cerrados.

Recordar el día aciago del incendio aún le resultaba doloroso.

Desde que Thomas Pinckerville accedió al edificio hasta que su hermano salió de él sosteniendo a duras penas a Ronald y ayudando a su adorada Clara a caminar, habían pasado dos semanas. Dos semanas en las que habían sucedido muchas cosas, tantas que le parecía que la vida entera se había comprimido en ese puñado de días.

Aún recordaba los gritos desesperados de su hija llamando a Thomas, intentando atravesar las llamas para buscarlo. Aún veía nítido el rostro lívido de Elliot, a quien había conocido —no estaba seguro— aquella misma noche. Mantenía las mandíbulas apretadas y pocas veces había visto de manera tan clara la desesperación y el dolor en el rostro de un hombre. Había algo en aquellos ojos que iba más allá del miedo: era la certeza atroz de que la persona a la que más quería, su hermano, estaba al otro lado del fuego y él no podía hacer nada por alcanzarla.

Los servicios médicos, que ya estaban allí, se hicieron cargo de Ronald de inmediato. Malherido y medio desangrado, fue llevado al hospital con su vida pendiente de un hilo. Clara no se separó de al lado de su padre ni un instante, y él mismo tuvo que obligarla a que bebiera agua y se sentara antes de que se desplomara.

Aquella mañana los periódicos pararon las rotativas y no hubo edición matutina. Tal y como Ronald le había hecho llegar en aquella nota enviada a la cena de Newport, la noticia que contarían en los titulares era condenatoria del señor Van Alen. Decían que él estaba detrás del asesinato de tres ricos banqueros por su codicia, hablaban de la mina, contaban lo de una supuesta estafa a los socios del banco. Los hechos, el incendio, la actuación del señor Norton, habían cambiado aquella percepción y nadie se atrevió a sacar un titular como aquel.

La verdad llegó un par de días después, cuando se tomaron declaraciones, se comprobaron los hechos y cada una de las cosas

que Clara contó a la policía resultaron ser ciertas.

Sí, Lionel Norton era el descendiente de una vieja estirpe de mineros alemanes que habían adaptado su apellido a aquel nuevo país lleno de oportunidades. Sí, su familia había sido propietaria de una mina en la Baja California, muy deficitaria, y su abuelo la vendió a buen precio a la compañía conformada por Van Alen, Clariton, Barrow y Johanneson. Sí, su abuelo dilapidó la fortuna y su padre se quitó la vida envuelto en la desesperación, aunque se habló de una enfermedad mental. Por supuesto que el hombre que había fallecido quemado en el Bellevue Hospital no era Norton y sí lo era el que encontraron muerto entre los escombros de la Banca Van Alen.

Aquello dio pie a seguir el rastro del dinero, a descubrir las pequeñas transferencias no solo a una cuenta a nombre de Ronald Vandelay, sino del propio Norton, a desmontar cada peldaño de la trama que este pretendía colocar bajo la responsabilidad de los Van Alen.

Si los periódicos no hubieran parado las rotativas aquella mañana aciaga, los Van Alen habrían sido retratados como unos villanos que debían ser juzgados y expulsados de la sociedad. Pero lo que hizo Lionel Norton, el acto que pretendía condenarlos para siempre, los convirtió en una familia heroica, en el ejemplo de una estirpe que había antepuesto el amor a los suyos a todo lo demás, y la imagen del señor Van Alen abrazando a su hija y dando gracias a Dios delante de su imperio arrasado por las llamas fue lo que ocupó las portadas de la tarde.

—Señor, hemos llegado.

Salió de sus pensamientos y miró por la ventanilla del carruaje. El paisaje era soberbio y la dorada luz otoñal lo envolvía todo con esa calidez amable de las tardes que se resisten a morir. Le picaron los ojos y se limpió la humedad con un dedo enguantado. Hacía mucho, mucho tiempo que debía haber hecho aquello. Quizá fuera tarde. Seguramente era tarde, pero la vida le había enseñado que siempre hay una oportunidad más, y quizá aquella…

Bajó del carruaje y tomó el sendero.

La casa, una edificación rústica, grande y bien cuidada, estaba a unos cincuenta metros de distancia. Tenía bonitas ventanas

pintadas de un verde reluciente y al otro lado se veían visillos de encaje. Un huerto ordenado se extendía a la izquierda y un par de gallinas picoteaban con descaro en el sendero, ajenas al visitante. Había algo en aquel lugar que desprendía una serenidad que las mansiones de Newport jamás habían logrado, como si la felicidad no necesitara de mármoles ni de lámparas de araña para habitar un sitio.

Estaba nervioso, debía reconocerlo, y el corazón parecía un joven maleducado que se empeñaba en estar agitado. Aceleró el paso ayudado por el bastón sobre el terreno inestable del camino de tierra. ¿Cuántas veces había imaginado aquel momento en los últimos treinta años? ¿Cuántas veces había tomado la pluma para escribirle y la había dejado de nuevo en el tintero porque no encontraba las palabras, o porque las palabras le parecían un insulto después de tanto silencio?

Fue entonces cuando la puerta de la casa se abrió y por ella apareció una mujer que se secaba las manos en su delantal. El señor Van Alen vio cómo se llevaba una de ellas a la frente a modo de parasol para que la luz no la deslumbrara, cómo aquella misma mano caía pesadamente a un lado y cómo comenzaba a caminar hacia él con pasos que fueron lentos al principio y después se aceleraron, como si los pies hubieran comprendido antes que la cabeza lo que estaba sucediendo.

Tenía el mismo temple sereno y elegante que la última vez que la había visto, hacía tantos años que fue como una revelación, porque no lo había olvidado. Eran los mismos ojos ambarinos de su padre, los que Clara había heredado sin saberlo, los que Phil mantenía cuando se ponía serio. Los ojos de los Van Alen, que no perdonaban el paso del tiempo, pero tampoco permitían que este los apagara.

Apretó los puños. Se preguntó una vez más si aquello era una buena idea y se convenció de nuevo de que, si era despachado de malas maneras, sería una nueva lección y se lo habría merecido.

Su hermana Philippa, la mujer diez años mayor que caminaba hacia él, había sido expulsada de la sociedad y de su casa por haberse enamorado del hombre inadecuado. Un simple agricultor

que conoció en una feria de ganado donde la alta sociedad acudía a entretenerse mientras las transacciones las hacían sus administradores y hombres de confianza. Los Van Alen intentaron convencerla de que aquel amor era del todo impropio y más tarde le exigieron que dejara de verlo. Philippa no solo no lo hizo, sino que se fugó con él y se casaron en secreto en Hoboken, al otro lado del Hudson.

Aquello fue un escándalo de tal magnitud en la buena sociedad que los Van Alen estuvieron a punto de ser expulsados de ella. Solo se les permitió seguir frecuentándola porque cortaron quirúrgicamente cualquier relación con Philippa y con su marido en adelante.

Los miembros de la familia tenían prohibido verla, visitarla, escribirle e incluso referirse a ella, como si nunca hubiera existido. Él mismo tuvo que hacerse a la idea de que jamás había tenido una hermana, y cuando nació Clara su propia madre se encargó de inculcar en su esposa, en Pamela, la idea urgente de educarla para que aquella mala sangre que corría por sus venas no se manifestara: un matrimonio concertado cuanto antes, de una familia impoluta, y una instrucción donde el amor fuera un absurdo mito de artistas y aventureros.

Y él lo había aceptado. Eso era lo que más le dolía. No había protestado, no había levantado la voz, no había buscado a Philippa en secreto cuando bien podría haberlo hecho, porque un hermano que ama de verdad encuentra la manera. Se había limitado a obedecer, a mirar hacia otro lado, a construir su fortuna y su prestigio sobre los cimientos del silencio de una mujer que solo había cometido el pecado de amar a quien le daba la gana.

Y ahora estaba allí, con cincuenta años y un bastón, caminando por un sendero de tierra como un anciano arrepentido al que le había hecho falta que le quemaran el banco, que casi le mataran a su hija y que la vida entera se le desmoronara para comprender que había cometido la peor de las cobardías.

Philippa había envejecido, quizá tanto como él. ¿Qué edad tendría? Cercana a los sesenta y tantos, y una vida en el campo, que solía dejar sus huellas sobre la piel. Sin embargo, no había rastros

de infelicidad en su rostro. Muy al contrario, las expresivas arrugas que marca una risa constante contorneaban sus ojos y su boca, y el brillo de su mirada, su expresividad, decían que la vida había sido generosa con ella a pesar de que su familia le había dado la espalda.

Aquello lo desarmó por completo. Había esperado encontrar amargura, resentimiento, la huella de una vida truncada por la injusticia. Pero lo que vio fue a una mujer que había sido feliz sin ellos. Sin él. Y eso, curiosamente, dolía más que cualquier reproche.

Cuando apenas estaban a un par de metros el uno del otro, Philippa se detuvo y él hizo otro tanto. Se quedaron mirándose, quizá analizándose, quizá buscando en el rostro del otro los restos de lo que fueron. La idea de que aquella ocurrencia no había sido sensata volvió a su mente. Si le ordenaba marcharse por donde había venido, sería justo. Si le cerraba la puerta en la cara, sería comprensible. Si le decía todo lo que él merecía escuchar…

—James —dijo su hermana.

Y el simple hecho de oír su nombre en sus labios, pronunciado con aquella voz que era la misma de cuando él tenía diez años y ella lo llamaba desde el jardín para merendar, hizo que algo se rompiera dentro de su pecho. No de la manera en que se rompen las cosas que se destruyen, sino de la manera en que se rompe un dique, cuando lo que hay detrás lleva demasiado tiempo contenido.

Le picaron los ojos. Se los apretó con los dedos y tragó saliva, pero era inútil, porque treinta años de silencio no cabían en un gesto decoroso.

—No estaba seguro de que esto fuera una buena idea —logró decir.

Philippa lo miró con aquellos ojos color ámbar que eran los de toda la familia. No había rencor en ellos, aunque él lo buscó, porque el rencor habría sido más fácil de soportar que lo que en realidad encontró: una ternura intacta, como si el tiempo no hubiera pasado por ella, como si la hermana mayor que lo adoraba siguiera allí, esperando, y siempre hubiera estado esperando.

—He aguardado treinta años este momento —contestó ella.

Él apretó la mandíbula y se miró los zapatos. Eran unos zapatos caros, impecablemente lustrados, absurdos sobre aquel camino de tierra. Se sintió ridículo con su carruaje, con sus guantes, con su bastón de plata. Se sintió pequeño delante de una mujer que había construido una vida entera con las manos, sin ayuda, sin apellido, sin nada de lo que a él le sobraba y a ella le habían arrebatado.

—Dime todo lo que tengas que decir —le pidió con la voz rota —. No te calles nada. He venido aquí dispuesto a escucharlo.

Philippa lo observó un instante. El viento movió un mechón canoso sobre su frente y ella se lo apartó con un gesto que a él se le antojó idéntico al que hacía de joven, cuando se sentaban en el porche de la vieja casa familiar y ella le contaba historias de piratas mientras él le acariciaba el pelo.

—He llenado cuarenta cuadernos con todo lo que quería decirte, James —confesó, y en sus labios se dibujó una sonrisa que llevaba dentro tanta pena como humor—. Cuarenta cuadernos de reproches, de preguntas sin respuesta y de cartas que nunca envié porque no sabía adónde mandarlas. Porque tú tampoco me buscaste.

Él no se defendió. No había defensa posible. Asintió con un leve movimiento de cabeza.

—No te busqué, no —admitió—. Fui un cobarde.

—Fuiste obediente —lo corrigió ella con suavidad—. Que no es lo mismo, aunque el resultado sea parecido.

Él miró alrededor. Sentía un nudo en la garganta. Tanto dolor, tanto tiempo malgastado.

—¿Y él? —casi le dolía decirlo? —¿Y tu marido? Me gustaría conocerlo.

Ella sonrió con tristeza.

—William ya no está con nosotros, James —dijo con firmeza —. Lo amé con todo mi corazón y no me arrepiento de nada. De nada. Solo lamento no haber estado velando a mis padres cuando se fueron y no haber formado parte de tu vida.

El señor Van Alen la miró como si la viera por primera vez. Quizá era así. Quizá durante treinta años había visto a una hermana

desdichada, una Philippa inventada por la culpa y la distancia, y ahora tenía delante a la mujer real: una mujer que no había necesitado que nadie la rescatara.

—¿Fue bueno contigo? —preguntó, y le sorprendió lo mucho que necesitaba saberlo.

Philippa sonrió. Fue una sonrisa amplia, sin reservas, y en ella se concentraron treinta años de amaneceres junto a un hombre que la había querido sin condiciones, de hijos criados entre trigales, de noches de tormenta en que el viento golpeaba los postigos y ellos se reían abrazados bajo las mantas porque no tenían nada que perder.

—Fue el mejor hombre que he conocido —contestó con sencillez—. Murió hace cuatro años. De fiebre, en invierno. Le dio tiempo a despedirse de nuestros hijos y de mí, y se fue dormido, con una sonrisa, como si toda su vida hubiera sido un regalo y estuviera agradecido por cada día.

Al señor Van Alen se le quebró algo por dentro que ya no pudo disimular. Las lágrimas corrieron por sus mejillas sin que hiciera nada por detenerlas, porque no lloraba solo por William, a quien no había conocido, ni por Philippa, que estaba allí delante, entera. Lloraba por él mismo, por el hermano que debería haber sido y no fue, por las navidades sin ella, por los bautizos de sus hijos a los que ella no acudió, por las cartas que nunca escribió y por todas las veces que su hija Clara le recordó a su hermana y él tuvo que apartar la mirada para que nadie viera lo que sentía.

—Perdóname —dijo, y la palabra sonó tan insuficiente que casi le dio vergüenza pronunciarla.

Philippa no respondió de inmediato. Lo miró durante un largo instante, y en aquel silencio cupo todo lo que no se habían dicho en tres décadas. Cuando al fin habló, su voz era suave pero firme, como la de alguien que ha tenido mucho tiempo para elegir sus palabras.

—No he esperado todos estos años un perdón, James —dijo —. He esperado simplemente volver a verte.

Él asintió, despacio, y cuando la miró a los ojos supo lo que tenía que decir. No lo que debía decir un caballero, no lo que se

esperaba de un Van Alen, sino lo que un hermano le dice a su hermana cuando por fin comprende que ella había hecho lo correcto.

—Tuviste razón, Philippa —dijo con la voz de quien lleva treinta años con esa palabra atascada en la garganta—. En todo. Tuviste razón sobre padre, sobre William, sobre la vida que elegiste. Y nosotros fuimos injustos.

Ella lo miró un instante más. Solo un instante. Después asintió.

—Y eso voy a hacer —dijo Philippa, contestándole a lo de antes, a lo de decir todo lo que quisiera—. Voy a decirte cada una de las cosas que llevo guardadas, y te aseguro que algunas te van a doler.

Él se preparó para ello. Lo merecía.

—Pero antes —y entonces Philippa extendió los brazos y le abrió su pecho, y en aquel gesto estaba la niña que lo perseguía por los pasillos de la vieja casa, la adolescente que lo defendía de las riñas de su padre, la mujer que le había prometido que se lo llevaría a vivir junto a un lago donde podría hacer lo que le viniera en gana —. Ven aquí, mi niño —le dijo, como cuando él era su hermano adorado—. Te he echado mucho de menos.

El señor Van Alen dio un paso. Después otro. Y se dejó abrazar por su hermana como no lo había hecho desde que era un muchacho, con la cara hundida en su hombro, con las manos aferradas a su espalda, con un sollozo ahogado que no podía controlar y que no intentó controlar porque ya estaba harto de controlarlo todo, de medir cada gesto, de vivir encerrado en el corsé de lo que se esperaba de él.

Philippa le acarició el pelo, como hacía cuando era pequeño y tenía miedo de los truenos.

—Ya está —le susurró—. Ya está, James.

Pero él no podía parar. Treinta años de represión no se detienen con un susurro. Lloró por su hermana, por sus sobrinos a los que no conocía, por Clara, que se había pasado la vida escuchando que no debía parecerse a su tía cuando lo mejor que podía haber hecho era exactamente eso. Lloró por Pamela, a quien había convertido en carcelera de su propia hija sin que ella lo

supiera. Y lloró por él, por el hombre que podría haber sido si hubiera tenido la mitad del coraje de su hermana, de su hija.

Estuvieron así un largo rato, en medio de aquel sendero, bajo la luz dorada de un otoño que tenía el color de las segundas oportunidades. El cochero, que los observaba desde el pescante, se quitó el sombrero y miró hacia otro lado con la discreción de quien sabe que hay momentos que no le pertenecen.

Cuando al fin se separaron, el señor Van Alen se quitó los guantes y se secó la cara con las manos desnudas. Era la primera vez en años que hacía algo sin guantes y el contacto de su propia piel sobre sus mejillas le pareció extraordinariamente revelador, como si hasta entonces hubiera vivido con una capa de protección entre él y el mundo.

Philippa se secó los ojos con el delantal y soltó una risa breve que contenía tanta emoción como sus lágrimas.

—Mira lo feo que te pones cuando lloras —le dijo.

Él se rio por primera vez en muchos días. Una risa húmeda, rota, que le salió del estómago como un espasmo.

—Siempre lo fui.

—Eso no es cierto —asintió ella, y le pasó el brazo por la cintura—. Ven dentro. Voy a hacerte un té que es una vergüenza comparado con lo que sirven en tus salones, pero tiene la ventaja de que lo hago yo.

Él no se movió. La miró con una seriedad que le nacía del alma.

—Tengo una hija, Philippa —le dijo—. Se llama Clara. Y es exactamente igual que tú.

Los ojos de su hermana se llenaron de lágrimas, pero las contuvo con esa dignidad que a él siempre le había parecido insoportablemente elegante.

—Lo sé —susurró—. He leído sobre ella en los periódicos. Cada vez que encontraba su nombre recortaba el artículo y lo guardaba.

El señor Van Alen sintió que la garganta se le cerraba de nuevo.

—Quiere conocerte. Fue ella quien me pidió que viniera.

Philippa abrió la boca para contestar, pero no dijo nada. Se la cerró con una mano temblorosa y apartó la mirada hacia los campos que se extendían al otro lado de la cerca, dorados por la luz de aquella mañana de octubre.

—Pues tráemela —logró decir al fin, con la voz quebrada—. Tráemela y dile que su tía hace el peor té de Rhode Island, pero que tiene un huerto del que puede comer lo que quiera y dos nietos que se mueren por conocer a su prima.

Él asintió. No pudo decir nada más.

Caminaron juntos hacia la casa. El bastón de él golpeaba la tierra a un ritmo que se acoplaba a los pasos de ella, y entre ambos se fue instalando un silencio que no necesitaba ser llenado, porque era el silencio de las cosas que por fin vuelven a su sitio.

La mariposa, la de las alas negras y naranjas, salió del carruaje y revoloteó un instante sobre ellos antes de perderse en la claridad de la mañana. El señor Van Alen la siguió con la mirada hasta que desapareció y, por primera vez en treinta años, sintió que estaba en el lugar correcto, en el momento correcto.

CAPÍTULO 48

Cuando abrió los ojos, de lo único que fue consciente fue de un tremendo dolor de cabeza. Quiso llevarse la mano a la sien, pero le pesaban tanto los brazos que desistió del intento.

Un techo blanco y reluciente ocupaba todo su campo de visión. Eso le dijo que estaba tumbado y dentro de un edificio, ¿o sería el cielo? Quizá el infierno, un lugar más adecuado para Thomas Pinckerville, vizconde de Davenham.

Con un enorme esfuerzo consiguió mover la cabeza. Unos visillos blancos cubrían las ventanas, de ahí esa luz nítida, casi sobrenatural, que lo envolvía todo. Había un carrito metálico con frascos, algunas gasas y lo que parecía un bote de cristal con tintura de yodo. El olor fue lo siguiente que despertó: desinfectante, ese aroma penetrante y hostil que solo podía significar una cosa, lo que le llevó a la conclusión de que estaba en un hospital.

Tom cerró de nuevo los ojos e intentó recordar. Lo último que acudía a su memoria era cómo el suelo se hundía bajo sus pies y cómo se precipitaba varios metros abajo, entre cascotes, maderas encendidas y un fuego que cada vez estaba más furioso. Aquella caída debió ser mortal, así que… ¿cómo diantres estaba vivo?

Poco más recordaba. Seguramente había perdido la conciencia y… ¡Clara!

Su cabeza se llenó de Clara, de la urgencia de Clara, del beso de Clara, del amor de Clara. Lo que hasta hacía un instante creía imposible se produjo: se incorporó, se sentó en la cama con un solo impulso y abrió los ojos de par en par.

—¡Clara!

A su lado, acurrucada en una butaca, Clara despertó de aquella cabezada, abrió los ojos y su rostro soñoliento se transformó

en una sonrisa de felicidad.

—¡Tom!

Se tiró hacia él y, pese a que el envite del cuerpo femenino le molió las rotas costillas, tuvo conciencia de que aquel era el momento más dichoso de su vida. La muchacha lo abrazó, le acarició el cabello y se lo separó de la frente, le besó las mejillas y lloró como una niña para después reírse a carcajadas.

Cuando todas aquellas manifestaciones lograron ser controladas, se lo quedó mirando, fijamente, muy seria, contenida… y le dio una bofetada. Tom se llevó una mano a la mejilla, aturdido.

—Pero… ¿por qué?

La mirada de ella, aviesa.

—Si vuelves a intentar morirte, te las tendrás que ver conmigo.

No intentó discutir, pues no era aquella su intención, así que, cuando ella volvió a sonreír, volvió a llorar y de nuevo lo abrazó, ya se le había olvidado el dolor.

Por un instante pensó si todo aquello era real. Hacía tiempo que había comprendido que se había enamorado de aquella mujer la primera vez que la vio, mirando la carta muy concentrada en el restaurante Delmonico's. Ella no se percató. Más tarde se enteraría de que estaba muy enfadada porque su prometido la había dejado abandonada una vez más. Tom recordó que, al verla por primera vez y saber que cumplía cada punto de la descripción que Elliot le había hecho de ella, tuvo que detenerse y respirar. Había algo en ella, en su aspecto, en su actitud, en su presencia, que lo dejó sin habla. No fue fácil sentarse a su espalda y no mirarla. Sus ojos solo querían enfrentarse a los de ella, su cuerpo demandaba otro contacto.

A partir de ahí, la misión había sido un suplicio entre el deseo, el amor que sentía por una casi desconocida y la obligación de mantenerse imparcial. Quizá por eso había pedido a Elliot que ocupara su lugar tantas veces como le fuera posible. Quizá por eso se había arriesgado a que su imprevisible hermano fuera el invitado de los Van Alen la mayor parte del tiempo. Porque cada minuto con ella era una prueba de resistencia que amenazaba con

desmoronarlo, y Tom Pinckerville era muchas cosas, pero no un hombre capaz de fingir lo que sentía mirándola a los ojos.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Dos semanas. —Le acarició el rostro—. Catorce largos días en los que no sabíamos si aguantarías. Tienes cuatro costillas rotas y una bala te atravesó el hombro, eso por no contar las magulladuras y la contusión.

De repente, algo acudió a su cabeza. Se separó un instante, pese a que estar entre sus brazos era lo mejor del mundo.

—¿Ronald está…? —No terminó la frase.

Ella arregló el embozo de la cama.

—Ayer le dieron el alta. Está bien. La bala salió tal y como entró. Estará dolorido por una temporada, pero se ha salvado. Al parecer, era cierto que no tuvo nada que ver con los asuntos del señor Norton.

Recordarlo eclipsó levemente su buen humor.

—Entonces vuestro compromiso sigue adelante. —Su semblante se había descompuesto levemente, pero logró recuperarse.

Ella fue a contestar cuando la puerta se abrió y Elliot hizo su entrada triunfal portando un ramo de flores amarillas. Cuando lo vio despierto, su boca hizo una mueca cómica.

—Ni en el infierno te quieren, hermanito.

Tom sonrió y le señaló con un gesto que se acercara. Cuando estuvo a su lado, le dio un fuerte abrazo.

—¿Creías que te librarías de mí?

Los ojos de Elliot estaban brillantes, algo que alguien de su carácter no podía permitir, así que se apartó y se ajustó su elegante traje de mañana.

—Sabía que no tendría esa suerte. —También sonrió—. ¿Cómo estás?

—Como si una locomotora me hubiera pasado por encima.

Clara le apartó de nuevo el flequillo de la cara.

—Ahora tienes que descansar, comer y dejar de preocuparte. Nosotros lo haremos por ti.

Parecía que había cierta complicidad entre ellos, a pesar de lo mal que se habían llevado hasta ese momento. Los miró con la frente fruncida.

—¿Cómo diantres salí de allí?

Elliot se miró las uñas y se las frotó contra la solapa de su traje.

—Sería pura vanagloria decir que me arrojé al fuego, hurgué entre los escombros hasta dar contigo y luché contra toda contingencia para sacarte de entre todo aquel desastre.

Clara intervino.

—Tanto Elliot como Matthew Preston ayudaron a sacarte. Los bomberos hicieron un trabajo encomiable.

Tom sonrió. Aquella versión encajaba mejor en los hechos.

—¿Se encuentra bien el señor Preston?

Clara parecía feliz.

—Teniendo en cuenta que ha pedido matrimonio a mi Sophie, me atrevería a decir que de maravilla.

Aquellas eran muy buenas noticias: Sophie se casaba, Phil seguramente seguiría adelante con su compromiso, y Clara… bueno, ella misma le había dicho que Ronald se había salvado. Se atrevió a hacer la última pregunta.

—¿Y Norton?

Elliot se sentó al borde de la cama.

—Seis metros de caída y tuviste la suerte de impactar contra su cuerpo. En cierto modo, te salvó del golpe. —Le guiñó un ojo—. Podríamos decir que dio su vida para que tú te salvaras.

Aquello era una muestra cínica de cómo juega a veces el destino. Clara tosió y Elliot se dio por aludido. Se puso de pie.

—Será mejor que me vaya. —Miró su nuevo y flamante reloj de bolsillo—. Una señorita muy agradable y curiosamente rica me espera para comer. Me gusta América. Me estoy planteando mudarme definitivamente cuando todo esto termine. ¡Ah! —se volvió como si hubiera olvidado decir algo—. Y lamento haber hecho todo lo imposible para que te olvidaras de la señorita Van Alen —le guiñó un ojo—. He tenido la oportunidad de conocerla todos estos días y he de reconocer que tenías razón sobre…

—Mejor que te largues —le dijo su hermano, porque no quería que dijera aquellas palabras cuando ella y Ronald… Ronal y ella…

Elliot salió tras una edulcorada reverencia a Clara, pues la teatralidad debía estar siempre presente donde estuviera Elliot Pinckerville.

Cuando estuvieron de nuevo a solas, Tom le clavó la mirada. Clara estaba un poco más delgada y quizá luciera ojeras, pero su belleza estaba intacta. No supo qué decir y soltó lo primero que le vino a la cabeza.

—Ha sido una casualidad que estuvieras aquí justo en el momento en que he despertado.

Ella frunció el entrecejo y señaló la butaca.

—Llevo dos semanas ahí sentada. ¿Pensabas que me iba a separar de ti?

Él parpadeó, aún aturdido.

—Pero Ronald y tú… tú y Ronald…

Clara se cruzó de brazos. En sus ojos había una mezcla de burla y también de reto.

—Ya no hay nada entre él y yo. Hubiera sido imposible. Yo no soy la misma mujer que antes ni mi corazón es indiferente.

Tom tragó saliva y parpadeó.

—¿Eso quiere decir…?

—¿Lo dices tú o lo digo yo?

Él la miró fijamente. Quizá todo aquello fuera una broma. ¿No era el diablo un juguetón? ¿Y si estaba en el infierno? Decidió arriesgarse.

—Solo tengo dos objetivos en este momento, y no me salen de la cabeza.

Clara se sentó en la cama y le tocó la frente. Seguramente estaría agotado.

—¿Cuáles son?

Tom le tomó la mano y la atrajo hacia sí. Fue un gesto sencillo, casi imperceptible, pero la distancia entre ambos se derrumbó como esas paredes de ladrillo que se habían tragado la noche del incendio.

—Besarte y pedirte que te cases conmigo. —Antes de que ella contestara, alzó una mano para aclararse—. Pero tengo que advertirte que no tengo tanto dinero como tú ni un castillo en Escocia. Ahora puedes contestar. Sin miedo.

Clara se deshizo de su mano y lo evaluó. Había en su mirada la misma intensidad con la que él la había visto estudiar los libros de contabilidad en la sala de archivos del banco aquella mañana que parecía pertenecer a otra vida. Tom temió haberse sobrepasado e iba a pedir disculpas cuando ella al fin contestó.

—Lo de una boda es algo que debemos discutir —dijo muy seria, aunque la comisura de sus labios la delataba—, pero en cuanto al beso… señor Pinckerville, ha tardado demasiado en pedírmelo.

Y se arrojó a sus brazos, se fundió en su boca y disfrutó al fin de algo que deseaba desde hacía mucho tiempo.

Fue un beso lento, sincero, de esos que no se dan con prisa porque no hay necesidad de esconderse ni de fingir que no existe lo que existe. Él notó cómo los labios de Clara se amoldaban a los suyos, cómo su mano le acariciaba la nuca con una ternura que le arrancó un escalofrío, cómo todo el dolor y toda la incertidumbre de aquellas semanas se disolvían como una gota de miel en agua caliente.

Cuando al fin se separaron, apenas lo justo para respirar, Clara tenía los ojos brillantes y la sonrisa más hermosa que él hubiera visto jamás. Tom quiso decirle algo grandioso, algo memorable, algo digno de una escena que algún día les contarían a sus hijos, pero lo que salió de su boca fue:

—¿Puedo repetirlo?

Ella se rio, una risa franca, sin adornos, que a él le sonó como lo más parecido a la felicidad.

El beso tuvo una segunda oportunidad, esta vez más intenso, más salado, más cálido. Permanecieron unidos un rato que ninguno de los dos quiso medir. Ella, recostada junto a él, con cuidado de no rozar las costillas malheridas; él, con los dedos entrelazados en su cabello oscuro, preguntándose cómo era posible que la misma

cabeza que había albergado tantas dudas pudiera ahora estar tan apaciguada.

Fuera, el ruido de la ciudad se colaba por los visillos: el traqueteo de un carruaje, la voz de un vendedor ambulante, el silbato lejano de un barco en el puerto. Nueva York seguía su curso, ajena a lo que sucedía en aquella habitación de hospital donde dos personas habían decidido, sin orquesta ni discurso, que empezarían algo que no tenían garantizado.

A Clara el amor le había costado noches de insomnio, un compromiso roto, la verdad a medias de un hombre que fingía ser otro y el terror de verlo caer entre las llamas. Pero también le había enseñado que las cosas que merecen la pena nunca son gratis, y que lo que sentía por aquel hombre magullado y terco era, con diferencia, lo más valioso que había encontrado en su vida.

—Tom.

—¿Mmm?

—Sí me casaré contigo —dijo con la naturalidad de quien pide una segunda taza de té—. Pero el castillo en Escocia me lo compro yo.

Él sonrió, a pesar del dolor de las costillas, a pesar de las semanas perdidas, a pesar de todo.

—Eso es algo que debemos discutir.

—No —replicó ella con firmeza—. No lo es.

Y lo besó de nuevo, esta vez sin pedir permiso, porque había aprendido que algunas cosas no se piden: se toman, se celebran y se defienden con la terquedad de una mujer que sabe lo que quiere.

CAPÍTULO 49

Dos meses más tarde.

Thomas Pinckerville miró al frente e intentó no pensar.

No era sencillo. La iglesia estaba llena hasta los últimos bancos y el murmullo de los invitados formaba un rumor constante que se mezclaba con los acordes del organista, cuya tendencia a improvisar había sido puesta en cuestión por la señora Van Alen durante los ensayos al menos en tres ocasiones.

A su lado, Elliot se ajustó la solapa por cuarta vez y lanzó una mirada al techo, valorando quizá la adquisición de una propiedad.

—Estate quieto —le pidió Thomas sin mirarlo.

—Estoy quietísimo.

No lo estaba. Desde que habían llegado a la iglesia, su hermano no había dejado de moverse, de saludar con la mano a personas que no conocía y de hacer comentarios sobre la temperatura, la acústica del templo y la evidente necesidad de restaurar una de las vidrieras del lateral izquierdo, que, según él, presentaba una grieta imperdonable.

Thomas apretó las mandíbulas. Conocía a su hermano lo suficiente como para saber que los nervios lo volvían más locuaz de lo habitual, cosa que no era poco, y también sabía que nada de lo que le dijera serviría para calmarlo. Decidió ignorarlo y dejó que la mirada recorriera los bancos de la iglesia.

En la primera fila de la bancada derecha, Sebastian y Violet ocupaban sus asientos con la naturalidad de quienes han atravesado un océano solo para estar allí. Sebastian estaba impecable de frac y le dedicó a Thomas una inclinación de cabeza breve, casi militar, que contenía todo lo que dos hombres que se conocen desde la infancia necesitan decirse en un momento así. Violet, a su lado, tenía ese

brillo en los ojos que adquiría cuando algo le emocionaba y que intentaba disimular alisándose los guantes. No lo conseguía, pero a Sebastian parecía encantarle el esfuerzo.

Al otro lado del pasillo central, Trix Sinclair estaba sentada junto a Amelia Rourke. Había elegido un vestido de un azul tan profundo que parecía negro bajo la luz tenue de los cirios y que solo revelaba su verdadero color cuando un rayo de sol se filtraba por las vidrieras. Estaba serena. No con esa serenidad forzada que Thomas le había visto en alguna ocasión, sino con otra más sólida, más definitiva, la de quien ha tomado una decisión y no tiene intención de volver sobre ella. Cuando Phil entró en la iglesia con la señorita Lennon del brazo y ocupó un lugar unas filas más atrás, Trix no se giró. Amelia le buscó la mano. Trix se la apretó un instante y la soltó, dando a entender que no hacía falta.

Philippa Van Alen estaba sentada junto a su cuñada. Tenía el bastón apoyado contra el banco y los ojos ambarinos —esos ojos que Clara había heredado sin saberlo durante años— fijos al frente, con una expresión que no era exactamente emoción ni exactamente orgullo, sino algo más parecido a la constatación de que la vida, de vez en cuando, tiene la decencia de corregir sus propios errores. A su alrededor, sus dos hijos, con sus nueras y un par de nietos que no lograban mantenerse en el sitio, formaban un pequeño revuelo que ella ignoraba con la dignidad de quien ha sobrevivido a cosas mucho peores que unos niños inquietos.

La señora Van Alen supervisaba el conjunto desde su asiento con la concentración de quien dirige una maniobra de la que depende el honor de la familia. Ya había mandado corregir la posición de los ramos del altar por mediación de un lacayo al que había hecho señas tres veces, había enviado un recado al organista para que bajase el ímpetu —cosa que este no hizo— y había despachado a otro criado para que verificara que la carroza de Clara estaba en camino y no se había producido ningún contratiempo. Sophie, sentada en uno de los bancos laterales con Matthew a su lado, la observaba con la expresión de quien ha visto aquella función demasiadas veces para sorprenderse. Matthew le susurró algo al

oído y Sophie tuvo que morderse el labio para no reírse, aunque el brillo en sus ojos la delató.

Thomas tragó saliva. Debía reconocer que estaba nervioso, cosa que no le sucedía a menudo y que le resultaba casi humillante, teniendo en cuenta que había desarticulado redes financieras en tres países sin que le temblara el pulso. Y, sin embargo, allí estaba, esperando a que una mujer apareciera en el umbral de una iglesia, con las manos sudorosas y el corazón latiendo de una manera que le habría parecido ridícula si se lo hubieran descrito.

Elliot debió notarlo, porque bajó la voz.

—¿Estás bien?

—Perfectamente.

—Porque estás un poco pálido.

—He dicho que estoy perfectamente.

Su hermano alzó las manos en señal de rendición. Luego se llevó una al bolsillo del chaleco, palpó el estuche de los anillos y asintió para sí mismo. Thomas lo vio hacer aquel gesto y sintió un alivio fugaz que no duró lo bastante.

En ese instante, los últimos acordes del organista dieron paso a las notas de la marcha nupcial y los invitados se pusieron de pie girándose hacia la puerta.

Thomas miró al fondo de la iglesia.

Clara apareció enmarcada en el umbral, del brazo de su padre.

No estaba empapada, como Violet el día de su boda, ni había sufrido contratiempo alguno de camino a la iglesia. Estaba, sencillamente, impecable. El vestido de seda blanca caía sobre su cuerpo con la precisión de algo que ha sido concebido para ella y solo para ella. El peinado, alto y limpio, dejaba al descubierto el cuello que Thomas recordaba haber rozado con los labios aquella noche que ambos fingían haber olvidado. El ramo, intacto, sostenido con las dos manos a la altura de la cintura. Y en sus ojos, esos ojos luminosos que lo habían mirado con indignación, con curiosidad, con desconfianza y con algo que ninguno de los dos se atrevió a nombrar durante semanas, había una expresión que él no le había visto nunca: una calma absoluta.

Thomas sintió que algo se le ensanchaba en el pecho de una manera casi dolorosa y tuvo que apartar la mirada un instante para recomponerse. Solo un instante. Cuando volvió a mirarla, Clara ya avanzaba por el pasillo central y el señor Van Alen, a su lado, caminaba con la espalda recta y los ojos brillantes de quien se esfuerza por no llorar delante de doscientas personas.

Violet se llevó una mano al pecho al verla pasar. Sebastian le cubrió la otra mano con la suya, sin mirarla, con un gesto que ya pertenecía a la costumbre de los dos. Amelia se secó una lágrima con el dorso del guante. Trix no lloró, pero sus labios esbozaron una sonrisa lenta y genuina que no se le había visto en mucho tiempo.

La señora Van Alen ya tenía el pañuelo preparado. Philippa, a su lado, miró al frente con una rigidez que podría haberse confundido con indiferencia si no fuera porque su mano, la que sujetaba el bastón, temblaba ligeramente.

Cuando Clara llegó al altar, su padre le besó la mejilla y le dijo algo al oído. Solo ella lo escuchó. Solo ella vio cómo los ojos de su padre se arrugaban al sonreír. Se lo contaría a Thomas después, en la carroza, y ambos reirían, pero eso aún no lo sabía.

El señor Van Alen le entregó la mano de su hija a Thomas. Lo miró un instante de más, con una fijeza que no necesitaba palabras, pero que las contenía todas. Thomas le sostuvo la mirada. El padre asintió apenas, dio un paso atrás y ocupó su lugar junto a Philippa, que seguía mirando al frente sin parpadear.

El oficiante abrió el libro de oraciones.

La ceremonia comenzó y la iglesia se quedó en un silencio limpio, casi reverente, de esos que solo se producen cuando mucha gente contiene la respiración al mismo tiempo. La voz del sacerdote llenó la nave con esa cadencia ritual que hace que las palabras parezcan más antiguas de lo que son, y durante unos minutos todo fue exactamente como la señora Van Alen lo había planeado.

Y entonces llegó el momento de los anillos.

Elliot se llevó la mano al bolsillo del chaleco. Lo palpó. Frunció las cejas. Se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta. Lo palpó también. Nada. Probó en el otro lado. Tampoco. ¿No estaban allí hacía unos instantes… o era la pitillera? La sonrisa encantadora

que hasta entonces había mantenido con la naturalidad de quien la lleva puesta desde la cuna empezó a cuartearse por los bordes.

Thomas lo miró. Solo lo miró, pero en aquella mirada había un reproche tan concentrado que podría haber derretido el mármol del altar. Clara, que empezaba a conocer aquella expresión en las mandíbulas de Thomas, sintió que algo le cosquilleaba en el pecho, pero lo contuvo.

Elliot se palpó de arriba abajo con la compostura de quien busca un reloj extraviado en un salón de baile y no quisiera alarmar a la concurrencia.

—Un momento —dijo, con una sonrisa que pretendía ser tranquilizadora y no lo era en absoluto.

Un murmullo recorrió los bancos. La señora Van Alen se llevó una mano al pecho y sus ojos se abrieron de una manera que prometía consecuencias funestas para quien fuera el responsable de aquel desaguisado. Philippa, a su lado, alzó una ceja con la misma contención que empleaba para todo y murmuró, lo bastante alto como para que su hermano lo escuchara:

—Encantador muchacho. Confío en que el otro sea más organizado.

El señor Van Alen, sin apartar la vista del altar:

—Lo es.

Elliot se giró hacia la primera fila con el aplomo de un hombre que ha sobrevivido a situaciones mucho más comprometidas en salones de media Europa.

—Sebastian —su voz fue apenas un susurro que, sin embargo, llegó a la primera fila—. ¿No te habré dado a ti el estuche?

Sebastian alzó una ceja —el mismo gesto que Violet le había visto hacer un millar de veces— y negó con la cabeza.

—Me temo que no.

Violet se tapó la boca con la mano enguantada. A su lado, Sebastian cerró los ojos un instante, con la resignación del hombre que conoce a Elliot Pinckerville desde los ocho años y no esperaba otra cosa.

Elliot se volvió hacia los invitados más cercanos con la naturalidad con la que habría pedido la hora a un desconocido.

—¿Han visto un pequeño estuche de terciopelo azul? ¿Dos anillos? No se alarmen, esto ocurre en las mejores familias.

El oficiante miró al cielo, aunque quizá solo mirara la bóveda de la iglesia. Matthew, desde su banco, se ajustó los anteojos y Sophie tuvo que cubrirse la boca con ambas manos porque la risa le subía por la garganta como un sorbete mal tragado.

Fue entonces cuando uno de los nietos de Philippa, un niño de cinco o seis años que llevaba un buen rato forcejeando con el cuello de su camisa, tiró del faldón de la chaqueta de Elliot. Este bajó la mirada. El niño abrió la mano y, en la palma, algo sudada por el calor de la iglesia, descansaba el estuche de terciopelo azul. Lo había cogido del banco donde Elliot lo dejó antes de la ceremonia para ajustarse los guantes.

Elliot se agachó, le revolvió el pelo al niño con un gesto que arrancó un murmullo enternecido entre las damas y recuperó el estuche con la destreza de un prestidigitador.

—Mi ayudante lo tenía controlado —anunció mientras regresaba a su puesto con el aplomo intacto y una sonrisa que habría podido iluminar la iglesia sin necesidad de cirios.

Clara se tapó la cara con el ramo. Thomas apretó los labios hasta que formaron una línea recta, pero algo brilló en sus ojos que ella reconoció de inmediato: era la misma contención que mostraba aquella vez que ella lo acusó de tener una doble personalidad y él tuvo que tragarse la carcajada porque no podía explicarle la verdad. Clara lo miró a los ojos por encima del ramo y supo que él estaba pensando exactamente lo mismo, y aquella complicidad silenciosa fue más elocuente que cualquier voto.

Desde su asiento, Amelia se inclinó hacia Trix.

—Los Pinckerville son todo un espectáculo —susurró.

Trix, sin apartar la vista del altar:

—Al menos nunca te aburres.

El oficiante, con la paciencia de un hombre acostumbrado a que las ceremonias no salgan como estaban previstas, retomó la liturgia. El murmullo se extinguió. La iglesia se quedó de nuevo en un silencio distinto al anterior, más denso, más real, como si el breve

caos hubiera servido para que todos tomaran conciencia de lo que estaba a punto de suceder.

Clara y Thomas se miraron.

Fue un instante que no duró un instante. Fue el mismo silencio que habían compartido junto a la ventana aquella noche en la que ninguno de los dos pudo dormir. El mismo de una mañana en el hospital, cuando ella le dijo que lo elegía. El mismo de Belvedere Castle, cuando ambos se conocieron por primera vez. Todos esos silencios habían sido ensayos de este, que era el definitivo, y cuando el oficiante formuló la pregunta, Thomas abrió la boca para responder.

—Sí, quiero.

Le tembló la voz. Solo en la primera sílaba. Solo un instante. Era el hombre que había cruzado océanos sin pestañear, que había mantenido una identidad falsa durante años, que había desarticulado una red financiera con doce páginas de pruebas y una frialdad que asustaba. Y le temblaba la voz al decir dos palabras en una iglesia.

Clara lo vio. Algo se le rompió dentro, pero de la manera buena, de esa que reconstruye en lugar de destruir. Cuando le llegó el turno, no titubeó.

—Sí, quiero.

Lo dijo con firmeza, en voz alta y delante de doscientas personas que no tenían ni idea de lo que aquellas dos palabras habían costado.

Violet, desde la primera fila, se recostó un instante contra el hombro de Sebastian. Él le pasó el brazo por la espalda con la naturalidad de un gesto que ya no necesitaba pensarse. Ella recordó su propia boda, la tormenta, el vestido empapado, el reguero de agua que dejó camino del altar y la frase que Sebastian le dijo al verla aparecer: «Sabía que buscarías un vestido original, pero has superado mis expectativas». Sonrió. Cada boda tiene su propio desastre y su propia perfección.

Sophie le apretó la mano a Matthew. Él se ajustó los anteojos con la mano libre, como hacía siempre que algo le brillaba en los ojos y no quería que se notara. Los dos sabían que lo suyo vendría

pronto, sin prisa, sin aspavientos, a la manera de dos personas que se eligieron con información completa.

La señora Van Alen lloraba abiertamente. No era un llanto contenido ni elegante, sino el de una madre que ha pasado meses temiendo que su hija cometiera el mismo error que la tía Philippa y que ahora comprende, aunque quizá no lo admitiría nunca en voz alta, que no se trataba de un error, sino de una decisión. Philippa sacó un pañuelo de su bolso y se lo tendió sin mirarla. La señora Van Alen lo aceptó sin mirarla tampoco. Fue, quizá, el gesto más cómplice que las dos mujeres habían compartido en su vida, y ninguna de las dos habría sido capaz de explicar por qué.

El señor Van Alen no lloraba. Sonreía con esa sonrisa que Clara reconocía como la que le dedicaba de pequeña, cuando ella se sentaba en sus rodillas y él le contaba historias del banco como si fueran cuentos de aventuras. La misma sonrisa del carruaje, la del «te quiero, pichoncito». Desde hacía semanas, desde que Philippa había regresado y el escándalo había quedado atrás, Clara había notado en su padre una ligereza que no recordaba en él. Como si hubiera dejado de cargar con algo que llevaba puesto durante treinta años y por fin pudiera caminar sin ese peso.

Cuando el oficiante los declaró marido y mujer y Thomas la besó —un beso breve, contenido, muy suyo—, Clara tuvo la absoluta certeza de que todo iría bien en adelante, de que con aquel hombre a su lado nada le faltaba.

A la salida de la iglesia, los invitados arrojaron pétalos de rosa. Clara, con el ramo en una mano y la otra sujeta al brazo de Thomas, buscó con la mirada a Violet entre la multitud. Cuando la encontró, la duquesa de Ashford le guiñó un ojo y Clara supo exactamente por qué: las sábanas del Hotel Danieli, cubiertas de pétalos, que habían escandalizado a su madre una vida entera atrás. Ambas sonrieron con la complicidad de quienes comparten un código que no necesita explicación.

Elliot se acercó a la novia y le besó la mano con una reverencia que habría arrancado aplausos en un escenario.

—Bienvenida a la familia, querida —le dijo con la mayor de las sonrisas—. Le advierto que el serio ronca.

Thomas, detrás de él:

—No ronco.

Elliot, inclinándose hacia Clara en un susurro que escuchó media parroquia:

—Ronca.

Clara contuvo la risa, pero no lo bastante. Thomas la miró de reojo con aquella expresión de fastidio contenido que a ella, inexplicablemente, siempre le había resultado irresistible. Quizá porque debajo de la seriedad había algo que solo ella podía ver: un hombre que la amaba de una manera torpe y absoluta y que jamás lo admitiría con la facilidad con que lo hacía su hermano, porque las cosas que de verdad importan no necesitan ser dichas en voz alta.

El señor Van Alen se acercó a la pareja. Tomó la mano de su hija, después la de Thomas. Los miró a ambos durante un momento que pareció más largo de lo que fue. Después se dirigió a su yerno con aquella voz que Clara conocía como la de los negocios serios.

—Cuídela —le dijo—. Y si algún día cree que ha dejado de quererla, recuerde que sé dónde vive.

Thomas no sonrió.

—Señor, le doy mi palabra.

El padre ladeó la cabeza.

—No era eso lo que le he pedido.

Clara lo abrazó. Era el mismo abrazo del carruaje, camino de la cena de los Forsyth, el abrazo del «te quiero, papá», pero ahora era delante de todos y a ninguno de los dos les importó lo más mínimo. Él le acarició el pelo un instante, como solía hacer cuando ella era pequeña y se quedaba dormida en el sofá de la biblioteca, y después la soltó con la elegancia de un hombre que sabe retirarse a tiempo.

Sophie se acercó con los ojos húmedos y abrazó a Clara con una fuerza que no era habitual en ella. Matthew, detrás, le estrechó la mano a Thomas con esa solidez discreta que lo definía y que Clara había aprendido a apreciar durante los meses más difíciles. Cuando se separaron, Sophie le susurró algo a Clara al oído que la hizo reír. Clara le devolvió el susurro. Matthew y Thomas se miraron con la

resignación de dos hombres que acaban de comprender que aquel código entre ellas nunca les pertenecería.

Phil se acercó con la señorita Lennon del brazo, con quien se casaría en unos pocos meses. Estaba impecable, correcto, absolutamente Van Alen. Abrazó a su hermana con una sinceridad que no admitía dudas y le estrechó la mano a Thomas con un breve asentimiento que contenía algo que nunca pronunciaría en voz alta, pero que ambos entendieron. La señorita Lennon sonrió con timidez y felicitó a Clara con unas palabras amables que la señora Van Alen contempló con la satisfacción de quien contempla un porvenir bien encaminado.

Philippa, apoyada en su bastón, observaba la escena desde unos pasos de distancia. Uno de sus hijos le ofreció el brazo y ella lo aceptó sin resistencia, lo que para quien la conociera era una concesión notable. Miró a Clara, evaluando algo que solo ella podía ver, y le dedicó una inclinación de cabeza lenta que era muchas cosas a la vez: reconocimiento, aprobación y quizá —aunque Philippa jamás lo habría admitido— la certeza de que aquella muchacha que se parecía tanto a ella había logrado algo que a ella no le fue permitido. Clara le devolvió la inclinación. No necesitaban más. Nunca lo habían necesitado.

En medio de la algarabía de la salida, entre las felicitaciones, los abrazos y el ir y venir de los invitados, Trix se acercó a Clara. La abrazó con fuerza, un gesto que no era propio de ella y que por eso mismo significaba más. Le dijo al oído:

—Estoy muy feliz por ti.

Y lo estaba. No había sombra en sus palabras ni amargura debajo de la sonrisa. Trix había aprendido en los últimos meses que la felicidad de las personas que amas no tiene que doler, aunque la tuya aún esté por construirse.

Cuando se separaron, Amelia se unió a ellas y las tres amigas se miraron un instante. Clara, radiante, con los pétalos de rosa aún en el pelo. Amelia, con los ojos brillantes y esa expresión suya de quien se emociona y lo disimula mal. Trix, con aquella nueva serenidad que era más fuerte que la antigua y que nadie le había visto antes de aquel final de otoño.

Minutos más tarde, con el corazón henchido y la sonrisa indeleble en los labios, Clara y Thomas se alejaban de la iglesia en la carroza nupcial. El bullicio de los invitados fue quedando atrás, junto con los pétalos de rosa que el viento arrastraba por la acera y las voces de quienes aún se despedían en la escalinata.

Ella se recostó contra él. Thomas le pasó el brazo por los hombros con una naturalidad que, al principio de aquella historia, habría sido impensable. Clara cerró los ojos un instante y dejó que el traqueteo de la carroza la meciera.

—¿Sabes lo que me ha dicho mi padre al entregarme en el altar? —preguntó sin abrir los ojos.

Thomas la miró.

—Dime.

Clara abrió los párpados y en ellos había un brillo que él no supo si era de ternura o de travesura. Quizá era de las dos cosas a la vez, porque las dos cosas eran Clara.

—Ha dicho: «Al diablo la señora Astor».

Ambos rieron. No era la primera vez que reían juntos —eso ya lo habían descubierto un día en el hospital cuando él le contó algunas cosas de Elliot—, pero sí era la primera vez que lo hacían con la certeza de que mañana también podrían hacerlo. Y pasado mañana. Y todos los días que vinieran después de ese, fuera en Nueva York, en Europa o en cualquier lugar donde dos personas que se eligieron contra todo pronóstico deciden construir algo, aunque nadie se lo haya garantizado.

La carroza dobló la esquina y se perdió entre las calles de Manhattan.

Gracias por leer esta novela.
Si te ha gustado, deja un comentario y una valoración en Amazon para ayudarme a difundirla.

Hasta aquí llega la historia de Clara, aunque no la perderemos de vista en la tercera entrega de la serie: ***La princesa de acero***.

Déjame que te regale, querida lectora, el primer capítulo.
Lo tienes a continuación:

CAPÍTULO 1

Nueva York, invierno de 1882.

Pese al frío, los Sinclair habían llegado puntuales al lujoso despacho del señor Bronson, en Wall Street.

Estaban todos: el tío Lion con su esposa y sus dos hijas, la tía Catherine con su segundo marido —un caballero del que nadie recordaba el apellido y al que ella trataba como a un mueble necesario— y, por supuesto, el padre de Trix, a quien acompañaban ella misma, su madre y Roger II, el mayor de los dos hermanos.

El ambiente tenía la gravedad apropiada: voces quedas, miradas apagadas, algún pañuelo en la mano de las damas y rigurosa ropa oscura, como debía ser. Si uno no supiera que estaban allí por un testamento, podría haberse pensado que velaban al difunto, aunque la tía abuela llevaba tres semanas bajo tierra y a ninguno de los presentes se le había escapado una sola lágrima.

La secretaria del señor Bronson pasó, nerviosa, una bandeja con pastas que nadie tomó y se retiró a un rincón discreto de la estancia. Tener allí a todos los Sinclair, una de las familias más ricas de la ciudad, era todo un acontecimiento que después podría contar a sus amigas, aunque para entonces ya habría añadido detalles que jamás sucedieron.

El abogado, sentado tras la mesa de su despacho, se ajustó los binoculares y miró a la audiencia con esa expresión de afligida solemnidad que los letrados de su especie reservaban para las herencias cuantiosas.

—Lo primero, quiero darles el pésame por tan terrible pérdida. La señorita Schermerhorn era un dechado de virtud, un pilar para este país, un ejemplo para todos nosotros.

La señora Sinclair y su marido intercambiaron una mirada. El resto de los miembros de la familia hizo algo parecido, como si todos compartieran un secreto que nadie iba a pronunciar en voz alta. No era para menos: la última vez que la tía abuela Georgina había escrito a la familia fue para comunicarles que consideraba a los Sinclair «una estirpe de mentecatos con más dinero que sentido común», lo cual, si bien resultaba ofensivo, no dejaba de tener cierto fundamento.

Trix no la había conocido, como ninguno de los jóvenes Sinclair. Georgina se había retirado a Portland hacía muchos años y jamás había regresado a Nueva York, una ciudad de la que decía que era un lodazal infecto de suciedad y malas maneras. Y también estaba lo de su carácter, claro. Se contaba que había disparado con un rifle a un vecino que tuvo la osadía de podar un árbol que hacía sombra a sus rosales, y que consideraba la Navidad una invención de los comerciantes para arruinar a la gente decente. Nadie se había atrevido a visitarla y los pocos que lo intentaron regresaron con historias que quitaban el sueño.

El abogado se aclaró la garganta y prosiguió, lo que todos agradecieron.

—No quiero entretenerlos más de lo debido, así que pasaré a leer las disposiciones.

Movimientos inquietos en las sillas. Sonrisas vacías en los asistentes. El tío Lion se inclinó ligeramente hacia delante, como un perro de caza que hubiera olfateado una perdiz.

—Las propiedades de la querida señorita Schermerhorn son muchas y variadas, por lo que, en vez de leerlas, le he pedido a mi secretaria que mecanografíe una lista y le entregue una copia a cada familia.

Así lo hizo la muchacha, saliendo del oscuro rincón y distribuyendo tres copias: una para el padre de Trix, las otras para su tío y su tía. Trix observó cómo las manos de sus tíos Lion y Catherine se lanzaron sobre el papel con una avidez que resultaba indecorosa para la ocasión.

En efecto, la lista era larga. Había casas, tierras, naves industriales, aparte de participaciones en empresas, bonos bancarios y demás activos financieros. Tía Georgina no solo había sido «especial», sino receptora de los capitales de muchas ramas de la familia que ya no existían. Un milagro, habida cuenta de que se le conocían dos únicas pasiones: los rosales y el odio al género humano.

El señor Bronson volvió a carraspear.

—Podría hacer una lectura minuciosa de su testamento —al parecer no tenía ganas de trabajar más de lo necesario—, pero creo que será más cómodo para todos ir al grano, ya que las disposiciones son claras.

Hubo intercambio de miradas, sonrisas gélidas, hasta que todos asintieron con esa generosidad que se le dispensa a quien está a punto de repartir una fortuna.

El buen abogado fue pasando hojas hasta encontrar el párrafo que le interesaba.

Trix lo observó sin demasiado interés. Lo cierto era que todo aquello no iba con ella. Su tía abuela era una desconocida con la que jamás había tenido vínculo alguno, sus padres sabrían resolverlo con pericia y ella detestaba a los abogados, un sentimiento que, si las historias que se contaban de tía Georgina eran ciertas, ambas compartirían. ¿Por qué, entonces, la vieja se había empeñado en que estuvieran todos y cada uno de los miembros de la familia en la lectura?

El señor Bronson encontró el punto que buscaba. Tomó un poco de agua y leyó sin levantar la vista del papel.

—Decreto que todas mis propiedades y bienes, así como mi capital y mis joyas, pasen en su totalidad —hizo una pausa dramática que enervó a todos los presentes—, pasen a manos —repitió— de la Asociación para la Conservación del Mirlo Americano.

El tío Lion se puso de pie y su pitillera de plata cayó con estruendo al suelo. La tía Catherine sufrió un vahído y su marido tuvo que sostenerla. Las dos hijas del tío Lion se miraron con una expresión que iba del horror al cálculo en menos de un segundo, y Roger alzó una ceja y su boca conformó un gesto burlón.

Los padres de Trix no dijeron nada. Ya lo habían supuesto. El humor de tía Georgina era retorcido y siempre había tratado con desdén a la parte Sinclair de la sangre que le corría por las venas. Lo que no habían supuesto era que fuese capaz de legar una fortuna de semejante calibre a unos pájaros. Literalmente.

—Eso no puede ser posible —masculló el tío Lion, que ya había recogido la pitillera del suelo y la apretaba como si fuera el cuello de alguien.

—Me temo que lo es.

—Pero me prometió la casa de Newport —intervino tía Catherine, a quien su marido aún sostenía por el codo.

—No hay ninguna indicación al respecto en el testamento, señora.

—Pero… ¿Y los campos de cultivo de Maine? ¿Y la casa de nuestros abuelos en Washington Square?

—Todo ha ido a parar a manos del mirlo… quiero decir, de la Asociación —se ajustó el ralo cabello blanco para parecer grave—, pero, si me permiten concluir…

—¿Hay más? —preguntaron casi al unísono, y en la voz de ambos hermanos había algo que se parecía más a la amenaza que a la curiosidad.

—Queda una última disposición por leer.

De nuevo se miraron entre ellos. La señora Sinclair ya sospechaba que la tía de su esposo jugaría con ellos incluso una vez muerta. Lo que no había sospechado era que fuese tan extrema. Se preguntó si aquella mujer horrible habría disfrutado imaginando aquel momento mientras redactaba el testamento, y la respuesta era que casi con toda seguridad sí.

El abogado se bebió hasta la última gota del vaso de agua, que su secretaria retiró de la mesa con la eficiencia de una mano invisible.

—La última disposición hace una excepción en el legado que deja a esa Asociación. Se trata de una propiedad en el condado de Essex, en Inglaterra, que tiene por nombre… —se ajustó las gafas, como si le costara trabajo leerlo—, tiene por nombre Villa Encanto —lo releyó, quizá para asegurarse de que no estaba sufriendo alucinaciones—. Sí, es ese.

Todos se miraron. Ignoraban que la vieja dama tuviera propiedades fuera de un país del que nunca había salido. O al menos eso creían, porque con tía Georgina nada podía darse por sentado.

Tía Catherine alzó una de sus elegantes cejas Sinclair, un gesto hereditario que las mujeres de la familia habían perfeccionado a lo largo de generaciones.

—¿Y pretende que esa supuesta propiedad nos la repartamos entre los tres hermanos?

El abogado apretó los labios antes de hablar.

—En absoluto —miró a Trix—. Se la ha dejado a la señorita Beatrix Sinclair, que con la lectura de este testamento pasa a ser su dueña de pleno derecho.

Todos la miraron. El tío Lion con incredulidad, tía Catherine con una indignación que parecía haber duplicado la del vahído, sus primas con envidia mal disimulada y su hermano Roger con manifiesta sorpresa.

Trix no entendió de inmediato lo que acababa de escuchar. Se llevó una mano al pecho y sintió el latido acelerado bajo los dedos.

—¿A mí?

El abogado asintió.

—Eso me temo.

Trix miró a su padre, que parecía tan desconcertado como ella. A su madre, que simplemente se encogió de hombros. A su hermano, que no podía parar de sonreír.

—¿Y por qué a mí? —insistió, porque era una pregunta razonable que se hiciera alguien que acababa de heredar una casa de una desconocida que odiaba a toda la familia.

Tía Catherine se ajustó la estola de piel de marta al cuello con un gesto que destilaba más veneno que elegancia.

—No te fíes —le recomendó—. Esa arpía no hacía nada sin un objetivo maligno. Si te ha dejado esa casa, es porque quiere hacerte algún daño incluso desde la tumba.

El tío Lion se cruzó de brazos, aún de pie.

—O quizá la casa se esté cayendo a pedazos y ha decidido que sea esta familia la que pague la demolición.

—Eso sería propio de ella —convino tía Catherine.

Su padre le apretó la mano.

—Puedes venderla —le dijo con esa calma que lo caracterizaba—. Ahora mismo hay muy buenas opciones de inversión en el sector ferroviario y…

Pero Trix no lo escuchaba. Su vida en los últimos meses había sido gris, de tonos ceniza. Desde que Phil la había abandonado sin una sola palabra de disculpa, todo parecía haber perdido interés para ella. Las fiestas, los bailes, hasta las deliciosas tardes con sus amigas se habían convertido en ejercicios de disimulo en los que sonreía sin ganas y respondía sin escuchar.

Una casa. Una propiedad que no dependía de su padre ni de otro hombre.

Sonrió sin darse cuenta, lo que hizo que tía Catherine frunciera los labios y el tío Lion la mirara como si acabara de perder el juicio.

¿Y si lo dejaba todo y empezaba de nuevo en un lugar donde nadie la conocía? Y lo que era más importante, donde no había ningún hombre que la molestara o del que ella pudiera llegar a enamorarse.

Ya puedes reservar
La princesa de acero
(Las Princesas del dólar #3)
Con un 33% de descuento.
Sigue el código QR:


bitly

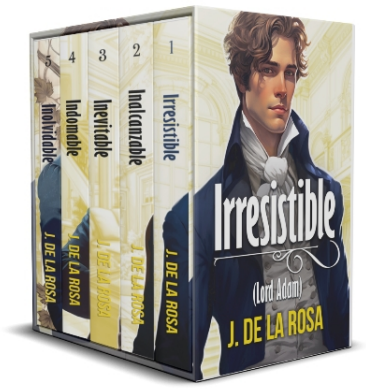
OTRAS SERIES DE J. DE LA ROSA



Los McGomery

No es una serie, sino una novela-río en 5 volúmenes que te tendrá atrapada durante las 5 entregas que la componen.
Si nunca le has hincado el diente a una de estas, este es el momento.





Caballeros disolutos

5 novelas autoconclusivas con un elemento en común: Los protagonista son unos crápulas que deben enfrentarse al amor y a mujeres que saben lo que quieren.